

**RAÚL ÁLVAREZ GARÍN**



**LA ESTELA DE  
TLATELOLCO**

la reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68

**grijalbo**

BOSTON PUBLIC LIBRARY

COPY 5 12 76

BOSTON PUBLIC LIBRARY  
Copley Square



Digitized by the Internet Archive  
in 2017 with funding from  
Kahle/Austin Foundation

<https://archive.org/details/laesteladetlatel00alva>

# **LA ESTELA DE TLATELOLCO**

**Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68**



**RAÚL ÁLVAREZ GARÍN**

**LA ESTELA DE  
TLATELOLCO**

Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68

**grijalbo**

## **LA ESTELA DE TLATELOLCO**

*Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68*

© 1998, Raúl Álvarez Garín

Foto de portada: Carlos Cisneros

Diseño del laminario: Duna vs. Paul

D.R. © 1998 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.

Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282

Argentina Poniente 11230

Miguel Hidalgo, México, D.F.

*Este libro no puede ser reproducido,  
total o parcialmente,  
sin autorización escrita del editor.*

ISBN 970-05-1002-6

IMPRESO EN MÉXICO





## Índice

<i>Notas y agradecimientos</i> .....	9
<i>Prólogo</i> . Roberto Escudero .....	11
<i>Introducción</i> .....	21
<i>Primera parte. La epopeya de los estudiantes</i> .....	27
1. Los primeros incidentes .....	29
2. La huelga nacional .....	41
3. La primera marcha al Zócalo .....	49
4. El IV Informe Presidencial .....	65
5. Los sucesos de Tlatelolco .....	83
6. El levantamiento de la huelga .....	129
<i>Segunda parte. La discusión de antes y después</i> .....	137
7. El ambiente previo .....	139
8. La dirección de un movimiento.....	167
9. Balances .....	191
10. Después del 68 .....	207
<i>Tercera parte. La intervención militar en el 68</i> .....	227
11. Antecedentes y consecuencias .....	229
<i>Palabras finales</i> .....	259
<i>Apéndice</i> .....	271
A. Declaración de Morelia. Central Nacional de Estudiantes Democráticos.....	273

B. Pliego Petitorio del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la huelga de mayo de 1966 en la UNAM .....	281
C. Pliego petitorio del Movimiento estudiantil de 1968 .....	285
D. Discurso pronunciado por Eduardo Valle Espinoza en la Manifestación Silenciosa del 13 de septiembre de 1968.....	289
E. Manifiesto a la Nación “2 de Octubre” .....	291
F. Carta a Barros Sierra, 2 de mayo de 1970.....	299
G. La creación de una estela. Arnulfo Aquino. Octubre de 1993 .....	303
<i>1968. Laminario .....</i>	<i>309</i>
<i>Bibliografía.....</i>	<i>333</i>

## Notas y agradecimientos

Para la elaboración de este libro retomé algunas notas y escritos que había elaborado para conferencias y debates durante los últimos años. También utilicé en parte mis alegatos de defensa presentados durante los juicios penales de la época, y algunos materiales publicados en las revistas *Zurda*, *Punto Crítico* y *Corre la Voz* en diferentes momentos. Las referencias en el texto a materiales periodísticos de ese tiempo se encuentran en el libro *El Movimiento estudiantil mexicano* de Ramón Ramírez, y por eso no están citadas explícitamente. En cambio, los casos de referencias documentales más específicos se citan a pie de página.

El trabajo de organización de los materiales de archivo, así como de búsqueda y reproducción de informaciones específicas en libros, periódicos y revistas fue coordinado por Itzel Valle Padilla, a quien le expreso mi más amplio y sincero agradecimiento.

En los trabajos bibliográficos conté con la ayuda de Ileana Cruz Torres y Alejandra Maldonado Ríos, y la simpatía y empeño de Angelina Martínez y Ana María Muñoz.

Un amplio grupo de compañeros me apoyaron generosamente con lecturas cuidadosas de los diversos borradores y ofrecieron numerosas correcciones y precisiones importantes y significativas. En estos trabajos y discusiones participaron en diversos momentos Félix Hernández Gamundi, Roberto Escudero, Rosa María Padilla, Adalberto Saldaña Harlow, Adriana Corona, Marcia Gutiérrez, Jaime García Reyes, Carolina Verduzco, Lucía González, José Manuel Pérez Vázquez, Daniel Molina, Roberta Mendoza, Víctor Moreno, Antonio Martínez, María Emilia Caballero, Tatiana Falcón, Paula López, Carmen Guardiola, Carmen Galindo, Magdalena Galindo, María Fernanda Campa y Alejandro Álvarez; a todos ellos mi más profundo agradecimiento. El apoyo de los compañeros del equipo de *Corre la Voz* en todas las etapas de elaboración del libro fue, como siempre, determinante y decisivo.

La recopilación y reproducción del material fotográfico fue especialmente laborioso por la carencia de originales y el deterioro de las fuentes utilizadas. En estas tareas agradezco especialmente la colaboración de Arnulfo Aquino, Óscar Menéndez, Eréndira Pérez y Manuela Álvarez.

Finalmente, cuando los trabajos más compulsivos están por concluir resaltan los apoyos duraderos e incondicionales que los hacen posibles; a mis padres Manuela Garín y Raúl Álvarez mi cariño y agradecimiento de siempre.

## Prólogo

*La estela de Tlatelolco* es una narración y un análisis del Movimiento estudiantil que conmovió al país hace 30 años, es un registro puntual de los acontecimientos relevantes y sus significados en diferentes planos: en primer lugar, en el plano político, pero también el social, el educativo y el plano cultural en el sentido más amplio, en lo que podría llamarse el de la mentalidad colectiva y las actitudes en las que se hace experiencia viva entre las personas, sobre todo los jóvenes.

Raúl Álvarez Garín dedica principalmente a estos últimos *La estela de Tlatelolco*, con la esperanza de que recojan el sentido de esta huella, impresa en la historia de México; para que extraigan consecuencias y entiendan qué es el Movimiento del 68, un hecho que vale por sí mismo y se sustenta en sí mismo, pero también para que aprendan que pueden contribuir a ensanchar los cauces democráticos que, no me parece exagerado decirlo, inauguró dicho Movimiento.

Las páginas de este libro han sido escritas por un testigo que fue a la vez protagonista principalísimo de los sucesos que se relatan, Raúl Álvarez Garín fue representante ante el Consejo Nacional de Huelga —máxima instancia conductora y organizadora del Movimiento— por la Escuela de Físico-Matemáticas del Politécnico y generó, como dirigente, varias de las iniciativas que en momentos cruciales se ganaron el apoyo de los estudiantes en huelga y del amplísimo sector popular que la apoyaba y se solidarizaba con ella.

Como contrapartida, esas iniciativas, hechas suyas, en votación democrática, por el Consejo Nacional de Huelga (CNH), desconcertaron e irritaron al gobierno de la República, incapaz de entender la profunda raíz democrática y popular del Movimiento, y por

lo tanto, su carácter legítimo y autónomo respecto de cualquier instancia o fuerza extraña que pretendiera manipularlo o desviarlo, tanto en sus métodos como en sus objetivos.

No es uno de los méritos menores de este libro el de demostrar y documentar que el Movimiento estudiantil del 68 es, en un sentido muy preciso, la culminación de una serie de luchas que diferentes sectores de mexicanos venían librando desde décadas atrás, siempre ante la incompreensión del gobierno, que se materializaba en la represión abierta y desproporcionada, en una palabra, ilegal y antidemocrática.

Por eso, no es desmesurado escribir, como lo hace Raúl Álvarez en la primera página de su relato:

... cuando se recrean con detalle los sucesos del 68 deslumbra (sorprende) el resplandor de esa luz que iluminó el cielo de la libertad por un momento. Y los signos que ahora anuncian la vuelta del cometa no son como el presagio de los magos y los adivinos, son la certidumbre de la historia y los afanes de justicia, libertad e igualdad irrefrenables.

Por otro lado, ya se hacía más que necesaria una publicación de este tipo, hasta ahora única en su género. Los análisis hasta ahora disponibles, algunos muy valiosos, o son muy generales o muy parciales, algunos muy ideologizados, pero en todo caso no había un libro que aumentara tan considerablemente nuestros conocimientos sobre el 68 mexicano.

Particularmente, son muy elocuentes las páginas que al Movimiento ha dedicado otro protagonista notable de aquel año, me refiero a Gilberto Guevara Niebla, pero todavía no ha publicado su relato y su análisis específicos sobre el 68, que todos esperamos. Con todo, me parecería injusto no dejar constancia de un género literario en el que sí hay aportaciones excepcionales, me refiero a la crónica, que a veces llega a confundirse, con buena fortuna, con el reportaje. En este terreno, hay desde luego tres libros imprescindibles, ya hace tiempo juzgados como clásicos: *Los días y los años* de Luis González de Alba, *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, y *Días de guardar* de Carlos Monsiváis, todos ellos impresos con el sello de la editorial Era, y que aparecieron cuando el esplendor y las cenizas del 68 aún estaban alojados en la memoria más inmediata.

También es asombroso el esfuerzo del maestro Ramón Ramírez, quien por esas mismas fechas publicó el mayor acervo de documentos y la más completa cronología del Movimiento, *El Movimiento estudiantil mexicano*. Éste es un libro de lectura indispensable para toda aquella persona que quiera estudiar con seriedad los acontecimientos del 68 y su dimensión histórica.

Son también meritorios los esfuerzos de varios investigadores e investigadoras de la UNAM, quienes se dieron a la tarea de recopilar volantes, noticias y artículos periodísticos, documentos del CNH y gubernamentales, además de publicar cronologías y entrevistas también esenciales para la mejor comprensión del 68 en México. Si no los cito a todos es exclusivamente por los límites de espacio que impone necesariamente un prólogo de estas características.

*La estela de Tlatelolco* comienza su relato propiamente dicho, con una descripción de la escenografía y el clima emocional imperantes en vísperas de la realización de la Olimpiada que el gobierno mexicano había logrado, como sede, para México, un ambiente de entusiasmo se extendió por todo el país. Paralelos a los encuentros deportivos, el gobierno había organizado eventos culturales que darían mayor brillo a la fiesta deportiva:

México entero, el pueblo y los gobernantes, sabíamos que no sería posible conseguir grandes triunfos deportivos y lograr un espacio destacado en esas lides, pero en cambio, nuestra mayor aportación a los Juegos sería la “Olimpiada Cultural”, una celebración previa y en paralelo de cientos de eventos y espectáculos artísticos y culturales de todo el mundo que le darían a los Juegos una dimensión nunca antes vista: además del deporte, sería el encuentro de la música, la danza, el teatro, el cine, la cultura. Con ese propósito, de nuevo sería realidad la antigua idea prehispánica de los juegos floridos, el sentido del esfuerzo y la exaltación de la existencia con “al menos flores, al menos cantos”. Todo ello aunado a una convivencia cálida y la generosidad del pueblo mexicano, harían inolvidables los Juegos del 68.

Ante los ojos del mundo se celebraron ambos encuentros (aunque como lo señala Raúl Álvarez, los gobiernos de países como Suecia y Canadá discutieron la posibilidad de retirar a sus contingentes de la justa deportiva), pero se celebraron cuando apenas los empleados municipales habían tenido el justo tiempo para lavar la sangre de la plaza de Tlatelolco, parafraseando el estremecedor poema que Octavio Paz

dedicó a la memoria de cientos de personas sacrificadas el 2 de octubre de 1968.

Mientras leía el texto de Raúl Álvarez, también releí *Posdata*, el ensayo que el gran poeta dedica a los sucesos de ese año. Ahí, también Octavio Paz alude, develando la ironía atroz y sangrienta que los rige, a la Olimpiada Cultural y al genocidio de la Plaza de Tlatelolco:

Como una suerte de reconocimiento internacional a su transformación en un país moderno o semimoderno, México solicitó y obtuvo que su capital fuese la sede de los Juegos Olímpicos de 1968. Los organizadores no sólo salieron airoso de la prueba sino que inclusive añadieron al programa deportivo una nota original, tendiente a subrayar el carácter pacífico y no competitivo de la Olimpiada mexicana: exposiciones de arte universal, conciertos y representaciones de teatro y danza por compañías de todos los países, un encuentro internacional de poetas y otros actos de la misma índole. Pero dentro del contexto de la rebelión juvenil y de la represión que la siguió, estas celebraciones parecieron gestos espectaculares con los que se quería ocultar la realidad de un país conmovido y aterrado por la violencia gubernamental. Así, en el momento en que el gobierno obtenía el reconocimiento internacional de 40 años de estabilidad política y de progreso económico, una mancha de sangre disipaba el optimismo oficial y provocaba en los espíritus una duda sobre el sentido de ese progreso (Siglo XXI, Col. Popular, 2a. ed., 5a. reimpr., 1988, p. 248).

Cuando le hice notar a Raúl Álvarez esa, para mí, asombrosa coincidencia de que en las primeras páginas de su texto y el de Octavio Paz, se mencionara la Olimpiada Cultural relacionada con la violencia extrema del genocidio, él sencillamente me respondió: “Es que fue el contraste más notable”. En efecto: celebración de expresiones culturales y refinamiento espiritual, en medio de una mancha de sangre.

La historia del 68 en México, como cualquier otra historia de un periodo importante, es una sucesión de etapas más o menos bien definidas según algún criterio consistente que las distinga, este asunto es tan importante como el del origen de esa historia.

Nuestro autor nos recuerda una vez más que el origen inmediato del Movimiento estudiantil mexicano, no debe buscarse en demenciales complots provenientes de otros países: de Cuba, de la Unión Soviética o Checoslovaquia; o de Estados Unidos y la CIA,



dependiendo ambas visiones de la diferente posición ideológica de los acusadores (por ejemplo, el gobierno o el PPS, según el caso), sino en la irreprimible vocación para el ejercicio de la violencia del gobierno mexicano.

Un hecho que en otras condiciones y en otro año pudo y debió ser intrascendente: un pleito callejero entre estudiantes de las vocacionales 2 y 5 del Politécnico, y muchachos de la Preparatoria Isaac Ochoterena, en el espacio de la Ciudadela, es reprimido con desmesura, generalizándose después la violencia gubernamental hasta abarcar gran parte del primer cuadro, hoy Centro Histórico de la ciudad de México, hasta que la policía y el Ejército toman por asalto, abriendo previamente un boquete con disparo de bazuka en una de sus puertas, al antiguo edificio de la Escuela Nacional Preparatoria, asesinan a varios jóvenes y se llevan a muchos estudiantes detenidos.

Al Movimiento estudiantil del 68 lo generó la violencia gubernamental, es preciso recordar siempre este hecho porque así se desmontan las grotescas versiones oficiales, aquel se puede verificar y probar, éstas son parte del delirio patológico que veía maquinaciones y conspiraciones por todas partes.

El hecho menos inmediato, pero todavía presente, consiste en que la ciudad de México había testificado la violencia del gobierno contra varios sectores obreros que se rebelaban contra el corporativismo que los mantenía uncidos al aparato gubernamental, que reforzaba progresivamente su autoritarismo y, por consecuencia, su estructura antidemocrática.

Muchos intelectuales, investigadores, historiadores y varios periodistas honestos ya lo habían advertido: el régimen se mantenía en todo el país cada vez más mediante prácticas corruptas de líderes venales pertenecientes al PRI, mediante el uso de prebendas que hacía llegar a los líderes incondicionales, a los periodistas corruptos, a los funcionarios deshonestos y, en suma, a todas las personas con algún peso específico dentro de la sociedad mexicana dispuestas a venderse.

El hecho es que todo este gigantesco sistema corrupto y corruptor, algún día tenía que fallar. Fue un sector particularmente sensible, por su condición social de receptor y generador de conocimientos, el que por primera vez decide cuestionar a todo ese sistema y actuar en consecuencia, rebelándose en una vasta, intensa

y enérgica lucha contra el aparato gubernamental y por las libertades democráticas, tal como decía el lema que legítimamente adoptamos los estudiantes, decidiendo ejercer día a día esas libertades.

La mentalidad y la sensibilidad colectivas se transformaron y elevaron sus miras, quisieron cancelar los enormes déficit políticos y sociales que ya pesaban intolerablemente en el ser vivo del país, y sus nuevos estilos, prácticas y convicciones se volvieron experiencia cotidiana. Raúl Álvarez designa con un nombre a todo esto:

*La cauda del cometa:*

El Movimiento del 68 cambió los valores y la forma de vida de miles de mexicanos. En muy poco tiempo, en algo más de cuatro meses, miles de estudiantes habíamos vivido toda una gama de emociones profundas y experiencias de gran intensidad que removían y cuestionaban las verdades y convicciones previamente aceptadas. En el crisol del Movimiento se habían fundido y fraguaban nuevas convicciones: los días de la libertad y la democracia vivida plenamente en las escuelas; las dudas y los temores dejados de lado para poner por delante el orgullo y la dignidad de las personas.

La represión como sustituto de negociaciones políticas, propias de un verdadero Estado democrático, había golpeado a finales de la década de los 50 y a principios de los 60, a ferrocarrileros, electricistas, petroleros y maestros, y en 1965 hizo lo propio con el Movimiento de los médicos.

Pero los orígenes de la represión en el 68 son aparentemente inexplicables: una reyerta callejera, común entre estudiantes, provoca una reacción policiaca y militar que viola la autonomía universitaria y golpea a estudiantes que salían de clases, no sabían nada de lo que estaba ocurriendo, no había ninguna demanda contra el gobierno y, como ya se explicó, el ambiente era propicio a la celebración de los Juegos Olímpicos.

Para explicar la descomunal violencia, desde el principio con la presencia beligerante del Ejército, Raúl Álvarez acude a una hipótesis que le parece plausible: el gobierno *provoca* una agitación artificial que, dentro de sus cálculos, supone que podrá controlar, pero también tiene el propósito, cumplido, de que esa agitación será aprovechada para encarcelar preventivamente a varios miembros del Partido Comunista Mexicano, que según sus fantasiosas interpretaciones podría provocar disturbios para deslucir los Juegos.

Había antecedentes que favorecían esta hipótesis: en vísperas de la visita de los presidentes norteamericanos, o del informe presidencial, eran encarcelados miembros del Partido Comunista y otros izquierdistas que, sin haber hecho nada, se la pasaban en la cárcel mientras se desarrollaban los acontecimientos, en los que nunca se dejaba de mencionar la paz social debida al desarrollo económico y al funcionamiento correcto de las instituciones democráticas.

Esta última ficción se viene abajo junto con los cálculos paranoicos del gobierno, y lo que se provoca es algo que ya no se puede controlar: una insurrección cívica y legal de enormes proporciones; una toma de conciencia y una actitud desafiante, cuya misma magnitud carente de antecedentes en la historia posrevolucionaria del país, impresionó a todos los sectores, incluido por supuesto el protagonista central: los estudiantes mexicanos.

Esa toma de conciencia y esa actitud ejemplar de hacer valer los derechos constitucionales de petición, expresión, reunión y manifestación, principalmente, no sólo no decrecen, sino que toman nuevos bríos después de la toma de Ciudad Universitaria, de la Vocacional 7 y del Casco de Santo Tomás.

El carácter entusiasta, las expresiones verbales ingeniosas e irreverentes que, hay que reconocerlo, tenían un blanco fácil en la personalidad rastacuera y solemne del presidente Gustavo Díaz Ordaz; inclusive la explosión ritual y colectiva de erotismo en su más amplia acepción, como han explicado Octavio Paz y Luis González de Alba, en suma, el carácter absolutamente festivo que asumieron los estudiantes, no pudo ser contenido ni por la represión que se potencia el 18 de septiembre con la toma de Ciudad Universitaria. Antes bien, todos celebramos y admiramos la defensa heroica que de sus escuelas hicieron los estudiantes del Politécnico.

Toda esta lucha por la vigencia de los derechos humanos y civiles fue cortada de tajo, bestialmente, el 2 de octubre de 1968. El resplandor del Movimiento se redujo a cenizas el 2 de octubre de 1968. Raúl Álvarez Garín registra y documenta rigurosamente el carácter premeditado y alevoso del genocidio (un antecedente importante de este libro, se encuentra en el extenso artículo que publicó el propio Raúl Álvarez en la revista *Zurda*, “En octubre de ‘68”, pp. 4-41, núm. 4, segundo semestre de 1988).

A este respecto, básteme decir que el autor recrea minuciosamente, en una de las partes más logradas de *La estela de Tlatelolco*,

todas las pruebas que demuestran que la masacre fue planeada con mucha anterioridad y ejecutada fríamente y con una crueldad que se grabó para siempre en la memoria de los sobrevivientes. Pero es la Nación entera la que aún espera el veredicto final dictado por las instancias competentes, sobre el atroz genocidio.

Además, Raúl Álvarez hace un recuento explicativo, también muy detallado y argumentado, no sólo sobre los grandes aciertos del CNH sino también sobre algunos graves errores.

*Los aciertos.* El pliego petitorio: libertad a los presos políticos; la destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero, y la del teniente coronel Armando Frías; extinción del cuerpo de granaderos y no creación de otros semejantes; derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal que configuran el delito de disolución social; indemnización a las familias de los muertos y a los heridos desde que se iniciaron las hostilidades por parte del gobierno, y el deslindamiento de responsabilidades que correspondan a las autoridades represivas. El pliego petitorio, no siempre bien entendido ni siquiera por algunos de los dirigentes, encerraba una gran coherencia interna, un cuerpo de demandas cuyo denominador común era la lucha contra la represión, que fue precisamente, como ya se señaló, el origen único del conflicto.

El diálogo público, otra demanda central del CNH y todo el Movimiento, se ideó para transparentar ante el pueblo los motivos de los estudiantes, y para que no hubiera ni sombra de sospecha sobre la honestidad de la conducta de los representantes designados por el CNH al diálogo con los representantes del gobierno. Fueron también la rapidez y contundencia de las iniciativas del CNH, así como su capacidad organizativa, otros de los aciertos que confirieron al Movimiento su dimensión histórica.

*Los errores.* El grave error cometido por Sócrates Campos Lemus, quien el 27 de agosto, haciéndose eco de los gritos de una buena parte de la multitud reunida en el Zócalo, provoca gratuitamente al presidente, citándolo para que compareciera al diálogo público el 10 de septiembre a las 10 de la mañana, no obstante que él y todos sabíamos que a esa hora se dispondría a rendir su IV Informe Presidencial. La también grave irresponsabilidad de Marcelino Perelló Valls, quien unos días después del 2 de octubre declara a la prensa que el Ejército durante media hora había disparado balas de salva.

En fin, estas líneas tienen el propósito de suscitar el interés por leer el libro que el lector tiene en sus manos, y que constituye lo que los historiadores llaman una “fuente primaria”, dado que es el testimonio y la elaboración de uno de los principales protagonistas del conflicto. No dudo que en tal carácter acudirán los especialistas a la lectura de este libro.

Finalmente, el volumen se divide en tres partes: una es a la que ya me he referido exclusivamente en este prólogo, y que se circunscribe a los acontecimientos de 1968. La segunda parte está dedicada, principalmente, a seguir la secuela de los setentas y los diferentes movimientos que hicieron su aparición en la década, así como algo muy breve sobre la actualidad. Consideré, y así se lo hice saber a Raúl Álvarez, que en esta segunda parte sostengo con él diferencias de fondo, mismas que fueron discutidas con tolerancia y compañerismo mutuos, en más de una ocasión. Creo que ambos salimos ganando, en reflexión y en conocimientos.

La tercera parte está dedicada a examinar la responsabilidad del Ejército en los acontecimientos del 68, y que se titula precisamente “La intervención militar en el 68”, esta última parte está tratada con esmero y prudencia, pero el autor no deja de exponer toda la información que ha acopiado a lo largo de varios años, y que arroja nueva luz sobre las oscuras y graves responsabilidades en las que ha incurrido el Ejército; con esta actitud, Raúl Álvarez no hace más que refrendar el compromiso adquirido en la cárcel, en las pláticas que sostenían los presos políticos antes de cualquier interrogatorio, este único compromiso consistía en “decir la verdad”; este año varios de los compañeros, algunos de los cuales no estuvimos en la cárcel, seguiremos empeñados en este propósito, buscaremos por todos los medios legales a nuestro alcance que se abran los archivos de todas las dependencias ligadas directamente al conflicto, después de treinta años. No hay razón de ninguna índole para conservar en secreto los documentos oficiales, éstos deben abrirse para recuperar la salud moral y política de la República.

ROBERTO ESCUDERO  
Junio de 1998



## Introducción

La *estela de Tlatelolco* es una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68, de sus principales acontecimientos, de los debates y consecuencias que de ahí se derivaron y de las referencias de entonces que todavía conservan plena vigencia. Una estela es una huella en el agua, también es una historia labrada en piedra o la cauda de un cometa. En los primeros años posteriores al Movimiento del 68 parecía que la impronta de éste sería efímera, que sus huellas serían perdurables tan sólo como cicatrices del alma. La rabia se volvió consigna: “2 de octubre, no se olvida”, y es verdad que la historia no se olvida, pero el poder persiste en deformarla hasta volverla irreconocible, y la puede ocultar por mucho tiempo.

Por eso, frente al vacío, el mensaje grabado en piedra hace permanente e indeleble el compromiso: “Fueron muchas víctimas cuyos nombres aún no conocemos”. Así no se petrifica la memoria, por el contrario, la historia viva se refuerza y cuando se recrean con detalle los sucesos del 68 deslumbra el resplandor de esa luz que iluminó el cielo de la libertad por un momento. Y los signos que ahora anuncian la vuelta del cometa no son como el presagio de los magos y los adivinos, son las certidumbres de la historia y los afanes de justicia, libertad e igualdad irrefrenables.

En los últimos años la mayoría de los actores políticos se ha individualizado, los ciudadanos personalizados han tomado el lugar que antes ocupaban actores sociales colectivos, y más todavía, algunos suponen que los movimientos de masas tendrán un lugar cada vez menos apreciable en la vida del mundo. También son tema de

debate las relaciones, influencias y determinaciones que se producen entre lo económico, lo social y lo político para determinar el orden de las reformas. Ahora la vida nacional ha estado dominada por los temas y preocupaciones específicos de la política bajo el supuesto de que la salida principal a los problemas económicos y sociales del país deberá encontrarse a partir de los propósitos de largo plazo y de los modos de conducción de todas las otras esferas y dimensiones de la vida del país.

En contra de lo esperado, cuando aún no se establece plenamente la “transición democrática”, ya se registran muy serias limitaciones a los procesos de cambio político que están en curso. Se está modificando la realidad política en un sentido restringido y no tan generoso como se requiere, porque se está pasando del monopolio político priísta al monopolio de la nueva clase política ampliada, conformada por las cúpulas de los partidos con registro legal. En esta realidad política, los movimientos y los actores sociales no tienen suficiente espacio, se les niega reconocimiento como actores políticos con capacidad de autorrepresentarse, se pretende que los indígenas, los campesinos, los obreros, los desempleados y los estudiantes sólo concurren como trasfondo. Pero hay signos de inquietud y descontento en las crecientes movilizaciones de los pueblos.

Sin ninguna duda, las transiciones pactadas garantizan los intereses de participación en el poder de las fuerzas contratantes, pero excluyen y sacrifican a los sectores sociales que no están directamente representados. Para los sectores populares las esperanzas de cambio han estado fincadas principalmente en las iniciativas políticas de Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD, por una parte, y en las propuestas de justicia y democracia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

A pesar de la dureza y duración de los enfrentamientos políticos, todavía no está definido inequívocamente el sentido de los cambios de fondo que se están produciendo en el país, y todavía no se ve una salida consistente a la crisis política y económica que se vive. Las propuestas cambian de nivel, pero no de contenido. Por un lado la propuesta de un proyecto económico transexenal de carácter implícitamente neoliberal. Por otro, la idea de recurrir a un nuevo pacto político de soberanía popular en un gran Congreso Nacional Constituyente, que de entrada tiene la dificultad de cómo proceder



a designar legítimamente a los responsables de llevar a cabo la tarea, los propios diputados constituyentes, cuando existen segmentos enteros de la sociedad que no están y no se sienten representados en ninguna de las instancias políticas actuales.

En estas condiciones los procesos de autorrepresentación son inevitables, y su único ordenamiento objetivo es por medio de la atención a las necesidades colectivas que los determinan, porque los conflictos sociales son la expresión de un imperativo urgente de transformación y de orden. En el futuro del país, la acción colectiva de sectores sociales significativos será cada vez más frecuente e incisiva, hasta que se establezcan de nuevo condiciones económicas, sociales y políticas que garanticen una vida digna para todos los mexicanos.

Para ese propósito el Movimiento estudiantil del 68 no sólo es una referencia y antecedente ineludible de la situación actual, también es una fuente de enseñanzas importantes, por la vigencia de sus motivaciones y por las consecuencias de sus hechos.

En las universidades y en las escuelas medias y superiores y en la vida interna de numerosas organizaciones sociales y políticas, frecuentemente se organizan conferencias y mesas redondas para examinar los acontecimientos relativos al Movimiento estudiantil de 1968, y en especial los trágicos sucesos del 2 de octubre en Tlatelolco. Este interés se ha mantenido por muchos años, aunque con el tiempo ha ido variando el peso de la atención por los diferentes temas relacionados, y se ha pasado de las consideraciones de balance que en los primeros años eran dominantes, a las reflexiones más generales de carácter político. Este libro responde a esas preocupaciones, y está elaborado con el propósito de hacer comprensibles especialmente para los jóvenes de hoy, los que aún no habían nacido en el 68, cuáles fueron las motivaciones, las causas y la trascendencia de esos sucesos.

La primera parte es un relato detallado de los acontecimientos del Movimiento. Está basado en las experiencias personales directas, mías y de muchos otros compañeros, y en numerosos soportes documentales. En estas páginas hemos intentado una reconstrucción general de los hechos que dieron lugar a esa histórica experiencia de insubordinación civil casi generalizada, que tuvo como epicentro a los estudiantes de educación media superior y superior de la ciudad de México.

La periodización de este relato cubre más de cinco meses y comprende seis fases principales: la primera, del 22 al 30 de julio, está caracterizada por la violencia policiaca para “prevenir” conflictos políticos durante las Olimpiadas; la segunda, del 30 de julio al 5 de agosto, por la emergencia de una organización y protesta de carácter masiva, pacífica, democrática e independiente contra el autoritarismo estatal; la tercera, del 6 al 29 de agosto, se registra el creciente desafío democrático con las manifestaciones al Zócalo, la exigencia del diálogo público, y la desobediencia civil de los burocratas y los obreros; la cuarta, del 1o. al 30 de septiembre, es patente la frustración de la contraofensiva gubernamental ante el Movimiento, que crecía en disciplina y legitimidad; la quinta, el 2 de octubre, se examina como una fase en sí misma, plena de contradicciones, implicaciones y responsabilidades históricas determinadas; y la sexta, del 3 de octubre al 4 de diciembre, es el tránsito de la represión masiva e indiscriminada al despliegue de una visión que intenta deslegitimar al Movimiento y al Consejo Nacional de Huelga.

En los libros del 68 hay numerosos testimonios, alegatos y recopilaciones documentales diversas, pero me pareció necesario y conveniente disponer de una narración general más centrada en la lógica de los acontecimientos que sirviera como marco de referencia para ubicar y apreciar los hechos, las dificultades y los errores que en cada momento se fueron dando y que finalmente son la trama necesaria para examinar con detalle y juzgar con fundamento cuestiones y decisiones que han sido notablemente difíciles y complejas.

En la segunda parte del libro se analizan y discuten algunas de las interpretaciones y caracterizaciones que se han dado del Movimiento del 68 en diversos momentos. Se trata de una discusión que presupone el conocimiento de los hechos del 68 y de temas que tienen relevancia en la historia y perspectiva políticas de los agrupamientos de izquierda, porque tienen que ver con los problemas de las estrategias de cambio, del papel de la dirección política, de los límites y las formas de luchas, de las relaciones de la base y los organismos dirigentes.

Para las personas que no están muy familiarizadas con estos debates típicos de la izquierda es importante advertir que se trata de cuestiones a veces recargadas de elementos doctrinarios, que además con el tiempo han sido modificados, precisamente por los efec-

tos indeseados que se produjeron con ellos, todo lo cual resulta en discusiones que no son fáciles de seguir.

Espero, en cambio, que estos apuntes ayuden a sintetizar esas discusiones y acotar sus alcances, para que, con mayor facilidad y confianza, pasemos al análisis concreto de los hechos históricos que se produjeron con esas motivaciones doctrinarias, de las que se abusó en exceso.

Ahora se trata de ofrecer la mayor cantidad de información relevante para comprender el origen, la lógica y el sentido de la actuación de los innumerables actores sociales que han concurrido a forjar la historia de las luchas del pueblo mexicano en estos últimos años, porque en la valoración y juicios que de ellos se hagan tendrá un mayor peso la lógica de los conflictos, que los imperativos dogmáticos de las doctrinas. Por ello tiene mucho sentido registrar y ubicar, aunque sólo sea como referencia, una serie de fenómenos y momentos del Movimiento estudiantil y de las instituciones de enseñanza. Se trata de asuntos que tuvieron en su momento repercusión nacional y algunos todavía tienen importantes efectos locales, pero no han sido estudiados en su significado conjunto y no existen referencias suficientes para considerarlos con precisión, tal como pasa con el papel jugado y la experiencia de las administraciones de izquierda en diversas universidades de provincia.

En esta segunda parte, también se hace una reconstrucción sintética del ambiente previo al 68, que muestra que los cambios más importantes que se produjeron con el Movimiento se ubican en el plano de la conciencia y de los valores de la gente, especialmente urbana y de clase media, en el nivel de politización, de la disposición militante, y de la solidez y consecuencia de sus convicciones. Se trata de cambios reales que tienen sus raíces y causas en el Movimiento mismo, y que no se explican a cabalidad por la invocación de causas económicas, por influencia ideológica del atractivo de nuevas costumbres, u otras, aunque todos estos factores tengan un cierto valor explicativo.

Aunque de modo constante se reconoce explícitamente que el Movimiento del 68 es causa o antecedente de numerosos fenómenos actuales, esta aseveración general no identifica de manera más específica cómo es que se crearon las condiciones para que surgieran nuevos partidos, guerrillas, poderosos frentes populares, de-

mocratización de universidades y otra variedad de fenómenos sociales y políticos de la época.

La comprensión más general de que muchas de las anécdotas particulares en realidad eran vivencias colectivas, y que éstas constituían una excelente explicación e ilustración de las causas de muchos de los cambios, ha sido una de las motivaciones de este libro. Así, también se explica la unidad de propósitos de la izquierda en los momentos más relevantes de la vida del país y la diversidad de opciones generales y hasta contrapuestas que se presentan, a la par que se comprende cómo las opciones individuales estaban restringidas por las condiciones y limitaciones locales que las determinaban.

La experiencia misma del 68 como una insubordinación generalizada, consciente, persistente y plena de dignidad se constituyó en la base de los cambios. Después de los acontecimientos de octubre del 68 ya no eran eficaces los simples cambios de forma, las modificaciones cosméticas superficiales ya no engañaron a nadie.

En la tercera parte del libro se examinan los rasgos generales más preocupantes de la experiencia represiva del 2 de octubre en Tlatelolco. Los efectos de intimidación y amenaza que suscita el simple recuerdo de los hechos están presentes todavía y se renuevan cada vez que los conflictos se extreman por la acción de grupos sociales descontentos. Superar el trauma de Tlatelolco es una necesidad histórica para todos los mexicanos, para vivir y luchar sin amenazas, para que no se repitan los hechos. También es necesario que las fuerzas armadas salden las cuentas históricas que deben dar a la sociedad, pues cada día son más insostenibles las mentiras en que se han amparado para evadir su responsabilidad en los sucesos de Tlatelolco.

*Primera parte*

La epopeya de los estudiantes



## 1. Los primeros incidentes

En los primeros meses del año de 1968, México vivía un ambiente de excitación y de fiesta. El país se preparaba para lucir sus mejores galas ante el mundo y se hacían grandes esfuerzos por cumplir con todos los compromisos contraídos para celebrar los XIX Juegos Olímpicos y ofrecer en ellos algo más de lo esperado, quizá algunas sorpresas y también iniciativas propias. En unos meses más los estadios y las nuevas instalaciones deportivas, la Alberca Olímpica, el Velódromo, el Palacio de los Deportes, y el Canal de Cuemanco, los albergues de Villa Coapa y Villa Olímpica, el modernísimo centro de comunicaciones, la Ruta de la Amistad con sus esculturas monumentales y muchos otros sitios serían los escenarios de los juegos, y ahí se encontrarían los jóvenes más destacados del mundo para disputar las glorias de los triunfos deportivos.

Para los visitantes, la Olimpiada también sería la ocasión de conocer la realidad de México; un país pobre, pero enérgico, pujante, orgulloso de sus esfuerzos y sus progresos. Las obras olímpicas eran una buena muestra del avance del país entero y en todos sus órdenes, pero eran apenas una introducción al mundo asombroso de los mexicanos, a la Revolución y sus frutos, a su pasado prehispánico y colonial. Significativamente, en los días en que empezaron las lluvias torrenciales con el traslado de Tláloc al Museo de Antropología, los gobernantes hablaban con orgullo de los jóvenes mexicanos y para rubricar con hechos los elogios, el presidente Gustavo Díaz Ordaz ofreció como regalo modificar la ley para otorgar el voto a los jóvenes de 18 años.

En esos meses, los periodistas y los responsables del Comité Olímpico Internacional inspeccionaban y certificaban el avance de

las obras y no se escatimaban alabanzas a la belleza y audacia de los proyectos en curso. México entero, el pueblo y los gobernantes, sabíamos que no sería posible conseguir grandes triunfos deportivos y lograr un espacio destacado en esas lides, pero en cambio, nuestra mayor aportación a los Juegos sería la “Olimpiada Cultural”, una celebración previa y en paralelo de cientos de eventos y espectáculos artísticos y culturales de todo el mundo que le darían a los Juegos una dimensión nunca antes vista: además del deporte, sería el encuentro de la música, la danza, el teatro, el cine, la cultura. Con ese propósito, de nuevo sería realidad la antigua idea prehispánica de los juegos floridos, el sentido del esfuerzo y de la exaltación de la existencia con “al menos flores, al menos cantos”. Todo ello aunado a una convivencia cálida y la generosidad del pueblo mexicano, harían inolvidables los Juegos del 68.

### *Los primeros incidentes*

Los incidentes que dieron origen al Movimiento del 68 se produjeron el día 22 de julio en la plaza de la Ciudadela cuando un juego de fútbol entre alumnos de la Preparatoria Isaac Ochoterena y de las vocacionales 2 y 5 del IPN terminó en una riña colectiva, en la que al parecer los preparatorianos llevaron la peor parte. Al día siguiente varios camiones de universitarios de los planteles 2 y 6 de la Preparatoria encabezados por “porristas”<sup>1</sup> agredieron con palos y piedras a los estudiantes politécnicos causando destrozos en los edificios escolares, con el agravante de que todo ocurrió en presencia de granaderos que sólo observaron los hechos sin intervenir.

Horas después, los politécnicos agredidos se reorganizaron para responder y atacaron a los alumnos de la Preparatoria Isaac Ochoterena en su propio plantel. Al regreso, cuando consideraban terminado el conflicto según sus propios conceptos de equidad y justicia, los estudiantes politécnicos fueron interceptados por dos batallones del cuerpo de granaderos en el parque de la Ciudadela y perseguidos hasta el interior del recinto de sus escuelas, en donde golpearon sin discriminación a estudiantes, maestros e incluso au-

<sup>1</sup> Grupos de choque financiados por las autoridades para mantener el control en las escuelas.



toridades escolares, las cuales se sintieron obligadas a consignar los hechos en un reporte oficial.

Esta intervención salvaje, absurda y tardía de los granaderos, provocó una respuesta natural de indignación, acentuada porque además ya existían antecedentes de conflictos entre diversas escuelas que se habían resuelto mediante arreglos amistosos, como había reportado la prensa y ocurrido un año antes en otro incidente entre estudiantes de la Preparatoria 4 de la UNAM y la Vocacional 4 del IPN que fue superado mediante pláticas y culminó en un festival conjunto.

El conflicto político se inició con la brutal intervención de los granaderos. Los estudiantes de las escuelas vocacionales organizaron formalmente la protesta, exigieron la destitución de los jefes policiacos responsables de la agresión y garantías inequívocas de que los recintos escolares serían respetados por la policía. De manera casual o premeditada se organizó una manifestación de protesta y de apoyo a sus peticiones para el viernes 26 de julio, encabezada por el Comité Ejecutivo de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET).<sup>2</sup>

Ese mismo día, el 26 de julio, la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED)<sup>3</sup> también había convocado a otra manifestación para conmemorar el inicio de la Revolución Cubana, y aunque se intentó separar las dos manifestaciones y los comunistas le solicitaron a la FNET que cambiara la fecha de su protesta para que no coincidieran ambas marchas, los dirigentes politécnicos se negaron a ello.

De entrada, las dos demostraciones contaban con el permiso de las autoridades y se habían trazado recorridos diferentes. Sin embargo, en la tarde del 26 de julio al llegar al Monumento a la Re-

<sup>2</sup> La FNET fue durante muchos años la organización representativa de los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional, y gozó de un merecido respeto. En los marcos de la FNET se articulaban las huelgas y movimientos de 1942, 1950 y 1956, pero después de la represión y la ocupación militar del internado del IPN el 23 de septiembre de 1956 y el encarcelamiento de sus principales dirigentes Nicandro Mendoza y Mariano Molina, acusados del delito de disolución social, la FNET empezó a ser cooptada por el gobierno. En 1968 la FNET estaba totalmente controlada por el PRI y especialmente por personeros del regente del DF, general Alfonso Corona del Rosal.

<sup>3</sup> La Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) articuló durante los años de 1963 a 1968 los esfuerzos de los líderes y escuelas que se rebelaban en contra del control oficial. En los primeros congresos de la CNED se dio atención especial a elaborar un diagnóstico preciso de la realidad educativa y del movimiento estudiantil del país. La CNED fue promovida por la Juventud Comunista.

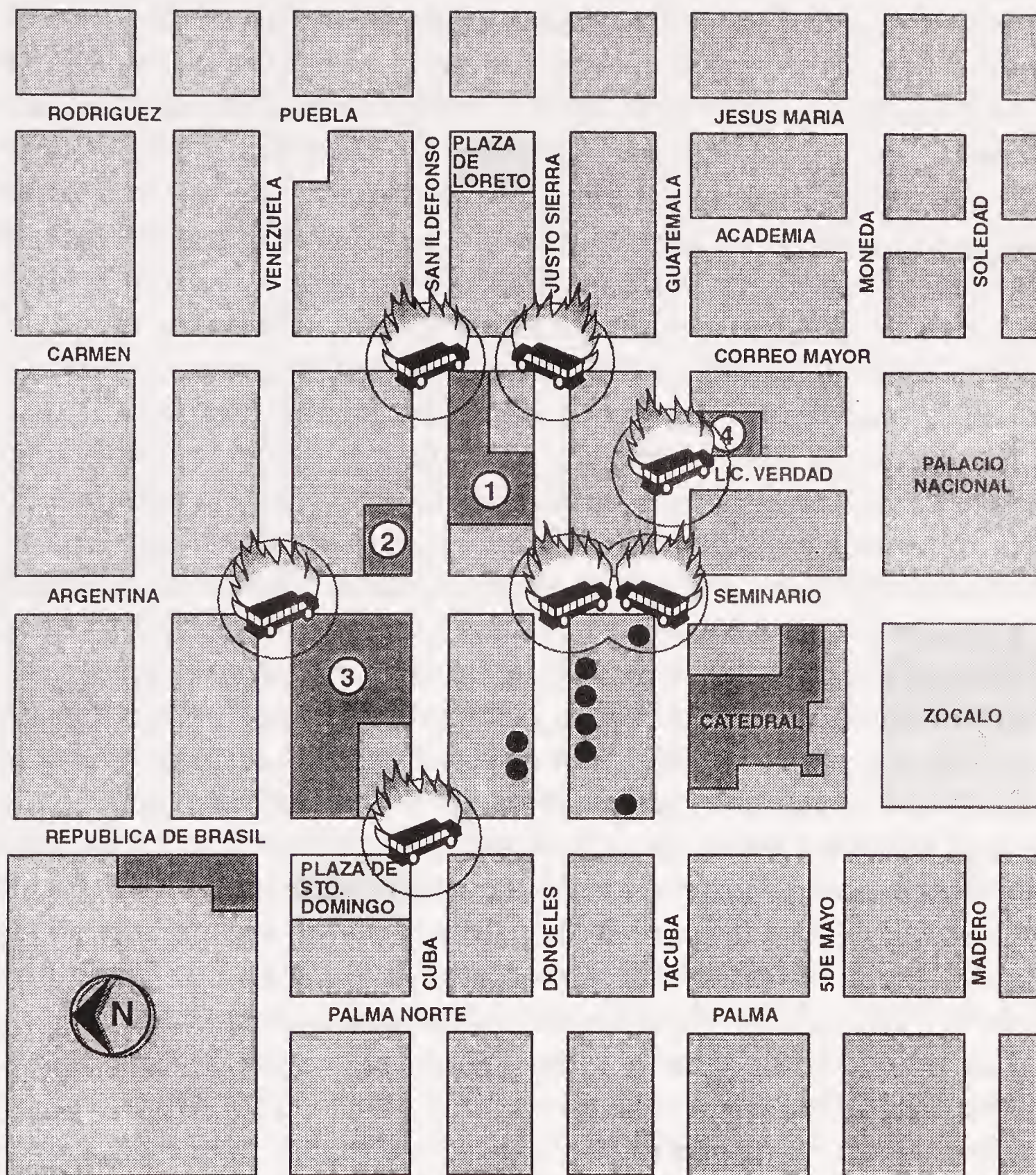
volución, los estudiantes politécnicos de base percibieron los engaños de los líderes “fenetos” que buscaban desviar y minimizar sus protestas conduciéndolos al Casco de Santo Tomás. Cuando certificaron que así sucedía, en la Plaza del Carrillón los abandonaron, reiniciaron su marcha y se dirigieron al Centro. Antes de llegar al Zócalo fueron agredidos por la policía. En el repliegue se encontraron y se unieron con los estudiantes de la CNED que ya estaban en el Hemiciclo a Juárez y de común acuerdo decidieron marchar al Zócalo para poner énfasis en la protesta estudiantil contra la violencia policiaca. Cuando la columna conjunta estaba próxima a su destino de nuevo fue interceptada por la policía.

Durante varias horas, los granaderos golpearon salvajemente a cuanto joven encontraron en las calles del primer cuadro, agredieron a estudiantes de la Preparatoria 3 que salían de clase y se encontraban ajenos al problema, y de nueva cuenta invadieron los recintos escolares, causando innumerables destrozos. Desde esa noche del viernes 26 de julio, durante todo el fin de semana y hasta después de la medianoche del lunes 29, los estudiantes resistieron dentro de sus escuelas el acoso policiaco.

Para defenderse, los estudiantes utilizaron piedras y palos y formaron barricadas con camiones incendiados en las bocacalles. Cuando los enfrentamientos se generalizaron, los jóvenes cercados se volvieron más organizados y metódicos: los estudiantes empezaron a preparar y utilizar cocteles molotov. En la madrugada del 30, fuerzas del Ejército, apoyadas por tanques, tomaron por asalto la Escuela Nacional Preparatoria y varias vocacionales, y encarcelaron a cientos de jóvenes que ahí se encontraban. La puerta principal de la preparatoria de San Ildefonso fue derribada con una bazuca y se dijo que varios estudiantes habían muerto en esas acciones.<sup>4</sup> Fue ahí donde detuvieron a Jessaí Díaz Cabrera. El Ejér-

<sup>4</sup>En un número extraordinario de la revista *¿Por qué?*, sin fecha, pero editado aproximadamente el 12 de agosto de 1968, se da cuenta de seis estudiantes muertos, entre el 27 y 30 de julio, Pedro Morín Colín, José Richard Fuentes, Arturo Quiroz, una joven de nombre Ma. Elena de la Universidad La Salle, Emilio Ruiz y Federico de la O y cinco desaparecidos. Sin embargo, las autoridades solamente reconocieron la muerte de Federico de la O García, según ellas, víctima de un derrame cerebral “ocurrido un año antes”.

En la revista *Proceso*, núm. 104 se publica un parte militar firmado por el general José Hernández Toledo, que da cuenta de dos soldados paracaidistas, Jesús García Vargas y Juan Manuel Nava Bernal, que resultaron heridos con la fuerza de la explosión que abrió la puerta, y se reportan 127 detenidos en la preparatoria.



- 1 Preparatoria 1 y 3
- 2 Preparatoria 3 (Anexo)
- 3 Secretaría de Educación Pública
- 4 Preparatoria 2
- Armerías

“Barricadas” en el centro de la ciudad de México. 29 de julio de 1968.

cito ocupó las escuelas del centro de la ciudad, también las preparatorias 4 y 5 y las vocacionales 2, 5 y 7.

Por otra parte pero simultáneamente, desde el 26 de julio en la noche, se habían iniciado las detenciones de militantes del Partido Comunista y sus oficinas centrales habían sido ocupadas por la policía. En el local del periódico *La Voz de México*, en restaurantes cercanos que frecuentaban sus militantes, y en la oficina particular del abogado Juan Manuel Gómez Gutiérrez más de tres decenas de comunistas fueron detenidos. Después se vio que estas detenciones tenían la evidente intención de atribuir un carácter artificial, que no tenían, a las acciones estudiantiles.

En la madrugada del martes 30 —pocas horas después de que el Ejército saliera por primera vez a la calle— en una improvisada conferencia de prensa, el licenciado Luis Echeverría Álvarez, secretario de Gobernación, el general Alfonso Corona del Rosal, regente de la ciudad de México, y el procurador general de Justicia de la República, Julio Sánchez Vargas, y del Distrito Federal, Gilberto Suárez Torres, dieron la versión oficial de los hechos, según la cual, se atribuía la culpa de los sucesos a agitadores de ideología comunista, “extraños a los estudiantes” que se proponían “desprestigiar a México” aprovechando la proximidad de los Juegos Olímpicos. Se dijo que el acto excesivo de fuerza, la presencia del Ejército en las calles, había sido necesario para acabar “de raíz” con la agitación.<sup>5</sup> Ésta fue la primera de una larga serie de calumnias y de afirmaciones infundadas contra los estudiantes que se emitieron al amparo de la investidura oficial y la impunidad que ello supone en México.

En unos cuantos días cambió de raíz el clima que se vivía en la ciudad de México. De los preparativos de fiesta, de los actos y eventos de la Olimpiada Cultural, de las inauguraciones fastuosas y la orgullosa exhibición de los adelantos y logros del país, se pasó a las escenas de violencia, de tanques y soldados en las calles, camiones incendiados, largas filas de detenidos, persecuciones y golpizas. En los artículos de análisis reaparecieron las formas des-

<sup>5</sup> Las detenciones de los comunistas se dieron del 26 al 29 de julio y las declaraciones de los funcionarios del gobierno, atribuyéndoles a ellos la responsabilidad de una conjura se hicieron públicas el día 30. Un desplegado apócrifo atribuido a la Juventud Comunista (JC) y llamando al uso de las armas, según los jefes policiacos se conocía desde el 25 y también que los comunistas pretendían “alterar el orden”. Pero el parte policiaco de la Federal de Seguridad era evidentemente artificial por el hecho de que no se hizo nada para impedir la supuesta conjura.

pectivas de referirse a los jóvenes como “rebeldes sin causa”<sup>6</sup> y desde luego la conjura de los comunistas.

En cambio, en una reconstrucción objetiva de los hechos, resaltan varios elementos que sugieren y revelan el carácter oficial y de provocación deliberada de los sucesos relatados.

En los actos del 23 de julio, durante el primer conflicto entre las escuelas, tuvieron parte principal algunos “porros” especialmente de la Preparatoria 2. Los personajes identificados eran parte de “la flota”, manejada por “Lara”; ahí estaban los Corona, El Gato, El Loco y otros que a su vez estaban controlados políticamente por “El Semilla”, agente secreto de la Policía del D.F., y Sergio Romero “El Fish”, todos apadrinados por el grupo político de Alfonso Corona del Rosal.

Lo mismo sucedía con los dirigentes de la extinta FNET, quienes también eran controlados por Corona del Rosal y estaban encabezados por José Rosalío Cebreros, y que se empeñaron en hacer la manifestación del 26 de julio a pesar de que los dirigentes de la CNED les pidieron, en presencia de Guillermo López Ostolaza, encargado de la Oficina de Gobierno del Departamento del D.F., que cambiaran la fecha de la manifestación politécnica para el día 25 o 27. Y para rematar, también resultaba sospechoso que las autoridades del D.F., que rara vez otorgaban su autorización a las manifestaciones públicas, esta vez hubieran permitido que se hicieran dos en el mismo día y casi a la misma hora.

Al reprimir la manifestación fusionada con ambos contingentes, se dieron otros hechos inusuales: la expansión indiscriminada de la represión abarcando a estudiantes de preparatorias que se encontraban al margen de los hechos, y la denuncia reveladora y significativa de que los botes de basura de la Alameda y del primer cuadro estuvieran llenos con piedras y, curiosamente, que los trabajadores de limpia del DF hayan sido el auditorio elegido por el general Alfonso Corona del Rosal para emitir sus opiniones calumniosas en torno al conflicto y que posteriormente los barrenderos fueran usados como fuerza de choque, armados con varillas, para perseguir a las brigadas estudiantiles de propaganda, de la misma forma que en 1965 habían sido utilizados para agredir a los médicos huelguistas.

<sup>6</sup>Esta denominación provenía de la película *Rebelde sin causa*, que trataba de dar nombre a la inquietud adolescente y huraña del actor James Dean.

Por lo demás el comportamiento político de las autoridades de la ciudad no dejaba de ser asombroso por desaseado: una comisión de alumnos de la Vocacional 5, integrada por Genaro López Alanís, Gasparri del Valle, Alonso N. y Jesús González Guardado entre otros, que el 27 de julio se presentó en el despacho del general Corona del Rosal para discutir soluciones al conflicto, fue arrestada en la propia antesala del funcionario.

Los acontecimientos que se desarrollaron desde el 26 de julio hasta el 30 del mismo mes, se debieron a que la policía cercó las escuelas del centro de la ciudad, dejando encerrados en ellas a cientos de jóvenes que no podían retirarse del lugar sin riesgo de ser arrestados. El cerco a la Preparatoria de San Ildefonso se mantuvo desde la noche del propio 26 de julio hasta la madrugada del día 30 en que intervino la tropa.

El domingo 28 de julio, los funcionarios universitarios Alfonso Millán y Eduardo Martínez fueron golpeados por la policía cuando se presentaron en las escuelas del centro para conocer los hechos y buscar soluciones. Habían sido comisionados por el doctor Julio González Tejada, encargado del Departamento de Servicios Sociales de la UNAM, para entrevistarse con los estudiantes de los planteles del centro de la ciudad, las preparatorias 1, 2 y 3, y establecer las bases de un acuerdo con las autoridades policiacas para resolver el conflicto.

Los estudiantes exigían la liberación de todos los detenidos desde el 26 de julio y que cesaran las provocaciones y el cerco de la policía en torno a sus escuelas, y a cambio ofrecieron deponer su actitud de resistencia. Los estudiantes que negociaron este “acuerdo” eran dirigentes “porristas” que actuaban en ese momento bajo la presión de la base estudiantil, y se puede asegurar que precisamente porque se trataba de elementos semicontrolados oficialmente estaban predispuestos a cumplir con lo convenido, pero las autoridades policiacas, por supuesto, no cumplieron con lo que habían aceptado.

Es necesario señalar que en varias escuelas las huelgas fueron promovidas por elementos de la FNET como José Rosario Cebberos y Luis Alcaraz Ugalde, que eran los personeros del gobierno entre el estudiantado politécnico. Fue muy ilustrativo que en cuanto se hizo evidente el nivel de indignación causado por el hecho de que Cebberos había “solicitado” la

intervención de la policía para reprimir a sus propios compañeros politécnicos,<sup>7</sup> el mismo jefe de la policía, general Luis Cueto Ramírez, se tomó la molestia de redactar una carta dirigida al director del IPN, doctor Guillermo Massieu, tratando de exculpar a José Rosario Cebreros de su traición. Para efectos de propaganda y tergiversación política estos individuos eran muy útiles para el gobierno, que los usaba en el papel de títeres dispuestos a secundar todas sus vilezas, por eso las autoridades del D.F. que los controlaban los “reconocieron” durante varias semanas como únicos representantes estudiantiles.

De todo lo anteriormente señalado, quedan claras varias cuestiones:

Primera. Fue la policía la que provocó y extendió el conflicto con sus medidas violentas, arbitrarias e injustificadas.

Segunda. La policía, encabezada por los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero, cometió innumerables abusos, destruyó muebles y bienes de la UNAM y el IPN e incluso ocupó planteles que estaban totalmente al margen del conflicto y después, para encubrir sus tropelías y crímenes, intentaron responsabilizar a los miembros del Partido y de la Juventud Comunista y de la CNED, de lo que los propios policías habían hecho.

Tercera. En cambio, cinco días después de los sucesos, los agentes federales informaban de una reunión celebrada el 25 de julio en las oficinas del Partido Comunista Mexicano para “planear” los desórdenes. Pero si eso hubiera sido cierto y la policía hubiera sabido desde un día antes lo que podría ocurrir, tendría que explicar por qué no tomó medidas para impedir los desórdenes “planeados”. Lo cierto es que primero detuvieron a los militantes de ese partido y luego fabricaron la “prueba” para culparlos. Las pruebas oficiales para inculpar a los comunistas de haber provocado los sucesos del 26 de julio fueron evidentemente prefabricadas y ridículas.

Cuarta. En una visión integrada resalta la participación de los “porristas” en la iniciación del conflicto, la misteriosa aparición de

<sup>7</sup> Los dirigentes de la FNET actuaron en coordinación con las autoridades del DF en medio de dimes y diretes. *El Sol de México* reporta que la represión del 26 de julio la policía intervino a petición de la FNET, y *El Universal*, del 6 de agosto, da cuenta de una carta del general Luis Cueto Ramírez, jefe de la policía del DF, en la que aclara que no recibieron petición alguna de la FNET para intervenir el 26 de julio.

piedras en los botes de basura, la intransigencia de la policía en acceder a solucionar el conflicto en esta primera época y la participación de los dirigentes corruptos de la FNET, encabezados por José Rosario Cebreros. En todos estos hechos aparecen las manos de Rodolfo González Guevara, secretario general de gobierno del DF, y del regente, general Alfonso Corona del Rosal, que fueron señalados en numerosas ocasiones como patrocinadores y protectores de las actividades delictuosas de esos individuos. Una apreciación objetiva de estos hechos tiene que considerar necesariamente las aspiraciones presidenciales del general Alfonso Corona del Rosal, bien conocidas en esa época.

### *Las hipótesis de la “provocación”*

Los hechos oscuros e inverosímiles que se dan en los orígenes de los acontecimientos del Movimiento del 68 dieron lugar a una serie de hipótesis que intentan explicarlos como producto de una “provocación” de los “enemigos de México” o de personajes políticos sumergidos en luchas por el poder. En este tipo de explicaciones, la participación y los supuestos propósitos de fuerzas o personajes políticos adquieren relevancia en función de intereses ocultos y de las muchas o pocas evidencias que se logren conjuntar, y así tienen que ser consideradas, pero como en todas las hipótesis sólo se puede concluir el mayor o menor grado de credibilidad de las explicaciones. Las tres hipótesis más señaladas han sido:

Primera, que se trató de una acción de la CIA para presionar al gobierno mexicano. Para sustentar esa idea se aducen la serie de atentados con explosivos que se dieron en oficinas diplomáticas y de turismo de México en Estados Unidos, en las oficinas del periódico *El Día* y en la embajada de la URSS en México, realizados por grupos anticastristas,<sup>8</sup> lo que se explica por el profundo descontento de los norteamericanos por la política mexicana respecto a Cuba; también se argumentan algunas referencias imprecisas que se hicieron en columnas periodísticas de la época respecto a esa posibili-

<sup>8</sup> Coronel Manuel Urrutia, *Trampa en Tlatelolco*, pp. 32-35. Los días 15, 17 y 19 de julio se hicieron estallar bombas en las oficinas de turismo de México, en Chicago, en el consulado mexicano en Newark, New Jersey, y en dos oficinas de turismo de México en Los Ángeles.



dad y algunos interrogatorios en el Campo Militar que inquirían al respecto.

La segunda hipótesis atribuye los hechos a una conjura de carácter comunista internacional fraguada en La Habana y Praga, y ejecutada por agentes y agitadores internacionales que pretendía derrocar al gobierno de México. Esta versión obviamente falsa fue sostenida por el gobierno desde los primeros momentos del conflicto y hasta los juicios penales posteriores, y se sostuvo porque servía cínicamente para mantener en prisión a cualquier opositor del gobierno.

La tercera hipótesis es altamente probable, y en todo caso concuerda con los elementos relatados en la reconstrucción antes señalada; sostiene que la policía del DDF y el regente Alfonso Corona del Rosal, por cuenta propia, o en coordinación con la Secretaría de Gobernación, prepararon una provocación como parte de los trabajos de represión preventiva que regularmente utilizaba el gobierno priísta para encarcelar temporalmente a personajes de oposición y así impedir acciones de protesta en momentos cruciales de la vida nacional, en este caso las olimpiadas.

Era una práctica regular que antes del Informe Presidencial o del 1o. de mayo, o ante la visita a México de mandatarios extranjeros, se encarcelara a los comunistas desde unos días antes y hasta que pasaba el evento, pero en ocasión de un suceso de tanto interés como los Juegos Olímpicos, es posible que se considerara encarcelar durante algunos meses a los comunistas y para eso se requería de un buen pretexto.

Una variante de esta última hipótesis es que los dos precandidatos presidenciables más señalados en ese momento, Alfonso Corona del Rosal y Luis Echeverría, aprovecharan los incidentes provocados para atacarse mutuamente. De cualquier manera que se haya iniciado el problema, con provocación o sin ella, lo cierto es que el Movimiento del 68 muy pronto adquirió rasgos propios tan singulares e importantes que la hipótesis de la provocación se ha reducido, en todo caso, a uno de los componentes, posiblemente importante pero no esencial, del conflicto.



## 2. La huelga nacional

### *Convocatoria de Javier Barros Sierra y el surgimiento del Consejo Nacional de Huelga*

Los sucesos de agosto dan cuenta de las primeras respuestas organizadas de los estudiantes y de cómo se logró levantar un poderoso movimiento de oposición al régimen que alcanzó dimensiones antes inimaginadas. Veamos lo ocurrido.

En la madrugada del 30 de julio, cuando el Ejército ocupaba las escuelas, en la Facultad de Filosofía de la UNAM se realizaba una reunión de representantes estudiantiles que mantenía contacto telefónico con los estudiantes cercados en el centro de la ciudad. Cuando se cortó la comunicación y se empezaron a recibir las primeras noticias de lo ocurrido, sólo se acrecentó la alarma, pero nadie creyó la versión de que se había usado una bazuca para derribar la puerta; sólo hasta las tres de la mañana, cuando se presentó un estudiante herido que había logrado escapar y relató los hechos, se tomó conciencia plena del nivel de violencia utilizado. La reunión en Filosofía tenía el propósito de coordinar la respuesta estudiantil, pero era apenas una de las primeras reuniones, los participantes casi no se conocían entre sí y además había algunos individuos que evidentemente sólo procuraban acrecentar los rumores y la confusión. En el enésimo anuncio a gritos de la inminente llegada del Ejército, la reunión se disolvió sin más trámite. El ambiente creado en la ciudad y las escuelas era de estupor y alarma.

En la mañana del 30, cientos de estudiantes y profesores preocupados por las noticias, espontáneamente se dirigieron a la explanada de la Rectoría para conseguir información fidedigna e intercambiar opiniones. Al filo del mediodía, el rector Javier Barros Sierra izó la bandera nacional a media asta en la explanada de Ciudad Universitaria y pronunció unas breves palabras. Ese simple gesto simbólico, catalizó y dio orden y cauce al azoro y a la indignación que embargaba a miles de estudiantes:

Universitarios: Hoy es día de luto para la Universidad; la autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la Institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo acontecido. La autonomía no es una idea abstracta; es un ejercicio responsable que debe ser respetable y respetado por todos. En el camino a este lugar he escuchado el clamor por la reanudación de clases. No desatenderemos ese clamor y reanudaremos a la mayor brevedad posible las labores. Una consideración más: debemos saber dirigir nuestras propuestas con inteligencia y energía. ¡Que nuestras protestas tengan lugar en nuestra Casa de Estudios! No cedamos a provocaciones, vengan de fuera o de adentro; entre nosotros hay muchos enmascarados que no respetan, no aman y no aprecian a la autonomía universitaria. La Universidad es lo primero. Permanezcamos unidos para defender, dentro y fuera de nuestra Casa, las libertades de pensamiento, de reunión, de expresión y la más cara: ¡Nuestra autonomía! ¡Viva la UNAM! ¡Viva la autonomía universitaria!

Toda la confusión y la campaña de infundios desatada por la prensa en contra de los estudiantes se venía abajo ante el hecho simple de expresar el duelo de los universitarios con algo más que palabras. El miércoles 31 se realizó un mitin de orientación en la explanada de la Rectoría convocado por las propias autoridades y se citó para una manifestación al día siguiente, 1o. de agosto, que partiría desde la misma Ciudad Universitaria.

Mientras tanto, en las escuelas del Politécnico, estudiantes y profesores también nos reuníamos para examinar los hechos. Ahí decidimos solicitar permiso al rector Javier Barros Sierra para que las escuelas del Politécnico pudiéramos participar en la manifestación del día 1o., y le comunicamos explícitamente y de antemano el compromiso de garantizar que habría orden en nuestros contingentes. Estas providencias ahora podrían parecer innecesarias, pero en

esa época en los medios de prensa existía una campaña de satanización permanente en contra de los estudiantes politécnicos, a los que se les atribuía todas las desaforadas y febriles elucubraciones de los “periodistas”, en tanto, las rivalidades deportivas se habían atizado a tal grado que la simple contigüidad de politécnicos y universitarios podría parecer intolerable, encender los ánimos e incluso producir un enfrentamiento si no se tomaban las debidas precauciones.

En esa ocasión también le solicitamos a Barros Sierra que invitara personalmente al doctor Guillermo Massieu, director del IPN, a participar en la manifestación. El rector accedió de inmediato y nos brindó toda su confianza sin hacer una sola mención explícita a nuestras preocupaciones. No sólo eso, en su discurso del día 1o. mencionó que para él era un motivo de orgullo que por primera vez participáramos unidos, universitarios y politécnicos, en una lucha conjunta.

La manifestación convocada por el rector el 1o. de agosto naturalmente fue encabezada por él y por la absoluta mayoría de las autoridades y profesores de la UNAM, y desde su inicio se advirtió que sólo se avanzaría por la avenida Insurgentes hasta llegar a Félix Cuevas, para ahí doblar a la derecha y regresar a Ciudad Universitaria por avenida Coyoacán. Algunos grupos de estudiantes reclamaban que la marcha se dirigiera al Zócalo, pero se sabía que a unos cuantos metros, en el Parque Hundido, estaba la tropa con tanquetas y órdenes de impedir el paso de la marcha, de tal forma que sus llamados no tuvieron eco. En cambio, el mensaje político de la manifestación fue captado plenamente por el pueblo que se volcó en su apoyo, porque el significado más profundo de la movilización no estaba determinado ni por su recorrido, ni por quienes la encabezaban, según parecía derivarse de la lógica de quienes la impugnaban con murmuraciones y reclamaciones radicales anónimas.

Después de casi 10 días de incertidumbre y violencia, de noticias de enfrentamientos, barricadas, detenciones, heridos y muertos, después de haber sido arrastrada la ciudad entera a una vorágine de caos, la primera voz de enérgica protesta, de dignidad y de posibilidad de desarrollar una confrontación política civilizada la dio el rector Barros Sierra y los universitarios en pleno. Por eso la gente salía emocionada en los balcones, aceras y ventanas de los edificios a saludar la marcha. Cuando se soltó la lluvia, también llovieron

periódicos para cubrir simbólicamente a los manifestantes. El estado de ánimo de la ciudad cambió de un solo golpe. La manifestación del rector había demostrado que los estudiantes en general y los universitarios en particular no eran lo que decía el gobierno y repetía la prensa, y el hecho simple de que aparecieran juntos universitarios y politécnicos no sólo desmentía las imágenes más burdas de la supuesta rijosidad de los jóvenes, sino que además le daba una proyección de dignidad y respeto público a las demandas e iniciativas de todos los estudiantes del país.

Fue tan contundente y explícita la reacción universitaria y el debate nacional originado por la violación de la autonomía, que las acciones represivas de la policía y el Ejército se detuvieron significativamente. Con la manifestación del 1o. de agosto se impuso temporalmente un alto al uso indiscriminado de la fuerza.

En este ambiente las autoridades del IPN, el director general, Guillermo Massieu, y los 26 directores de las escuelas publicaron el 2 de agosto un desplegado de apoyo a los estudiantes en el que entre otras cosas decía:

El propósito fundamental de la educación es la libertad del desarrollo íntegro de las potencialidades del ser humano para que el individuo llegue a ser totalmente libre y estar completamente comprometido con su función social.

El Instituto Politécnico Nacional declara ante la opinión pública su indeclinable solidaridad con los profesores y estudiantes de nuestro instituto, por lo que mediante este documento exponen:

1o. Reprobamos en forma absoluta los medios de represión que han sido utilizados en contra de profesores y alumnos, así como la presencia de las fuerzas armadas en recintos escolares, ya que con eso se ha perpetrado un atentado a la dignidad humana...

2o. Exigimos a las autoridades competentes se deslinden responsabilidades para la aplicación de las sanciones.

3o. Reclamamos la libertad inmediata e incondicional de los profesores y alumnos detenidos con motivo de estos acontecimientos.

Sin embargo, las autoridades del IPN también expresaron:

Consideramos que el principio de autoridad debe mantenerse impartiendo justicia a quien la merece, y ese principio no debe invocarse para

soslayar el error, ya que fue una equivocación mancillar las Escuelas como un modo de cumplir con el deber.

Aunque la manifestación universitaria había logrado restablecer un clima de relativa tranquilidad para procesar el conflicto, en lo relativo a las reclamaciones expresas de los estudiantes no se había avanzado mayormente. Hasta esos momentos la situación en el medio estudiantil era dispareja y caótica: la escuela de Economía del IPN, ubicada en el Casco de Santo Tomás, había votado la huelga desde el sábado 27 de julio, y lo mismo habían hecho las preparatorias y algunas vocacionales.<sup>1</sup> La Escuela Nacional de Agricultura Chapingo se declaró en huelga el 29 de julio y en Ciudad Universitaria algunas facultades también decidieron hacer paros o declarar huelgas indefinidas, y algo semejante ocurrió en otras escuelas del Politécnico. Pero hasta esos momentos la coordinación estudiantil no había tenido mayor éxito a pesar de que ya se contaban hasta tres intentos diferentes de lograrlo.

Después de la manifestación del 1o. de agosto, la concurrencia de escuelas del IPN a las reuniones que se realizaban en la Escuela de Física y Matemáticas en la Unidad Profesional de Zacatenco aumentó sensiblemente. En el Politécnico teníamos una significativa experiencia: en el año anterior, en 1967, habíamos desarrollado, con buenos resultados, un movimiento de huelga solidaria con los estudiantes de Agricultura de Ciudad Juárez, y para el caso habíamos construido un organismo dirigente que se llamó Comité General de Huelga. En 68 repetimos el esquema desde el primer momento, pero al principio nuestras reuniones eran casi exclusivamente politécnicas.

Ahí se decidió convocar a otra manifestación pública tras la experiencia de los universitarios que habían realizado una manifestación exitosa, a la que nos habíamos sumado los politécnicos. Ahora podíamos “con todo derecho” convocar a realizar otro es-

<sup>1</sup> El 27 de julio en la Escuela Superior de Economía del IPN, al tiempo que se votaba la huelga, se elaboró el primer pliego de demandas que incluye: *a)* Desaparición de la FNET. *b)* Expulsión de los seudoestudiantes priístas y fenetos que son agentes del gobierno, inscritos en las diferentes escuelas del IPN. *c)* Declarar una huelga general en todo el Instituto Politécnico Nacional, a partir del lunes 29 de julio del presente año. *d)* Exigir que los estudiantes que han sido víctimas de esta masacre (muertos y heridos) sean ampliamente indemnizados por el gobierno. *e)* Que los estudiantes detenidos y todos los presos políticos actualmente encarcelados sean puestos en libertad inmediatamente. *f)* Exigir la desaparición de los cuerpos represivos. *g)* Exigir la desaparición del Artículo 145 del Código Penal, el cual se refiere al “delito” de disolución social.

fuerzo unitario. Decidimos llamar a una marcha el lunes 5 de agosto. En esos momentos se enfrentaban numerosos problemas: las escuelas se movilizaban espontáneamente, algunas se declaraban en huelga, pero otras sólo realizaban asambleas informativas; las demandas no estaban unificadas y las reclamaciones no estaban ordenadas, no existía un centro de articulación efectivo y mucho menos se podía hablar de una dirección reconocida por todos.

En otro plano más general, las cuestiones de trascendencia y que podían determinar la tónica y la lógica del conflicto se sucedían muy rápidamente y se requerían respuestas precisas, directas y rápidas para encauzar los esfuerzos colectivos. En esa semana los problemas principales eran tan simples (o tan complejos) como estructurar un pliego de demandas único y en qué perspectiva política ubicarlo, y sobre todo cómo dar una respuesta (así fuese sólo implícita) a las formulaciones engañosas de Díaz Ordaz lanzadas en su gira por Jalisco ofreciendo su “mano tendida”<sup>2</sup> como gesto de amistad y reconciliación con los estudiantes, y, desde luego, cómo avanzar de alguna manera en la solución de los problemas organizativos y de coordinación que afectaban al conjunto del Movimiento. Los detalles de la elaboración del pliego petitorio los analizaremos más adelante.

Afortunadamente, en esas primeras reuniones de coordinación de escuelas del Politécnico se pudieron tomar una serie de acuerdos de trascendencia gracias a la unidad y experiencia de lucha y organización que se había logrado un año antes: el 4 de agosto publicamos un desplegado firmado como “Comisión Organizadora de la Manifestación”, haciendo público el pliego petitorio de seis puntos, estableciendo las bases de lo que posteriormente fue el “Consejo Nacional de Huelga”, y convocando a la manifestación que se realizaría al día siguiente, de Zacatenco al Casco de Santo Tomás. También decidimos lanzar un desafío de mucho riesgo: durante el mitin emplazaríamos al gobierno a dar una respuesta satisfactoria a todas nuestras demandas en un plazo perentorio de 72 horas, o en caso contrario los estudiantes haríamos estallar una huelga nacional indefinida. La primera condición para que ese desafío en apariencia tan desmedido fuera creíble era que todos los oradores que participaran en el mitin, lo sostuvieran enfáticamente. Además en

<sup>2</sup>En el discurso de Díaz Ordaz en Guadalajara el 10. de agosto.



el mitin se anunciaría la disposición y propuesta de crear un Consejo Nacional de Huelga con tres representantes nombrados en asamblea por cada escuela que se sumara al Movimiento.

Todos los oradores del mitin cumplieron rigurosa y fielmente con esos acuerdos, y a medida que transcurría el acto y que se reafirmaban una y otra vez las condiciones estudiantiles del plazo de 72 horas o huelga nacional, los asistentes fueron haciendo suyas las propuestas del recién nacido organismo. Al terminar el mitin en el Casco la convocatoria a la huelga nacional ya era prácticamente un hecho, y la existencia del Consejo Nacional de Huelga (CNH) se iniciaba con una acción plenamente legitimada. Esa misma noche del lunes 5 de agosto, y al día siguiente, se realizaron decenas de asambleas en todas las escuelas y en sus diversos turnos y, de manera preventiva, se tomaron los acuerdos de estallar las huelgas sin esperar la respuesta del gobierno, que en teoría debía darse para antes del jueves 8 en la noche. En esos tres días las escuelas designaron sus representantes ante el CNH y se estabilizó de manera completa una huelga nacional que incluyó a todas las instituciones de enseñanza superior del centro del país y numerosas universidades de provincia.

En el plazo de 72 horas también estaba contenida una respuesta inequívoca a Díaz Ordaz y su *mano tendida*: primero queríamos pruebas incuestionables de que habría soluciones positivas a nuestras demandas. El descrédito de Díaz Ordaz era conocido y se expresó de inmediato: “a la mano tendida, háganle la prueba de la parafina”. En ese contexto, fue por demás significativo para fijar la tónica de las relaciones del Movimiento estudiantil con el presidente Díaz Ordaz, el desplegado del 2 de agosto firmado por los profesores de matemáticas reunidos en Oaxtepec, Morelos, que planteaba cinco demandas: “como medidas mínimas para reiniciar el diálogo entre la ciudadanía y sus gobernantes”. Si el gobierno quería restablecer ante el pueblo condiciones de credibilidad y honorabilidad mínima debía empezar por dar señales inequívocas de su disposición a corregir; mientras tanto y en ausencia de esos actos concretos que debían mostrar una corrección sensible en el comportamiento del gobierno, simplemente no se podía tratar con ellos.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> El movimiento del 68 lo hemos caracterizado como una insubordinación generalizada, como una negativa a obedecer los dictados del gobierno según el llamado “principio de autoridad”. La actitud de los estudiantes del 68 se podría equiparar con la expresión de “alzados” que se utiliza para describir a los indígenas insumisos, “respondones”, que no se someten a las órdenes de los “amos”.

Desde entonces todos los manifiestos y comunicaciones del CNH se dirigieron “al pueblo de México”, o “a la opinión pública” y nunca directamente a los funcionarios involucrados o al propio presidente de la República porque no se les reconocía ninguna autoridad política o moral y además porque se buscaba evitar brindarles de antemano cualquier posibilidad de dirigirse a los estudiantes en términos autoritarios.

En este aspecto el Movimiento del 68 desde su inicio actuó con una lógica diferente a la de otros movimientos semejantes: nosotros partíamos de una profunda desconfianza en los propósitos de las autoridades y por ello apelábamos a la razón del pueblo para imponer una conducta política diferente, realmente democrática.<sup>4</sup>

La manifestación politécnica del 5 de agosto no fue encabezada por las autoridades del Instituto, aunque hicimos esfuerzos especiales para convencer al doctor Guillermo Massieu de que lo hiciera. En cambio, nos acompañaron los profesores de nuestras escuelas: de Física y Matemáticas, de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME), de Economía, de Ciencias Biológicas y de otros planteles, en un gesto solidario de valor y compromiso que desde entonces se volvió permanente.

<sup>4</sup> Los funcionarios quedaron tan desconcertados por esa actitud nuestra que varias semanas después en una declaración de prensa Díaz Ordaz explicó la falta de soluciones del conflicto diciendo “no sabemos qué quieren”, y agregando que nadie se había dirigido a él para hacerle saber las “peticiones”. La explicación es reveladora del tipo de relaciones imperantes acordes con el “principio de autoridad” según el cual se pueden otorgar o conceder algunas demandas, no porque se reconozca que se tiene derecho a ellas, no por justicia, “nunca bajo presiones” y en todo caso sólo por la sabiduría, benevolencia y comprensión del gobernante.

### 3. La primera marcha al Zócalo

Cuando se cumplió el plazo de 72 horas, con el silencio como respuesta del gobierno, y con la huelga nacional indefinida sólidamente establecida, se volvió imperioso llevar la protesta de los estudiantes hasta el centro simbólico de la vida nacional. Así convocó el naciente Consejo Nacional de Huelga a la primera manifestación al Zócalo para el martes 13 de agosto, en el Casco de Santo Tomás como punto de reunión para iniciar la marcha. Con esta iniciativa de nuevo se replanteó el problema del brutal autoritarismo prevaleciente. Desde que se hicieron públicas nuestras intenciones de marchar al Zócalo tomó fuerza la intención malsana de saber si íbamos a solicitar permiso para realizar la manifestación.

La incipiente autoridad del CNH era sometida a prueba por los periodistas con un asunto en apariencia de simple trámite: pero era evidente que el acto de pedir permiso para realizar la marcha significaría el sometimiento del Movimiento a esa y cualquier otra condición caprichosa que quisiera imponer el gobierno. Nos negamos a ello y argumentamos nuestra disposición a proceder amparados exclusivamente en los derechos otorgados por la Constitución y negamos cualquier validez a ordenamientos administrativos de bandos de policía violatorios y contrarios a las leyes generales del país. Pero además del argumento legal era necesario mostrar decisión y consecuencia para sostener el desafío. El CNH declaró que no solicitaría permiso y ante los rumores de que no sería permitida la manifestación advirtió que no se pretendiera detener la marcha porque de todas maneras los estudiantes saldríamos a la calle, a pesar del despliegue de las fuerzas armadas.

En los días previos al 13 de agosto, el esfuerzo político de los profesores solidarios con el Movimiento logró un resultado trascendente. Después de dos o tres reuniones de coordinación convocadas por los profesores de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN y ante el influjo de la incipiente pero impresionante y arrolladora organización estudiantil, se formó la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior pro Libertades Democráticas, y desde entonces los esfuerzos conjuntos de ambos sectores se dieron de manera más organizada.

La Coalición de Maestros jugó un papel de primera importancia como aval político del Movimiento, pues el pueblo y los padres de familia valoraban altamente las opiniones favorables de los maestros respecto a las decisiones de los jóvenes. Pero no sólo eso, los profesores de la Coalición solicitaron encabezar las manifestaciones para brindar con su prestigio y su autoridad una protección simbólica a los jóvenes que se arriesgaban a desafiar al gobierno. Desde entonces los profesores siempre marcharon en las primeras filas de las manifestaciones arriesgando sus vidas para defender a los estudiantes, y los lazos de solidaridad y respeto que así se forjaron se hicieron memorables.

La primera manifestación estudiantil al Zócalo fue impresionante y en ella participaron los primeros contingentes solidarios de trabajadores. Los más destacados desde el primer momento fueron los petroleros, tanto los del Instituto Mexicano del Petróleo, como los trabajadores de la Refinería 18 de Marzo, que desfilaron con sus estandartes sindicales. También participaron vecinos de Tlatelolco y grupos diversos de padres de familia. Pero lo más sorprendente fue la interminable sucesión de contingentes bien identificados con sus mantas y pancartas de todas las escuelas en huelga. Se hicieron presentes las normales, las universidades privadas, la escuela de periodismo Carlos Septién, numerosas secundarias, contingentes de provincia y otros muchos colectivos.

En prevención de problemas represivos para esa primera salida al Zócalo, desplegamos una campaña de volantes centrada en la idea de que “una manifestación sin policía, es una manifestación pacífica”, lo que también reforzaba la denuncia del origen oficial de la violencia. Y en los discursos del 13 de agosto se reiteró con detalles y se explicó el sentido de la demanda de libertad a los presos políticos porque éste era el punto más difícil de sostener en

caso de que se pretendiera dividir el Movimiento con el pretexto de sus demandas. Los discursos en el Zócalo, y en todas las ocasiones importantes, siempre fueron escritos y con temas predeterminados para dar seriedad a las palabras y sus intenciones y respetar así la línea de dirección colectiva del CNH. Eso garantizaba que los discursos tuvieran contenido político, dieran directrices e información para aclarar problemas concretos, e incluso que se dieran tareas. Por desgracia sólo se conservan algunas grabaciones parciales de esos discursos.

El apoyo popular también fue inmediato y de dimensiones insospechadas. Para dar una idea diremos que en esa época los desplegados en los periódicos costaban 3 mil pesos, y en cuanto pudimos organizamos las colectas y los boteos masivos. Después de la manifestación del día 13, recogíamos las monedas en carretillas, y fácilmente juntamos los más de 17 mil pesos necesarios para comprar los más potentes equipos de sonido del mercado, con amplificadores, plantas de energía, torres, cornetas y todo lo necesario. Después los compañeros de la ESIME habilitaron un camión con todos los equipos instalados a bordo.

## *La construcción del pliego petitorio*

### *Los debates de esos días*

Un registro somero de los temas de debate en los primeros días de agosto incluye las diversas hipótesis del origen del Movimiento y las implicaciones de la violación a la autonomía universitaria. Poco después y con las acciones independientes de los estudiantes abrimos otros temas de debate nacional que pronto se generalizaron: el contenido del pliego petitorio, la existencia o no de muertos y heridos por la acción de la policía y la demanda de diálogo público como método para resolver el conflicto. Y es que después de las primeras muestras contundentes de organización y eficacia del Consejo Nacional de Huelga, las conferencias de prensa y las declaraciones de los voceros del Movimiento empezaron a ser registradas con atención y en esos espacios se adelantaron nuevas propuestas.

El problema del pliego era una preocupación fundamental por sus enormes dificultades: no podía quedarse corto ante el enorme

descontento que se registraba, pero tampoco podía incluir demandas inmaduras. También debía cuidarse el sentido y el número de las demandas. En el Politécnico se había vivido la experiencia de la represión a la huelga de 1956, directamente asociada al problema de un pliego petitorio que contenía 112 demandas que se resolvieron favorablemente, excepto las cuatro o cinco demandas importantes. Frente a la opinión pública se dijo que se trataba de un movimiento artificial, que a pesar de que se resolvían sus numerosas demandas planteaba nuevas reclamaciones. Esto no era cierto, pero el pliego excesivamente amplio y no diferenciado, permitió ese manejo de la prensa, y entre otros infundios así se justificó la represión.

En 68 privó la idea de simplificar las demandas, lo que estaba muy presente en el ánimo de los compañeros con más experiencia. Finalmente, se difundió el pliego, que en realidad expresaba una sola demanda, el cese a la represión, desglosada en seis puntos específicos. Éste fue el criterio para hacer un cuerpo coherente de demandas que no pudiera ser desagregado. En el desplegado del 4 de agosto se dice que:

Estos últimos acontecimientos han demostrado que el estudiantado está presente y dispuesto a no permitir que en el país prospere un clima de represión y de violencia.

Los estudiantes exigimos a las autoridades correspondientes la solución inmediata de los siguientes puntos:

1. Libertad a los presos políticos.
2. Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, así como también del teniente coronel Armando Frías.
3. Extinción del Cuerpo de Granaderos, “instrumento directo en la represión” y no creación de cuerpos semejantes.
4. Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (delito de Disolución Social), “instrumentos jurídicos de la agresión”.
5. Indemnización de las familias de los muertos y a los heridos que fueron “víctimas de la agresión” desde el viernes 26 de julio en adelante.
6. Deslindamiento de responsabilidades de los “actos de represión y vandalismo” por parte de las autoridades a través de la policía, granaderos y Ejército.

Comisión Organizadora de la Manifestación del 5 de agosto de 1968.

Es fácil advertir que el pliego petitorio en su forma se presentaba como seis puntos en apariencia independientes, pero es evidente que en la argumentación y en el fondo se trataba de una sola demanda política: el cese de la represión y el desmantelamiento completo del aparato con el que se ejercía. De esta manera, repetíamos la experiencia de otros momentos de lucha centrando las demandas en un solo punto que no dejara lugar a dudas respecto a los resultados del Movimiento.

Otra característica que debemos explicar es que en el pliego petitorio decidimos no incorporar el tema de la violación de la autonomía universitaria, a pesar de que esta circunstancia podía parecer como uno de los puntos que mayor apoyo podía concitar. La razón de esto es que la autonomía era una cuestión ganada que en todo caso debía hacerse respetar y que por lo demás estaba incluida implícitamente en el espíritu de los seis puntos enarbolados.

En el discurso político por fuera del pliego petitorio tampoco incluimos y ni siquiera comentamos cuestiones como la propuesta gubernamental de otorgar el voto a los jóvenes de 18 años, que el gobierno había lanzado en los meses previos de mayo y junio y que según los “analistas” debía considerarse como un gran avance político, pero que en la época, sin partidos de oposición importantes y con el peso abrumador del priísmo, parecía irrelevante.<sup>1</sup>

En cambio, la seriedad y decisión con que se recibió y se adoptó la idea de sólo proceder ante el gobierno mediante un diálogo público, se explica porque ésa era la única garantía aceptable para todos los participantes respecto a la honestidad y consecuencia de la dirección. Con la exigencia de diálogo público sostenida con toda congruencia por el CNH y después por todos los estudiantes, se acotaron y se restringieron las sospechas gratuitas respecto a posibles “intenciones inconfesables” de los líderes.

Como en el mundo de la política mexicana las experiencias previas abundaban en ejemplos de movimientos traicionados y literalmente vendidos por dirigentes inescrupulosos, la necesidad de cuidar un Movimiento de dimensiones gigantescas como el del 68 era imperiosa y exigía una honradez rigurosa. Sin embargo, los de-

<sup>1</sup> En el IV Informe Presidencial Díaz Ordaz se refiere exactamente a estos dos puntos; en la cuestión de la autonomía, formula y reitera planteamientos abstractos de respeto, y ofrece otorgarla al Politécnico, y en la cuestión del voto a los 18 años supone erróneamente que esto podría ser considerado como avance y como una respuesta generosa y específica a las inquietudes de los jóvenes estudiantes.

talles concretos y las soluciones posibles para hacer realidad el diálogo público nunca lograron avanzar suficientemente. De cualquier manera, como veremos, la exigencia del diálogo público se transformó en una verdadera pesadilla para el gobierno, porque más allá de las razones muy directas e inmediatas que la masa requería como garantía de honestidad de sus líderes, las implicaciones políticas de mayor trascendencia que conllevaba el planteamiento, rápidamente empezó a hacer sentir sus efectos.

Después de la primera manifestación del 13 de agosto al Zócalo, el Movimiento recibió un apoyo extraordinario con la resolución del Consejo Universitario de la UNAM de fecha 15 de agosto solidarizándose plenamente con el pliego petitorio del CNH.

... el Consejo Universitario manifiesta su apoyo a las siguientes demandas que han planteado amplios sectores, organismos, comités y coaliciones de la comunidad universitaria y de otros centros de educación superior, sin que por esto se constituya en intermediario o gestor ni trate de suplantar a ninguno de aquéllos:

1. El respeto a las garantías individuales y sociales que consagra la Constitución de la República, sin el cual se quebranta el sistema jurídico que se ha otorgado soberanamente el pueblo mexicano.

2. La libertad de los estudiantes presos y la indemnización en favor de las víctimas de los recientes acontecimientos.

3. La determinación de las responsabilidades de las autoridades involucradas en los hechos mencionados y la aplicación de las sanciones correspondientes.

4. La sujeción de las funciones de las fuerzas públicas a los lineamientos de la Constitución Federal, la supresión de los cuerpos policíacos represivos y la derogación de los artículos relativos al llamado delito de “disolución social”.

5. La libertad de los ciudadanos presos por motivos políticos o ideológicos.

## *Prensa vendida*

Para la segunda quincena de agosto, en sólo dos semanas, el Movimiento había dado un salto espectacular. En esos días se extendió con éxito arrollador el espíritu audaz del Movimiento y numerosas iniciativas políticas que en otros momentos hubieran parecido imposibles se hicieron realidad.



La primera batalla política de grandes dimensiones fue hacer llegar al pueblo la verdad del Movimiento que de ninguna manera se expresaba en la prensa. Según el gobierno y los periódicos, la inquietud y la violencia era producto de agitadores profesionales y comunistas. Para combatir ese infundio desarrollamos una extensa y profunda campaña de información con la impresión de millones de volantes. Los mensajes eran breves y sencillos: “los únicos agitadores son la miseria y la represión”, “una manifestación sin policías es una manifestación pacífica”, y otros por el estilo. En asambleas de padres de familia y mediante pequeñas brigadas que recorrían la ciudad explicando los hechos, se hizo llegar el mensaje de los estudiantes a todo el pueblo. En esos días se generalizaron las “brigadas” y se integraron varios centros coordinadores, en la Ciudad Universitaria, en Economía del Politécnico, en Física y Matemáticas en Zacatenco, y diversas escuelas en otras áreas de la ciudad, como la Vocacional 7 en Tlatelolco. La Escuela Nacional de Artes Plásticas, la prestigiada Academia de San Carlos, que desde los primeros días se había incorporado al movimiento de huelga, organizó la producción artística de miles de grabados, mantas, pancartas y pegatas de diverso tipo para habilitar a los brigadistas.

La tónica general de la campaña de información verídica realizada por las brigadas estaba acompañada con la denuncia y el reclamo por la desvergüenza de los periódicos: “Prensa Vendida, Prensa Vendida”, era un grito espontáneo cuando las manifestaciones pasaban frente a los edificios de los periódicos o incluso cuando se percibían periodistas en nuestros actos. En una de las marchas se organizó una “quemada” de periódicos frente a *Excelsior* para simbolizar el desprecio de los estudiantes por las mentiras que difundían.

Con la fuerza y la extensión del Movimiento, la prensa empezó a cambiar paulatinamente, sobre todo el trabajo de los reporteros. En las escuelas aparecieron periodistas encargados de “cubrir” los hechos que se fueron identificando poco a poco, algunos más y otros menos, con los reclamos estudiantiles. Antonio Ortega y Jaime Reyes Estrada de *Excelsior*, José Reveles y Rodolfo Rojas Zea de *El Día*, entre otros, iniciaron estos trabajos. El más decidido de todos fue Jaime Reyes Estrada, y sus notas en la edición de *Últimas Noticias* de *Excelsior* jugaron un papel de primera importancia, ya que él no sólo empezó a dar un seguimiento detallado del

Movimiento sino que captó la lógica desafiante y de firmeza de los estudiantes y la plasmó con maestría. Los titulares de *Últimas Noticias* daban cuenta de las acciones del CNH en términos sobresalientes y con simpatía: “El CNH enviará 400 brigadas”.

### *Las brigadas*

Las brigadas estudiantiles se generalizaron y los trabajos de información, apoyo solidario y organización popular se fueron consolidando. Literalmente cientos de brigadas actuaron de la manera más original y efectiva para informar al pueblo. Las funciones de cine se interrumpían para hacer mítines. A la salida de los centros de trabajo, en los camiones, en los mercados, en los restaurantes, en todas partes en donde se juntaran unas cuantas personas, era un buen lugar para el trabajo de explicación política de una brigada.

En las afueras de las escuelas había brigadas que se encargaban de pintar los camiones de pasajeros con mensajes políticos y consignas. Las paredes de las escuelas, las bardas y después hasta las azoteas (cuando se implantó la vigilancia aérea), se utilizaron para escribir mensajes políticos. En septiembre, después de la invasión de CU y la persecución consiguiente, se utilizaron perros y gatos como portadores de pintas con mensajes políticos.

En el Politécnico primero se concentraron casi todos los mimeógrafos en un centro único de producción coordinado por Jorge Gómez, de la ESIME. Después se utilizó la imprenta del Instituto y todas las máquinas se dispusieron para la producción de propaganda, y las ediciones mejoraron en calidad y se elevaron a cientos de miles de volantes. En la UNAM no se tomó la imprenta, pero los compañeros lograron que ahí se editara la Gaceta del Movimiento que publicó ocho números.

Los trabajos de las brigadas fueron una experiencia formidable para miles de estudiantes que se vieron impelidos a interactuar y discutir con personas de diversas ideas y sectores sociales. La explicación constante de las razones y causas del descontento estudiantil constituyó una escuela política de aprendizaje acelerado. En muy poco tiempo los mismos jóvenes que unos meses antes se hubieran declarado “apolíticos” a la usanza de la época, ahora habían ordenado sus propias vivencias y

experiencias directas y explicaban al pueblo las causas y la necesidad de la lucha. Y como todas estas actividades se realizaban en la vía pública, en condiciones de persecución y con el riesgo permanente de que la policía interviniera para disolver el acto y detener a “los agitadores”, las brigadas adquirirían experiencia de lucha y concentraban la disposición combativa del Movimiento, lo que después se expresaba en las asambleas y las manifestaciones.<sup>2</sup>

A mediados de agosto fueron detenidos y consignados un grupo de brigadistas de la Facultad de Ciencias entre los que se encontraban Salvador Martínez della Rocca (mejor conocido como El Pino), Víctor Raggi, Camarillo, Luis Quezada y otros compañeros injustamente acusados de robo de uso. Al Pino se le mantuvo en prisión como castigo ejemplarizante por más de dos años y medio.

### *El encuentro con los diputados*

La propuesta del diálogo público la hizo Sócrates Amado Campos Lemus en una conferencia de prensa celebrada en la Vocacional 7 el 12 de agosto. Días después y cuando empezó a tomar fuerza la discusión en torno al pliego petitorio y el alcance de la represión de la policía, fue madurando la idea de realizar un primer debate público con los representantes del gobierno. De cualquier manera y sin mayores preparativos simplemente se citó a los diputados, como “representantes populares”, para realizar un primer diálogo público en la explanada de la Rectoría el martes 20 de agosto. Nadie sabía lo que podría ocurrir, y nadie se preocupó de formalizar mayormente el citatorio. Tampoco había por qué hacerlo. El repudio y la indignación generalizada por las acciones represivas del gobierno hacían impropia cualquier cortesía, era suficiente con hacer pública la intención de debatir con los diputados, si ellos accedían a presentarse en CU para tal efecto.

<sup>2</sup> Los dirigentes de la coordinadora de brigadas de Ciudad Universitaria pertenecían a algunas corrientes doctrinarias radicales y pretendieron contraponer el trabajo de las brigadas a la dirección del CNH. El intento más enérgico que realizaron en ese sentido fue la campaña en contra del telefonazo, como se dio en llamar el propósito frustrado de iniciar pláticas por medio de la Secretaría de Gobernación a finales de agosto. La ocupación de CU el 18 de septiembre y la carencia de medios propios de articulación de los grupos radicalizados dificultó hasta desaparecer la pretensión de que la “coordinadora de brigadas” se constituyera en dirección alternativa del Movimiento. Posteriormente, en algunos documentos de balance y análisis se ha insistido en esa contraposición, ficticia en su mayor parte, entre “brigadistas” y dirección del CNH.

La expectación por el acto fue importante, pero los diputados no se presentaron para el debate y más de 20 mil estudiantes esperaron en vano durante algunas horas. Para colmo explicaron su ausencia diciendo que eso no era un diálogo, que se trataba de una trampa para ridiculizarlos, y así lograron que fueran considerados: ridículos y cobardes que no se atrevían a discutir de frente con los estudiantes. En contraste con los priístas, sólo se presentó Diego Fernández de Cevallos que en esa época era diputado suplente por el PAN y pronunció un breve discurso a favor de la democracia y de apoyo a los estudiantes.

Después del frustrado diálogo con los diputados en la Ciudad Universitaria, se presentaron dos iniciativas del gobierno para iniciar pláticas con el CNH. Una se dio por la vía del DDF y otra por la Secretaría de Gobernación. El general Corona del Rosal anunció su disposición a entablar pláticas con los estudiantes, pero pretendió hacerlo reviviendo el cadáver de la FNET y reconociendo a sus personeros como interlocutores del Movimiento. La insensibilidad y tontería del general Corona logró que su iniciativa naciera muerta y no se le hiciera el menor caso.

La Secretaría de Gobernación por su parte publicó un anuncio en la prensa diciendo que nos comunicáramos “por teléfono” (*sic*) para establecer los primeros contactos. Esto desató un agrio debate en el Consejo, y la discusión tomó dos cursos por demás incorrectos: por un lado, se desató una campaña mediante carteles y pintas en las escuelas del ala de Humanidades de la UNAM en contra del “telefonazo” bajo el supuesto de que el simple hecho de responder al llamado tendría implicaciones negativas y, por otro lado, cuando la discusión en el Consejo alcanzó un cierto nivel de detalle, algunos delegados utilizaron paladinamente un argumento deleznable: “no estamos preparados para el diálogo”. Por fortuna, esto no se conoció por fuera del CNH, porque hubiera sido desastroso. De cualquier manera no respondimos el “telefonazo” y cuando llegamos al mitin de la manifestación del 27 de agosto nos sentimos obligados a decir algo al respecto, como veremos más adelante.

### *La toma de los camiones del IPN*

La actividad desarrollada por los estudiantes en la última quincena de agosto era cada día más intensa. Se puede decir que todas las escuelas

competían en decisión y en audacia en el trabajo de sus brigadas, y que las asambleas impacientes reclamaban más y más acciones de extensión y profundización del Movimiento. En ese clima se empezó a difundir la idea de que había que tomar la Rectoría de la UNAM y la dirección del IPN. En esa época no teníamos muy claro los argumentos de por qué no había que hacerlo, pero intuitivamente nos dábamos cuenta de que eso era innecesario y que podría ser un error.

Un grupo importante de compañeros del Consejo nos oponíamos a tales medidas. Pero la campaña en contra del “telefonazo” y las murmuraciones calumniosas de algunos delegados del CNH que esparcían rumores de que nos oponíamos a tomar las direcciones, porque “ahí estaban las pruebas y las copias de los cheques” con que nos pagaban las autoridades, nos presionaban a tomar decisiones que dieran cauce a la combatividad de los estudiantes y que dieran pruebas incontrovertibles de firmeza.

En ese ambiente nos dimos cuenta del enorme interés que había por encontrar los camiones del IPN que se mantenían escondidos para evitar que los estudiantes los usáramos. Una brigada de investigación a cargo de Jesús Simental, en unas pocas horas de trabajo sistemático, localizó los autobuses escondidos en un enorme predio de la colonia Santa María la Ribera, atrás de trailers y camiones de carga que los ocultaban a la vista de los transeúntes. Organizamos con los compañeros de la ESIME todas las medidas necesarias para encender en directo los motores y se seleccionaron jóvenes choferes para conducir los autobuses que serían rescatados. En la tarde del día 22 salieron seis autobuses urbanos desde Zacatenco llenos de estudiantes en absoluto silencio para no llamar la atención de la policía en una maniobra que podría tomar cierto tiempo. En el predio todo se hizo rápido, con orden y disciplina, y quizá lo más impresionante era el silencio y la coordinación con la que todos actuábamos. Los trailers y camiones fueron empujados a pulso para abrir el camino, y uno a uno de los 34 camiones del Politécnico fueron recuperados y llevados a nuestras escuelas. Desde el día siguiente, las brigadas del IPN se reforzaron y se trasladaban orgullosas en sus propios vehículos.

Un día después realizamos otra acción semejante: los lidercillos de la FNET, que estaban totalmente rebasados y desconocidos desde los primeros días del Movimiento, conservaban las oficinas de la Federación en el Casco y desde ahí se dedicaban a amenazar de

muerte a los compañeros de las guardias de las escuelas en huelga. Los porros y pandilleros de la FNET se mantenían esperando que el Movimiento decayera para volver a las andadas. Se decidió desalojarlos y dismantelar sus oficinas. De manera semejante a como se recuperaron los camiones, se organizaron más de 600 estudiantes para tomar por asalto los locales de la FNET, porque esperábamos encontrar resistencia. Lo cierto es que los “fenetos” o fueron avisados o se escurrieron de inmediato, pero cuando llegamos no encontramos a nadie. Recogimos todo lo que había en las oficinas y las dejamos vacías.

También debe darse cuenta de una acción temeraria e irreflexiva del Consejo. En la noche de uno de esos días de finales de agosto, alguien propuso realizar de inmediato un mitin en la cárcel de Lecumberri para enfatizar el reclamo de libertad y para que los compañeros presos recibieran nuestro mensaje solidario. Nadie se fijó en la hora, ni en mayores detalles. Cerca de la medianoche se realizó el mitin ante la alarma generalizada de los guardias que se parapetaron —después supimos— esperando el asalto del penal y la liberación de los presos por la fuerza.

Desde el momento en que se estabilizaron las huelgas y empezó a fluir de manera natural la mecánica de asambleas, brigadas y movilizaciones, también se generó y se intensificó muy rápidamente una rica y variada actividad cultural en los auditorios e instalaciones de las escuelas. Festivales artísticos, conciertos y audiciones, cine, conferencias, mítines de participación libre y tribunas de denuncia, fueron actividades diarias que sólo se suspendieron con la ocupación militar de las escuelas en la última decena de septiembre.

### *La manifestación del 27*

En ese ambiente de audacia, crecimiento, profundización y consolidación del Movimiento, realizamos la segunda manifestación al Zócalo el martes 27 de agosto. La participación fue apoteósica. Miles y miles de estudiantes y contingentes populares avanzaron desde el Museo de Antropología en Chapultepec, y los ríos de participantes estuvieron llegando al Zócalo durante cuatro horas seguidas. Numerosos detalles de la manifestación habían sido cuidadosamente planeados. Para guardar el orden frente a la Embajada de Estados Unidos hicieron valla varios

cientos de estudiantes de Medicina con sus batas blancas. Sólo las primeras “cadenas” de la manifestación se extendían por más de 500 metros, antes de que apareciera la descubierta del Consejo. Los contingentes de la Coalición de profesores ahora se habían multiplicado varias veces. La manifestación portaba enormes efigies de los héroes de la patria y en los camiones del IPN ondeaban banderas nacionales.

Las mantas, consignas y estribillos de la manifestación estaban principalmente centrados en el tema de la represión, tratada de todas las maneras imaginables: desde los reclamos más airados y dolidos, hasta los sarcasmos y burlas despiadadas en contra de Díaz Ordaz y sus funcionarios: “Sal al balcón, pinche hocicón”. “¿Cuántos más de nuestros hijos serán asesinados?”

Pero toda la fuerza e importancia de esa grandiosa manifestación, aunque se ha preservado de muchas maneras en la memoria colectiva, no fue registrada de esa manera en las noticias de los periódicos del día siguiente, porque cometimos varios errores que utilizó el gobierno para revertir los hechos. Como no habíamos dado respuesta al “telefonazo” ofrecido por la Secretaría de Gobernación, nos sentíamos obligados a decir algo y durante el desarrollo del mitin, en uno de los discursos el orador, Barrón de la ESIA, mencionó una “propuesta” para realizar el diálogo público “en el palacio de Bellas Artes”, pero la multitud reaccionó con muestras evidentes de rechazo. El orador se paralizó desconcertado, y Sócrates le recogió el micrófono y se hizo cargo del incidente: ¿dónde?, preguntó Sócrates y la gente respondió que “en el Zócalo”, ¿cuándo?..., “el primero de septiembre”, ¿a qué hora?, volvió a preguntar Sócrates..., “a las 10 de la mañana”, respondió la masa entusiasmada... y aunque todos nos dábamos cuenta de lo impropio de la audacia, lo cierto es que tampoco se podía corregir ahí mismo el desaguado, o en todo caso nadie tuvo el coraje para hacerlo.

Sin embargo, el error político más costoso fue dejar en el Zócalo una guardia de más de tres mil estudiantes en espera del diálogo público. Esa medida de presión la habíamos convenido previamente y la gente iba preparada para el caso con cobijas y utensilios de cocina. Por eso después de terminado el mitin y mientras se instalaba el campamento y se iniciaba la guardia, el ambiente era de fiesta, y los estudiantes organizaron bailes y rondas mientras pasaba la noche. Pero al filo de las 12 aparecieron los soldados y las tanquetas, y anunciaron con magnavoces su intención de desalojar

el Zócalo. Como los estudiantes empezaron a retirarse lentamente y con reticencia, una tanqueta embistió un autobús del IPN para urgirlo a moverse más de prisa. Por último los grupos de estudiantes que se retiraban a pie cantando el Himno Nacional por las calles de Madero y 5 de Mayo fueron perseguidos y agredidos a golpes.

Al día siguiente los periódicos resaltaron como noticia principal el desalojo de la guardia y dejaron en un plano muy secundario las dimensiones y el contenido de la manifestación. Pero no sólo eso, el gobierno pasó a la ofensiva y ahora también pretendía utilizar en contra de los estudiantes los sentimientos religiosos y patrióticos. Según ellos se había agraviado el altar de la patria, al izar una bandera de huelga en el asta central de la plaza, y se había profanado la iglesia al hacer repicar las campanas de la catedral. Todos los medios reaccionaron al dictado del gobierno y se hicieron eco de la falsa indignación por los “desmanes” de los estudiantes.

Ese mismo día, el 28 de agosto, el gobierno creyó que podría retomar la ofensiva política y organizó un ridículo acto de desagravio a la bandera en la que llevaron obligados a los empleados públicos. Los burócratas sorprendentemente reaccionaron revelando públicamente el hecho de que estaban siendo obligados a concurrir al acto y gritando “somos borregos de Díaz Ordaz, somos borregos de Díaz Ordaz” con lo cual no sólo se vino abajo la supuesta espontaneidad del acto patriotero, sino que además, como las protestas eran incontrollables, los gobernantes recurrieron a la tropa para disolverlo y así se exhibieron como unos perfectos canallas que reprimían hasta a su propia gente. Con esa misma lógica montaron falsos actos populares de supuesto desagravio con actores de renombre. Todavía organizaron un festival en El Toreo el 3 de septiembre: ahí esperaban “contraponer” a los “verdaderos” jóvenes con los antipatriotas, pero nadie acudió a su llamado. El espectáculo fue un desierto.

El día 29 de nuevo hubo refriegas en el centro, porque el Ejército y la policía actuaban para disolver cualquier manifestación de descontento; y el día 30 se vivió una verdadera situación de alarma, porque corrió el rumor de que los petroleros de la Refinería de Azcapotzalco habían decidido cortar el suministro de gasolina en apoyo a los estudiantes: las colas de vehículos en las gasolineras se hicieron gigantescas y se mantuvieron hasta secar los tanques y



hasta altas horas de la noche. Lo cierto fue que en la Refinería se había producido un incidente entre un numeroso grupo de jóvenes que incluía a petroleros y brigadas estudiantiles que los apoyaban y que se enfrentaban con elementos del Ejército que pretendían impedirles que se manifestaran con los estandartes del sindicato.



## 4. El IV Informe Presidencial

En ese clima de sobresaltos se llegó al IV Informe Presidencial, el 1o. de septiembre, y el presidente utilizó “la más alta tribuna de la patria” para dar su versión de lo que sucedía. El discurso de Díaz Ordaz fue terrible. Se dio una visión desfigurada y grotesca de los estudiantes y se deslizaron toda clase de infundios. Además anunció su decisión de utilizar la tropa para detener la “agitación” que consideró artificial y sin ningún fundamento.

En las partes sustanciales Díaz Ordaz recurrió a una perversa estrategia de comunicación acuñando frases y caracterizaciones políticas y personales del conflicto (se dijo que con asesoría de psicólogos especializados) para desprestigiar las banderas del Movimiento y sus métodos de lucha. Diversas formulaciones retóricas y malintencionadas se han quedado grabadas en la memoria colectiva: “la injuria no me ofende, la calumnia no me llega, el odio no ha nacido en mí”, “vuelvo a llamar a la cordura y el diálogo”, “repite frases y leyendas provenientes del extranjero”, “voy a mantener y preservar la unidad del país, que no quedará a merced de agitadores profesionales”. “Habíamos estado provincianamente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado.”

Según la visión de Díaz Ordaz en centenares de casos, en toda la extensión de la República, los estudiantes actuaban violentamente y afectaban a personas totalmente ajenas a la situación. En una descripción de acciones y perjuicios típicos provocados por los estudiantes señala:

... propietarios de autobuses destruidos, comerciantes víctimas de destrucciones o saqueos, fábricas y locales de obreros y campesinos ataca-

dos con violencia, casas pintarrajeadas y rotos los vidrios, la rabia callada de miles de automovilistas, detenidos para pedirles dinero para la causa, o destrozarles los cristales, las antenas o las llantas, las penalidades de las personas tomadas como rehenes, pacíficos transeúntes injuriados, humillados o lesionados que han tenido que resignarse ante la fuerza del número o la conveniencia de no comprometer su personal futuro en una riña absurda y vulgar; tantas mujeres soezmente vejadas que, además de sufrir la propia vergüenza, han llenado de indignación a un padre, a una madre, a un esposo, a un hermano o a un hijo. Agreguemos los más recientes y graves desmanes, la calumnia en grande, los rumores alarmantes para provocar compras de pánico y desquiciar la economía de la ciudad.

De algún tiempo a la fecha, en nuestros principales centros de estudio, se empezó a reiterar insistentemente la calca de los lemas usados en otros países, las mismas pancartas, idénticas leyendas, unas veces en simple traducción literal, otras en burda parodia. El ansia de imitación se apoderaba de centenares de jóvenes de manera servil y arrastraba a algunos adultos.

Tenemos la confianza de que no se logrará impedir la realización de los eventos deportivos en puerta; cuando más se conseguirá restarles lucimiento.

Nuestra confianza no sólo se funda en la decisión de hacer uso de todos los medios legales a nuestro alcance, para mantener el orden y la tranquilidad internos a fin de que las naciones y los visitantes tengan las garantías necesarias, sino también, y fundamentalmente, en que habrá una repulsa tan generalizada; tan llena de indignación por parte de millones de mexicanos, que hará que recapaciten quienes lo hubieran pensado, y nos parece muy difícil que un reducido grupo pueda así alcanzar sus propósitos.

Los obstáculos, algunos muy graves y molestos que han surgido en el largo proceso, están superados; los problemas fundamentales, resueltos.

La policía, pues, debe intervenir en todos los casos que sea absolutamente necesario, proceder con prudencia sí, pero con la debida energía. Las autoridades siempre que sea necesario la harán intervenir. En ese mismo concepto, agotados todos los medios que aconsejen el buen juicio y la experiencia, ejerceré, siempre que sea estrictamente necesario, la facultad contenida en el artículo 89, fracción VI de la Constitución General de la República que textualmente dice: 'Artículo 89.— Las facultades y obligaciones del Presidente son las siguientes:... VI.—Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente o sea del Ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación.

Y la amenaza:

... no quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos.

En esas condiciones se planteó de nueva cuenta el problema de la naturaleza de la relación del Movimiento con el presidente que desde el inicio del conflicto estaba en el centro de las decisiones políticas que se debían adoptar. Finalmente, se hacían realidad nuestros temores, con el agravante de que no era un simple regaño sino una amenaza mayúscula de la que se hicieron eco por varios días todos los medios de comunicación del país. ¿Qué hacer frente a los infundios?, ¿qué hacer frente a las amenazas?, ¿qué hacer frente a los compañeros y sectores atemorizados? Éstos eran los tres problemas políticos centrales de la nueva fase.

Después de unos días de incertidumbre se abrió paso una posible respuesta: para desmentir a Díaz Ordaz, para demostrar que todo lo que decía era falso, para abrir de nuevo un espacio posible de diálogo público y para reagrupar las fuerzas de base del Movimiento, podría dar resultado una manifestación silenciosa, porque el eje de la argumentación de Díaz Ordaz estaba en presentar a los estudiantes como personas incapaces de controlar sus impulsos más primitivos. ¿Sería posible realizarla? Se empezó a plantear la idea y poco a poco se fue abriendo paso. En las discusiones del Consejo, algunos sectores radicales aseguraban que sería imposible realizar una manifestación estudiantil en silencio y que además esa acción no tendría ningún sentido, porque la combatividad del Movimiento no podría expresarse. Y así, las dudas y la incertidumbre se mantuvieron hasta unos minutos antes de que la manifestación saliera.

El gobierno trató de disuadirla por todos los medios: desde días antes y con helicópteros se repartían volantes llamando a los padres de familia a no permitir que sus hijos fueran a una manifestación que terminaría en violencia, porque los agitadores planeaban tomar la embajada norteamericana. Los directores de las escuelas recibían informes “fidedignos” de que la manifestación sería impedida. Unas horas antes de la marcha, la maestra Ifigenia Martínez, entonces directora de la escuela de Economía de la UNAM, pretendía que la suspendiéramos, porque sabía de buena fuente que ya se había

tomado la decisión de reprimirnos. En los últimos momentos previos el Consejo Nacional de Huelga reafirmó las demandas y el sentido de la movilización: “Ha llegado el día en que nuestro silencio será más elocuente que las palabras que ayer acallaron las bayonetas”.

La manifestación silenciosa fue más que impresionante, fue sobrecogedora. Mucha gente la observó llorando, porque de una manera tranquila y plena de dignidad se hacía sentir la decisión de miles de estudiantes de no dejarse intimidar por las palabras amenazantes del presidente. La disciplina fue absoluta. Como el ambiente estaba cargado de amenazas, los primeros contingentes se agrupaban en la explanada del Museo de Antropología muy lentamente. A la cinco de la tarde se formó una pequeña hilerita de batas blancas de estudiantes de Medicina del IPN, acompañados por brigadistas de la ESIME y de la ESIA para encabezar la marcha; atrás avanzaba una representación disminuida del CNH, el resto de los compañeros dirigentes estaban incorporados en sus propios contingentes de escuela en prevención de acciones represivas. En los primeros momentos, la asistencia parecía escasa. Pero en cuanto se empezó a avanzar se fueron incorporando miles de compañeros hasta constituir una columna impresionante. A lo largo de Reforma y en todo el recorrido, la multitud observaba conmovida y respetuosa el paso silencioso y firme de los estudiantes. Las V de la victoria eran las únicas señales entre los manifestantes y el pueblo que se identificaba con ellos.

El mitin del Zócalo registró uno de los discursos más importantes del Movimiento y fue pronunciado por Eduardo Valle, El Búho.<sup>1</sup> En ese ambiente cargado de amenazas y en el que ya se prefiguraban fuertes y graves acciones represivas, Valle hizo un recuento de las características más notables del Movimiento y garantizó solemnemente que éste no podría ser derrotado con los medios represores del gobierno. El Movimiento no sería vendido ni quebrado por debilidades y temores de su dirección, el Movimiento resistiría todas las pruebas que se le impusieran. La reacción de la gente al terminar la manifestación silenciosa fue de una explosión de júbilo desbordada. Todo mundo comprendía que Díaz Ordaz y su gobierno habían resultado políticamente derrotados en

<sup>1</sup> Un extracto de este discurso se reproduce en el apéndice.

una confrontación desproporcionada y abusiva. Al terminar el mitin, el desalojo del Zócalo se hizo como si fuera una segunda manifestación plena de combatividad y esperanzas, y así se mantuvo el ánimo de un numeroso grupo de manifestantes que regresó hasta las inmediaciones de Antropología en donde habían dejado sus vehículos. La impotencia y la rabia de los esbirros del gobierno, frustrados porque no habían podido reprimir la manifestación silenciosa, la descargaron en los automóviles estacionados en Antropología. Más de 300 vehículos fueron prácticamente destruidos en sus exteriores: con todos los cristales rotos, y las molduras y las láminas deformadas a golpes.

La manifestación del silencio fue un rotundo mentís a todos los excesos de Díaz Ordaz. Con una acción de absoluta conciencia, disciplina y responsabilidad, miles de jóvenes desmentimos y rechazamos los infundios y las amenazas del presidente. Quizá también en ese momento el gobierno decidió reprimir al Movimiento, porque en su lógica política, la muestra de conciencia y disciplina exhibida por los estudiantes el 13 de septiembre era la mayor amenaza latente que se le enfrentaba. Una fuerza social cohesionada y actuante con lineamientos políticos de oposición, potencialmente estaba destruyendo los mecanismos de control corporativo del sistema, y esa amenaza tenía que ser destruida. De manera explícita o intuitiva, el gobierno interpretó que para él era mucho más peligroso el avance logrado en las filas del Movimiento, la unidad, la conciencia y la disciplina de los estudiantes, que los enfrentamientos y la violencia que se podía derivar de la represión y las provocaciones de la policía. Por eso decidieron invadir la Ciudad Universitaria para detener al CNH, apenas cinco días después de la manifestación silenciosa y sin que mediara ningún pretexto para ello.

### *La ocupación de Ciudad Universitaria*

La decisión política represiva estaba anunciada en el Informe Presidencial y de inmediato se tomaron medidas en ese sentido. En los días previos a la manifestación silenciosa se dieron una serie de acciones y declaraciones de funcionarios universitarios en torno a la “necesidad de volver a la normalidad” cuyas motivaciones en ese tiempo pasaron desapercibidas, pero que ahora sabemos que estaban relacionadas con fuer-

tes presiones del Ejército sobre las autoridades universitarias urgiéndolas a tomar medidas disciplinarias en contra de los estudiantes y los profesores más señalados.

En este contexto se ubica una extraña y tardía declaración de Barros Sierra respecto a los conceptos vertidos por Díaz Ordaz en el IV Informe Presidencial, que sólo se explica por esas presiones militares de las que hablaremos más adelante. Por lo demás, el rector revela la autoría de las presiones por el uso de conceptos y expresiones semejantes a las que los militares utilizarían más tarde, y es notable la diplomacia con la que Barros Sierra deja abierta la posibilidad de continuar la protesta.

El 9 de septiembre, es decir con un retraso significativo de varios días respecto al IV Informe, el rector da a conocer las siguientes declaraciones:

... nuestras demandas institucionales, contenidas en la declaración del Consejo Universitario publicada el pasado 18 de agosto, han quedado satisfechas, en lo esencial, por el ciudadano Presidente de la República, en su último informe. Ciertamente es que aún falta el esclarecimiento de algunos aspectos jurídicos importantes en relación con la autonomía; pero ello se logrará por las vías y los métodos más adecuados.

Por lo que respecta a las bien conocidas demandas formuladas al gobierno de la Nación por agrupaciones de profesores y estudiantes, esperamos que sean resueltas en justicia a la brevedad posible.

El rector caracterizaba la situación como de delicada en extremo y también exhortaba a los universitarios a asumir las responsabilidades correspondientes al funcionamiento de la universidad.

Para comprender estas declaraciones es necesario un breve recuento de hechos significativos: desde finales de agosto habían entrado en acción grupos clandestinos de represión controlados por el gobierno. No fue posible identificarlos, no se sabía quiénes los conformaban y cómo los controlaban, pero no existía ninguna duda de que eran grupos oficiales, paramilitares según la nueva terminología. A finales de agosto más de 60 individuos invadieron temporalmente la Vocacional 7, causaron destrozos y se llevaron detenidos a varios estudiantes que fueron mantenidos con los ojos vendados e interrogados durante varias horas. El Colegio de México y otros edificios escolares fueron ametrallados en la madrugada



da de esos días. Ya hemos relatado cómo fueron destrizados los automóviles que quedaron estacionados en el Museo de Antropología durante la manifestación silenciosa, y en ese caso algunos testigos presenciales describieron a los autores como “hombres jóvenes de tenis y uniformes oscuros”. También se empezaron a registrar “señales” extrañas, papeles blancos con simples cruces dejados por debajo de las puertas de domicilios particulares, y unos días después empezaron los allanamientos de agentes judiciales en busca de dirigentes del CNH.

Para la Universidad Nacional lo más significativo fue el cerco amenazante que se dio sobre la Ciudad Universitaria aproximadamente entre el 6 y el 8 de septiembre, y que seguramente estuvo decidido por el propio presidente Díaz Ordaz. En las noches se registraban importantes movimientos de tropas en diferentes partes de la ciudad. En el libro *Trampa en Tlatelolco*, escrito por el coronel Manuel Urrutia para “uso exclusivo de oficiales del Ejército”, se reconoce que desde algunos días antes las tropas ensayaron la ocupación de Ciudad Universitaria,<sup>2</sup> y también se dan numerosas referencias de cómo el Ejército presionaba al rector Barros Sierra para que se llamara a reanudar las clases y para “restablecer el orden” en las instalaciones universitarias.<sup>3</sup>

Sin embargo, debemos reconocer autocríticamente que todas esas evidencias del incremento de la acción represiva las tomábamos como “normales” y como señales de desesperación del gobierno. Simplemente las interpretábamos como que debíamos tomar mayores medidas de seguridad personales y colectivas, hasta hacer realidad el diálogo público en torno a nuestro pliego de demandas. No vimos que anunciaban la guerra sucia.

Más todavía, una de las experiencias más celebradas de identificación entre las brigadas estudiantiles y el pueblo se dio en el poblado de Topilejo, en el kilómetro 20 de la carretera México-Cuernavaca. Los habitantes de Topilejo, el 6 de septiembre, indignados por uno más de los accidentes funestos provocados por la línea de autobuses, requisaron numerosos camiones para obligar a los dueños a pagar las indemnizaciones correspondientes, y establecieron guardias permanentes para vigilar e impedir que se recuperaran las

<sup>2</sup> Coronel Manuel Urrutia. *Trampa en Tlatelolco*, p. 172.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 163 y ss.

unidades. La solidaridad estudiantil se expresó de inmediato y se extendió al establecimiento de una serie de servicios asistenciales, de asesoría y ayuda en diversas actividades de la comunidad. La prensa anticomunista presentó los hechos de Topilejo deformándolos como si fueran el preámbulo de una rebelión.

Los enfrentamientos y las persecuciones no sólo se estaban produciendo en el nivel de los aparatos represivos del gobierno, también la propaganda y la hostilidad anticomunista estaban calando en el ánimo de sectores atrasados y fanatizados del pueblo. En su afán por contraponer “buenos mexicanos” contra agitadores disfrazados de estudiantes “privilegiados” e “ingratos” el gobierno impulsó declaraciones de “jóvenes campesinos” manipulados por el líder priísta Jesús Salazar Toledano, que exigían se obligara a los estudiantes a volver a clases y estudiar, o cerrar las universidades.

En este clima de satanización y condena de los estudiantes en general y de la manipulación de los sentimientos patrióticos y religiosos del pueblo por supuestos actos de agravio y profanación de símbolos e imágenes, se dieron los vergonzosos crímenes de San Miguel Canoa el 14 de septiembre, en donde campesinos del lugar dieron muerte a cuatro personas y a otra la dejaron parálitica. Esto sucedió cuando un grupo de seis trabajadores y estudiantes de la Universidad de Puebla, que se dirigían a escalar el volcán La Malinche, fueron atacados con piedras y machetes por la gente de San Miguel Canoa, incitados por el párroco del pueblo.

La explicación del crimen fue que se trataba de estudiantes comunistas que iban a profanar la iglesia. La reacción fanatizada de la multitud, convocada por el repique de las campanas, no les dio a los universitarios la más mínima oportunidad de explicar el motivo de su presencia y sus verdaderas intenciones de simples excursionistas. La responsabilidad de ese crimen, más allá de la ignorancia y el fanatismo del cura, recae en el gobierno de Díaz Ordaz que promovía ese clima de persecución e intolerancia, y en los autores de la campaña de “Cristianismo Sí, Comunismo No”, que desde años antes habían abonado el terreno para esos frutos.

Para modificar las intenciones represivas del gobierno de nada nos valieron ni la manifestación silenciosa, ni la celebración de las fiestas patrias que se realizaron masiva y alegremente en las escuelas, ni los trámites encaminados a concretar alguna posibilidad de

diálogo que estaban en curso en esos días.<sup>4</sup> Peor todavía, en la mañana del día 18, los periódicos daban cuenta de la aparente disposición de la Secretaría de Gobernación para formalizar el diálogo, y en la noche de ese mismo día, sin razón alguna de por medio, la Ciudad Universitaria era ocupada por la acción de 10 mil soldados precedidos de tanquetas. Ese mismo comportamiento hipócrita habría de repetirse el 2 de octubre: pláticas por la mañana y agresión por la tarde.

Sin embargo, el propósito declarado de la acción militar fracasó ostentadamente por la incompetencia de los planificadores del operativo. ¡Escapó el CNH! titulaban al día siguiente los periódicos, y en efecto, a pesar de que habían intervenido diez mil soldados, y de que en la operación habían sido detenidas más de 700 personas, prácticamente todo el CNH había logrado huir escurriéndose entre los tanques y los vehículos de transporte de los soldados. Que la operación militar tenía ese propósito como uno de sus objetivos principales quedó establecido por las propias declaraciones de los militares, además así quedó evidenciado por la hora (las 10 de la noche) y porque se lanzaron dos columnas de tanques rodeando ambos flancos del “campus” para converger en la Facultad de Medicina que era en ese momento la sede del CNH. Después de penetrar en vehículos hasta Medicina, los soldados recorrieron a pie el campus en sentido inverso concentrando a los detenidos en la explanada de la Rectoría.

Pero en el curso de los primeros dos minutos, mientras los tanques llegaban a rodear el auditorio de Medicina, todos los que quisieron retirarse lo pudieron hacer tranquilamente, unos por el pedregal y otros en medio de los soldados. Por lo menos el objetivo de detener al CNH había fallado. Después del 2 de octubre, en los interrogatorios en el Campo Militar, se pretendía conocer quién o quiénes nos habían avisado de la invasión de CU, pero la verdad es que los militares se habían llevado un chasco por su incompetencia.

Lo que sí es cierto es que entre las medidas de seguridad que se habían adelantado ante el incremento de las acciones represivas,

<sup>4</sup> CIDOC. Entre los días 4 al 8 de septiembre se produjo un intercambio de comunicados entre el CNH y el gobierno, quien contestó burocráticamente dispersando las vías de negociación y remitiendo en cada punto del pliego a una oficina correspondiente para tratar el caso.

estaba previsto que las brigadas tuvieran lugares alternos de reunión fuera de las escuelas y también que se pusieran a salvo mimeógrafos y equipos de sonido. De manera que la invasión de Ciudad Universitaria no tuvo ningún efecto práctico para impedir, y ni siquiera para disminuir significativamente, el trabajo de las brigadas. Por el contrario, las labores de explicación se multiplicaron.

Por más exageraciones y pretextos que se inventaron para justificar la ocupación de Ciudad Universitaria, los reportes militares de lo que se encontró en las escuelas fueron verdaderamente ridículos: se dio cuenta de volantes, folletos, propaganda del Movimiento, mantas, carteles, botes de pintura, y se citaron algunas pintas y lemas escritos en los muros... total no había armas, ni nada que pusiera en peligro la vida de las personas; y por otra parte, como las brigadas se habían puesto a salvo y sus actividades continuaron sin que se apreciara ninguna disminución importante en ello, también se vino abajo el dicho de los militares que atribuía la eficacia y el éxito de nuestra propaganda al uso de las instalaciones escolares y la ayuda indirecta de las autoridades universitarias.

La ocupación militar de la Ciudad Universitaria produjo una serie de reacciones y secuelas de gran importancia política y de efectos inmediatos para el futuro del Movimiento.

La declaración de las autoridades de la UNAM en relación con la ocupación militar dejó establecido que:

La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra casa de estudios no merecía. De la misma manera que no mereció nunca el uso que quisieron hacer de ella algunos universitarios y grupos ajenos a nuestra institución.

La atención y solución de los problemas de los jóvenes requieren comprensión antes que violencia. Seguramente podrían haberse empleado otros medios. De las instituciones mexicanas y de nuestras leyes y tradiciones se derivan instrumentos más adecuados que la fuerza armada.

Así como apelé a los universitarios para que se normalizara la vida de nuestra institución, hoy los exhorto a que asuman, dondequiera que se encuentren, la defensa moral de la Universidad Nacional Autónoma de México y a que no abandonen sus responsabilidades.

La Universidad necesita, ahora más que nunca, de todos nosotros.

El 18 de septiembre el objetivo militar que buscaba detener a los estudiantes del Consejo Nacional de Huelga fracasó rotundamente,

aunque avanzó la escalada de violencia. La misteriosa “evasión” del CNH y las reacciones posteriores de combatividad de los estudiantes, incrementó el prestigio del CNH. Con la lógica pueril de negar las evidencias de su fracaso, el gobierno hizo mutis y lanzó el pretexto deleznable de que la ocupación militar era necesaria para restablecer el orden, porque “las autoridades universitarias carecían de los medios para hacerlo”, y en esa línea de argumentación agregaron que la universidad sería desocupada “en el momento en que lo soliciten sus autoridades”.<sup>5</sup>

Las interpretaciones y los rumores en torno a la ocupación militar de la Universidad se fueron canalizando y transformando en una campaña política en contra del rector Barros Sierra, a quien se le empezaron a atribuir públicamente responsabilidades diversas y hasta contradictorias: lo mismo por no “controlar”, que por apoyar con recursos materiales y dineros a los estudiantes. Ya hemos dicho que un poco antes de la ocupación militar de CU, alrededor del 10 de septiembre, el Ejército y el gobierno buscaban inclinar a las autoridades de la UNAM para que actuaran en su favor y según sus objetivos particulares, y que con ese propósito se ejercían presiones ocultas.

Es claro que el rector estaba políticamente obligado a dar una cierta respuesta favorable a las reclamaciones que se le hacían desde el Poder Ejecutivo, pero lo hizo de tal manera que se neutralizaron los efectos que el gobierno pretendía aprovechar, con el simple reconocimiento de que las demandas del Movimiento aún no estaban resueltas. Después de la invasión a Ciudad Universitaria y cuando el rector se negó a seguir el juego oficial que le planteaba en un doble emplazamiento indigno: sumarse a la campaña represiva y de persecución en contra de los estudiantes, y humillarse frente al Ejército “solicitando” la desocupación de las instalaciones, la campaña política en su contra tomó un carácter agudo y virulento.

Entonces arreciaron los ataques desde la Cámara de Diputados. Octavio H. Hernández y Luis M. Farías del PRI encabezaron impú-

<sup>5</sup> El licenciado Luis Echeverría, secretario de Gobernación, declaró a la prensa el 19 de septiembre que: “la fuerza pública saldrá de la ciudad universitaria, y ésta será entregada a las autoridades universitarias inmediatamente que éstas lo soliciten”. Se puede ver en *El Movimiento Estudiantil...*, Ramón Ramírez, Ed. Era. Tomo I, p. 325.

dicamente los infundios.<sup>6</sup> El lunes 23 de septiembre el rector Barros Sierra presentó su renuncia y declaró con entereza:

... la situación presenta ahora una nueva fase: estoy siendo objeto de toda una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y de difamación. Es bien cierto que hasta hoy proceden de gentes menores, sin autoridad moral; pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen. La conclusión inescapable es que, quienes no entienden el conflicto ni han logrado solucionarlo, decidieron a toda costa señalar supuestos culpables de lo que pasa, y entre ellos me han escogido a mí.

La respuesta de Barros Sierra fue lacónica, pero suficientemente precisa para desnudar el carácter presidencial de las maniobras. La renuncia del rector provocó un movimiento nacional de protesta de características muy importantes, porque fue en este momento la única vez que se expresó prácticamente todo el movimiento universitario y de profesionistas del país de manera unánime en un propósito común. En efecto, decenas y decenas de organizaciones de profesionistas, de médicos, ingenieros, químicos, odontólogos, contadores, abogados y de todas partes del país, de ciudades grandes y chicas, se manifestaron en desplegados y cartas exigiendo a la Junta de Gobierno de la UNAM que no aceptara la renuncia de Barros Sierra y expresando de una manera o de otra su rechazo a que se “solicitara” la desocupación militar de la Universidad. “Que se vayan como se metieron”, “Nadie los llamó, que se larguen”. El conflicto desatado con la invasión militar de Ciudad Universitaria y la burda campaña presidencial de ataques a Barros Sierra, rebasó con mucho los límites de otros incidentes.

Ahora ya no se trataba de un debate conceptual en torno a la autonomía, ahora se necesitaba hacer valer la voluntad nacional contraria a los dictados del presidente. Con toda la cautela y propiedad requeridas, pero siempre con firmeza, los universitarios de todo el país habrían de hacer retroceder al gobierno.

La reacción nacional generalizada de apoyo a Barros Sierra y las expresiones reiteradas de rechazo a cualquier acción que pudiera interpretarse como de subordinación frente al Ejército, le dieron al

<sup>6</sup> Los discursos de los diputados priístas pretendían humillar al rector con expresiones sarcásticas: “agradezca la medida adoptada por el gobierno y solicite del mismo que le sean devueltos los edificios”, dijo Luis M. Farías; “debe de (*sic*) estar orgulloso del auxilio que se le ha dado”, dijo José de las Fuentes Rodríguez.

momento político una característica especial de gran importancia. En otras condiciones y con otro desenlace diferente al que sucedió, quizá no hubiera sido riguroso identificar estas acciones de apoyo a Barros Sierra como parte del Movimiento del 68. Pero lo cierto es que por el modo en que se dieron los hechos, como se interpretaron y se enlazaron con sucesos posteriores, la defensa del rector fue una de los componentes más importantes del Movimiento.

Casi en paralelo y al mismo tiempo que se sucedían los hechos que hemos relatado, en el nivel de las escuelas se desarrollaban acontecimientos graves y preocupantes. En la semana que comenzó el lunes 21 de septiembre se recrudecieron las agresiones y los enfrentamientos entre estudiantes y policías, sobre todo en las escuelas del centro y norte de la capital. “No toquen a Barros Sierra”, declararon enfáticamente estudiantes politécnicos entrevistados durante una tregua en Tlatelolco. En la ESIME se exhibía una manta significativa: “Defenderemos la autonomía universitaria hasta que caiga el último politécnico”. La relación de enfrentamientos que se dieron esos días y la duración de los mismos es verdaderamente impresionante y se explica por la organización y combatividad que había adquirido el Movimiento, es decir, por la consolidación que se estaba logrando en los trabajos de las escuelas, en las asambleas, en la experiencia de las brigadas, en los ámbitos y espacios de su trabajo político, ya visitados varias veces, etcétera.

En esos días los estudiantes ya no abandonaban sus escuelas ante el primer rumor de que llegaría la policía o el Ejército, sino que esperaban y más aún resistían durante horas los embates represivos. Notablemente, en esos días de enfrentamientos de finales de septiembre, también se lograron los mayores avances en el trabajo de extensión y de participación de sectores de trabajadores en el Movimiento. En los centros de trabajo de electricistas, petroleros, ferrocarrileros, médicos, profesores de primaria y secundaria, de periodistas, a las puertas de oficinas de gobierno y de fábricas y empresas, se desarrollaron mítines informativos e incluso asambleas deliberativas para decidir acciones solidarias con los estudiantes.

Algunas de esas reuniones en centros de trabajo derivaban en enfrentamientos, porque la policía se presentaba para tratar de impedirlos y eso generalizaba la violencia en la ciudad. Constantemente se reportaban incidentes frente a los centros de trabajo y en

los espacios de concentración pública, porque además de disolver las reuniones, en muchas ocasiones la policía se lanzaba sobre los megáfonos, los volantes, y contra los jóvenes que estuvieran haciendo uso de la palabra, y entonces había que defenderlos, recuperar los útiles de trabajo e impedir las detenciones.

El sábado 21 la policía se presentó desde el mediodía en los alrededores de la Vocacional 7 en Tlatelolco y pronto se generalizaron los enfrentamientos que duraron hasta la medianoche. Numerosas brigadas de escuelas del IPN se trasladaron al lugar para auxiliar a los compañeros en la defensa de su escuela. Las refriegas se intensificaron y los métodos de lucha utilizados por los estudiantes se fueron sofisticando rápidamente: ataques reales y simulados a puntos diversos para distraer, dislocar y romper el cerco de la policía; fuerzas combinadas de estudiantes con los jóvenes de las colonias aledañas, especialmente de Tepito, la Lagunilla y la Guerrero, lanzaban ataques por la retaguardia de los policías; se establecieron comunicaciones permanentes con otras escuelas; fabricación de bombas molotov mejoradas, usos de hondas, transporte de ayudas y hasta enfermería y ambulancias propias. En esas acciones fue sobresaliente la actuación de Sóstenes Tordecillas, “el Toto”, representante de Medicina Homeopática, de Anselmo Muñoz, de la ESIME, y de Cuauhtémoc García “el Chóforo”, de la Vocacional 7, de Luis Rojas y otros muchos compañeros.

En la tarde del día 21 los granaderos desesperados agredían sin discriminación alguna incluyendo a los vecinos de Tlatelolco. Cuando el teniente Benjamín Uriza, miembro del equipo ecuestre olímpico, vio que golpeaban a su madre y a otros familiares, se enfrentó a los granaderos disparando sobre ellos. Después se entregó ante las autoridades. En la noche se presentaron los tanques y la gente los recibió lanzándoles botes de basura, botellas y agua hirviendo. El domingo 22 también hubo refriegas en Tlatelolco.

Los enfrentamientos en el Casco de Santo Tomás el lunes 23 de septiembre fueron más violentos y prolongados. El asedio policia- co, con la intención de ocupar las instalaciones centrales del Politécnico, se prolongó desde las 11 de la mañana, hasta pasada la medianoche cuando intervino el Ejército. La policía estuvo agrediendo todo el día y los estudiantes respondiendo en la medida de sus recursos. Al principio y por acciones de contragolpe, el incen-



dio de jeeps, motocicletas o de transportes mayores contenía temporalmente las agresiones. En la tarde, la policía fue ocupando una a una las escuelas, empujando a quienes resistían hacia Canal 11, Enfermería y los edificios de la Escuela de Ciencias Biológicas. En esa escuela se ofreció la última resistencia antes de que las fuerzas del Ejército definieran totalmente la situación. En los combates del Casco se registraron numerosos heridos graves y la prensa del día siguiente reportó que se encontraron estudiantes muertos en los sótanos de Ciencias Biológicas, pero sólo se dieron dos nombres: Ángel Martínez Velázquez y Luis Lorenzo Ruiz Ojeda, y nunca más se volvió a mencionar y menos a investigar el caso.

En Francia el periódico *L'Aurore* mencionó quince muertos y cuarenta heridos en la toma del Casco y cuatro días después, el viernes 27, *Excelsior* reporta que “soldados del batallón de infantería Olimpia al mando del mayor Rafael Maldonado Gómez, descubrieron a las 11:20 horas del 26 de septiembre, en la Escuela de Medicina el cadáver de un joven pelirrojo, Víctor Manuel Hernández Linares, estudiante de primer año de Comercio en el IPN, pecoso, de aproximadamente 22 años, de complexión robusta y estatura media, que según el conserje era estudiante de ese plantel”. De parte de la policía se reportaron solamente heridos.<sup>7</sup> Todas las instalaciones del Casco quedaron ocupadas por el Ejército desde ese día. Ahora nada más quedaban libres las escuelas del área de Zacatenco.

Zacatenco fue hostigado en los últimos días de septiembre, el Ejército merodeaba constantemente y en el día había vigilancia aérea con aviones militares y helicópteros. Bazucas simuladas, cohetones y algunos disparos ahuyentaban a los espías. Desde ahí los estudiantes operaban emisiones de radio en frecuencia modulada (FM) que aunque no tenían mucho alcance creaban una gran expectativa. También lanzaban globos aerostáticos cargados de propaganda. Las brigadas, reorganizadas después de la ocupación del Casco, rescataron a los heridos en los hospitales de la zona y liberaron a Fernando Hernández Zárate, a Mirtokleia González

<sup>7</sup>En el libro *Trampa en Tlatelolco*, del coronel Urrutia, solamente se reporta “un muerto y varios heridos” en los enfrentamientos de Tlatelolco el día 22 aunque sin identificarlos, pero en cambio en las páginas 195 a 197 de ese libro, se registran varias frases en las que se habla del “elevado número de muertos y heridos” en las acciones del 22 al 23 de septiembre.

y otros queridos y respetados dirigentes del Casco. En esos días de finales de septiembre los grupos paramilitares tomaron la Academia de San Carlos y destruyeron los talleres de impresión de grabados.

Con numerosas escuelas ocupadas pero con algunos medios de propaganda a salvo y con la precaria seguridad que podía ofrecer Zacatenco, continuaron las reuniones de coordinación de brigadas y del CNH. Como la ocupación de las escuelas del IPN y la renuncia de Barros Sierra a la UNAM son sucesos casi simultáneos, en términos generales se pueden describir los hechos diciendo que, cuando disminuye la resistencia estudiantil en las escuelas, está surgiendo y generalizándose la defensa del rector, sin que esto quiera decir que exista alguna relación causal entre ambos sucesos.

En esos días, del 23 al 25 de septiembre, las actividades del Movimiento estaban dirigidas a concentrar toda la fuerza posible para lograr que la Junta de Gobierno no aceptara la renuncia de Barros Sierra, que no se “solicitará” la salida del Ejército de las instalaciones de CU y para desarrollar la mayor solidaridad obrera y popular posible. También, empezaron los paros de los médicos residentes e internos en los hospitales del DF, de los profesores en escuelas primarias y parcialmente en otros centros de trabajo. Las denuncias de la censura imperante en los medios de prensa, ahora realizadas por los propios periodistas en desplegados y mantas colocadas en las fachadas de los edificios, también fueron altamente significativas, porque a esas alturas del conflicto la prensa estaba llena de noticias y, en consecuencia, el problema no se refería a la cantidad de los informes sino a la calidad y el sentido de los mismos. En otras palabras, la denuncia de los periodistas señalaba que en la prensa se daban informaciones deformadas e inducidas para interpretar los hechos a conveniencia del gobierno.

Finalmente, en la noche del día 26, la Junta de Gobierno de la UNAM resolvió no aceptar la renuncia del rector Barros Sierra, pero todavía pasaron muchas largas horas de formalidades indispensables, antes de que se restableciera y se reconociera plenamente la autoridad del rector.

Cuando la opinión pública se expresó en su mayoría, directa o indirectamente en favor de las tesis e ideas del Movimiento, se fue haciendo evidente que el Ejército tendría que desocupar Ciudad Universitaria tarde o temprano. Desde el CNH organizamos un mi-

tin en Tlatelolco el día 27 de septiembre en la tarde y desde ahí se dieron indicaciones de qué hacer en cuanto se hicieran realidad nuestras previsiones más optimistas. En efecto, el día 30 de septiembre, sin que nadie lo solicitara y en presencia de sólo dos funcionarios menores de la UNAM, el Ejército salió de Ciudad Universitaria. Dos horas después, el rector ocupaba sus oficinas y en la noche de ese día el CNH ofrecía una conferencia de prensa en el auditorio de la Facultad de Ciencias.

En esos momentos la presencia de prensa extranjera ya era muy grande, faltaban escasas dos semanas para que se inauguraran los Juegos Olímpicos, y las acciones de solidaridad con los estudiantes mexicanos eran manifiestas.

Un balance de resultados a fines de septiembre, era de esperanza para los estudiantes. Quizá en unos días más de esfuerzos se podría lograr que se estableciera el diálogo y se empezaran a resolver los puntos de las reclamaciones. Suponíamos que la proximidad de las olimpiadas sería un elemento que actuaría en favor nuestro y decidimos incrementar las presiones de carácter pacífico. En efecto, en el mitin del 2 de octubre haríamos el anuncio de que los presos políticos iniciarían una huelga de hambre planeada para desarrollarse durante los Juegos.

Resuelto el problema de la ocupación militar de la Universidad, quedaba pendiente la del IPN. Se manejó la idea de hacer una manifestación al Casco para reclamar la salida del Ejército.<sup>8</sup> La propuesta por sí misma no tenía por qué tener ningún otro significado. En todo caso se habían realizado mítines estudiantiles en las afueras de CU reclamando la salida de las tropas y esas acciones nadie las interpretó como una provocación, sino al contrario, se percibían como actos de valor civil de los estudiantes. Lo mismo podía pensarse en el caso de la ocupación del casco de Santo Tomás, excepto que los riesgos eran mayores y la represión siempre era más violenta cuando se dirigía contra los politécnicos.

En un balance a grandes rasgos de los acontecimientos de septiembre de 68 puede decirse que en todo ese tiempo el gobierno intentó por diversos medios contener y desarticular el Movimiento, pero siempre con resultados negativos o hasta contraproducen-

<sup>8</sup> El Ejército desocupó y entregó las instalaciones del IPN a las autoridades escolares el 29 de octubre de 1968.

tes: Díaz Ordaz se exhibió el 1o. de septiembre con la grotesca visión que ofreció del Movimiento, por añadidura sus mentiras se le vinieron abajo con la manifestación silenciosa, y sus amenazas no lograron amedrentar al estudiantado. El gobierno fracasó cuando intentó detener al CNH y la invasión militar de CU levantó una ola de indignación en todo el país. El gobierno fracasó en sus propósitos con la maniobra insidiosa de inculpar a Barros Sierra como responsable y promotor del Movimiento. Cuando buscó apaciguar y contener a los estudiantes, lo que logró fue animarlos para incrementar su oposición. Cuando el Ejército salió de la Universidad, los estudiantes la reocuparon de inmediato. A finales de septiembre, el Movimiento antes que menguar seguía creciendo en extensión, conciencia y combatividad, ahora también había actividades en sectores de trabajadores. Además, en provincia las actividades de solidaridad se incrementaron notablemente.

Existen numerosas evidencias que indican que la planeación de las acciones represivas del 2 de octubre estaban pensadas con el propósito de no fallar, porque muy posiblemente en los círculos del gobierno se pensaba que otro fracaso podría ser catastrófico para ellos. Se puede decir con absoluta seguridad que la decisión política de Díaz Ordaz para enfrentar militarmente el conflicto estudiantil se dio en términos de “solución definitiva”, “acabar de una vez con ese problema”, “poner en paz a los revoltosos”, o cualquier otra expresión semejante. El general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa y destinatario de esas órdenes, seguramente lo más que hizo fue solicitar la ratificación de las mismas con alguna prevención implícita del estilo de “podría resultar muy costoso”. Y seguramente que la ratificación requerida se ha de haber formulado en términos de “tome las medidas que sean necesarias”. De manera semejante los nazis tomaron las decisiones genocidas encubiertas con el eufemismo de una “solución final”.

## 5. Los sucesos de Tlatelolco

En los días de la ocupación militar de la Universidad, las actividades colectivas del CNH se vieron obstaculizadas y sólo se mantenía una débil coordinación y una presencia pública orientadora porque habíamos previsto una etapa de dificultades, y se había decidido nombrar un “Comité Central” encargado exclusivamente de dar las opiniones políticas del Movimiento dentro de los más estrictos marcos de los lineamientos del CNH. En esas condiciones se realizó una reunión el lunes 23 de septiembre y se decidió trasladar la sede del CNH a la Escuela de Economía del IPN. Sin embargo, en esos mismos momentos se estaba produciendo la ocupación del Casco por lo que la resolución obviamente no pudo llevarse a efecto.

El problema en esos días era la articulación general y unitaria de todas las brigadas, porque existían actividades intensas por zonas, el Casco, Zacatenco, Tlatelolco, el centro de la ciudad, y en el sur coordinados en recintos particulares, pero se trataba de unificar organizadamente la actividad de todos en algunos propósitos concretos, porque en lineamientos políticos la coincidencia era absoluta: defender las escuelas, apoyar al rector, exigir la desocupación de los recintos escolares, y desde luego las demandas del pliego y la condición del diálogo público. Para el mitin del 2 de octubre se esperaba conjuntar y reorientar los esfuerzos de todas las brigadas.

A finales de septiembre ya estaban arribando al país las delegaciones olímpicas, y desde luego la atención mundial estaba centrada en los acontecimientos estudiantiles y la participación de las tropas en acciones represivas. Los movimientos de solidaridad en Europa adquirieron mayores dimensiones: en París se realizó un acto en el que

participaron diez mil personas, y en Suecia los estudiantes amenazaron con ocupar las pistas del aeropuerto para evitar que la delegación olímpica de su país viniera a México, y anunciaron su disposición de promover actos semejantes en otros países de Europa.

En las instalaciones olímpicas la presencia de la policía y los soldados en funciones de seguridad era excesiva y se presentaban frecuentes incidentes con los deportistas. La presencia de corresponsales extranjeros hacía inútiles los esfuerzos por intentar ocultar la situación, y los miembros del Comité Olímpico Internacional trataban constantemente de dar confianza a los turistas asegurando que el clima político del país era suficientemente bueno para desarrollar los juegos. Y para completar el cuadro debe decirse que, aunque nunca se dijo oficialmente mayor cosa al respecto, y de ninguna manera existió un propósito de sabotear las olimpiadas, tampoco se aclaró explícitamente este asunto.

En las primeras horas de la noche del 10. de octubre, el doctor Julio González Tejada, director de Servicios Sociales de la UNAM, estuvo comunicándose con dirigentes universitarios para informarles que el presidente Díaz Ordaz había nombrado una comisión integrada por los señores Andrés Caso y Jorge de la Vega Domínguez, autorizada para actuar de inmediato. Después de confirmar las noticias, el CNH decidió aceptar una primera entrevista con ciertas condiciones para asegurar que la representación era adecuada. La Comisión del CNH quedó integrada por Gilberto Guevara, de Ciencias, Luis González de Alba, de Filosofía, y Anselmo Muñoz, de la ESIME, y la primera reunión se realizó el 2 de octubre a las 9 de la mañana en la propia casa del rector Barros Sierra.

La entrevista se efectuó en términos más o menos diplomáticos. Se trataba de “sondear” hasta dónde se estaba dispuesto a ceder por ambas partes: la Comisión del CNH planteó los tres puntos previos al diálogo que se habían hecho públicos el 28 de septiembre: es decir, la desocupación inmediata de todos los planteles, la libertad de los detenidos en el desarrollo del Movimiento y el cese absoluto de la represión. Como era de esperarse, Caso y De la Vega declararon que no tenían instrucciones al respecto pero que consultarían, y en cambio querían saber “cuál era la verdadera posición del CNH respecto al diálogo público”, pues no podían “comprometer la dignidad de los representantes gubernamentales en una burda trampa de circo romano”.

Por parte del CNH y ante el miedo del gobierno se sugirió, como ya se había hecho antes, un “diálogo por escrito”, o simplemente un “diálogo de hechos”, de manera que el gobierno tomara medidas concretas respecto a los puntos señalados, y en reciprocidad el CNH respondería en forma parecida, con la advertencia de que el gobierno debía dar los primeros pasos porque ellos eran los agresores. Se decidió continuar la reunión al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar.

Mientras tanto, el pleno del Consejo estaba reunido en Zacatenco organizando el mitin de la tarde en un ambiente de optimismo: se veía que el gobierno había salido derrotado de la confrontación y aparentemente las pláticas y el diálogo podrían lograr excelentes resultados.

Ante la proximidad de los Juegos, la presión del CNH ahora estaría centrada en la libertad de los presos políticos. Para eso se había coordinado un compromiso en diversas cárceles del país, para declarar una huelga de hambre indefinida que debía estallar el 6 o 7 de octubre, y para reforzar la huelga de los presos, se había programado también una huelga de hambre de solidaridad en la Ciudad Universitaria en la que participarían compañeros del *Comité de Intelectuales, Artistas y Escritores*.

En el mitin se tratarían cuatro puntos: un informe y breve análisis de la situación política del momento a cargo de Florencio López Osuna; un informe de la solidaridad internacional y su importancia a cargo de Pepe González Sierra; las brigadas y sus tareas por David Vega y las perspectivas y el anuncio de la huelga de hambre por Eduardo Valle Espinoza. En esa misma reunión se acordó suspender la manifestación al Casco de Santo Tomás, pues aunque no existía nada concreto percibíamos una pronta solución con el antecedente de que las pláticas ya se habían entablado. La reunión terminó a las 14:30 horas y llenos de optimismo salimos a la Plaza de las Tres Culturas

El mitin del 2 de octubre se desarrollaba en un ambiente de fiesta. Después de dos semanas, la angustia y la incertidumbre producidas por la represión empezaban a disminuir y de nuevo se abrían perspectivas claras para el futuro. En ese mitin se comprobaría nuestra fortaleza, nuestro buen estado de ánimo; ahí se haría el recuerdo de los que faltaban y dolorosamente nos habían abandonado en el Casco y en las Vocacionales y de los nuevos refuerzos

que llegaban. Era un mitin como cualquier otro de los muchos que habíamos hecho. Informes, análisis, directivas y orientaciones del Consejo. Estaba por terminar su intervención el compañero Vega, de Ingeniería Textil del IPN, cuando se notaron movimientos de tropas. En efecto, por el lado de la Vocacional 7, desde la calle de San Juan de Letrán, a través de las ruinas y en dirección a la explanada, se acercaban los soldados. En esos momentos sobrevolaban la zona dos helicópteros militares. En la tribuna habían notado a numerosos individuos sospechosos que cubrían todas las entradas al edificio Chihuahua, así como las escaleras y pasillos. Algunos llevaban un pañuelo enrollado o un guante blanco en la mano izquierda. Eran las 18:10 horas cuando se notó que avanzaban las tropas sobre el mitin. La señal la dieron dos luces de bengala verdes disparadas desde un helicóptero.

La tribuna estaba instalada en el corredor del tercer piso del edificio Chihuahua y desde allí se observaron claramente los primeros movimientos de los militares. Los compañeros del Consejo anunciaron a los asistentes que el Ejército se acercaba y que conservaran el orden. “Calma compañeros, no corran, calma compañeros” se escuchó varias veces por los altavoces. Segundos después empezaron los disparos. Primero unos cuantos balazos e inmediatamente después varias ametralladoras comenzaron a funcionar violenta e ininterrumpidamente.

La plaza de las Tres Culturas es un rectángulo de losa elevado dos o tres metros sobre el nivel general del piso. Está rodeada por las ruinas de Tlatelolco al poniente, la iglesia de Santiago, y atrás de ella el edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el sur, el edificio de la Escuela Vocacional Número 7 del IPN y algunos edificios de viviendas de la unidad en el norte, y el edificio Chihuahua en el oriente. Sus accesos principales son dos corredores angostos y una escalera central de 25 a 30 metros de ancho. Solamente por el lado norte el desnivel es menor y puede librarse fácilmente.

Cuando empezó el tiroteo la gente se abalanzó por las escaleras de la plaza, que están situadas precisamente enfrente del edificio Chihuahua, gritando: “el Consejo, el Consejo”. Se dirigían a las escaleras del edificio con el único propósito de defender a los compañeros dirigentes. Ahí los grupos de agentes secretos y del Batallón Olimpia, apostados en las columnas del edificio, comenzaron a disparar contra la multitud rechazándola a balazos.



La misma señal de luces verdes movilizó a los agentes apostados en el edificio. Las entradas y las escaleras fueron bloqueadas para impedir la salida de los compañeros del Consejo. Subieron los individuos del guante blanco hasta el tercer piso y empuñando pistolas y metralletas, encañonaron a los jóvenes que ahí se encontraban, obligándolos a pararse de cara a la pared y con las manos en alto. Algunos compañeros alcanzaron a huir, escaleras arriba y se refugiaron en departamentos de los pisos superiores, donde valientemente las personas que los habitaban les abrían las puertas y los invitaban a pasar para protegerlos y ocultarlos. Inmediatamente, también desde el tercer piso, luego que detuvieron a los que ahí se encontraban, los agentes comenzaron a disparar contra la multitud que corría tratando de huir o de protegerse. Cientos de personas vieron a un individuo alto y de traje oscuro que disparaba desde el tercer piso apuntando su arma contra las personas que aún se encontraban en la explanada. Fue uno de los primeros en disparar.

Participaron más de diez mil soldados y policías en la masacre. Desde los primeros segundos y durante más de dos horas se disparaban simultáneamente cientos de armas de todos calibres. La plaza se despejaba rápidamente, los soldados tenían controladas todas las entradas y obligaban a la gente a retirarse en unos casos, persiguiéndolas con disparos y a punta de bayoneta, en otros se les amontonó expuestos a las balas, formando otros grupos de detenidos. En unos cuantos minutos la explanada estuvo totalmente vacía y solamente se veían decenas de muertos, heridos y soldados. Todos los lugares de acceso y la misma plaza estaban en manos del Ejército, que además tenía completamente cercada la unidad. Además un cordón de granaderos y policías protegían las calles cercanas y desviaban el tráfico de vehículos y personas. Apoyando las acciones de la tropa intervinieron inmediatamente carros de asalto, tanques ligeros y camiones de transporte, bloqueando las salidas y ocupando posiciones dentro de la unidad, incluso en la propia explanada de la plaza colocaron varios tanques. Las ambulancias de la Cruz Verde del gobierno del DF también estuvieron rígidamente coordinadas y controladas.

Todas estas acciones iniciales duraron escasos diez minutos y fue en ese lapso cuando se produjeron la mayor parte, si no es que la

totalidad de las muertes que ocurrieron.<sup>1</sup> Después el tiroteo duró más de dos horas. Los soldados disparaban constantemente ráfagas de ametralladora contra las ventanas de los edificios cercanos. Los muros y las fachadas eran barridos sistemáticamente por el fuego de las armas automáticas. Desde algunos departamentos y pasillos del edificio Chihuahua se escucharon los gritos de contraseña de los agentes: “Batallón Olimpia, aquí. Batallón Olimpia no disparen”. “Batallón Olimpia contesten.” Después en los pasillos y corredores solamente se escuchaban los pasos de las botas militares y de los agentes. A las 20:30 horas empezaron a revisar todos los departamentos en busca de los compañeros del Consejo que se habían ocultado. Los sacaban a golpes y a culatazos y los llevaban a un departamento del quinto piso acondicionado para detenerlos.

Los que fueron aprehendidos en el tercer piso, estuvieron las dos horas acostados en el suelo protegidas por el muro-barandal del pasillo que tiene escasamente un metro de alto, encañonados por los agentes del Batallón Olimpia; ahí fue herida la periodista Oriana Fallaci que vivió esa experiencia acompañada y protegida por Manuel Gómez, el representante del Conservatorio de Música en el CNH. A las 23 horas empezaron a enviar a los detenidos a las cárceles y a las 5 horas del día siguiente, salió el último grupo con destino a la Penitenciaría de Santa Marta Acatitla.

Todos los detenidos en el Chihuahua fueron vejados en forma salvaje por la tropa y los oficiales, golpeados, desnudados, atados de manos, insultados de manera soez. No habiéndolos capturado con armas en la mano, recibieron un trato que no se da ni a los peores criminales, ni a los prisioneros de guerra.

### *La versión oficial*

Los noticiarios de radio y televisión anunciaron de inmediato lo ocurrido en Tlatelolco. Hasta las 10 de la noche, cuando todavía continuaba el tiroteo en la zona, se informaba al público que el Ejército había di-

<sup>1</sup> El número de muertos el 2 de octubre en Tlatelolco ha sido manejado como secreto de Estado. El periódico inglés *The Guardian*, citado por Octavio Paz, tras una investigación cuidadosa estimó la cifra en 325 muertos. La revista *Proceso*, núm. 934, 25 de septiembre de 1994, p. 10, dio a conocer secretos de inteligencia norteamericana que señalan que el mejor cálculo de la Embajada es que el número (de muertos) se encuentra entre 150 y 200.

suelto el mitin haciendo uso de las armas y que había un gran número de muertos. Sin embargo, a las 11 de la noche empezó a funcionar violentamente la censura policiaca y las versiones cambiaron radicalmente.

En los noticiarios de medianoche y en los periódicos del día siguiente se dijo que el Ejército se había presentado con el propósito de “disolver el mitin” y que, al acercarse los soldados, habían sido “recibidos a balazos” por francotiradores apostados en los edificios. Según esta versión, presentada por primera vez en una entrevista de prensa que concedió la misma noche del 2 de octubre el secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán, los estudiantes habían agredido al Ejército y así se había provocado que se entablara un *combate*. En algunas informaciones se precisaba que los primeros disparos se habían dirigido contra los mandos del Ejército, resultando herido el general José Hernández Toledo, jefe de las tropas de fusileros paracaidistas y al parecer comandante en jefe de la operación de Tlatelolco. Sin más explicaciones, se atribuyó a “grupos extraños” al estudiantado la responsabilidad de lo ocurrido.

Es necesario recordar, en primer lugar, que todos los actos convocados por el Consejo Nacional de Huelga fueron pacíficos, efectuados en un ambiente que hacía alarde de responsabilidad y orden, por la profunda y absoluta convicción en la justeza de la lucha.

Durante más de mes y medio actuaron cientos de brigadas en toda la ciudad, explicando al pueblo la situación, organizando mítines relámpago, recolectando fondos, etc., y nunca se presentaron incidentes violentos. Sin embargo, cada vez que aparecían el Ejército o la policía, ocurría todo lo contrario. Por eso se señaló en miles de ocasiones que “una manifestación *sin* policía es una manifestación pacífica”. Está claro que, si el Ejército no se hubiera presentado en Tlatelolco, el mitin habría concluido pacíficamente y sin incidentes. Aún más, las acciones preparadas por los estudiantes para el futuro inmediato también eran de carácter eminentemente pacífico, tal como la huelga de hambre de los presos políticos. En ningún caso se pudo probar, efectivamente, la existencia de propaganda escrita o hablada que incitara a la violencia.

## *Un crimen con tres agravantes*

Unas cuantas observaciones permiten asegurar que la presencia de las tropas en Tlatelolco tenía el propósito deliberado de masacrar a los participantes del acto que se realizaba. En efecto, esto queda plenamente comprobado por los hechos que a continuación señalamos.

**Primero.** Si el gobierno tenía la intención de no permitir más actos públicos convocados por los organismos del Movimiento, esto debería haberse anunciado ampliamente, como lo prevé la ley, difundiendo por todos los medios a su alcance las razones que justificaran tal medida. En los días anteriores al 2 de octubre, por el contrario, no hubo ninguna advertencia, ningún indicio que permitiera prever las intenciones gubernamentales. Igual que el 18 de septiembre, cuando fue ocupada CU por el Ejército, el gobierno procedió violentamente en contra de ciudadanos confiados, de gente pacífica que incluso vislumbraba una pronta solución; la presencia de decenas de periodistas nacionales y extranjeros, de miles de mujeres e incluso de niños demuestra que se trataba de un acto legal y pacífico.

Acciones de militares, planeadas por mentalidades guerreras, consideraron el factor *sorpresa* y actuaron en los momentos en que menos se esperaba que lo hicieran: en dos ocasiones el Ejército intervino sorpresivamente, cuando se suponía que podía llegarse a un acuerdo satisfactorio. El 18 de septiembre ya estaba aceptado implícitamente el diálogo público escrito, y en el curso de ese mismo día, sin previo aviso, miles de soldados invadieron CU. En la mañana del 2 de octubre se iniciaron las pláticas con los representantes presidenciales, y pocas horas después, también sin previo aviso, el Ejército agredió ferozmente nuestro mitin, con un trágico saldo de muertos y heridos.

**Segundo.** Cuando se presentaron las tropas en Tlatelolco, tampoco anunciaron su intención de disolver el mitin. En otras ocasiones, por ejemplo el 27 de septiembre en el Zócalo, los mandos del Ejército hablaron por magnavoces, pidiéndole a la gente que se retirara pacíficamente y anunciando que si en un cierto plazo no lo hacía, actuarían con la fuerza. Independientemente de que tuvieran razón o no en proceder de esa forma, al desalojar a la gente de plazas o edificios con la fuerza de las armas, el hecho de que se anunciara la intención, de que se diera un plazo, evitaba que se

produjeran sucesos trágicos o más lamentables. En efecto, si la gente decidía retirarse, lo hacía en orden y controladamente, sin accidentes producidos por el pánico. Si la gente decidía quedarse y resistir pacíficamente, también lo hacía organizadamente, como sucedió en CU, sentándose, sin correr, protegiendo a mujeres y a niños. En Tlatelolco simplemente llegaron y dispararon sobre la multitud.

**Tercero.** Aun suponiendo que hubiera habido resistencia armada en el momento en que se acercaban los soldados, si los mandos del Ejército hubieran actuado con prudencia, conscientes de su superioridad, se habrían retirado temporalmente, permitiendo que la gente desalojara la zona, para después actuar contra los supuestos agresores. Esto no sucedió así, y prácticamente el Ejército ocupó la plaza y los edificios cercanos desde el primer momento, se puede decir que en segundos, lo que demuestra que no hubo ninguna resistencia a su avance. Ya hemos dicho que los primeros disparos partieron de agentes del Batallón Olimpia apostados en los corredores y pasillos del edificio Chihuahua, y que inmediatamente después comenzaron a funcionar cientos de armas automáticas. Los soldados tiraban contra la gente reunida en la plaza y contra los edificios en donde había personas asomadas en las ventanas; así fue como se produjeron tantos muertos y heridos. La tropa llevaba órdenes de masacrar, y lo prueba definitivamente el hecho de que hubiera tanta gente muerta y herida por bayoneta. Mujeres de distintas edades, jóvenes y ancianos fueron asesinados cruelmente con el golpe salvaje de las bayonetas, y evidentemente no eran guerrilleros que estuvieran resistiendo al Ejército, sino personas inermes que no pudieron huir a tiempo.

**Cuarto.** Lo anterior concuerda notablemente con el hecho de que el mitin fue cercado, impidiendo la salida a las miles de personas ahí reunidas. Se trataba de un triple cerco militar y policiaco: el primero, en torno al edificio Chihuahua, por miembros del Batallón Olimpia vestidos de civil, que tenía por objeto capturar a los dirigentes del CNH; el segundo, formado por la tropa y los tanques, en torno a la Plaza, para rodear a la multitud y acorralarla, y el tercero, en torno a la Unidad, para bloquear toda posible salida y capturar a los escasos grupos que lograran evadir los dos primeros cercos.

La existencia de estos cercos queda plenamente comprobada por los miles de personas detenidas ese día. Solamente en las distintas cárceles de la ciudad fueron recluidas más de 2 mil personas, y si

además tomamos en cuenta que otras muchas estuvieron detenidas temporalmente en el mismo lugar de los hechos, para ser puestas en libertad horas después, la cifra de los detenidos aumenta hasta 5 o 6 mil personas, calculada conservadoramente.

Estos datos dan una idea de la magnitud de las fuerzas públicas desplegadas para reprimir el mitin y hacen evidente que la orden no era dispersar a los asistentes, acto que ya hubiera sido injustificable, sino cercarlos, acorralarlos, masacrarlos. Las unidades del Ejército se desplegaron en torno a la multitud como pinzas y en pocos minutos todas las salidas estuvieron cerradas.

Desde el tercer piso del edificio Chihuahua, lugar donde se había instalado la tribuna, no se podían observar estas maniobras del Ejército, y desde ahí el temor parecía exagerado. Los dos helicópteros que sobrevolaban la Plaza casi desde el inicio del mitin habían tomado una actitud hostil y provocadora, volando a muy baja altura y en círculos cada vez más cerrados; luego habían lanzado las bengalas. Al caer la segunda bengala cundió el pánico, y los oradores en la tribuna trataron de contenerlo.

Ninguno de los compañeros que estaban en el tercer piso vio que el Ejército avanzaba bajo la tribuna; algunos lograron observar que la multitud en la Plaza avanzaba hacia el Chihuahua, pero frenó de golpe al encontrarse frente a las bayonetas y repelida por los disparos, y retrocedió de inmediato. Parecía una ola avanzando hacia el extremo opuesto de la Plaza; ahí también estaba ya el Ejército. Desde arriba se alcanzó a ver cómo la ola humana empujaba hacia otro costado; fue lo último. El tercer piso ya estaba tomado por el Batallón Olimpia. Aún sin entender por qué corría y de golpe retrocedía aquella multitud incontrolable, los últimos compañeros que estaban junto al micrófono voltearon y encontraron los cañones de las metralletas. El barandal fue ocupado por el Batallón Olimpia. A los detenidos, con las manos en alto y de cara a la pared, se les prohibió estrictamente voltear hacia la Plaza; al menor movimiento recibían un culatazo en la cabeza o en las costillas. Cerrada la trampa, se inició el asesinato colectivo.

**Quinto.** La experiencia obtenida en la ocupación de CU, cuando fracasaron al intentar detener a los integrantes del Consejo en la Facultad de Medicina, condujo a los estrategas militares a refinar sus métodos, y así idearon usar el Batallón Olimpia. Este organismo estuvo integrado por soldados y oficiales escogidos de diferen-

tes cuerpos del Ejército, y hay indicios de que desfiló el 16 de septiembre de ese año y también participó en la toma del Casco de Santo Tomás. En Tlatelolco actuaron como cuerpo especial de élite los oficiales y jefes del Batallón Olimpia presumiblemente coordinados con agentes de la Policía Judicial Federal, del Servicio Secreto del D.F. y algunos soldados y oficiales escogidos de los cuerpos de Guardias Presidenciales. Actuaron utilizando tácticas de comandos y estuvieron encargados de apoderarse del edificio Chihuahua, detener a los miembros del Consejo que ahí se encontrarán, iniciar la provocación —haciendo los primeros disparos sobre la multitud y la tropa— y, en la última parte de su actuación, seleccionar a los detenidos para formar un grupo de *especiales*, en el cual se encontraban los miembros del CNH, periodistas extranjeros y en general cualquier persona que les pareciera sospechosa.

La detención inmediata de la mayoría de los miembros del CNH en el tercer piso del Chihuahua aleja cualquier duda acerca de la posible resistencia armada que pudieran haber ofrecido. Más tarde, cuando los miembros del Consejo que fuimos testigos presenciales de cómo el Batallón Olimpia disparó primero sobre hombres, mujeres y niños desarmados, y posteriormente —en abierta provocación— sobre la tropa que estrechaba el cerco, lo quisimos hacer constar en nuestras declaraciones ante el Ministerio Público, se impidió a toda costa que esta afirmación fuera asentada en el acta.

**Sexto.** El punto de vista del gobierno que mantuvo como único argumento para sostener la hipótesis infundada de la participación de *francotiradores*, es el hecho de que el general José Hernández Toledo resultara herido en las *acciones* de ese día. Sin embargo, existen algunos detalles significativos que destruyen ese argumento: en primer lugar, el general Toledo fue herido por la espalda, y si consideramos que en el momento de ser alcanzado por la bala se encontraba junto a la Secretaría de Relaciones Exteriores, encaminándose hacia la Plaza de las Tres Culturas, se deduce que el disparo provino de su retaguardia, probablemente de entre sus propios hombres o bien de alguno de los helicópteros que en ese momento colaboraban en la masacre, ametrallando desde el aire a la multitud inmovilizada y acorralada; en segundo lugar, refuerza esta hipótesis el hecho de que el calibre de la bala empleada correspondía a un fusil AR-18, en ese tiempo arma novedosa, empleada casi exclusivamente por la infantería de marina de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam.

Por otra parte, aunque todavía no se conocen con exactitud las circunstancias en que resultó herido el general Toledo, la suposición de que los disparos partieron desde algún edificio cercano, y el hecho de que no se conozca quién o quiénes dispararon, obliga a pensar en uno o varios tiradores especializados, seguramente bien entrenados, capaces de asegurar sus disparos desde el primer momento y con la retaguardia perfectamente cubierta. Todos los departamentos de los edificios cercanos a la Plaza fueron registrados cuidadosamente por el Ejército y la policía, y no se encontraron armas del tipo señalado. Lo anterior concuerda con el hecho de que los agentes del Batallón Olimpia dispararon también sobre las tropas que se acercaban o que estaban en la Plaza en esos momentos. Cientos de personas vieron que desde el tercer piso del Chihuahua, luego de detener a los que ahí se encontraban, los agentes con guante blanco empezaron a disparar sobre los asistentes al mitin y también sobre la tropa que se acercaba.

Inmediatamente después, en cuanto los soldados respondieron el fuego, los agentes se cubrieron tras el barandal de concreto de la tribuna, mientras encañonaban a los prisioneros, que continuaban de pie y con las manos en alto, totalmente descubiertos. El tiro de los soldados, seguramente al pie del edificio Chihuahua, al principio daba en el techo; pero conforme avanzaba la tropa sobre la Plaza el tiro bajaba y las esquirlas saltaban ya de la pared. Entonces se ordenó a los prisioneros que se tiraran al suelo; cuando arreció el fuego sobre el Chihuahua, los individuos de guante blanco —que sólo esporádicamente se identificaban como Batallón Olimpia— empezaron a gritar a coro para hacerse oír durante lo más nutrido del tiroteo: “¡Batallón Olimpia; no disparen!” Como el fuego era cada vez más estruendoso y empezaban a oírse las descargas de los tanques y sus ametralladoras de alto poder, iniciaron la búsqueda de un *walkie talkie* con verdadera desesperación. El que al parecer iba al mando del Batallón dio la orden de no disparar más. Se oían gritos de “¡Ya no dispare nadie; busquen un *walkie talkie*!” En los últimos disparos habían reconocido el estampido de los *fijadores*, bombas de bajo poder arrojadas por los tanques para abrir muros y permitir los disparos de la infantería. Con el pañuelo o guante blancos en la mano izquierda, pasaban continuamente arrastrándose sobre los codos; no tenían, al parecer, manera de comunicarse con la tropa, que abajo disparaba contra todo.



El gobierno, siempre cuidadoso de cubrir ciertas apariencias de legalidad, no se molestó el 2 de octubre por declarar el estado de sitio o de emergencia, ni antes ni después de los sucesos. Por el contrario, se sumieron en contradicciones e incoherencias. El secretario de la Defensa declaró: “A las 17:30 horas se recibió una petición de la policía solicitando el apoyo del Ejército, en virtud de que había empezado un tiroteo entre los mismos estudiantes”. Pero todos los diarios coincidieron en que la hora en que se había iniciado todo fue las 18:10, y la versión del tiroteo entre estudiantes ya nadie la sostuvo. Finalmente, el mismo día 3 de octubre, en que aparecieron las declaraciones del secretario de la Defensa, fue publicada la versión de la policía: el general Cueto, tras afirmar que los balazos habían partido del Chihuahua, dejó claramente establecido que: “La policía no pidió la intervención del Ejército, sino que le informó de lo que ocurría, y la determinación de intervenir la tomó el propio Ejército”. Entonces, ¿qué era lo que ocurría, si ahora el mismo gobierno afirmaba que todo se inició por la agresión que sufrió el Ejército, aunque nadie podía explicar qué hacía en ese lugar?

**Séptimo.** Algunos datos adicionales y actos posteriores demuestran que el gobierno tenía preparado el golpe, cuidando hasta los últimos detalles. Por ejemplo, días antes del 2 de octubre fue desocupado completamente el dormitorio 4 de la cárcel de Santa Marta Acatitla, con el propósito de dar cabida a los cientos de detenidos que se esperaban. Lo mismo sucedió en la prisión del Campo Militar Número Uno, en donde se desalojaron *varias cuadras*, esperando a los detenidos. A Santa Marta fueron conducidas más de 700 personas y a la prisión militar más de 800. Otro ejemplo: los agentes del batallón Olimpia y los agentes secretos emboscados en los alrededores llevaban un cartel impreso con las fotografías de los dirigentes del CNH que les interesaba encarcelar.<sup>2</sup> Otro dato significativo es que los detenidos en la cárcel de Santa Marta empezaron a declarar ante los agentes del Ministerio Público apenas unas horas después de su llegada. El convoy de detenidos llegó a Santa Marta a las 6:00 horas del día 3 de octubre, y a las 13:00 horas de ese mismo día ya estaban instaladas las mesas de trabajo encargadas de

<sup>2</sup> En ese cartel aparecían Sócrates Amado Campos Lemus, Gilberto Guevara Niebla, Marcelino Perelló Vals y Raúl Álvarez Garín.

tomar declaraciones e iniciar las averiguaciones previas. Este hecho, insólito en la burocracia mexicana, sólo puede explicarse si con antelación los funcionarios de las procuradurías hubieran estado advertidos de que tendrían trabajos extraordinarios.

La forma sorpresiva en la que actuó el Ejército, la participación de cuerpos de choque como el Batallón Olimpia, la existencia de los cercos policiacos y militares, el gran número de muertos y heridos, el elevado número de detenidos, el inmediato control policiaco de los hospitales civiles, la rapidez con que funcionó la censura política, la celeridad con que actuaron las procuradurías y la coordinación extraordinaria que mostraron todas las dependencias gubernamentales que intervinieron directamente —Secretaría de la Defensa, procuradurías, Secretaría de la Presidencia, Secretaría de Gobernación, jefes de prensa, etc.— muestran cabalmente que el gobierno tenía preparado un golpe definitivo en contra del Movimiento. La masacre del 2 de octubre fue un acto planeado, fría y cruelmente, por funcionarios gubernamentales especializados.

La responsabilidad completa de lo ocurrido recae directa y únicamente en las más altas autoridades del país. Es responsable el presidente de la República, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, pues fue él quien decidió liquidar el Movimiento estudiantil a cualquier precio. Es responsable el secretario de Gobernación, licenciado Luis Echeverría, a quien corresponde tomar decisiones que afectan el orden interior de la nación. Es responsable el secretario de Defensa Nacional, general Marcelino García Barragán, por haber empleado el Ejército a su cargo en funciones diferentes a las asignadas a este cuerpo en tiempos de paz y por la planeación y ejecución de la masacre bajo sus órdenes directas. Son responsables los procuradores General de la República, Julio Sánchez Vargas, y del Distrito Federal, Gilberto Suárez Torres, por su complicidad en las atrocidades que se cometieron y ser ellos quienes ordenaron la fabricación de “pruebas” artificiales, arrancadas a base de torturas en las cárceles y en las mazmorras del Campo Militar Número Uno. Además tienen responsabilidad especial los generales Crisóforo Mazón Pineda y José Hernández Toledo, comandante y subcomandante de la “operación de Tlatelolco”; el general Raúl Mendiola Cerecero que asumió prácticamente el mando luego que fue herido el general Hernández Toledo, y el coronel Ernesto Gómez Tagle, comandante del Batallón Olimpia, todos éstos como ejecutores del

genocidio. Son responsables todos los jefes policiacos de todas las jerarquías y corporaciones por su participación directa en los hechos de Tlatelolco y adicionalmente por las torturas infligidas a cientos de jóvenes detenidos, allanamientos de domicilios y secuestros innumerables. Estas personas son responsables y debieran ser juzgadas por el crimen de Tlatelolco; debieran rendir cuentas de su actuación como funcionarios y de los abusos de poder que han cometido.

### *Los argumentos políticos*

Ya hemos señalado que días antes del 2 de octubre el gobierno se encontraba acosado por numerosos problemas que le cerraban todas las salidas tradicionales de control autoritario, causados por su misma intransigencia y los errores acumulados durante largos años. La fuerza creciente del Movimiento alcanzaba a más y más sectores de la población, que se decidían a participar activamente. La oposición sindical entre los petroleros, electricistas y ferrocarrileros se desarrollaba vigorosamente, y lo mismo puede decirse de los sindicatos de burócratas, las asociaciones médicas y las secciones sindicales de profesores.

Las demandas políticas planteadas inicialmente se mantenían y, además, se habían ampliado con la exigencia de la desocupación de las escuelas, la libertad de los detenidos y el cese de la represión como requisitos previos al diálogo público. La proximidad de las olimpiadas y el peligro de perder prestigio en los medios internacionales, con la consiguiente reducción de préstamos e inversiones extranjeras; la propia división interna de los sectores gubernamentales, que no llegaban a ponerse de acuerdo; la pérdida creciente del control político gubernamental en las organizaciones populares y en la propia prensa nacional, eran problemas que producían mucha inquietud en los círculos oficiales.

Si cada uno de ellos, aislado, era de por sí un problema grave y delicado, cuando se presentaban todos en conjunto, la situación revestía caracteres de crisis completa en la política gubernamental. Las medidas militares del gobierno eran derrotadas con medidas políticas de los estudiantes. La situación, desde el punto de vista oficial, alcanzaba niveles muy peligrosos, pues las acciones inde-

pendientes de los ciudadanos revocaban en la práctica el principio fundamental de su política, el llamado *principio de autoridad*.<sup>3</sup>

Todos estos problemas fueron *resueltos* con el terror del 2 de octubre. Los periódicos se disciplinaron, la oposición sindical abierta se cortó de tajo en la mayoría de los sindicatos y el control político fue restituido en los lugares en que se había debilitado. Aunque internamente las diferencias persistieron, ya nadie se atrevió a manifestar su desacuerdo con las medidas adoptadas por el gobierno federal, no por respeto, sino por temor. La masacre del 2 de octubre fue *justificada* por todos los sectores gubernamentales, los más impúdicos con ruidosas declaraciones públicas y los otros con un profundo silencio cómplice. No se oyó ni una voz en protesta por el asesinato de estudiantes, excepto la valiente renuncia de Octavio Paz a la embajada de México en la India. El ejemplo fue claro y aleccionador, ya sabían lo que les esperaba a aquellos que se atrevieran a disentir del gobierno.

El secretario de la Defensa aseguró que en México “imperaba la libertad” y el jefe de prensa de la Presidencia, Fernando M. Garza, precisó que “se trataba de acabar con un foco de agitación”, así como de “asegurar el orden y la tranquilidad en los próximos Juegos Olímpicos”. También quedaban aseguradas las inversiones extranjeras y los préstamos internacionales.

El Ejército, mediante el terror, logró someter a la población a la subordinación que anteriormente se conseguía mediante la represión disfrazada y la demagogia. La solidaridad popular con el Movimiento se estaba liquidando.

Desde el punto de vista político concreto, la masacre del 2 de octubre tuvo el efecto de frenar bruscamente el Movimiento, y aunque la reacción popular alcanzó el nivel más alto de indignación, ésta no pudo ser capitalizada por diversos motivos y circunstancias, que analizaremos más adelante. De esta manera, el *principio de autoridad* fue restituido por la violencia en todas partes y de un solo golpe.

<sup>3</sup> El *principio de autoridad* es la negación misma de la democracia. Aunque no tiene ninguna formulación explícita, este principio se invoca para justificar cualquier acto de las *autoridades* públicas, por arbitrario que sea. Lo usan desde los policías y funcionarios menores hasta el presidente de la República. Se trata de no dar muestras de *flaqueza* y garantizar con ello la omnipotencia del Estado, empleando sistemáticamente medidas de fuerza en lugar de actos políticos. Se pretende presentar todas las acciones del gobierno como plenamente justificadas por la *autoridad* de la autoridad. Es muy significativo que en nuestro país se designe a los funcionarios públicos con el término genérico de *autoridades*, como reconocimiento del poder autoritario que ejercen, sin nunca hacer referencia a sus funciones específicas.

## *La reacción popular y estudiantil*

Las noticias de los sucesos de Tlatelolco se difundieron inmediatamente. Esa noche miles de familias vivieron momentos de angustia indescriptibles, cuando notaron que algún familiar o amigo cercano había asistido al mitin y ya caída la madrugada todavía no regresaba. Las luces de cientos de casas estuvieron prendidas toda la noche y sus habitantes pasaron horas y horas pendientes de los noticiarios, buscando amigos cercanos que pudieran proporcionar alguna noticia precisa de lo ocurrido o que acaso supieran algo de la suerte que corrieron los ausentes. Cuando la incertidumbre se hizo intolerable, muchos salieron a la calle en busca de información directa, pero los hospitales civiles, la Cruz Roja y la Cruz Verde estaban bajo estricto control policiaco desde las 21:00 horas, por lo que era imposible conseguir informes seguros; en las delegaciones policiacas sucedía exactamente lo mismo.

En los días sucesivos la inseguridad crecía notablemente. Había miles de personas desaparecidas y no se tenía ninguna noticia acerca de ellas. Los rumores alarmantes y contradictorios enardecían los ánimos y provocaban estados de tensión extrema. En los hospitales se producían aglomeraciones durante todo el día; la gente revisaba una y otra vez las listas de heridos, recorría los anfiteatros —a fin de reconocer los cadáveres— y pasaba horas enteras en las puertas de las cárceles y de las oficinas judiciales, esperando las listas de los detenidos.

Al ambiente de angustia se agregaba la indignación producida por la masacre, agravada por la insolencia con que los funcionarios policiacos trataban a quienes se les acercaban a preguntar por sus allegados. Los granaderos y policías secretos con arrogancia reforzaban ostensiblemente todos los edificios públicos, mal disimulando el temor a que la indignación popular se materializara en hechos de violencia.

Entre algunos profesores y estudiantes se produjo una reacción de azoramiento total: sorprendidas por el grado de violencia oficial desencadenada, miles de personas vieron derrumbarse todos los principios morales y políticos sostenidos por el gobierno, y en gran parte también por ellos mismos. Para aquellos que creían sinceramente en un avance serio de las instituciones democráticas, y que solamente veían ciertas omisiones y errores en el sistema político y social de México, los sucesos de Tlatelolco los llevaron a una revi-

sión completa de sus valores fundamentales. Esto queda patente en el breve y dramático desplegado publicado por la Escuela Nacional de Arquitectura en el periódico *El Día*, el 3 de octubre, y que dice:

La Escuela Nacional de Arquitectura hace del conocimiento público que:

a) Los indignantes acontecimientos acaecidos durante la celebración del mitin la tarde del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas ocurrieron sin haber habido provocación alguna por parte de los ciudadanos asistentes: estudiantes, obreros, campesinos, familias y pueblo en general. Dicho mitin se había llevado en el más perfecto orden, habiéndose acordado suspender la marcha hacia el Casco de Santo Tomás como medida de seguridad, para evitar posibles provocaciones a la fuerza pública.

b) Consecuentemente, afirmamos que los únicos responsables de los hechos antes citados son las fuerzas públicas, tanto uniformadas como disfrazadas.

c) Ante la desesperación y la impotencia en que nos encontramos, solamente podemos hacer patente nuestra más profunda indignación como seres humanos.

Los maestros y alumnos presentes en los acontecimientos.

El último inciso refleja de manera impresionante el abatimiento momentáneo que se produjo en numerosos sectores estudiantiles y de la opinión pública.

Sin embargo, hubo otras respuestas. Las brigadas estudiantiles que abandonaban la zona de Nonoalco Tlatelolco, impulsadas por la indignación y desesperación que las embargaban, actuaron de inmediato en un *contraataque* totalmente desproporcionado. En las inmediaciones de Tlatelolco y en distintos rumbos de la ciudad, los muchachos incendiaban trolebuses y camiones, con la esperanza de distraer a las fuerzas que se concentraban sobre el mitin. Decenas de vehículos ardieron esa noche, y aún al día siguiente continuaba la violencia. En las calles las brigadas realizaban mítines relámpago para explicar a la población lo sucedido y se retiraban rápidamente, después de dejar envuelta en llamas la muestra viva de su cólera. El 3 de octubre hubo explosiones de dinamita en las atarjeas del Viaducto Miguel Alemán y el 4 en la tarde, aparentemente también por una serie de seis explosiones en las subestaciones de cables subterráneos, se suspendió la distribución de energía eléctrica

en el centro de la ciudad durante varias horas. Mientras tanto, la actividad de los estudiantes continuaba, y cerca de todas las escuelas se producían escaramuzas constantes con la policía. La ciudad entera vivió un clima de indignación y de angustia, de odio e inseguridad, que tuvo que tragarse por falta de medios de expresión.

La única respuesta organizada provino del combativo Bloque de Pasantes que mantenía un paro en los hospitales más importantes de la ciudad. El 4 de octubre publicaron un desplegado en el que declararon:

Ante tales hechos, nos sumamos a la indignación popular por este injustificable atentado en contra del pueblo y reafirmamos nuestra posición de continuar el paro total e indefinido como apoyo al Consejo Nacional de Huelga, hasta la completa resolución del conflicto.

Naturalmente, la represión se concentró sobre los sectores que continuaban en lucha. El 12 de octubre el Bloque de Pasantes de Medicina anunció que la Secretaría de Salubridad había decretado suspenderles el pago de las becas a los médicos que se encontraban en paro; paralelamente, la policía perseguía a los dirigentes del Bloque y se hallaban desaparecidos varios de ellos, entre quienes se incluía a Mario Campuzano. El Consejo Nacional de Huelga, que había quedado debilitado en su estructura orgánica desde el 18 de septiembre, después de la masacre de Tlatelolco se redujo a condiciones muy precarias en su organización, a raíz de haber sido detenidos muchos de sus dirigentes.

Por estas razones, toda la indignación y el descontento populares se paralizaron ante el terror y no pudieron ser canalizados en acciones políticas de respuesta. A pesar de que el Consejo decretó unilateralmente una Tregua Olímpica, el gobierno no correspondió a esa actitud y numerosos sectores estudiantiles quedaron aislados y fueron atacados duramente por las autoridades, prácticamente sin posibilidades de defensa. Dentro de este marco se explica por qué el Bloque de Pasantes decidió suspender el paro que mantenía en los hospitales del DF días después del 12 de octubre.

En los días previos a la olimpiada, cuando los ojos de todo el mundo confluían en México, el gobierno decidió dar una muestra de salvajismo con un acto de fuerza sin precedentes y absolutamente innecesario, lo cual fue observado inequívocamente por los más de 50 corresponsales extranjeros que estuvieron presentes en

Tlatelolco, de modo que las versiones que se difundieron en todo el mundo exhibían el carácter primitivo y brutal de la llamada *democracia* mexicana, y la falsedad del equilibrio y la estabilidad pregonados por la oligarquía.

Prácticamente en toda Europa hubo manifestaciones de solidaridad con los estudiantes mexicanos y de repudio al gobierno. Las embajadas, los consulados, las exposiciones de promoción turística, fueron los blancos escogidos para expresar la indignación que despertaron los sucesos en México. En París se dijo que “las manifestaciones recordaban los días de mayo”, y en varios países hubo fuertes presiones para que se retiraran las delegaciones olímpicas, principalmente en Suecia e Italia, donde se discutió en el parlamento la conveniencia de permanecer o no en México. También en América Latina se produjeron manifestaciones de solidaridad con los estudiantes mexicanos. En todas partes causó estupor el hecho de que el gobierno mexicano continuara en funciones a pesar de la magnitud, ilegalidad e irracionalidad de la represión empleada, pues en cualquier país democrático menos hubiera bastado para deponer el gobierno.

Mientras tanto, la prensa nacional —controlada totalmente— difundía repetitivamente su versión, distorsionando los hechos, minimizando la magnitud de la tragedia y presentando a las víctimas como victimarios. En un exceso de impudicia, se hicieron declaraciones tan absurdas como la del jefe de la policía, general Luis Cueto Ramírez, quien dijo que “los culpables de la tragedia del miércoles son los (...) padres de familia, que no han sabido encauzar a sus hijos”. En otras ocasiones se trató de *justificar* la intervención del Ejército aduciendo argumentos tan insostenibles como que “el Poder Ejecutivo actuó conforme a la Constitución”, lo que se afirmó en un documento público que firmaron 30 senadores de la Gran Comisión. De manera hipócrita el regente del Distrito Federal, Alfonso Corona del Rosal, “exculpó a los jóvenes de los desórdenes callejeros”, y los atribuyó a “agentes internacionales de identidad no determinada”, en un ridículo intento de granjearse con lisonjas el apoyo político de los estudiantes.



## *La fábrica de pruebas*

El 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas fueron arrestadas más de 2 mil personas, entre las que se encontraba un grupo numeroso de compañeros del CNH, de los comités de lucha escolares y de brigadistas. Pero el objetivo principal era quienes estaban en la tribuna del mitin, las doscientas o trescientas personas concentradas en los pasillos y corredores del edificio Chihuahua.

Todas ellas fueron aprehendidas por agentes del Batallón Olimpia, que irrumpieron en el tercer piso del Chihuahua empuñando pistolas y metralletas, al mismo tiempo que bloqueaban todas las salidas del edificio. Cuando se inició el asalto, algunos compañeros lograron huir por las escaleras, hacia los pisos superiores, en donde se refugiaron en los departamentos de los vecinos. Sin embargo, poco después, hacia las 20:30 horas, tropa y policías iniciaron el registro del edificio, destrozando las puertas de los domicilios particulares, registrando los inmuebles y secuestrando a quienes parecían ser estudiantes, para concentrarlos en dos departamentos localizados en el segundo y quinto pisos del edificio. Ahí empezaron los golpes y las vejaciones. Cientos de detenidos fueron obligados a desnudarse, después de haber sido despojados violentamente de sus objetos de valor y de todos sus documentos y papeles personales.

A los compañeros que fueron detenidos en el tercer piso, donde estaba instalada la tribuna del mitin, se les consideró como detenidos *especiales*, lo mismo que algunas otras personas que se sospechaba fueran del Consejo. Para ellos fue el trato más riguroso: semidesnudos y con las manos atadas por la espalda, fueron golpeados con las culatas de los rifles. Alrededor de las 22:30 horas se inició el traslado de los detenidos a la prisión del Campo Militar Número Uno. Desde la planta baja del edificio Chihuahua hasta donde estaban estacionados los camiones militares, en la calle de Manuel González, los soldados y agentes secretos formaron una doble fila de más de 200 metros, a través de la cual los compañeros eran obligados a pasar de uno en uno, en medio de una lluvia de golpes de culata, escupitajos, insultos y amenazas. Al llegar a los camiones, con las manos atadas por la espalda, los soldados los obligaban a subir a los transportes jalándolos de los cabellos y empujándolos a culatazos; después los amontonaban bocabajo

y uno sobre otro, hasta formar una pila de tres o cuatro cuerpos. Así fueron transportados para impedir que vieran el camino y posteriormente reconocieran el lugar a donde se dirigían. Durante el viaje los soldados se *divertían* golpeándolos sistemáticamente con sus fusiles en los dedos de las manos y los pies, o hiriéndolos lentamente con las bayonetas. El convoy estaba rodeado por tanques, transportes llenos de tropa y carros de agentes policiacos armados con ametralladoras.

En el Campo fueron fotografiados y se les condujo a celdas individuales, donde estuvieron incomunicados, algunos durante más de 10 días. Los interrogatorios se iniciaron de inmediato, ante oficiales y jefes de alta graduación del Estado Mayor Presidencial, en medio de golpizas y toda clase de amenazas. En la prisión militar, en donde finalmente nos concentraron a todos, pronto se desarrolló un ambiente de temor y de violencia: rigurosamente aislados e incomunicados, no sabíamos nada de la suerte corrida por los demás compañeros; nuestras únicas experiencias, fuera de las paredes de la celda, se reducían a los interrogatorios y a lo poco que podíamos ver y oír ocasionalmente.

Las crujías de castigo estaban formadas por grupos de 14 o 18 celdas individuales, de menos de dos metros por lado, unidas por un corredor central. Por las pequeñas ventanillas y rendijas de la puerta podíamos ver cómo los compañeros detenidos eran sacados durante varias horas para ser interrogados y cómo casi siempre regresaban duramente golpeados; esto sucedía las 24 horas del día. A muchos los sacaban en la madrugada, semidesnudos, pues no había nada con qué taparse, escoltados por varios soldados y encañonados por los fusiles. No era posible dormir más de dos o tres horas seguidas. Las escoltas entraban constantemente al dormitorio para trasladar gente, y con el simple ruido de los candados y de las botas todos despertábamos. En la tarde y en la madrugada se oían descargas de fusiles y ametralladoras, y los oficiales comentaban en voz alta el número de fusilados en esa ocasión, haciendo suposiciones acerca de cuándo les tocaría el turno a los que estaban escuchando. No era posible hablar o comunicarse con otros compañeros, pues constantemente había soldados y oficiales de guardia; además en las crujías estaban instaladas grabadoras para registrar las conversaciones y no perder detalle de lo que se decía. Todo este ambiente de inseguridad y de violencia causaba

fuertes presiones sobre los detenidos; muchos de nosotros suponíamos que no era difícil que ahí mismo nos mataran, ya que nos constaba (y nos consta) la crueldad con que procedieron en la masacre de Tlatelolco. De esta manera, cada uno tuvo que enfrentarse a su suerte, sin saber nada de lo que ocurría con los demás compañeros.

Los interrogatorios fueron orientados desde el primer momento. Hubo suficientes indicios de que habían sido elaborados de antemano, conforme un esquema en el que solamente interesaba arrancar declaraciones que justificaran la versión oficial de los hechos y, por otra parte, obtener informes de la estructura interna del Movimiento. Se puede decir que estaban divididos en dos partes. En la primera se pretendía que el detenido aceptara su *culpabilidad* en la comisión de algunos delitos, como acopio de armas, disparo de arma de fuego, robo, secuestro, etc. En la segunda, que sirviera de *testigo* de cargo contra sus propios compañeros. Las preguntas, previamente elaboradas, se referían a la existencia de arsenales, compras de armamento, francotiradores, supuestas *columnas de seguridad*, incendio de autobuses, supuestos enlaces con la guerrilla de Genaro Vásquez en Guerrero y otros temas similares que formarían una imagen de violencia en la conducta de los miembros del CNH.

No les interesaba la versión personal del detenido, ni sus respuestas concretas; de lo que se trataba era de que firmaran una declaración aceptando como ciertas algunas de las acusaciones inventadas por los autores intelectuales del crimen y que ya empezaban a ser difundidas por la prensa.

Por otra parte, en el aspecto político se pretendía desprestigiar al Movimiento con la vieja táctica de la policía, de tergiversar sus objetivos explícitos, haciéndolo aparecer como fomentado por agentes subversivos al servicio de *intereses oscuros*. Simultáneamente se ocultaban las causas reales del malestar social y se invocaban causas ficticias o mágicas, como la *habilidad* para engañar a la gente *incauta*, principalmente a los estudiantes, que “les gusta alborotar con cualquier pretexto”. Como en esos momentos a las autoridades les era muy difícil atribuir a los comunistas la responsabilidad intelectual del Movimiento, eligieron como chivos expiatorios a un grupo de “políticos resentidos” que actuaba por despecho, tratando de “crearle problemas al régimen”. Los nombres de Ernesto P. Uruchurtu, Carlos Madrazo, Humberto Romero y otros ex funcionarios, durante mucho tiempo olvidados por la prensa, cobraron actua-

lidad al ser involucrados en las *declaraciones* de algunos de los detenidos. La dirección intelectual, la procedencia del dinero y los “fines inconfesables”, consistentes en “integrar un partido para derrocar el régimen actual”, fueron atribuidos a estos individuos.

Muy pocos de los detenidos cayeron en el juego del gobierno y se prestaron a suscribir estos infundios. La mayoría resistimos las fuertes presiones físicas y morales a las que nos vimos sometidos.

En los momentos en que ocurrió la masacre del 2 de octubre, el Movimiento gozaba de un gran prestigio por su trayectoria honesta y justa, y a causa de ello no era fácil para el gobierno atacarlo en bloque, así que decidieron intentar dividirlo. Para fines de propaganda masiva, se distinguía entre estudiantes y *agitadores* como sinónimos de *buenos* y *malos*, aunque la realidad fue que a cualquier estudiante detenido se le considerara como *agitador*. Para los miembros del Consejo se estableció otra división ficticia, entre *duros* y *tibios*, para distinguir entre quienes eran considerados radicales intransigentes y quienes eran más accesibles a las relaciones con las autoridades. “Desgraciadamente”, decía el gobierno, “el Consejo estaba en manos de los *duros*”. Con esto se perseguía el doble objetivo de presentar públicamente al CNH como un organismo intransigente y el de mantener la posibilidad de sustituir la dirección combativa por un grupo que conservara el prestigio del CNH ante los estudiantes, pero que a su vez fuera condescendiente con los fines del gobierno; trataban de aislar a los dirigentes combativos de la base estudiantil, a fin de dar paso a las corrientes oportunistas dispuestas a negociar incondicionalmente. Más adelante veremos los frutos que rindió esta táctica del gobierno.

En la segunda parte de los interrogatorios se buscaban informes de la organización interna de los estudiantes y de otros sectores con dos objetivos principales: conocer nombres, filiación política y cualquier dato que facilitara la persecución policiaca de otros compañeros y, con estos datos reales, ajustar nombres, actividades y relaciones al esquema de conspiración que se había dado a conocer en la versión oficial. Se pedían nombres de compañeros del CNH, de profesores de la Coalición y de miembros de los comités de lucha de la propia escuela; se exigían informes de las asambleas generales, y aun de reuniones familiares, a las que se les atribuía un carácter conspirativo. Por otra parte, se pedían datos de las otras

organizaciones y personas que actuaban en el Movimiento, tales como sindicatos, la Coalición de Escritores y Artistas, médicos e intelectuales. A muchos nos preguntaron por funcionarios del gobierno, desde simples empleados hasta secretarios de Estado que supuestamente colaboraban con nosotros; en especial insistían en nombres de oficiales del Ejército que, según ellos, nos *ayudaban* proporcionando “armas y entrenamiento”.

En estos interrogatorios nos dimos cuenta del alcance y las repercusiones del Movimiento en muchos sectores gubernamentales, pues en ellos se reflejaba la división de los grupos gobernantes, de tal manera que aparecían muchos de los propios secretarios de Estado como sospechosos ante los ojos de la Presidencia. Independientemente de que el Movimiento pudiera ser aprovechado para dirimir posiciones de poder en la sucesión presidencial de 1970 y de que los interrogatorios mismos fueran artificiales, con el propósito de desacreditar a la oposición política interna en los círculos gobernantes, lo cierto es que se preguntaba por la injerencia de personas como Emilio Martínez Manautou, Juan Gil Preciado, Leopoldo Sánchez Celis y otros. La única explicación posible de que se tratara de involucrar a personajes ajenos al conflicto y cercanos al propio gobierno era la existencia de una aguda pugna de intereses. Ya hemos dicho que con la represión del 2 de octubre el gobierno logró someter también a los grupos disidentes. De esta manera, ya no fue necesario exhibir públicamente sus desacuerdos

En esta misma dirección, pero extremando las presiones violentas hasta el grado de la tortura, se exigía de los detenidos proporcionar información detallada de los compañeros que se encontraban libres, los cuales eran duramente perseguidos. En particular perseguían al ingeniero Heberto Castillo, al doctor Fausto Trejo, al escritor José Revueltas y a algunos otros estudiantes, como Roberto Escudero y Marcelino Perelló, entre otros.

Podemos mostrar cómo se ajustaban nombres, actividades y reuniones reales al esquema de *conspiración* fabricado por la policía con un ejemplo: del ingeniero Heberto Castillo se sabía que en una o dos ocasiones, durante el mes de agosto, había asistido a la asamblea del CNH como representante de la Coalición de Profesores; en tales ocasiones se trataron problemas de coordinación entre los dos organismos, a fin de no duplicar actividades. Con esta información, la policía construyó un conjunto de acusaciones contra Heberto

Castillo, presentándolo como uno de los *instigadores y directores ocultos* del Movimiento. A todos los detenidos se les preguntó “si conocían al ingeniero Heberto Castillo”, y obviamente, por tratarse de una persona prestigiada y muy conocida, la mayoría contestó afirmativamente. Sobre esta base, en el momento de su aprehensión, la Procuraduría dio como *prueba* de culpabilidad el hecho de que se le mencionara en más de 200 declaraciones. En todos los casos, de personas más o menos conocidas del CNH o de la Coalición, se empleó el mismo procedimiento de múltiples *referencias*, a falta de pruebas concretas de los supuestos *delitos* que se les atribuían.

En la Dirección Federal de Seguridad, en el Servicio Secreto, en la Procuraduría del Distrito Federal y en la Procuraduría General de la República se siguió el mismo método con la misma intención política, con la particularidad de que en estos lugares las formas de presión llegaron a extremos de máxima crueldad, como toques eléctricos aplicados en regiones sensibles del cuerpo; algunos compañeros fueron llevados al cuartel de la policía montada, para meterlos al *pocito*, que consiste en sumergirlos en un pozo de agua hasta que están a punto de ahogarse; en esos lugares la mayoría de los detenidos permanecía amarrada de pies y manos durante varios días, y además de los golpes se les aplicaba un *torniquete* en la cabeza. En un grado máximo de salvajismo, llegaron a secuestrar también a familiares de los jóvenes detenidos, para torturarlos en su presencia y obligar a éstos a declararse culpables de los delitos que caprichosamente les imputaban los agentes policiacos.

Algunos compañeros que hasta ese momento habían soportado valientemente los toques eléctricos en la lengua, en los testículos y en el ano, además de las golpizas, cuando oían a su madre gritar bajo las torturas de los agentes declaraban cualquier cosa que éstos pidieran. En el Campo Militar Número Uno se utilizaron otros métodos de tortura, tales como simulacros de fusilamiento y castración: en la madrugada varios compañeros fueron sacados de las celdas donde permanecían incomunicados, para llevarlos con los ojos vendados al campo de *fusilamiento*; a última hora se *revocaba* la orden, después de que el detenido *comprobaba*, al escuchar los disparos y después de tocar con el pie un cuerpo tirado, que otro compañero había sido *fusilado*. En otras ocasiones se simulaban, con cuidadosos detalles, operaciones quirúrgicas de castración, derramando agua tibia entre las piernas para simular la sangre que

corría. Con estos procedimientos se lograba mantener un estado permanente de terror e inquietud entre los compañeros.

Es necesario señalar que la mayoría de los detenidos, y en particular los del CNH, actuó con un mismo criterio ante los interrogatorios. Algunos tuvimos oportunidad, mientras estábamos juntos, de decidir cómo comportarnos, y así acordamos seguir la línea general de decir la verdad, puesto que no había nada delictivo en nuestras actividades y no se podía negar nuestra participación personal, dado que suponíamos que éramos conocidos públicamente. Esta conducta fue positiva en términos generales, pero los datos aportados sirvieron para llenar el esquema de referencias múltiples y cruzadas que ya tenía preparada la policía y que nosotros desconocíamos. La mayoría de los compañeros actuó de la misma manera, aun sin saber que otros así lo habíamos convenido, pues las mismas razones evidentes los impulsaban a actuar así.

Se puede decir, en general, que casi todos nos las ingeniamos para declarar de tal manera que los agentes policiacos no supieran nada más de lo que ya era del conocimiento público. Cuando preguntaban quiénes eran los miembros del CNH, se respondía con evasivas de este tipo: “son muchos y no los conozco por sus nombres”. Sin embargo, cuando el interrogador leía la lista de los delegados, no era posible negar que a algunos sí los conocíamos, aunque fuera sólo por uno de sus apellidos: Cabeza de Vaca, Guevara Niebla, González de Alba o cualquier otro delegado conocido del CNH. De la misma forma, cuando se pedía que uno *relatara* sus actividades, se respondía con rasgos generales, limitándonos a aceptar los hechos más conocidos.

Esta información mínima de nuestras actividades fue usada por la policía para ajustar su versión conspirativa con hechos reales y por un rato para sembrar la desconfianza entre nosotros. Por ejemplo, a un compañero se le decía: “Tú estuviste tal día, en tal lugar, con Fulano y Mengano, y después te vimos en CU con Zutano y Perengano, y ahí les diste las armas y las órdenes de disparar contra el Ejército. Confiesa quién te dio las armas y el dinero”. Así, en la pregunta había algunos datos verdaderos, tales como la fecha, el lugar y los asistentes, aunque la versión del objeto de la reunión estuviera distorsionado. Esto producía mucha desconfianza, pues hacía pensar que teníamos infiltrado algún policía o que ya se había *quebrado* un compañero, que estaba prestándose a las maniobras de tergiversación policiacas.

No obstante las golpizas, las torturas y las presiones morales producidas por la desconfianza, la sospecha o el sentirse en ciertos momentos traicionado por algunos compañeros, la mayoría actuó modesta pero valientemente, sobreponiéndose a todos los obstáculos. Miles de jóvenes, algunos casi niños, en unos cuantos días de experiencias difíciles se transformaron en hombres maduros, conscientes, responsables y orgullosos de sus convicciones. Es indispensable señalar que la denuncia de las torturas y arbitrariedades que se cometieron con los detenidos en el Campo Militar, presentada valiente y oportunamente por Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, desbarató gran parte de las maniobras policiacas.

Pero no todos pasaron la prueba airosamente. Algunos, muy pocos afortunadamente, tuvieron una conducta ignominiosa, aunque no es posible para nosotros precisar si la causa fue simplemente cobardía o de antemano habían sido preparados para ello. Tales son los casos de Sócrates Amado Campos Lemus, delegado de la Escuela Superior de Economía (ESE) al CNH, y de Áyax Segura Garrido, representante de la Escuela Normal Oral.

Desde los primeros momentos, Sócrates colaboró con la policía de una manera muy amplia, proporcionando nombres, señalando actividades e incluso inventando hechos, llegando al grado de identificar ante la policía a los compañeros presos. Algunos detenidos, para su seguridad, se habían cambiado el nombre, por lo cual la policía no los identificaba; en los primeros días, Sócrates pasó celda por celda, acompañado por oficiales del Ejército, reconociendo a cada uno de los detenidos e identificando a los miembros del CNH. Así fueron localizados Sergio Castañeda, Eduardo Valle, Gilberto Guevara, Enrique Ávila y Paty —la novia de Ávila— y otros.

Sócrates inventó o se prestó a sostener todos los detalles necesarios para dar apariencia de verdad a la versión policiaca de la “agresión al Ejército por los estudiantes”; él fue quien hizo referencia a las llamadas *columnas de seguridad*, y llegó al extremo de inventar *detalles* de las *tareas* que había cubierto cada uno de los que denunció. Fue asombrosa la coincidencia entre su versión de los hechos y la difundida por las autoridades a través de la prensa, aun antes de que empezaran las investigaciones. Por estas razones no se puede decir si Sócrates actuó presionado por el miedo o estaba comprometido de antemano. Sus *declaraciones* fueron grabadas y servían de base para intimidar a todos los compañeros a quienes se



quería obligar a admitir como ciertos los *informes* de Sócrates. Él mismo hizo público “el buen trato” que había recibido del Ejército, el cual era totalmente diferente al que recibíamos los demás. En los periódicos del 6 de octubre apareció su declaración: “Los soldados se han portado estupendamente, nos han tratado como hermanos”. Áyax Segura Garrido, a quien todos conocíamos como *Áyax Cachehueca*, ya se había hecho notar en el Movimiento y en el seno del CNH por sus actitudes provocadoras y de torpe denuncia. En dos o tres ocasiones habló para proponer medidas totalmente imprácticas, que sólo comprometían, como se vio más tarde. Una de esas proposiciones absurdas fue la de cambiar la organización democrática del CNH por una de tipo *militar*, alegando que era necesaria una mayor *disciplina*; quería que el Comité Central cambiara su nombre por el de Estado Mayor, y los comités de lucha y las brigadas fueran organizados como *comandos*, propuestas que fueron rechazadas por absurdas.

Existen evidencias de que fue Áyax quien denunció la casa en que se ocultaba Cabeza de Vaca. En el Campo Militar Número Uno también colaboró sin escrúpulos con los militares y policías, señalando nombres y actividades, y aun prestándose para “*reconocer* las armas usadas por los estudiantes contra el Ejército”.

Apoyándose en lo que hemos venido señalando, los agentes del Ministerio Público completaron el cuestionario que les había sido entregado de antemano y así condujeron el interrogatorio a los mismos asuntos que la policía había preparado. Todas las declaraciones ante los agentes del Ministerio Público se hicieron con base en preguntas concretas, formuladas de manera que comprometieran al detenido, que lo presentaran como partidario de la violencia, que había hecho uso de armas o bien que había viajado a Cuba y que, por consiguiente, era un “agitador profesional”; suprimieron cínicamente todas las respuestas que incriminaban al Ejército o que favorecieran al acusado, como aquellas en las que se mencionaba la participación del Batallón Olimpia como iniciador del tiroteo en Tlatelolco y ejecutor de la masacre, o las torturas sufridas por algunos detenidos; en otros casos, los agentes del Ministerio Público inventaban por su cuenta.

Con estos procedimientos, en resumen, es fácil darse cuenta de que era posible fabricar *culpables* de cualquier cosa, y que el gobierno pudo involucrar a quien le pareció conveniente; hubiera

podido incluir a cualquier persona o grupo político contrarios a sus intereses. De la misma manera que fueron señalados Ernesto Uruchurtu, Carlos Madrazo, Humberto Romero y otros, podían haber sido involucrados, y de hecho se pretendió hacerlo, el rector Barros Sierra y algunos funcionarios universitarios, o el arzobispo primado, el *Opus Dei*, la CIA, Moscú o los jesuitas. Nunca faltaría un despistado que se prestara al juego.

### *Las declaraciones*

Lo que hemos relatado anteriormente fueron las experiencias de los detenidos en el Campo Militar Número Uno y en las diversas prisiones, y en general explica las declaraciones hechas ante el Ministerio Público, las que fueron dadas a conocer a través de la prensa, sin informar de las torturas y procedimientos ilegales y violentos utilizados para obtenerlas. Ahora, veremos las declaraciones publicadas que sirvieron para confundir a amplios sectores de la población.

Desde el 5 de octubre se inició una amplia campaña publicitaria que utilizaba todos los medios; los periódicos, la radio y la televisión presentaban las *confesiones* de los detenidos. La gente estaba ávida de noticias y se esperaban con verdadero interés las palabras de los estudiantes presos, en especial se quería conocer la versión de los dirigentes del CNH. Sin embargo, las únicas declaraciones publicadas fueron aquellas que coincidían con la versión oficial de los hechos, y en otros casos se omitían y tergiversaban las opiniones personales de los detenidos.

Las declaraciones iniciales ante los agentes del Ministerio Público se pueden dividir en tres grandes grupos:

Primero, las de Sócrates Amado Campos Lemus y Áyax Segura Garrido, ambos miembros del CNH. Este primer grupo presenta características político-policíacas, y fue apoyándose en estas declaraciones como la policía y el gobierno justificaron su versión de los acontecimientos. Ya hemos dicho que no es posible precisar si actuaron motivados por el miedo o fueron preparados de antemano, pues sus *revelaciones* confirmaban en todas sus partes los puntos de vista policíacos (lo que la masa estudiantil ha considerado un acto de traición).

Segundo, personas que aceptaron haber participado en actos de violencia, tales como disparos con armas de fuego, atentados terro-

ristas, incendios de camiones, etc. En este grupo la mayoría de las declaraciones fue arrancada con torturas y las personas supuestamente comprometidas en estas actividades no tenían relación directa con el CNH. Muchos de ellos no tenían una idea clara del compromiso que adquirirían al admitir lo que la policía quería, y en cierta forma fueron escogidos por su debilidad para resistir los golpes y las presiones morales. Todos los hechos de violencia que admitieron realizar fueron ajenos al Movimiento estudiantil, y las implicaciones con dirigentes del CNH o comités de lucha fueron simplemente inventadas por la policía.

Tercero, el grupo formado por la mayoría de los miembros del CNH, de los comités de lucha y de los estudiantes detenidos que en términos generales hicieron declaraciones objetivas, dentro de lo posible, reducidas a los acontecimientos públicos en los que participaron; como no contienen ni las versiones policiacas que los detenidos no aceptaron, ni las opiniones propias —pues los agentes del Ministerio Público se negaron a incluirlas—, carecían de utilidad para la campaña policiaca de descrédito. Por eso casi todas las declaraciones publicadas (excepto una) corresponden al primero y segundo grupos, pues evidentemente eran las únicas que servían a los propósitos publicitarios del gobierno.

Desde el 6 de octubre aparecieron diariamente en los periódicos las declaraciones de los detenidos. Primero, las de Sócrates; luego, las de Áyax Segura; después, las de las personas que aceptaban haber tomado parte en actos violentos, como las del joven estudiante Carlos Andrade, el estudiante de Filosofía y Letras Carlos Martín del Campo y el joven Servando Dávila, estudiante de economía del IPN, junto con declaraciones de algunos compañeros del CNH. Así, la imagen que se fue formando lentamente en algunos sectores de la población correspondía en general al objetivo que la policía estaba buscando, y que consistía en presentar como reales los siguientes puntos de vista, para combatirnos también políticamente:

Primero. El Movimiento “no era limpio”, en el sentido de que no se quería la solución del pliego petitorio de seis puntos, sino “derrocar el gobierno”.

Segundo. El Movimiento no era “auténticamente estudiantil”, pues estaba *patrocinado* por “políticos resentidos”, como Carlos Madrazo, Ernesto Uruchurtu, Humberto Romero y otros.

Tercero. Los estudiantes *radicales* o *duros* eran los responsables de la violencia, eran quienes habían agredido a la policía y al Ejército y, en consecuencia, los responsables directos de la muerte de decenas de ciudadanos.

Veamos algunos ejemplos de los distintos tipos de declaraciones aparecidos en los periódicos:

6 de octubre. Sócrates Amado Campos dice:

... que dentro del CNH se manifestaron desde luego dos corrientes políticas, una de ellas, que fue llamada de la línea ultradura, y la otra, de los tibios; que los integrantes de la línea ultradura se pudieron localizar fácilmente entre los representantes ante el CNH de las escuelas siguientes: Ciencias Políticas, El Colegio de México, Filosofía, Nacional de Economía, Chapingo, Normal Superior, Agricultura de Chihuahua... que esta llamada línea dura se manifestó por conducto de sus representantes de la siguiente manera: se pedía que el CNH, a través de las brigadas políticas, desarrollara una labor para atraerse al Movimiento a los sectores obreros y campesinos del país, y concretamente proponían que previa toma de las fábricas se estableciera el control obrero-estudiantil, la formación de cooperativas campesino-estudiantiles, como la que se pretendió formar en Topilejo... que lo anterior sólo era el principio de un plan de alcances más generales y a nivel nacional, cuya finalidad era la de transformar la estructura política del país, con la consiguiente abolición de sus actuales instituciones, a fin de preparar el camino inicial para llegar a un Estado de obreros y campesinos de tipo comunista.

Más adelante declara que:

se celebró otra junta del CNH en un salón de la Facultad de Ciencias, y en esa junta se ultimaron los detalles para celebrar un mitin el día 2 de octubre de 1968, a las 18:00 horas, en la Plaza de las Tres Culturas... que en esta junta estuvieron las siguientes personas: Guevara Niebla, José Nazar, Raúl Álvarez, José Luis González de Alba, Florencio López Osuna, Guillermo González Guardado, Sóstenes Torrecillas, el declarante y otras personas que de momento no se acuerda. Que en esta reunión se acordó el establecimiento de columnas de seguridad. Que eran cinco columnas de seguridad, bajo los mandos siguientes: Guillermo González Guardado, Jesús González Guardado, Sóstenes Torrecillas, Raúl Álvarez y Florencio López Osuna. Que estas colum-

nas en realidad eran grupos de choque. Que cada una de estas columnas o grupos de choque estaba integrada por un responsable o comandante y seis miembros armados. Que solamente conoce los nombres de algunos de los miembros que integraron dichas columnas, y que son: José Nazar, Canseco, Cantú, Palomino y otras personas. Que la finalidad de la formación de estas columnas fue la de dar seguridad a las personas que concurren al mitin de Tlatelolco y para que en cuanto llegaran los granaderos o los soldados a disolver el mitin, abrir fuego en contra de ellos, particularmente los grupos en donde se sospechaba que estaban los mandos, tanto de los granaderos como del Ejército. Que para tal objetivo se proveyó a las columnas mencionadas de armas de fuego, recordando que se habían conseguido, a través de elementos de la Escuela de Agricultura de Chihuahua, 20 pistolas calibre 380, dos rifles calibre M-1, dos metralletas calibre 22, un rifle calibre 30,06 y dos pistolas calibre 45...

Todo ello es falso y fabricado. Además, para cualquier persona en sus cinco sentidos, sería absurdo pretender enfrentarse al Ejército o la policía con un arsenal tan ridículo.

7 de octubre. Áyax Segura Garrido declaró en la madrugada que los seis puntos del pliego petitorio:

... quedaron aparte, como metas fundamentales de los propósitos del CNH, en cuanto el grupo de la línea radical se apoderó del control del CNH. Que los que forman este grupo, de los más caracterizados, fueron Gilberto Guevara Niebla, Luis González de Alba, Sócrates Amado Campos Lemus, el de apellido Nazar, Félix Luciano (*sic*) Gamundi, Guillermo Guardado y otros... los cuales en todas sus intervenciones recomendaban y exigían que se adoptaran métodos violentos para la consecución de sus fines, los que claramente fueron demostrándose en el curso de los acontecimientos, y que se advertía que el movimiento propiamente estudiantil ya no les interesaba tanto, sino más bien el encauzamiento del Movimiento como principio para transformar las instituciones políticas del país, con el derrocamiento del actual sistema de gobierno, para inclusive llegar a un gobierno de tipo comunista... que los componentes del grupo radical formaron cuerpos de choque y que más bien se trataba de guardaespaldas de los principales radicales, pero que con posterioridad esos grupos se transformaron en lo que se llamó columnas, que se formaron entre individuos escogidos como los más decididos para la lucha violenta. Que a estos individuos se les dotó de armas por parte de los líderes de la línea radical... [consistentes] en pis-

tolas, metralletas y escopetas recortadas, para que hicieran uso de las mismas en caso de un enfrentamiento con la policía y el Ejército... Que en la asamblea del Consejo [del día primero de octubre] no se enteró de que se hubieran tomado medidas para realizar actos violentos, lo cual sucedió porque estas medidas nunca se discutían con el pleno conocimiento de todos los miembros del Consejo, ya que los del grupo moderado siempre se opusieron a los actos de fuerza o violentos, como también se opuso siempre el de la voz... Que a últimas fechas ha podido percatarse que los del grupo radical provenientes de la UNAM, principalmente de Filosofía, Ciencias y Economía, disponían de fuertes cantidades [de dinero].

En esta declaración, además de que está plagada de burdas mentiras, existe una contradicción, pues aunque él mismo se califica de moderado y admite no conocer a los integrantes de las columnas, así como de no estar enterado de los planes de violencia, sin embargo fue *capaz* de identificar varias de las armas “usadas por los terroristas”. Como dato significativo añadiremos que Áyax Segura salió libre el 11 de noviembre de 1968.

8 de octubre. Después de las declaraciones políticas, aparecen las declaraciones de los supuestos *francotiradores y terroristas*. La declaración de Carlos Andrade Ruiz, estudiante del cuarto año de Derecho de la UNAM, no contiene ninguna opinión política; simplemente admitió “ser franco simpatizante del Movimiento estudiantil”. A él se le hizo *confesar* presionado por golpes y torturas, así como también haciéndolo presenciar la tortura de un familiar cercano y por la amenaza de torturar a su madre. Andrade declaró:

... que el 24 de septiembre acompañó a Castro Mellado [también estudiante de Derecho] a una casa cerca de Taxqueña, donde los esperaba Piñeiro Guzmán [empleado federal], a efecto de que se le entregara un arma al de la voz [metralleta M-1]... que después de recibir dicha arma [Castro Mellado] le explicó cómo se manejaba, y se percataron que venía acompañada de cuatro cargadores con 15 tiros cada uno... que volvió a ver a Corzo hasta el día 2 de octubre, con motivo del mitin y manifestación preparados en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, lugar éste donde el de la voz acudió llevando consigo la metralleta oculta bajo la chamarra, así como los cuatro cargadores, con un total de 60 balas; que al encontrarse con Corzo, éste le indicó al de la voz que permaneciera en la parte baja o pasillo del edificio Chihuahua, para formar

un cordón, pero que al empezar a hacer uso de la palabra los oradores en el mitin, el propio Corzo le indicó que se subiera al cuarto piso, si mal no recuerda del mismo edificio Chihuahua, diciéndole que permaneciera en ese lugar, sabiendo perfectamente que el declarante llevaba consigo la metralleta M-1; que desea aclarar en este momento que, teniendo a la vista una carabina M-2, manifiesta que la metralleta que el exponente traía no era tipo carabina, sino metralleta de ráfaga y calibre probablemente 9 milímetros; que no pudo darse cuenta en un principio cuántos más de los que estaban en el cuarto piso se encontraban armados como el de la voz; que serían aproximadamente las 18:30 del mencionado 2 de octubre cuando de improviso alguien gritó que el Ejército se acercaba, al mismo tiempo que otras voces pedían que nadie se moviera, que hubiese calma, pues se trataba de una provocación, y que al iniciarse la confusión el de la voz escuchó varias detonaciones producidas por arma de fuego que partían del propio edificio Chihuahua, precisamente del tercer piso, donde se encontraban haciendo uso de la palabra los oradores; que esto aumentó la confusión reinante y en tal situación el de la voz hizo uso de su arma de fuego, disparándola desde donde estaba colocado, hacia el frente, o sea, hacia el Ejército, que en estos momentos llegaba a la Plaza de las Tres Culturas; que durante el tiempo que estuvo disparando el declarante recuerda haber gastado la casi totalidad de las balas que contenían los cuatro cargadores, con un lapso de segundos entre cargador que introducía a su metralleta, procurando asomarse lo menos posible para evitar ser herido o visto, y que estaba con una rodilla en tierra, ya que la barda con la que se protegía tendría una altura aproximada de uno a un metro diez centímetros; que casi para terminársele el último cargador, y al percatarse el declarante que se aproximaban algunos individuos vestidos de civil que llevaban en la mano izquierda puesto un guante blanco, con armas, algunas de las cuales disparaban en esos momentos, y pidiendo a los ahí presentes que levantaran las manos, el de la voz optó por tirar su metralleta hacia abajo, o sea, hacia el patio de los edificios.

Éste es el único caso de *francotirador* que pudo presentar el gobierno. Después de algunos meses fue evidente que todo era falso pues en el mismo interrogatorio, en la parte no publicada en la prensa, aparecían notables contradicciones al describir el tipo de armas y el tamaño de las balas de las que hablaba. Como *prueba* de la violencia estudiantil resultaría endeble y ridícula, y en cambio exhibía la perversidad de los interrogadores.

9 de octubre. A grandes titulares se anuncia que “Continúan las *confesiones* de los *terroristas*”. Carlos Martín del Campo, estudiante

de Filosofía y Letras de la UNAM, y Servando Dávila Jiménez, estudiante de la Escuela Superior de Economía del IPN, fueron presentados ante la opinión pública como los autores de un atentado dinamitero en un puente de peatones del Viaducto Miguel Alemán. Las declaraciones de estos dos jóvenes no contienen elementos políticos que permitan juzgar al Movimiento estudiantil, puesto que no participaban en las organizaciones directivas del mismo. No obstante, fueron obligados a admitir la realización de actos *terroristas* y de *planes de sabotaje* verdaderamente infantiles, como el de que “pretendían dinamitar la Fuente de los Hongos”.

Servando Dávila Jiménez declaró:

Que Sócrates Campos era el enlace entre el Consejo Nacional de Huelga y el grupo que él mismo [Sócrates] jefaturaba, y del cual pasó a formar parte el de la voz, en unión de Martín del Campo y dos compañeros más que al parecer no son estudiantes, a los que sólo conoce con el mote de Los Granaderos, y otro individuo más cuyo nombre no sabe y que es amigo de estos últimos... Que este grupo se formó exclusivamente para ejecutar actos violentos, tales como sabotajes, terrorismo, etcétera, conforme a las órdenes que daba personalmente S.A.C.; que el citado Sócrates nunca les indicó en particular que cometieran tal o cual acto, sino que les decía que buscaran objetivos y luego que éstos eran encontrados ordenaba que sobre ellos se realizaran actos de sabotaje de otra especie...(*sic*). Que el mismo Sócrates ordenó la quema de algunos camiones de servicio urbano de pasajeros en la vía pública, pero el dicente nunca participó directamente en esos hechos, concretándose solamente a presenciarlos... Que las órdenes de Sócrates eran terminantes en el sentido de que se quemaran y dañaran vehículos, algunos propiedad de la nación. Que hace quince días, poco más o menos, al llegar el de la voz al departamento donde vive Martín del Campo, vio una caja de cartón que contenía como 50 o 60 cartuchos de dinamita. Que el día 2 de octubre de 1968, aproximadamente a las dos de la tarde, el de la voz tomó dos de esos cartuchos de dinamita, unidos con una cinta blanca adhesiva y con una sola mecha. Que esos cartuchos se los fajó en la cintura y se fue directamente al mitin que a las cinco de la tarde se inició en la llamada Plaza de las Tres Culturas. Que el declarante se situó frente al edificio Chihuahua, a una distancia como de 20 metros más o menos, en compañía de Martín del Campo, a quien se encontró en ese lugar.

Que el declarante se dio cuenta de que salieron dos luces de bengala por el rumbo del edificio donde está la Secretaría de Relaciones Exte-



riores e inmediatamente se inició una balacera. Que los primeros disparos se iniciaron por el rumbo donde está el edificio de Relaciones e inmediatamente se generalizó la balacera, y la gente empezó a correr en todas direcciones. Que el declarante oyó que se hacían disparos en la parte de arriba del edificio Chihuahua. Que en estos momentos echó a correr por un lado y Martín del Campo, por otro. Que el declarante no hizo uso de los cartuchos de dinamita que portaba, porque la gente andaba revuelta con los soldados. Que el declarante salió del área de peligro aproximadamente a las seis de la tarde y se fue caminando solo por las calles de Reforma.

Que al día siguiente, o sea el 3 de octubre, como a las 9 y media de la mañana, llegó a Zacatenco, a la Escuela Superior de Matemáticas, donde se encontró con Martín del Campo. Que después llegaron Los Granaderos y juntos decidieron cometer ese mismo día un acto grave de terrorismo, como represalia por lo que ocurrió en Tlatelolco, y acordaron reunirse en un café que se llama El Bohemio, a las 8 de la noche, y quedaron Los Granaderos de que ellos iban a llevar un carro. Que Los Granaderos tuvieron la idea de que volaran una parte del Viaducto Miguel Alemán, a la altura de las calles de Medellín, y el declarante se opuso a que se ejecutara este plan, diciendo que eso iba a traer efectos negativos al Movimiento... que siguieron discutiendo el asunto [y lo aprobaron]... Que para todo esto el declarante había sacado de la caja de cartón con dinamita, que estaba en el departamento de Martín del Campo, dos cartuchos dobles amarrados con una cinta adhesiva color blanco. Que para ejecutar la voladura del andamio de que se trata se bajaron del coche Los Granaderos y Martín del Campo en la esquina de Medellín, y el declarante siguió a bordo del automóvil, en compañía del chofer, y se fueron a dar una vuelta a la manzana. Que se dio cuenta de que Los Granaderos sacaron los cartuchos de dinamita y se los echaron a la cintura, un par de cartuchos cada uno de ellos, y Martín del Campo se quedó parado en la esquina. Que al dar la vuelta en el automóvil oyó la explosión, una sola explosión. Y después dieron nuevamente la vuelta a la manzana y, al pasar por la calle de Medellín, recogieron a los dos Granaderos, que venían corriendo, y más adelante a Martín del Campo... Que de ahí se fueron al cine Roble, a ver la película *Prudencia y la píldora*, con David Niven y quién sabe quién más.

Por su parte, Carlos Martín del Campo Ponce de León declaró más o menos en los mismos términos, añadiendo además que:

En virtud de que Sócrates Amado conocía al de la voz por las actividades políticas que había desarrollado, la segunda visita que le hizo

[Sócrates] fue con objeto de invitar al que habla para unirse al grupo que dirigía el capitán del Ejército mexicano Lorenzo Cárdenas Barajas, quien preparaba al grupo a sus órdenes mediante prácticas de alpinismo y tiro al blanco, para lo cual contaba con dos rifles marca Romel, calibre 22; que esta preparación era con objeto de entrenar a ese grupo como guerrilleros y que, según decía el capitán Cárdenas, iba a operar en la sierra de Puebla; que habiendo estado de acuerdo el dicente, acudió a dos o tres prácticas de entrenamiento, pero que después surgieron dificultades, por lo que se retiró de ese grupo... Que en esa misma fecha [aproximadamente, el 15 de septiembre] Sócrates sacó del auditorio de la escuela de Economía una caja de cartón cuadrada, llena de cartuchos de dinamita, la que guardó en su domicilio; que dicha caja contenía unos 200 cartuchos de dinamita, los que más tarde recogió el propio Sócrates, recogiendo también parte de los 60 o 70 cartuchos también de dinamita que el dicente había adquirido en 100 pesos con una trabajadora de la cantera del poblado de Chalchapa, Puebla... [Que el 27 de septiembre] Sócrates le ordenó al deponente que llevara 10 o 12 cartuchos de dinamita debidamente preparados al mitin que se celebraría el día 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, ya que pensaba que después del mitin se efectuaría una manifestación con los asistentes que terminaría en el Casco de Santo Tomás; que así lo hizo el deponente, llevándolos el de la voz, Dávila Jiménez y Carlos Monje en un portafolios y en un maletín, con objeto de utilizarlos, ya que se estimaba que la manifestación iba a ser objeto de agresión por parte de las fuerzas públicas, y que estando en el mitin, y al presentarse el Ejército, no se utilizaron en virtud de que había gran cantidad de gentes del pueblo... [Que después del atentado en el Viaducto Miguel Alemán] tenía proyectado una reunión el 7 de octubre para [actuar nuevamente] y que, como posible objetivo, era la Fuente de los Hongos... Que Sócrates [aproximadamente el 27 de septiembre] le ordenó también localizar alguna persona que vendiera armas, indicándole que en Puebla, en el hostel San Diego, podía entrevistarse con Luis y Gerardo Flores Flores; para el efecto así lo hizo; localizando a Gerardo, quien le ofreció venderle cinco o seis rifles automáticos M-1, en la cantidad de mil quinientos a mil ochocientos pesos cada uno; que el día 2 de octubre el de la voz retornó a esta ciudad de México y trató de localizar a Sócrates, porque éste le dijo que le daría 6 o 7 mil pesos para la compra de esas armas, las que habían acordado se distribuirían entre los miembros de las columnas, para incrementar las guerrillas urbanas.

Sin comentarios.

Con estas *declaraciones* era más que suficiente para cubrir el objetivo buscado por el gobierno. La imagen conspirativa y violenta de las actividades del CNH se *justificaba* plenamente a la luz de esas *revelaciones*.

Todo lo que decíamos oficialmente, nuestros planteamientos políticos, el pliego de seis puntos, la exigencia de diálogo público, no eran sino una *máscara* para ocultar intenciones conspirativas, para encubrir una “conjura contra México”.

Para completar el cuadro, sólo faltaba una pincelada genial. Repentinamente, siete días después de la tragedia, Marcelino Perelló hizo una sorprendente revelación: “Durante 30 minutos el Ejército sólo disparó balas de salva”. En una entrevista de prensa, de la manera más irresponsable, Perelló exculpó al Ejército de la masacre. El periódico *El Día*, en un reportaje de Silvia Mireles, presentó a grandes titulares el día 9 de octubre las declaraciones que a continuación transcribimos:

Sensacional revelación:

durante 30 minutos el Ejército sólo disparó salvas, declara Perelló.

- Fue únicamente ante la gravedad de la situación que hizo uso de balas
- Señala que no hay un criterio uniforme respecto a quién inició el tiroteo.

Marcelino Perelló, uno de los más connotados líderes del CNH, corroboró ayer que el Ejército no fue el primero en disparar durante el pasado mitin celebrado en la Plaza de las Tres Culturas, sino que sólo repelió la agresión.

El dirigente estudiantil, en rápida entrevista, afirmó que horas antes de que el mitin se iniciara se apoderaron de lugares estratégicos, tanto en la Plaza como en los edificios aledaños, varias docenas de elementos que portaban armas de fabricación norteamericana, a quienes no se pudo identificar, y eran “agentes o policías mexicanos, o de la CIA”.

Estas personas —dijo—, aprovisionadas con pistolas de ráfaga, metralletas y ametralladoras de pie, se colocaron en diversos puntos, principalmente en los edificios cercanos, y a una señal dispararon contra la multitud.

En respuesta a esta situación —recalcó— intervino el Ejército, utilizando únicamente balas de salva, pero en virtud de que la situación se agudizaba, media hora después utilizaron balas verdaderas contra los elementos que disparaban desde los edificios y diversos puntos.

Debido a la balacera, estimó un alto número de muertos y heridos. Entre los primeros señaló a tres de sus líderes, que cayeron en medio de la Plaza, y cuyos nombres eran Paul Vega, Óscar Tapia y otro que no recordó.

Respecto a los detenidos, indicó que entre éstos se encuentran alrededor de 25 líderes estudiantiles.

En respuesta a una pregunta sobre quién tuvo la culpa de la balacera, señaló que no existió un criterio al respecto, ya que la policía culpa al Ejército, éste a la policía, o bien ambos culpan a los estudiantes.

Por otra parte, hizo notar que el mitin no pudo organizarse en forma correcta, ya que desde que la CU fue tomada por el Ejército los miembros del CNH tuvieron que trabajar en la clandestinidad y desmembrados, lo cual originó que esta reunión careciera de control, pero no obstante esto —indicó— se dio la consigna a los estudiantes de que no chocaran contra las fuerzas públicas.

Respecto a la situación actual del Movimiento, explicó que se continuará luchando por los seis puntos petitorios que forman la base de su Movimiento.

En estos momentos —dijo Perelló—, se están llenando las vacantes que dejaron los líderes del Movimiento que se encuentran presos, y en breve se llevará a cabo la organización de los trabajos y se volverán a integrar las brigadas de politización, las cuales se encargarán de informar al pueblo y a los trabajadores, en forma principal, de la situación del conflicto y de la actitud del gobierno.

Respecto a los Juegos Olímpicos y a si el Movimiento tiene tendencia a entorpecerlos, dijo que esto no entraba dentro de sus planes, e indicó que el evento debe realizarse según lo acordado, ya que están en juego muchos millones que deben ser recuperados por los grandes sectores inversionistas que movilizaron su dinero.

Para el gobierno —afirmó— la celebración de los mismos representa una demostración de su estabilidad política, para garantizar las inversiones extranjeras.

Por último, y a pregunta hecha, se refirió a los dirigentes estudiantiles Sócrates Amado Campos Lemus y a Áyax Segura Garrido, a quienes calificó de agentes provocadores pagados por nacionales o extranjeros con el fin de desvirtuar el Movimiento estudiantil.

Explicó que a estos sujetos no se les puede llamar traidores al Movimiento estudiantil, porque “jamás pertenecieron a él”.

Antes había reafirmado los seis puntos que han enarbolado como bandera y que, dijo, “demuestran que el Movimiento no es estudiantil, sino de carácter eminentemente social”.

Éste era el único detalle faltante. Se podía dudar de las declaraciones de los presos y descalificarlas al suponer que habían sido arrancadas violentamente, pero el *testimonio* aportado por Perelló exculpando al Ejército podía considerarse cierto, puesto que no había presiones de ningún tipo, dado que el declarante estaba en libertad. El gobierno no perdió un instante, y aprovechó ampliamente el favor que se le hacía: durante ocho días pasaron por la televisión la declaraciones de Sócrates, quien fundamentalmente justificaba la imagen de violencia y venalidad atribuida a los estudiantes, y las de Perelló, que salvaba de toda culpa a las fuerzas represivas, presentándolas, por el contrario, como fuerzas conscientes y moderadas.

Estas declaraciones merecen un comentario especial, así como también una explicación de cómo y por qué se pudieron producir. En primer lugar, aclararemos los errores en los que incurrió Perelló. Ya hemos dicho que, desde los primeros instantes, el Batallón Olimpia y el Ejército dispararon sobre la multitud, y que fue en los primeros minutos cuando se produjo la mayoría, si no la totalidad, de los muertos. El Ejército disparó con balas de plomo desde el primer momento, por lo cual su versión es absolutamente falsa.

En segundo lugar, al declarar que “el mitin no pudo organizarse en forma correcta, ya que desde que la Ciudad Universitaria fue tomada por el Ejército, los miembros del CNH tuvieron que trabajar en la clandestinidad y desmembrados, lo cual originó que esta reunión careciera de control”, daba pie para especular sobre si los estudiantes, “por falta de organización y control”, habían provocado o propiciado la violencia, y esto se refuerza con la respuesta gravísima e irresponsable que da a la pregunta de “¿quién tuvo la culpa de la balacera?” respondiendo que “no hay un criterio al respecto.”

Además, ya hemos explicado cómo, a pesar de las difíciles condiciones impuestas por la represión y las persecuciones contra los compañeros del CNH, el mitin del 2 de octubre se organizó más o menos en la misma forma en que otros actos similares, y evidentemente no era necesario plantear formas más severas de organización o de control, puesto que se trataba de un acto pacífico.

Estas mismas frases a las que nos hemos referido dan la clave para comprender cómo y por qué se produjo esta absurda

declaración, que tan bien aprovechó el gobierno. Desde el 18 de septiembre, cuando el Ejército invadió CU, perdimos toda comunicación con Perelló. No lo encontramos ni en las reuniones del CNH que se realizaron en esa época, ni en las reuniones del Comité Central, ni tampoco en las escuelas del Politécnico se le vio en esa temporada.<sup>4</sup>

Si para entrevistarse con nosotros tomaba todo tipo de precauciones, esto no era así cuando se trataba de entrevistarse con funcionarios públicos. Por lo menos tres entrevistas personales sostuvo con distintas autoridades en esa “época de intensas persecuciones”: primero acudió a la casa del rector Barros Sierra, el día 24 de septiembre, con el propósito de “brindarle el apoyo de los estudiantes”. Independientemente de que en esa ocasión coincidiera con la opinión colectiva, lo cierto es que él no estaba enterado de la posición oficial del Consejo, pues no había participado en la reunión del día anterior, y obraba solamente a título personal; sólo que acudió también a destiempo, pues en la mañana ya se habían presentado las comisiones oficiales del CNH y de los comités de lucha de las escuelas universitarias a intercambiar opiniones con el rector.

Una segunda entrevista se produjo el 2 de octubre, a las 18:00 horas, en la casa particular del licenciado Andrés Caso Lombardo! Exactamente la misma historia: en la mañana de ese día se había realizado la entrevista oficial de la comisión del Consejo, y en la tarde se presentaba el joven Perelló, por decisión personal y sin conocer los acuerdos tomados en el CNH, seguramente informado por algún amigo, para hablar con los representantes presidenciales a nombre de los estudiantes.<sup>5</sup>

Poco después, el 5 de octubre acudió a Cuernavaca, a entrevistarse con el ingeniero Norberto Aguirre Palancares, jefe del Depar-

<sup>4</sup>En el número 100 de la revista *Proceso* del 2 de octubre de 1978 se publicó una extensa entrevista a Marcelino Perelló plagada de inexactitudes, mentiras descaradas y de interpretaciones fantasiosas, que ilustran perfectamente los modos de presentar y discurrir que comentamos, así como la falta de rigor y de escrúpulos para tergiversar los hechos.

<sup>5</sup>Carlos Ramírez, núm. 103 de la revista *Proceso*. En una larga entrevista a Arnoldo Martínez Verdugo, entonces secretario general del PCM, en donde da cuenta de una serie de ofrecimientos políticos que los funcionarios del gobierno, y especialmente Alfonso Martínez Domínguez, le hicieron a ese partido, entre los que sobresale la idea de que si el Movimiento se levantaba, entonces “el presidente procedería a cierta democratización del país”.

tamento de Asuntos Agrarios y Colonización.<sup>6</sup> El propósito de la entrevista era “sondear las posibilidades de que el ingeniero Aguirre participara como mediador entre los estudiantes y el gobierno”. Los resultados de esta gestión, también urdida a espaldas de todos los organismos estudiantiles, no se conocen, pero hay fuertes indicios de lo que trataron.

Debido a estas actitudes personalistas e impertinentes, los representantes Caso y De la Vega pudieron declarar públicamente, en varias ocasiones, que “la heterogeneidad de las representaciones estudiantiles ha dificultado obtener formas de efectiva solución”. Y esto se justificaba en cierto modo si en la mañana se presentaba una comisión oficial del Consejo y en la tarde una *comisión* oficiosa integrada por Perelló y sus amigos.

La noche del 2 de octubre, Perelló la pasó en casa del señor Caso, que amablemente le ofreció hospedaje, “mientras pasaban los momentos de mayores dificultades”. Al día siguiente, personalmente lo llevó en su automóvil a casa del rector, quien a su vez lo condujo a Ciudad Universitaria, donde se encontraría relativamente seguro.

Desde esta *posición privilegiada* pronto adquirió suficiente influencia dentro de las bases estudiantiles y ante la opinión pública. Por esta razón las puertas de las autoridades se abrían fácilmente cuando solicitaba entrevistas particulares y también los mismos periódicos daban amplia publicidad a lo que decía.

Con estos antecedentes es fácil explicar por qué y cómo se produjeron esas declaraciones. Acostumbrado a hablar de hechos que no le constaban, en esta ocasión procedió en la misma forma. Perelló no estuvo en el mitin del 2 de octubre, y eso hace más criticables sus declaraciones, pues según la versión de otros periódicos, como *Excelsior*, afirmó: “me consta que el Ejército disparó la primera media hora con balas de salva”. De la misma manera, tampoco podía opinar sobre actos en los que no había participado, pues en más de dos semanas no fue posible comunicarse con él y,

<sup>6</sup>Francisco Ortiz Pinchetti, número 102 de la revista *Proceso*, 16 de octubre de 1978. En esta entrevista el ingeniero Norberto Aguirre Palancares refiere su versión de esas pláticas, y aunque no identifica por su nombre a nadie, es claro que se trata de Perelló y sus amigos. Según la versión de Aguirre Palancares ahí se negocia la liberación de un número importante de detenidos, el 50 por ciento de una estimación de 1,400 presos, y lo más notable es que los sucesos que se empiezan a dar posteriormente y en los que participan distintas dependencias aparecen articulados por la lógica de esas pláticas. Según las fechas referidas por los protagonistas las pláticas se iniciaron entre el 5 y el 8 de octubre y después aparecen las declaraciones de Perelló de las balas de salva.

en consecuencia, tampoco le constaba si habíamos organizado bien o mal el mitin del 2 de octubre. Casi todos los párrafos de la declaración están fabricados de la misma forma, aparentemente como experiencias personales, aunque la realidad fue que dijo lo que se le ocurría o lo que había oído de alguna extraña fuente. Cualquiera que hubiese sido la intención con la que se hicieron esas declaraciones, lo cierto es que perjudicaron mucho al Movimiento, al confundir a amplios sectores de la población, y más aún proviniedo de un “dirigente connotado” del Consejo, de quien se suponía que hablaría con verdad, sobre todo después de siete días de ocurridos los acontecimientos, cuando era de suponerse que ya estaba perfectamente enterado de lo sucedido.

Otras declaraciones de compañeros del Consejo a quienes sí les constaban la crueldad y la violencia con que actuó el Ejército, y los mismos testimonios de los participantes, por ejemplo el desplegado transcrito firmado por la Escuela de Arquitectura, no fueron tomados en cuenta por la prensa nacional, pues no provenían de *personajes* conocidos. Así, los aspectos principales de la versión pública sobre los estudiantes estuvieron sustentados en las declaraciones de Sócrates y de Áyax, de los supuestos *terroristas* Andrade, Martín del Campo y Dávila Jiménez, y de Marcelino Perelló, como vocero del CNH superviviente.

Para colmo de males, ese mismo 9 de octubre, al tiempo que aparecían las declaraciones de Perelló —tres días antes de la inauguración oficial de los Juegos—, se anunciaba el acuerdo de acatar una Tregua Olímpica, durante la cual de parte de los estudiantes se suspenderían todas las actividades políticas, y de parte del gobierno, en reciprocidad, se suspenderían las persecuciones contra los estudiantes. Por supuesto, el gobierno no cumplió su compromiso.

De esta manera, las declaraciones públicas de los detenidos, después del 2 de octubre, produjeron resultados francamente lamentables. Primero, la represión se justificaba por la presencia de “grupos extraños”, “extranjeros infiltrados” y supuestas “conjuras para derrocar al gobierno”. Segundo, el Movimiento empezaba a “enlodarse y desprestigiarse”, pues había algo *sucio* tras bambalinas, como los “políticos resentidos” y otras fuerzas que “utilizaban al estudiantado” para algún “propósito extraño”. Tercero, el Movimiento empezaba a mostrar síntomas de división interna, y se hacían menciones constantes a *duros* y *tibios*, a supuestos “agentes infiltrados” y a la “heterogeneidad” de las



representaciones estudiantiles, que “ha dificultado obtener formas de efectiva solución”, según decían Caso y De la Vega. Todos estos supuestos repercutieron gravemente en la conciencia ciudadana y entre los estudiantes, y aunque en abstracto “nadie cree lo que dice la prensa”, a falta de otras informaciones y opiniones, y prácticamente autoamordazados por la mencionada Tregua Olímpica, gran parte de estos efectos negativos no fueron contrarrestados de inmediato; sólo a largo plazo se logró hacerlo en cierta medida.



## 6. El levantamiento de la huelga

Después de los acontecimientos del 2 de octubre, de las desafortunadas declaraciones de prensa de algunos líderes detenidos y de otros líderes despistados del CNH, y de la declaración gratuita de “Tregua Olímpica”, algunos grupos de estudiantes y profesores militantes realizaron esfuerzos extraordinarios por reordenar y reagrupar las fuerzas dispersas.

De nueva cuenta, la batalla principal se planteaba en el terreno de la información y la verdad. Los compañeros José Barberán, Annie Pardo, Carmen Soler, Fernanda Campa y otros se dieron a la tarea de reconstruir minuciosamente los hechos del 2 de octubre, escribieron un informe, lo consensaron con compañeros dirigentes con los que lograron comunicarse y lo dieron a conocer masivamente.<sup>1</sup> En condiciones de persecución muy rigurosa y de grandes dificultades materiales se editó un folleto de más de 20 mil ejemplares que se repartió en las escuelas el lunes 28 de octubre, un día después de que acabaron los Juegos Olímpicos. Cuando terminó la “tregua” los estudiantes se encontraron en sus escuelas con una explicación detallada y rigurosa de los sucesos de Tlatelolco.

Las condiciones de conducción política del Movimiento después de los acontecimientos del 2 de octubre fueron extremadamente difíciles. Por un lado, había que reconstruir el CNH diezmado por las detenciones; por otro, los acontecimientos se desarrollaban a una velocidad de espanto y se acumulaban problemas de todo tipo: en cuanto a la situación de los presos y la localización de compañeros que no se sabía si habían muerto o estaban escondidos. En términos políticos se definió por la vía de los hechos la continuación de las pláticas del CNH con los representantes del gobierno

<sup>1</sup> Olivera, Luis. *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano*, 1968. UNAM. En este libro aparece una reproducción facsimilar de este folleto, en las páginas 345 a 356.

Caso y De la Vega.<sup>2</sup> Se mantuvo formalmente la idea de realizar un “diálogo público” centrado en los seis puntos del pliego petitorio, pero por su propia naturaleza adquirieron mayor peso las “tres condiciones previas” (que estaban planteadas desde el 28 de septiembre y que ahora incluían también la libertad de los detenidos el 2 de octubre), y se convirtieron realmente en los temas de las conversaciones entre los estudiantes y los representantes del gobierno.

En términos internos y de integridad del Movimiento, las campañas por levantar las huelgas y volver a clases se volvieron cada vez más recurrentes y principalmente durante todo noviembre y hasta la conclusión formal del Movimiento el 4 de diciembre, no se dieron alternativas políticas de movilización masiva de los estudiantes.

Los compañeros libres del CNH reaccionaron, naturalmente, con plena solidaridad y por ello la libertad incondicional de todos los detenidos se llevó al primer plano de las demandas y se convirtió en una preocupación agobiante. Sin embargo, no se atendieron otros aspectos del problema.

Después de los acontecimientos del 2 de octubre la discusión de las alternativas posibles de qué hacer frente al gobierno, en términos individuales, se podía llevar teóricamente a cualquiera de los extremos. Lo mismo se podía concluir que no había otro camino y que sólo quedaba esperar mejores tiempos y la aceptación temporal de la enorme dificultad para revertir el golpe, que decidirse por la lucha armada. De hecho después del 2 de octubre, en las siguientes movilizaciones numerosos estudiantes concurren personalmente armados. Pero desde el punto de vista de la acción colectiva, de la dirección del Movimiento y en una perspectiva de lucha democrática y de medios pacíficos de oposición, que era la alternativa que la trayectoria del Movimiento y los hechos mismos imponían, ya hemos dicho que el problema principal después del 2 de octubre era desmontar las mentiras y la versión oficial de los sucesos de Tlatelolco.

<sup>2</sup> Visto a la distancia es evidente que la comisión de Caso y De la Vega era corresponsable de la estrategia represiva del gobierno. En todo caso en el CNH no sólo no se rechazó, ni siquiera se cuestionó la composición y el papel de esta Comisión, excepto parcialmente por Gilberto Guevara que insistía reiteradamente en la actitud agresiva y amenazante de Jorge de la Vega, y entre los dirigentes presos tampoco se percibió este problema. En un artículo de Jorge de la Vega publicado en el periódico *El Día* el 22 de septiembre, titulado “Interrogantes en busca de respuesta” el autor se hace eco de todas los infundios antiestudiantiles de Díaz Ordaz y prácticamente llama a la represión, con el pretexto de restablecer el orden.

La reacción ingenua de Perelló, suponiendo que fuera honesta, de “exculpar” parcialmente al Ejército con el cuento de “las balas de salva” de inmediato se vio como contraproducente. No obstante, después de todos estos años, no ha corregido sus mentiras. La reconstrucción fidedigna de los hechos que se ofreció en el folleto que hemos comentado era indispensable para ordenar los hechos y dar una versión propia, coherente y apegada a la verdad. Sin embargo, como respuesta política nacional era del todo insuficiente, porque las calumnias y mentiras del gobierno prácticamente no encontraban resistencia, excepto la que se podía ofrecer con la propia actitud de los estudiantes, que no se doblegaban, que continuaban las huelgas, que realizaban mítines multitudinarios, convocados por el conjunto del CNH, para hacer oír sus verdades y sostener sus reclamaciones.

Una revisión panorámica de las actividades estudiantiles de propaganda muestra de manera dramática que después del 2 de octubre disminuyó drásticamente el número de volantes y declaraciones publicadas por el Movimiento. Las actividades de información y propaganda de las brigadas se redujeron hasta casi paralizarse, y tampoco se llevaron a cabo reuniones de información sistemáticas con los sectores populares que se habían movilizado y que habían mostrado simpatía por el Movimiento.<sup>3</sup>

En estas semanas de noviembre, el problema era cómo dar una respuesta política nacional a las mentiras que encubrían los crímenes monstruosos del gobierno. Todavía el 28 de noviembre, la policía asesinó de un balazo al joven estudiante de la Preparatoria 5, Víctor Eugenio Ramírez Clachar, sorprendido mientras realizaba un pinta. Desde la cárcel se sugirió una alternativa: si el gobierno sostenía que los estudiantes habían sido los agresores y que el Ejército había sido víctima de francotiradores y guerrilleros que los habían sorprendido, una respuesta posible era hacer ultraevidente que esa visión no correspondía en nada con la lucha estudiantil, convocando a una manifestación silenciosa y en actitud de “rendidos”, con las manos en alto, para que todo el mundo comprobara que era un Movimiento desarmado. Las condiciones políticas adicionales

<sup>3</sup> En el libro de Luis Olivera, *Impresos sueltos...*, que registra 1,046 documentos diversos del Movimiento, no más de 40 de ellos están fechados después del 2 de octubre. Y una parte importante de ellos son cartas y desplegados de prensa.

de esa manifestación también había que modificarlas y dirigir las directamente a Díaz Ordaz. El presidente de la República podía ser emplazado sin escapatoria posible. Esto era un cambio en la lógica que se había sostenido hasta el momento, pero ahora ya no cabrían los regaños, ni se podrían sostener las calumnias antijveniles.

Esta propuesta no se procesó adecuadamente, porque ni siquiera había manera de examinar y discutir a fondo el planteamiento y sus implicaciones. El 30 de noviembre, Roberto Escudero y Ángel Verdugo, en representación del CNH le dirigieron una comunicación personal a Díaz Ordaz en la que se denuncia la improcedencia de continuar negociando con la comisión de Andrés Caso y Jorge de la Vega, que no resuelven nada amparados en el dicho de que “carecen de facultades ejecutivas y requieren de la indicación del presidente”, y en consecuencia lo emplazan a dar una definición precisa a las precondiciones planteadas por los estudiantes.

En esas semanas se dieron dos intentos por forzar el levantamiento de la huelga y volver a clases. El primero fue un llamado del secretario de Educación, Agustín Yáñez, para reiniciar las clases en la semana del 4 de noviembre, que fue rechazado unánimemente por las asambleas. El 11 de noviembre, las asambleas dieron un voto de confianza al CNH y decidieron esperar una decisión para fijar las perspectivas del Movimiento. El 20 de noviembre, después del mitin multitudinario en la plaza de El Carrillón, en el Casco de Santo Tomás, se dio una poco precisa consideración del CNH respecto a la conveniencia de levantar las huelgas ante el riesgo inminente del cierre de las escuelas. Entonces las autoridades universitarias llamaron a reanudar clases el 25 de noviembre y todavía las asambleas rechazaron la propuesta.

Por último, se decidió dar por terminado el Movimiento y levantar las huelgas de manera unitaria el 4 de diciembre. De manera ejemplar, y a pesar de las diferencias internas que se advertían en el Consejo, se condujo el Movimiento hasta sus últimos momentos de una manera seria y responsable. El documento final, redactado por Roberto Escudero y Gerardo Estrada, el notable Manifiesto a la Nación 2 de Octubre hizo un balance sucinto de las causas y logros del Movimiento, en un tono sobrio y dolido, pero en una perspectiva de largo plazo, plena de esperanzas.

Los argumentos que se esgrimieron para levantar las huelgas corrieron a cargo de los militantes de la Juventud y del Partido

Comunista. Sus planteamientos y propuestas, y la rearticulación precaria pero única de la que pudieron disponer les dio una fuerza capaz de determinar a la larga el sentido de las decisiones del CNH.<sup>4</sup> La disminución de la asistencia a las asambleas estudiantiles que se registraba de lunes a lunes se interpretó no como una consecuencia de la ausencia de directrices políticas, sino como cansancio, desgaste y desinterés, y estos juicios no se modificaban ante otras evidencias como la asistencia masiva de estudiantes a mítines centrales o como la resistencia notable a levantar las huelgas.

Las huelgas se levantaron por decisión unánime del CNH y con el cuento, de los militantes de la JC y del PCM, de que era una medida indispensable para “reorganizar” el Movimiento y que en poco tiempo se tomarían otras medidas. Después empezó a correr la especie de que las huelgas estudiantiles no le hacían ningún daño al sistema porque no afectaban la producción. Y también se teorizó diciendo que el Movimiento había sido derrotado porque no había sabido ganarse el apoyo de la clase obrera.

En las últimas semanas del Movimiento, cuando ya estaba casi totalmente perdida la perspectiva política del mismo, se empezaron a manifestar falsas “soluciones doctrinarias”: de la misma manera que los militantes comunistas explicaban el decaimiento del Movimiento por la no participación de la clase obrera, otros sectores influidos por los maoístas realizaban marchas coreando: “Mao, Mao, Mao Tse Tung” y el “Ho, Ho, Ho Chi Minh”, y en las escuelas se organizaban pequeños grupos de militantes con la idea de “ir al pueblo”. El Movimiento del 68 concluyó formalmente con el Manifiesto a la Nación 2 de Octubre, pero la situación de anormalidad, de trauma y de desconcierto se prolongó mucho tiempo. Seis meses después, a mediados de 1969, muchas escuelas todavía no lo-

<sup>4</sup> Las estructuras organizativas del Partido y de la Juventud Comunista quedaron muy golpeadas por las detenciones de muchos de sus militantes desde los primeros días del Movimiento y sólo se expresaban por declaraciones del periódico, y de la CNED con Nateras. Sin embargo, para finales de agosto, empezaron a reestructurarse y lograron cierta participación de dirigentes comunistas en el CNH, pero en esos días las relaciones de la dirección del Partido y las bases no eran muy cordiales, porque la dirección había celebrado la mano tendida. No obstante, después del 2 de octubre lo único que se mantuvo fue la precaria estructura del PC y en ella se apoyaron para reforzar sus iniciativas en el CNH que por desgracia no fueron muy afortunadas, sino por el contrario, dieron pie a un comportamiento severamente criticado. Los argumentos que se esgrimieron anticipadamente para levantar las huelgas corrieron a cargo de los militantes de la Juventud y del Partido Comunista. En el seno del CNH las propuestas de Perelló eran neutralizadas y rechazadas con una amplia mayoría, pero en la prensa sus declaraciones eran resaltadas ampliamente.

graban normalizar sus actividades. Los estudiantes asistían a la escuela pero no entraban a clases, se estaban en los patios platicando y recreando sus experiencias, comentando los sucesos políticos y rumiando sus desencantos.

### *La cauda del cometa*

El Movimiento del 68 cambió los valores y la forma de vida de miles de mexicanos. En muy poco tiempo, en algo más de cuatro meses, miles de estudiantes habíamos vivido toda una gama de emociones profundas y experiencias de gran intensidad que removían y cuestionaban las verdades y convicciones previamente aceptadas. En el crisol del Movimiento se habían fundido y fraguaban nuevas convicciones: los días de libertad y democracia vivida plenamente en las escuelas; las dudas y los temores dejados de lado para poner por delante el orgullo y la dignidad de las personas; el valor y la decisión desplegados en las brigadas y los enfrentamientos; la imaginación y la audacia para intentar acciones que parecían imposibles cristalizaron en toda una generación que ha dejado su huella y su signo en el acontecer nacional, no sólo en esos días, sino muchos años después, cuando también se han puesto a prueba principios y valores esenciales de la vida del pueblo.

Los cambios más relevantes y trascendentes, como es natural, se dieron en los sectores de clase media educada y entre los profesionistas: se pasó del individualismo al aprecio y respeto por los trabajos colectivos; de la celebración cínica del oportunismo al reconocimiento de la solidez de principios; de la indiferencia al compromiso político; de la apatía al activismo político; del afán de enriquecimiento al afán de ser socialmente útil. Con estas nuevas convicciones, toda una generación de estudiantes, decenas de miles de compañeros, en su fuero interno decidieron luchar por transformar la realidad de México, y sus efectos se notaron de inmediato en su entorno cercano, en sus propias familias, en sus colonias y centros de trabajo. Después del 68 el estado de ánimo de inmensos sectores del pueblo era diferente. Surgieron numerosas opciones de lucha, los trabajos políticos y de organización se extendieron a otros campos, se plantearon propósitos de cambio más ambiciosos y revolucionarios, y se ensayaron todas las formas de lucha.



En los años siguientes e inspirados o impulsados directamente por jóvenes del 68 se reactivaron y alcanzaron un alto nivel las luchas sociales obreras, campesinas y populares; se crearon decenas de “frentes populares”; las universidades, los periódicos, las revistas y la cultura se impregnaron de los nuevos valores y se llevaron al primer plano del interés y de las prioridades los temas del cambio social y político; surgieron las guerrillas urbanas y adquirieron otra dimensión las acciones guerrilleras rurales; se fundaron nuevos partidos y se empezaron a fraguar proyectos políticos de frentes nacionales de muy larga maduración.

El 2 de octubre en Tlatelolco el gobierno priísta cometió un crimen horrendo en contra de los estudiantes y del pueblo, nos masacraron con la fuerza de las armas y sin consideración alguna. Pero la violencia no logró doblegarnos y tan sólo añadió evidencias más atroces de la inmoralidad del sistema. En Tlatelolco nos aplastaron, pero pronto resurgimos de mil maneras distintas, porque la significación de los hechos estaba más allá de sus resultados inmediatos, del Movimiento mismo y de los seis puntos del pliego, porque todavía siguen presentes las causas profundas de la inconformidad del pueblo y de los estudiantes, y porque mientras éstas subsistan habrá mexicanos resueltos que se decidan a luchar por cambiar las cosas, y todos ellos encontrarán en el Movimiento del 68 un ejemplo digno de ser tomado en cuenta.



## *Segunda parte*

La discusión de antes y después



## 7. El ambiente previo

### *Consideraciones preliminares*

La década de los sesenta en México y en el mundo está marcada por los grandes desafíos de los pueblos frente al imperialismo, por las revoluciones de Cuba y Vietnam, las luchas emancipadoras en África, Asia y América Latina; por la difusión incontenible de las teorías del cambio social y político, de las corrientes ideológicas revolucionarias y de los partidos comunistas y de izquierda.

La revolución y las ideas del cambio alcanzaron e impregnaron todas las dimensiones y aspectos de la vida: las relaciones personales, la música, el cine y todas las manifestaciones de la cultura. La conciencia social y política forjada en estas décadas de reflexión teórica y de luchas, ha sido la base para comprender el sentido de fenómenos nuevos como la revolución tecnológica en la informática, la genética, los peligros ecológicos y otras cuestiones que en otras condiciones hubieran sido avasalladoras o más difíciles de comprender.

Aun ahora en que parece incontrastable la hegemonía del capitalismo y en especial de las empresas transnacionales y los grupos financieros que modelan el mundo de acuerdo con sus únicos y exclusivos intereses, lo cierto es que las grandes convulsiones sociales y políticas siguen constituyendo el trasfondo y la matriz de la resistencia popular y de las esperanzas de cambio de los pueblos del mundo.

El Movimiento de 1968 es singular por su contenido, por sus formas de organización y de lucha, por la habilidad como abordó la

relación de confrontación con el gobierno, en condiciones por demás difíciles, y por su trascendencia en muy diversos órdenes de la vida nacional. La discusión de los problemas que se vivieron y que se plantearon entonces es una fuente de enseñanzas políticas y de lucha, en una perspectiva estratégica de cambios profundos y revolucionarios en la vida de México.

Al discutir las cuestiones del 68 no sólo no debemos evitar los juicios críticos y autocríticos de quienes tomamos las principales decisiones, sino que por el contrario, analicemos precisamente esas circunstancias y decisiones porque de ellas se derivaron consecuencias de gran trascendencia.

Como los elementos de juicio en los temas de discusión de esta segunda parte tienen frecuentemente un carácter testimonial, de manera natural se hacen referencias y formulaciones en primera persona del plural, pero en cada caso debe entenderse que el “nosotros” puede ser diferente: como miembros del Consejo Nacional de Huelga (CNH), o de la Juventud Comunista (JC) o del Partido Comunista Mexicano (PCM) en su momento, como politécnicos o como parte de la alianza con los grupos del Casco, etc. En la mayoría de los casos he procurado que el sujeto aparezca explícitamente, pero cuando así no sucede, debe entenderse “el nosotros” por el contexto del tema. También debe advertirse que en este texto se hacen referencias directas al comportamiento político de diversas personas por la simple razón de que es la única o la mejor manera de comprender los asuntos narrados, y que las explicaciones y juicios al respecto los hemos normado sistemáticamente por el principio de aceptar la hipótesis más sencilla (o menos truculenta) y admitiendo por buenos todos los atenuantes que se puedan invocar al respecto.

Por otro lado, hay que decir que muchísimos compañeros fueron sometidos a pruebas por demás difíciles y que la gran mayoría las soportó con estoicismo y dignidad, y cuando fueron extremas incluso se dieron muestras de valor excepcionales. Por desgracia algunos otros, pocos por fortuna, se hundieron arrastrados por su debilidad o su soberbia. Estas cuestiones, pocas y sin ser las principales, no pueden dejarse de lado por más que sea difícil y molesto señalarlas.

El Movimiento del 68 no se comprende si no se reconocen los problemas preexistentes y los nuevos problemas que se iban con-

formando en su propio curso y las iniciativas —planteamientos, movilizaciones, etc.— que se fueron desarrollando paso a paso para cohesionar las fuerzas estudiantiles y del magisterio, integrarlas, construir un pliego de demandas, dar elementos políticos e ideológicos para sostenerlas, sortear todo tipo de obstáculos y dificultades, mantenerse en los momentos represivos difíciles, allanar las diferencias internas y, finalmente, por medio de todas estas actividades parciales y concretas, ir abriendo un camino para lograr un más alto nivel de conciencia y de organización, un más alto nivel de lucha popular orientada en la perspectiva de la transformación radical de las condiciones de explotación y opresión que subsisten en nuestro país.

La evaluación sobre la conducción del Movimiento del 68 se enriquece si en cada etapa se identifican los problemas más relevantes, haciendo hincapié en la situación concreta y en las soluciones posibles en cada momento con plena conciencia de las intenciones siniestras y los mayores recursos del adversario.

### *El contexto nacional y sus cambios*

Para apreciar de mejor manera los cambios que se produjeron con el Movimiento del 68, es conveniente contar con una visión panorámica de la situación de contexto que existía previamente.

Los valores, las ideas, la manera de pensar y los proyectos de vida de las familias de clase media, y de la mayoría de los estudiantes, eran en general tradicionales, optimistas y en muchos casos ambiciosos como correspondía a un país que estaba creciendo y desarrollándose aceleradamente. En esa época, México era un país de amplias oportunidades de mejoría económica y social. Muchas familias típicas eran relativamente recién llegadas a la ciudad de México, los padres tenían una historia consistente de mejorías y procuraban que los hijos continuaran por ese camino.

Para ello la clave del éxito eran los estudios, las buenas relaciones políticas y las oportunidades. En los años sesenta empezaron a tomar mucha fama los “especialistas” médicos, arquitectos de renombre, ingenieros y licenciados que podían enriquecerse fácilmente gracias a sus habilidades y a un mercado que podía contratarlos. Hacer una exitosa carrera profesional o política era un

ideal generalizado, y bien documentado de ascenso social, porque en muchos casos y sin grandes esfuerzos era evidente que se podía lograr.

En este ambiente alegre de la “familia revolucionaria”, la izquierda no tenía inserción social consistente. Los efectos políticos e ideológicos del impulso cardenista hacía tiempo que se habían diluido, y las organizaciones políticas partidarias como el Partido Popular Socialista, el Partido Comunista Mexicano y otros, tenían un impacto mínimo en la vida política nacional.

A pesar de que en los años sesenta y desde muchos años atrás se produjeron diversos movimientos sociales influidos por grupos o ideas progresistas, la izquierda mexicana había perdido y todavía no recuperaba influencia en la vida nacional. Después del 68, las causas de este fenómeno fueron estudiadas minuciosamente, pero aquí sólo diremos que extienden sus raíces hasta el sexenio cardenista y tienen que ver con las formas como se articularon los procesos de integración nacional, del desarrollo económico, de la organización política corporativa del país y de la formación del partido oficial y de los modos como el Partido Comunista Mexicano actuó en esas diversas coyunturas.

La publicación de la revista *Política*, editada por Manuel Marcué Pardiñas de 1960 a 1967, dio cuenta detallada del resurgimiento y desarrollo de los movimientos sociales y políticos del país en esa época, pero en lo que se refiere a la génesis y evolución de nuevas actitudes y planteamientos de izquierda, esta revista no apreció cabalmente el proceso que se estaba desarrollando entre los jóvenes que durante el Movimiento del 68, y unos años después, conformarían agrupamientos más radicales.

Con el impacto nacional que tuvieron los movimientos de insurgencia sindical, principalmente el ferrocarrilero y del magisterio a fines de los cincuenta y principios de los sesenta y la enorme influencia continental de la Revolución Cubana, se generó una profunda discusión en torno a cuestiones estratégicas y tácticas de los posibles procesos revolucionarios, especialmente en los países de América. Los méritos y alcances de la Revolución Mexicana de 1910-1917 empezaron a ser severamente cuestionados a la luz de las experiencias inmediatas: la represión antiobrera, las persecuciones a los luchadores agrarios, la apertura del país a la inversión extranjera, la antidemocracia y el autoritarismo prevaleciente.



En esta revisión de ideas las tesis políticas de Vicente Lombardo Toledano, contemporizadoras con los gobiernos priístas y que omi-  
tían la denuncia de los errores y la lucha contra las arbitrariedades  
del gobierno, cayeron en un profundo desprestigio. Lo mismo su-  
cedió con la recurrente explicación de que “el presidente es bien  
intencionado, pero sus colaboradores lo engañan”, y otras tesis se-  
mejantes como el papel progresivo de la burguesía nacional, que  
estaban articuladas en la propuesta de conformar un gran Frente  
Nacional Antimperialista para asegurar mayores avances del pro-  
ceso revolucionario, puesto que el imperialismo era identificado  
como el enemigo principal del pueblo mexicano. En esas condicio-  
nes se sobrevaloraban enormemente algunas declaraciones como  
la del presidente López Mateos autodefiniéndose como “de iz-  
quierda dentro de la Constitución” sin considerar que al mismo  
tiempo reprimía sin consideración alguna a los ferrocarrileros y  
maestros.

Las críticas al lombardismo y a otras formas de actuación de la  
izquierda que no se comprometían con los sectores más hostili-  
zados por el gobierno, se expresaban en formulaciones irónicas que  
no dejaban de tener razón, como la caracterización que se le daba  
a grupos de izquierda oficializados diciendo que eran “los partida-  
rios del socialismo en otro país”, puesto que veían con buenos ojos  
a la Revolución Cubana pero negaban cualquier posibilidad de  
avances semejantes en el nuestro, porque “todavía las condiciones  
no están dadas”.

En fin, lo cierto es que en los medios estudiantiles politizados  
de los años sesenta, las tesis lombardistas de colaboracionismo  
con el gobierno estaban muy desprestigiadas, y en el otro extre-  
mo aunque la influencia de los planteamientos de la Revolución  
Cubana era muy grande, ante la magnitud y la historia del desa-  
rrollo del país y el peso ideológico y político de la Revolución  
Mexicana, ese elemento por sí solo no era suficiente como para  
determinar en una perspectiva general la necesidad y convenien-  
cia de un proceso de lucha armada como sí sucedía en otras par-  
tes del continente.

Pero en términos particulares y por condiciones especiales re-  
gionales sí había experiencias guerrilleras de inspiración agra-  
ria en Guerrero, Morelos y Chihuahua. El ataque de un grupo  
guerrillero de Chihuahua al cuartel de Ciudad Madera el 23 de

septiembre de 1965 y las acciones de Genaro Vázquez en el sur del país añadieron elementos de alternativa, y en los años de 1967 y 1968 se mantenían grupos armados como los de Óscar González Eguiarte y Pablo Alvarado en Chihuahua y Guerrero respectivamente. Sin embargo, las ideas y la posibilidad de construir un nuevo proceso revolucionario en México se empezaron a abrir paso sobre todo con el impacto de los movimientos de masas magisteriales y ferrocarrileras de fines de los años cincuenta.

Una descripción acertada de las condiciones sociales y políticas de los años sesenta daría cuenta de la existencia de pequeños grupos politizados pero influyentes en medios estudiantiles, y de un fuerte aislamiento de la izquierda de la realidad social y política mayoritaria, con muy poca influencia en medios obreros y con un amplio rechazo en sectores de clase media influidos por las campañas anticomunistas de la guerra fría. La actividad política de izquierda más consistente estaba sustentada socialmente en los campesinos, débilmente en el magisterio de primarias, y de manera más dispersa en algunos núcleos obreros.

La otra cara de la moneda serían las condiciones reales normales como mucha gente vivía la realidad nacional. Aunque a mediados de los años sesenta ya se percibían una serie de indicios de que las cosas no funcionaban del todo bien en el terreno económico, en general existía una muy débil percepción acerca de los problemas que se estaban gestando en el tránsito a una futura sociedad predominantemente urbana de sectores medios muy numerosos, ya masificados. En esos años comenzaban a cerrarse las vías de movilidad social que habían estado ampliamente abiertas en las décadas anteriores, pero este fenómeno no se registraba de manera consciente y generalizada, ni siquiera por quienes sufrían el desempleo, y por eso no puede decirse que las causas económicas, y en especial la disminución de perspectivas de trabajo para los profesionistas jóvenes recién egresados de las universidades fueran una causa determinante, eficiente, de las movilizaciones estudiantiles del 68.

Sin embargo, las causas económicas tienen un cierto peso como punto de partida objetivo para, al menos, explicar el descontento de ciertos sectores. Ésa es la situación y la causa de la movilización de los médicos residentes e internos de los hos-

pitales en 1965.<sup>1</sup> Pero el deterioro aún no se percibía de manera generalizada porque apenas eran los primeros momentos de masificación y de “proletarización” de las profesiones. Es cierto que algunas veces, más que la miseria ancestral es el descenso brusco de un nivel de vida lo que provoca movilizaciones, pero a pesar de que algunas profesiones comenzaban a proletarizarse, como los médicos y los ingenieros que veían disminuir sus oportunidades de empleo y de mejores salarios, no había aún una conciencia generalizada de la saturación de la porosidad social y del deterioro futuro del nivel de vida y de las opciones de las capas medias.

En cambio la cuestión política estaba muy presente y se resentía de manera más inmediata pero negativa. La gente la identificaba como una actividad corrompida y corruptora, como un medio de enriquecimiento de los gobernantes. Por eso se definía como “apolítica”. Ante la ausencia o debilidad extrema de fuerzas reales de oposición, y el corporativismo aplastante de funcionarios, líderes, influyentes, coyotes y parásitos de todo tipo, alentados y protegidos por el aparato estatal e identificados todos como del PRI y del gobierno, la vida política era pobre y estaba sumamente sofocada.

En la prensa diaria todos los periódicos publicaban casi los mismos boletines elaborados en la oficina de prensa de la Presidencia; las posibilidades de opinión eran muy escasas y restringidas en algunas páginas editoriales, y en general, todas las opiniones eran cautelosas, conservadoras, acrílicas con el régimen y sobre todo con el presidente de la República. Las únicas excepciones eran la revista *Política*, algunos editorialistas, el Suplemento Cultural de la revista *Siempre!* y la difusión de la información política internacional del periódico *El Día*.<sup>2</sup> También imperaba un anticomunismo alimentado por dos vías concurrentes, por una parte la hegemonía ideológica de la Revolución Mexicana y su deslinde histórico de los radicales y comunistas que habían sido excluidos de las orga-

<sup>1</sup> A fines de 1964 se organizó un paro de labores en el Hospital 20 de Noviembre para demandar mejoras económicas y laborales. De ahí surgió la Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos que creció muy rápidamente y que realizó diversas movilizaciones durante el año de 1965. A fines de agosto el Movimiento Médico fue reprimido y encarcelados algunos de sus dirigentes.

<sup>2</sup> En el año de 1961 y en ocasión de las manifestaciones magisteriales y estudiantiles de apoyo a Cuba, el periódico *Atisbos* parafraseando a Ignacio Ramírez, clamaba en titulares de plana entera: “Ahora o nunca señor presidente fusile a Cárdenas, porque es el que está produciendo los desórdenes en México”.

nizaciones de masas durante el alemanismo y por otra el clima generalizado de guerra fría, y el macartismo anticomunista que venía a reforzar estas tendencias.

Fuera de ciertos círculos pequeños, a nivel cultural la situación era asfixiante: había censura en el cine, las películas “inconvenientes” permanecían enlatadas largos años e incluso se cortaban escenas como el pleito de pandillas con navajas de *West Side Story* para “impedir que proliferara” este tipo de comportamientos rebeldes en México. En plena Olimpiada Cultural la esposa de Díaz Ordaz mandó poner sostenes a las bailarinas del ballet folclórico de Nigeria, y los cabarets de la ciudad cerraban a la una de la mañana para impedir “que cundiera el mal ejemplo, el vicio y el desfreno entre la juventud”. En la vida diaria había un clima de censura y rigidez que se resentía directamente.

En cambio era fácil conseguir libros y literatura de otras épocas políticas y socialmente mejores y con otras perspectivas. Aunque las bibliotecas públicas eran muy pobres, la gente de izquierda tenía una verdadera pasión por conseguir información y literatura política y en muchas ocasiones tenían bibliotecas abundantes y asombrosas. No era difícil conocer de historia y de experiencias políticas revolucionarias de México y de otras partes del mundo. Las publicaciones del Fondo de Cultura Económica en conjunto eran enciclopédicas y seguían el pulso de las mejores escuelas de pensamiento del mundo. En la UNAM, el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos dirigido por Eli de Gortari registraba los debates más avanzados de la época. En los sesenta había en México una izquierda joven, y poco numerosa, sin inserción social y política consistente, pero inquieta, estudiosa y decidida.

En esos años de vez en cuando se sabía algo de la prisión de Demetrio Vallejo y Valentín Campa, por una huelga de hambre o por alguna referencia ocasional en la prensa, y así se mantenía vivo el antecedente del movimiento ferrocarrilero que había sido aplastado ferozmente en abril de 1959 con la intervención del Ejército que rompió la huelga ocupando los centros de trabajo y los locales sindicales y con detenciones masivas que alcanzaron a miles de rieleros. En 1968 los ferrocarrileros ya casi cumplían 10 años de prisión y además se les negaba el derecho de libertad provisional.

Éste era —eso estaba claro— el destino que esperaba a manifestaciones de confrontación con el régimen: la cárcel y el aislamien-

to. Porque prevalecía una gran inconciencia, e incluso era necesario demostrar que se trataba de represalias políticas, porque esto no se comprendía, entre otras cosas, por lo desprestigiada que estaba esta actividad, tanto que los presos políticos no eran reconocidos como tales.

Una de las grandes virtudes del 68 fue la reivindicación de la política como algo necesario y respetable, que podía darse con procedimientos diferentes a los priístas, y como una práctica de confrontación con el régimen. Pero antes del 68 lo que estaba generalizado en la conciencia de la gente, era el reconocimiento de la manipulación inescrupulosa de los intereses populares para el enriquecimiento de los líderes que encabezaban las movilizaciones. Los movimientos reivindicativos más elementales, por terrenos, por viviendas, las huelgas por salarios y prestaciones, se vendían por pesos o en especie: un traje, un carrito, un puesto, una casa; las demandas se desactivaban de un día para otro porque la dirigencia se corrompía, y quienes no lo hacían eran encarcelados.

La política aparecía entonces como un producto de líderes venales corrompidos, y cuando la oposición adquiría dimensiones respetables, en la propaganda del gobierno se le hacía aparecer como la acción de agentes del extranjero, comunistas, que respondían a intereses extraños. En todo esto influía la época de la guerra fría, cuyos planteamientos estaban presentes. Cualquier movilización era tachada de comunista y de estar provocada desde el extranjero. La satanización provocaba el aislamiento, y éste era el preludio de la cárcel.

Así se combatió la huelga del Politécnico en 1956 y a los movimientos universitarios en Nuevo León, Michoacán y Puebla de principios de los sesenta (1962). Cuando sucedían hechos como el asesinato del dirigente campesino Rubén Jaramillo<sup>3</sup> y su familia, como la detención del grupo guerrillero de Víctor Rico Galán, o el asesinato del comando que asaltó al cuartel Madera en Chihuahua, no había conciencia de que fueran hechos represivos. Para la ima-

<sup>3</sup> Después de las represiones anticampesinas de finales de los años cincuenta en que estuvieron encarcelados Jacinto López, Ramón Danzós y otros dirigentes, en el año de 1962 surgió la iniciativa de creación de la Central Campesina Independiente que se desarrolló explosivamente aglutinando en muy poco tiempo miles de ejidos y comunidades en todo el país. Con el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia el 23 de mayo de 1962 se impidió que la nueva organización campesina tuviera una dirección comunista altamente prestigiada.

gen popular masiva se registraban como hechos de grupos subversivos, de delincuentes.

El delito de “disolución social” definido de manera vaga e imprecisa se prestaba a cualquier interpretación para encarcelar opositores, a tal grado, que Jesús Ochoa, un joven dirigente ferrocarrilero fue acusado de “hacer gestos subversivos” por dos soldados que lo vieron de lejos y con eso fue suficiente para mantenerlo varios años en prisión. Un atenuante fue la difusión de las ideas de las revoluciones de Cuba y Vietnam y de sus logros, y el hecho de que muchos de estos grupos estuvieran inspirados por ellas los justificaba relativamente, pero esto no era en manera alguna generalizado. La conciencia estaba restringida a ciertos espacios y medios informados.

Nosotros, en 68, teníamos mucha conciencia de este problema, queríamos impedir que el Movimiento fuera estigmatizado como comunista y aislado, y eso nos obligaba a ser muy cuidadosos con las expresiones. Cuando empezamos a tener éxito, el proceso fue el inverso: si se caracterizaba al Movimiento como comunista, lo que se hacía era prestigiar el ser comunista frente a la gran masa que apoyaba la movilización.

### *El aislamiento de la izquierda*

Los grupos políticos organizados eran pocos y muy pequeños, sólo existían en seis o siete escuelas de la UNAM y del Politécnico, y en algunos lugares del país. Pero estos grupos pequeños lograban movilizaciones en torno a cuestiones de solidaridad como las manifestaciones de apoyo a Cuba que llegaron a reunir a 60 mil personas, aunque difícilmente hubieran podido convocar a acciones políticas semejantes a partir de algún problema nacional.

Desde los inicios de la década, en las universidades de Puebla, Michoacán, Nuevo León y Sonora se habían desarrollado movimientos importantes. Uno de los ejes de esta disidencia era la búsqueda de la modernización de los planes de estudio y de las instituciones mismas, luchando por la autonomía y por una mayor participación en los órganos de gobierno, y tratando de abrir espacio para la discusión de nuevas ideas. En las universidades de Michoacán y de Nuevo León se intentaba incluir en los programas de estudio el marxismo, por entonces proscrito de la academia.

El Partido Comunista era el grupo más organizado y fuerte, con una serie de frentes importantes a nivel nacional. Tuvo influencia en la conducción de las huelgas magisterial y ferrocarrilera y también impulsó las iniciativas organizativas fundamentales de esa época, como la Central Campesina Independiente, el Movimiento de Liberación Nacional, el Frente Electoral del Pueblo, la Central de Estudiantes Democráticos. En términos organizativos, de influencia política, de cuadros, de planteamientos y de experiencia, lo más importante con mucho era el PCM, que tenía en esa época cuando mucho unos tres mil afiliados en todo el país.

El PCM, a partir de 1940 y hasta los sesenta, se había conservado fundamentalmente como una organización campesina con estabilidad y presencia en lugares como La Laguna, Sonora, Michoacán, Morelos, Puebla, Tamaulipas, y otras partes. Se había perdido la influencia de otra época en medios obreros y el partido se redujo, y se restringió a ciertos medios campesinos, pero ahí se mantuvo con la estabilidad y permanencia de las formas organizativas típicas de esos medios.

En los años sesenta, el PCM vivía una época de reconstrucción después de un largo periodo anodino y burocrático. Su famoso XIII Congreso había catalizado las inquietudes desatadas por los movimientos de insurgencia sindicales y los nuevos impulsos revolucionarios del mundo, y en mayo de 1960 cristalizaron en una nueva dirección comunista encabezada por Arnoldo Martínez Verdugo. De inmediato se notaron los cambios, se dejaron de lado los rasgos de conservadurismo, se radicalizaron los planteamientos estratégicos, se impulsaron iniciativas políticas y de organización audaces en sus propósitos como las invasiones de tierras simultáneas frenadas con el asesinato del líder campesino Rubén Jaramillo, se promovieron amplias alianzas políticas con el cardenismo y nuevos sectores de intelectuales radicalizados.

El partido comunista pudo así reestructurarse y retomar su rumbo, en la época de los 60-70, sobre la base de la infraestructura de presencia campesina de muchos años atrás. Pero el rasgo nuevo de los sesenta fue que se comenzó a desarrollar el trabajo en las universidades, en un ambiente favorecido por la difusión de las ideas de la Revolución Cubana y porque en el PCM se conservaba una tradición educativa que partía de los maestros rurales, de la educación socialista del cardenismo; del surgimiento del Politécnico, de los combates por

mantener su rumbo nacionalista y democrático y por preservar el sistema de educación popular. Todo esto conformaba una tradición sólida.

De la experiencia de educación popular no tenían un registro directo los grupos más intelectualizados, como la Liga Espartaco,<sup>4</sup> los troskistas, los maoístas. La memoria histórica se conservaba sobre todo entre los comunistas, del Partido Obrero Campesino de México (POCM) o del PCM, vinculados a las movilizaciones y luchas populares de la primera mitad del siglo en México.

Quizá, lo más importante de todo es que se abrió un intenso periodo de vida política interna, de discusiones abiertas, de debates teóricos y políticos enriquecidos por la incipiente experiencia de los movimientos de masas. El PCM estaba reconstruyéndose acelerada y nacionalmente: tuvo importancia en todos los movimientos relevantes que se presentaron en esa época. Sin embargo, esta influencia se desarrolló sobre todo en el campo y en las universidades y, excepto en el movimiento ferrocarrilero, su presencia en el movimiento obrero era muy débil.

Sin embargo, mucho del impulso transformador y de lucha generado a partir del XIII Congreso se estaba agotando en los meses previos al 68. En esos momentos el Partido Comunista planteaba la lucha por la democracia y por su legalización e impulsaba una línea organizativa y política de estabilización y consolidación de las fuerzas y espacios en donde tenía influencia, lo que se traducía con frecuencia en estructuras burocráticas y negociaciones políticas muchas veces subordinadas a los hombres del poder.

### *La influencia de las ideas*

El Movimiento del 68 se caracteriza como democrático por sus formas internas de organización y de toma de decisiones y por las vías y los métodos de lucha que desarrolló.

<sup>4</sup> La Liga Comunista Espartaco fundada por José Revueltas tuvo un papel relevante en la formación teórica de numerosos militantes de izquierda que ahí se iniciaron. Sin embargo, la Liga se desorganizó durante el Movimiento de 68 y sus militantes sólo pudieron actuar a título individual. Posteriormente se organizaron otras opciones políticas impulsadas por ex militantes espartaquistas, pero sin la influencia directa de Revueltas.



A finales de los años sesenta apenas se empezaba a discutir la posibilidad de cambios revolucionarios por la vía pacífica, alentados e inspirados por el desarrollo masivo de los partidos comunistas de Francia e Italia, que agrupaban a millones de trabajadores y por la experiencia de coaliciones de partidos de izquierda, socialistas, radicales, miristas y comunistas que en Chile venían intentando acceder al poder mediante las elecciones.

En nuestro país el trabajo pionero de análisis de los problemas de la democracia y de la interacción del espacio político con los procesos de desarrollo económico y social fue *La democracia en México* de Pablo González Casanova que se publicó en 1965. Sin embargo, el éxito del libro entre la izquierda se ubicó mucho más en los aspectos de revelación y diagnóstico de las limitaciones y deformaciones del sistema democrático mexicano, y no tanto en la necesidad y posibilidad de abrir espacio para una vida democrática de partidos políticos legalizados (ni siquiera se consideraba que fueran potencialmente competitivos) y de vida democrática libre en las organizaciones de trabajadores más allá del PRI y sus sectores.

Lo anterior, en todo caso dependía en gran medida de cierta voluntad del régimen para permitirlo, y de resolver y superar de alguna manera el clima de apoliticismo y de represión que hacían extremadamente débiles, muy difíciles y prácticamente inviables los esfuerzos de construcción de alternativas partidistas. Era la época del partido prácticamente único, de los triunfos de carro completo.

En un clima de desinterés por la política y de abstencionismo electoral, la propuesta de extender el derecho de voto a los jóvenes, reduciendo la edad de 21 a 18 años para adquirir el derecho de ciudadanía, reafirmada en el Informe Presidencial de 1968 no causó ni el más mínimo entusiasmo, y fuera de los comentarios periodísticos de adulación consabida, entre los jóvenes pasó desapercibida.

Después del Movimiento del 68 la idea de construir partidos de oposición legales y de participación electoral empezó a ser considerada de diversas maneras: después de los sucesos de octubre José Revueltas sugirió que se podría construir un partido de jóvenes estudiantes y avanzó los planteamientos y tácticas que se podrían poner en juego en una perspectiva de ese tipo, aunque después parece ser que abandonó estas ideas.

Heberto Castillo y Cabeza de Vaca plantearon una alternativa similar después de los acontecimientos del 10 de junio de 1971 apoyándose en el ofrecimiento de Luis Echeverría de proceder a una “apertura democrática” en la vida política nacional, lo que fue ruidosamente rechazado por los militantes de la JC que en esas épocas promovían la “abstención activa”.

Finalmente, como se ha visto en los últimos años las opciones partidistas y electorales han sido adoptadas por todas las corrientes de izquierda de una manera o de otra, con partidos registrados legalmente o en proceso de hacerlo, con alianzas electorales, con acuerdos programáticos o sin ellos, con distanciamientos y confusiones de todo tipo. En la actualidad, casi todos los partidos políticos reconocen en el Movimiento del 68 mucho de su inspiración popular y democrática.

En un panorama de las ideas y críticas políticas que incidieron en esos años destacan el análisis y críticas al presidencialismo mexicano, de Daniel Cosío Villegas, y sus formulaciones sarcásticas del “estilo personal de gobernar”; la perseverancia de Pablo González Casanova en las cuestiones de la democracia; la insistencia reiterada de José Revueltas en la importancia y los méritos del pensamiento crítico, y el valor civil, la dignidad y la fineza de Javier Barros Sierra que hizo valer en todo momento y proclamó con esperanza el valor de la discrepancia.

José Revueltas tuvo una presencia muy resaltada en medios intelectuales, aunque en esos momentos fue de poca eficacia en el nivel de la acción política concreta. En 68, Revueltas se incorporó rápidamente al Movimiento, pero sus preocupaciones fundamentales se ubicaban en el terreno teórico-filosófico de la capacidad crítica de las personas y de las organizaciones para comprender la realidad y transformarla. En el curso mismo del Movimiento estas cuestiones difícilmente podían ser recogidas y atendidas por los estudiantes en lucha, más allá de los estudiantes de Filosofía y Letras. En el propio Consejo Nacional de Huelga no existía mucha disposición para asuntos que no fueran directamente relacionados con los problemas en curso, porque los delegados habían sido elegidos por un sinnúmero de razones diferentes pero no necesariamente por su formación política o cultural.

Durante el Movimiento las ideas de Revueltas tuvieron influencia relativa entre grupos de profesores e influyeron en la creación

del Comité de Intelectuales. Posteriormente en cambio, sus ideas críticas de la Revolución Mexicana y de la actuación del PCM, la tesis de la inexistencia histórica del partido,<sup>5</sup> el énfasis en la necesidad y la importancia del carácter crítico del pensamiento y de los criterios de autogestión para la estructuración y funcionamiento de las organizaciones militantes de base, los Comités de Lucha y los organismos coordinadores se generalizaron ampliamente.

La heterodoxia teórica cubana y el prestigio de Revueltas en la defensa del carácter crítico del pensamiento, indirectamente abrieron espacio y legitimaron ampliamente otras corrientes políticas y de pensamiento revolucionario como los troskistas y los maoístas que en 68 tenían una presencia apenas embrionaria y restringida a sólo algunas de las escuelas más politizadas como Economía, Políticas o Filosofía. Pero después de 68 los jóvenes radicales encontraron en éstas y otras corrientes de pensamiento político una base de diferenciación sólida y consistente frente a la burocratización, ortodoxia y franco deterioro de los partidos comunistas.

### *La experiencia estudiantil acumulada*

Las organizaciones estudiantiles que existían previamente, en 68 se mostraron como cascarones vacíos que no jugaron ningún papel y casi desde el principio desaparecieron de la escena política. Lo mismo sucedió en la UNAM con la Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (FUSA), que en el IPN con la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), que resistió un poco más. Aunque por otras razones tampoco la CNED pasó la prueba a pesar de ser la organización estudiantil promovida por la Juventud Comunista y la que se suponía que no sólo agrupaba un buen número de escuelas, sino que era promotora importante de nuevos planteamientos, de luchas y movilizaciones.

Tanto en la UNAM como en el IPN, y en muchas partes de provincia las organizaciones estudiantiles estaban oficializadas, corrom-

<sup>5</sup> Paradójicamente, por deformaciones e incomprensiones del planteamiento de la “inexistencia histórica del partido” durante mucho tiempo ha prevalecido una corriente “antipartidos” que ha sido promotora y responsable de una serie de fenómenos negativos como la separación entre el movimiento social, en gran medida (la izquierda social) y el movimiento partidista, el énfasis en el movimientismo, la pérdida y descalificación de espacios de elaboración teórica, la crítica y el rechazo a los intelectuales, etcétera.

pidas y sin autoridad política frente a los estudiantes que decían representar, de manera que en el Movimiento del 68 ni siquiera intentaron disputar la dirección al Consejo Nacional de Huelga. La CNED pretendió incorporarse al CNH “como Central” en una condición especial que no se aceptó y se le propuso en cambio que sus miembros participaran individualmente, igual que todos, en la elección de los tres representantes de cada escuela en huelga.<sup>6</sup>

La dirección del Movimiento del 68 se construyó en medio de dos antecedentes alternativos antagónicos de organización: por un lado las agrupaciones oficialistas (FUSA, Federaciones, FNET, etc.) y por otro una serie de grupos radicales, en su extremo caracterizados como “grupúsculos”, muy ideologizados y sin representación formal entre el estudiantado. Alternativamente, la organización del CNH integrando en una gran asamblea a tres representantes por escuela en huelga solucionó de un golpe los problemas de representación y legitimidad del organismo e integró un poderoso núcleo de dirección democrática.

Una visión muy difundida del 68 es que fue un gran estallido espontáneo, en el que se manifestó la democracia primitiva de las masas mexicanas, y que el CNH y todas las articulaciones importantes del Movimiento, surgieron al fragor de los acontecimientos y no a partir de una acumulación previa de experiencias.

Lo nuevo en el 68 era la magnitud y la trascendencia del Movimiento y nadie tenía experiencias de ese tamaño ni de esa relevancia. Pero había una cierta organización y se habían bosquejado proyectos importantes. En las cuestiones propiamente estudiantiles la experiencia histórica inmediata daba cuenta de la culminación del desmantelamiento del sistema de educación popular: la huelga de 1956 en el IPN en que el Ejército ocupó brutalmente el internado, después la clausura y el desmantelamiento del comedor universitario, el cierre del internado de la Normal y la clausura de las casas de estudiantes en casi todo el país, acciones todas que se inscribían en la parte final de la ofensiva del régimen en contra del

<sup>6</sup>Lo cierto es que por diversas razones, o porque ya estaban participando con otros representantes, o porque estaban en vacaciones (julio-agosto) o porque perdieron sus vínculos, o porque los jóvenes comunistas de la JC que participaban en el CNH no quisieron o no pudieron hacerse cargo de la tarea de representarlos, la CNED como tal no incorporó ninguna escuela a la huelga y en consecuencia no tuvo ninguna representación directa ni indirecta en el CNH. Después del movimiento del 68, la CNED también desapareció sin dejar mayor huella.

sistema de educación popular. En el 68 ya casi sólo quedaba la referencia de lo que había sido ese sistema, de lo que eran sus propósitos e intenciones.

De contraparte también se dieron dos experiencias que fueron de otra naturaleza, no defensiva sino renovadora: la rectoría de José Alvarado en la Universidad de Nuevo León y la de Eli de Gortari en la Universidad Michoacana. En ellas se intentó con éxito relativo romper la rigidez del sistema de enseñanza y ligarlo más a la problemática social y política, y se abrió paso a temas de filosofía y ciencias políticas y sociales, que rompían con la época del macartismo y del oscurantismo anticomunista que se vivía. La importancia de estos intentos fue sobre todo interna, para las propias universidades en que se desarrollaron y aunque culminaron con violentas intervenciones del poder político, dejaron abierto un camino académico de cambios progresistas. Algo similar sucedía en la Universidad de Puebla.

Con esas y otras muchas experiencias y observaciones se comenzó a elaborar una visión más general de los problemas universitarios y educativos, una visión más programática, más fundada y ligada a los problemas nacionales. En este propósito fueron aleccionadoras y de alta significación las tesis y planteamientos de los estudiantes brasileños y argentinos, que tenían una concepción del trabajo estudiantil como un frente de lucha político-ideológico muy elaborado. En los documentos de la Unión Nacional de Estudiantes Brasileños, en la Carta do Paraná y los de la Federación Universitaria Argentina se planteaban problemas complejos y se daban respuestas consistentes de carácter programático a los cuestionamientos teóricos de alianzas objetivas entre el movimiento obrero democrático y el movimiento estudiantil.

Sobre estas cuestiones había un profundo desconocimiento teórico incluso en los agrupamientos políticos, pero el tema se fue abriendo paso a paso porque en la realidad la problemática educativa aparecía en cada momento de una manera o de otra. En el mundo se estaba viviendo una apoteosis de la ciencias, en la física, las matemáticas y la biología, y el avance de las luchas de liberación de los pueblos (en África, Cuba y Vietnam) ponían en primer plano las preocupaciones sociales y políticas. Es cierto que muchas de las reivindicaciones eran elementales y parciales, se peleaba por

becas, comedores, y mejoras en los laboratorios, lo mismo en las escuelas de provincia, en las normales o con los residentes e internos de los hospitales, y sólo localmente en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Michoacana, o en Filosofía de la UNAM, se daba un cuestionamiento global a los programas de estudios. El observar y estudiar esta problemática partiendo de la experiencia cardenista de educación popular, nos abrió perspectivas políticas y programáticas más amplias y generales.

Además y como militantes del PCM y de la JC, teníamos planteada la tarea práctica y política de dar atención y seguimiento a los problemas estudiantiles que se presentaran de manera puntual, y también de largo plazo, lo que se interpretaba como la necesidad de construir estructuras organizativas lo más amplias posibles hasta llegar a una hipotética Unión Nacional de Estudiantes Mexicanos,<sup>7</sup> semejante al modelo brasileño de la UNEB, que era el organismo más exitoso que conocíamos.

Esta intención reiterada de acercarnos a lograr estructuras de organización más amplias y generales, nos llevó a compenetrarnos de la problemática estudiantil e ir conociendo las cuestiones de fondo. Como autodidactas identificamos tres sistemas educativos separados y paralelos y cómo se habían desarrollado históricamente; el sistema de educación popular surgido en el régimen del general Cárdenas, el sistema universitario que giraba alrededor de la UNAM y un sistema privado al que pertenecen el Tecnológico de Monterrey, la Autónoma de Guadalajara, la Iberoamericana, la Anáhuac, etc. Estas grandes diferencias de origen y de propósitos de las instituciones educativas hacían muy difícil la formulación de posiciones programáticas comunes. En la UNAM había una tendencia elitista, y hasta aristocratizante, en la selección y el tratamiento de los temas de estudio, en mucho determinados por cuestiones de prestigio académico. Era muy evidente la predilección del alemanismo por el sistema universitario y su decisión de quebrantar el sistema de educación popular. Los politécnicos eran vistos como profesionistas de menor valía y se hacía escarnio del calificativo “rural” de la Escuela de Medicina del IPN.

<sup>7</sup>En el IV Pleno del Comité Central del PCM celebrado a fines de 1961 se resolvió que: “Las condiciones actuales han madurado para la formación de una organización nacional unitaria de los estudiantes mexicanos, su constitución es una de las tareas de mayor trascendencia del momento”.

Así impulsamos una práctica sistemática de comprensión de estos problemas y de discusión de alternativas novedosas. Uno de los temas de mayor debate era la “reforma universitaria”, entonces bandera de lucha generalizada del movimiento universitario latinoamericano. Pero nosotros no podíamos plantear las cosas de esa manera: con un sistema educativo seccionado, hablar de reforma universitaria era referirse a un solo sector. En todo caso en México era necesario plantear más bien una reforma educativa, lo que nos exigía conocer la problemática de toda una serie de instituciones.<sup>8</sup>

Esta situación la habíamos percibido desde unos años antes. Su expresión más clara la logramos por una lado, en la Declaración de Morelia en 1963,<sup>9</sup> que se propone la lucha por una educación popular y científica y que hace un planteamiento sobre el sistema educativo en su conjunto, y por otro, en la II Conferencia de Estudiantes Democráticos en 1964, en que la preocupación dominante era cómo lograr cambiar la situación defensiva en que estaba inmerso el movimiento estudiantil y pasar a cierto tipo de acciones ofensivas y exitosas.

Algunas experiencias relevantes en ese sentido propositivo y de triunfo fueron el movimiento universitario de 1966 y la huelga de la escuela Hermanos Escobar de Ciudad Juárez en 1967. La huelga universitaria de 1966 se produjo por la intransigencia del rector doctor Ignacio Chávez y las formas autoritarias y represivas que había instaurado. El Movimiento demandaba la renuncia del rector pero provocó rechazo y críticas por acciones de violencia en su trato con las autoridades. La caída del rector Ignacio Chávez tiene un componente funesto, de politiquería, que corre a cargo de la actuación del Comité de Derecho. Pero en el curso del Movimiento se incorpora otro sector de estudiantes, de Ciencias, de Filosofía y de Economía con planteamientos políticos que buscaban una reestructuración de la organización estudiantil universitaria. Se formó un Consejo Estudiantil Universitario (CEU),<sup>10</sup> que incluyó representantes de todas las escuelas. En el CEU se propuso al ingeniero Javier Barros Sierra, que estaba al frente del Instituto

<sup>8</sup> En 68, un sector del PCM propuso impulsar una reforma universitaria como salida para el movimiento —el grupo aglutinado en torno a *Historia y Sociedad*, editada por Enrique Semo— pero eso nos parecía una incompreensión de los requerimientos que una situación compleja planteaba.

<sup>9</sup> Véase en el apéndice el documento completo.

<sup>10</sup> Javier Barros Sierra 1968, *Conversaciones con Gastón García Cantú*, Ed. Siglo XXI, pp. 18 y ss.

Mexicano del Petróleo, como participante en la terna de candidatos a la rectoría. El Movimiento de 1966 tuvo entonces también una expresión democrática, una visión de lo que podría ser una rectoría distinta, incluyendo el impulso de personajes del mundo oficial como Barros Sierra, en quien se reconocían características liberales, democráticas y de honestidad, que después fueron plenamente confirmadas. La propuesta alternativa de organización estudiantil no pudo ganarse, el movimiento universitario estaba atomizado, y persistían las federaciones tradicionales, las “FUSAS” y los intereses particulares.<sup>11</sup>

Una experiencia muy diferente fue la manera como concluyó la huelga de la Escuela de Agricultura Hermanos Escobar de Ciudad Juárez, una institución de carácter privado. Los estudiantes demandaban terminar con la lógica del lucro, que la escuela se hiciera pública y se incorporara a la Universidad de Chihuahua. En cierto momento fueron amenazados con la desocupación militar de las instalaciones, con la represión y con juicios de responsabilidad de carácter penal. Entonces y acompañados por la CNED hicieron un llamado nacional de solidaridad. Respondimos algunas escuelas de agricultura y 11 escuelas del IPN que nos declaramos en huelga. Decidimos no incluir una sola demanda propia y centrar toda la fuerza en la solución positiva a las demandas de los compañeros de Juárez. Esta decisión fue determinante y así se fundó con una amplia mayoría de estudiantes y profesores huelguistas la Escuela de Agricultura de la Universidad de Chihuahua. El otro aporte de la huelga de 67 fue la formación de un Comité Nacional de Huelga, formado por tres delegados de cada escuela en huelga, como después lo fue el CNH. La intención de esta medida fue darles una dimensión mayor a las representaciones de escuelas en huelga, impidiendo que se quisiera hacer valer la militancia en grupos políticos o que éstos se impusieran sobre las representaciones de la base estudiantil.

Las experiencias políticas y programáticas en medios de profesores eran muy escasas, si acaso seminarios de marxismo y círculos culturales más o menos amplios. Algunos jóvenes profesores y

<sup>11</sup> Un elemento controversial de la huelga de 1966 fue el aparente propósito de los líderes de Derecho de hacer valer el anuncio del rector Chávez de su intención de “reconocer” una organización estudiantil representativa que recibiría ayuda económica de su administración.



egresados de Filosofía y de Economía acompañaron a Eli de Gortari durante su rectorado a reforzar el trabajo académico en la Universidad Nicolaíta en Morelia, pero con seguridad no se trataba de una corriente democrática integrada o experimentada. Eran más bien casos aislados de gente progresista.

Se podría afirmar entonces que antes de 68 sí había una cierta experiencia estudiantil entre los grupos de izquierda sobre el tipo de conducción que se podía impulsar y respecto a las preocupaciones y los planteamientos que más interés causaban en esos medios. Estos antecedentes tienen una expresión en el Movimiento del 68 que no es de ninguna manera mayoritaria, pero que sí es decisiva. Si lo vemos en el interior del CNH, los representantes de escuelas que podían tener experiencia previa eran sólo los de algunas escuelas: Economía, Políticas, Filosofía y Ciencias en la UNAM; Físico-Matemáticas, ESIME y Biológicas del Politécnico, y Chapingo, no eran más de 12 o 15 escuelas, es decir, no más de 30 o 40 personas. Para el resto de los delegados, en cambio, era su primera participación política. Pero es indudable que la gente con tradición tuvo un peso fundamental; eran cuadros con más recursos, experiencias y comprensión general de las cosas, absolutamente necesarios para un movimiento que desde el inicio tenía características nacionales y que exigía una cierta visión y claridad política.

### *La cuestión educativa*

Aparte de las experiencias de política estudiantil, muchas de las cuales eran bastante restringidas, fue de mayor relevancia el estudio de los problemas educativos porque en ese terreno se incorpora plenamente el trasfondo de los grandes problemas nacionales y porque esta condición era indispensable para una política seria de unidad del movimiento estudiantil mexicano. Cuando se percibe la importancia de recoger las experiencias nacionales y de otros países y se siente la necesidad de trazar una política más amplia y completa para el conjunto del movimiento estudiantil, se da un paso adelante muy significativo, de madurez, de posibilidad de planteamientos programáticos generales.

Al surgir la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, estábamos obligados a elaborar una visión general de las cuestiones educativas que se requería estudiar en términos de mayor alcance.

En realidad y dicho de otra manera, lo que estábamos haciendo era estudiar la política nacional a través del problema educativo.

Un recuento del origen, la evolución y los problemas vigentes del Politécnico sólo era posible en correspondencia directa con las políticas de industrialización que impulsaba el gobierno, y así también se explicaban las ofensivas gubernamentales y de la iniciativa privada por trasformarlo. Otra cuestión significativa y preocupante fue el descubrimiento del interés y de la penetración imperialista en la investigación, lo que aparecía claramente en Chapingo en donde la Fundación Rockefeller y la Ford promovían investigaciones directamente benéficas para sus intereses. Lo mismo se apreciaba en geología, en donde asesores con la cobertura de la Agency for International Development (AID), intentaban dirigir o influir en los proyectos de prospección minera del país. En este contexto ubicábamos los propósitos norteamericanos para unificar con su estrategia a los países de América Latina, tanto en el terreno de la modernización de los ejércitos y del armamento, como en cuestiones estratégicas de mercado como la homogeneización de la frecuencia de los sistemas de energía eléctrica. Todo lo cual estaba y seguía relacionado con la política expresada en el punto 4 del Plan Truman de influir en las instituciones de enseñanza superior, que había sido uno de los puntos de la huelga del Politécnico de 1956.

En la política agraria y del campo registramos con asombro e indignación cómo había cambiado la actitud del gobierno ante los maestros rurales, primero de impulso y reconocimiento por su papel como organizadores y promotores de la reforma agraria y después de represión y persecuciones cuando estaba en curso la contrarreforma en el campo, lo que había llevado al surgimiento de la guerrilla de Arturo Gámiz en septiembre de 1965, de Lucio Cabañas en mayo de 1967 y de Genaro Vázquez en los primeros meses del 68 todas impulsadas significativamente por maestros normalistas arraigados en el campo.

### *La autonomía en México*

En la UNAM el problema era diferente, porque ahí se expresaban de manera más descarnada las pretensiones y las ambiciones de gente de

clase media que pregonaba las virtudes y los méritos de conseguir el éxito de cualquier manera. Gilberto Guevara inició una reflexión pública en 1967 en la UNAM sobre algunos de los efectos negativos que había tenido la autonomía universitaria en contraste con los propósitos del sistema de educación popular, señalando cómo la autonomía le había permitido a la derecha sustraerse del proceso revolucionario mexicano, refugiándose en la Universidad que así se había transformado en guarida de los “conejos” (reaccionarios), vasconcelistas, almazanistas, padillistas, y toda clase de grupos militantes en el lado de la reacción.<sup>12</sup>

Las críticas y observaciones de Gilberto Guevara eran escuchadas por un público estudiantil asombrado y ávido de explicaciones para un malestar que apenas empezaba a percibirse con los primeros obstáculos serios a los propósitos de éxitos económicos y sociales que antes parecían garantizados.

Debido a estas diferencias profundas era muy difícil construir una organización nacional de estudiantes, porque los universitarios tradicionalmente optaban por los líderes conservadores y en sus organismos conducían las fuerzas de la derecha, y posteriormente las del PRI, sobre la base de la corrupción. Y en las escuelas del sistema popular las preocupaciones y demandas eran de otro carácter.

El Politécnico y la UNAM tuvieron orígenes diferentes y en algunos rasgos antagónico: en el Politécnico se abrió espacio a los hijos de obreros, campesinos y soldados, frente a la burguesía y clase media universitaria. Pero estas diferencias iniciales tienden a atenuarse y desaparecer con el crecimiento de la clase media, las instituciones empiezan a ser homogeneizadas por el propio desarrollo capitalista que genera amplios sectores urbanos. Este proceso estaba muy avanzado en 68 y la masificación de ambas instituciones es lo que sienta las bases materiales de la unificación Politécnico-Universidad en el Movimiento. Los hijos de la burguesía empezaban a recurrir a las universidades privadas, y si bien el Politécnico conserva algunos rasgos populares, ya no será en el grado anterior a 1956, antes de la clausura del internado.

<sup>12</sup> La autonomía en México, a diferencia del resto de América Latina, jugó un papel de relativa segregación de la Universidad respecto al proceso de la Revolución Mexicana. En la universidad pesó la reflexión conservadora de la derecha, que fue además, mal enfrentada, porque en la polémica entre Antonio Caso y Lombardo, éste enarboló un marxismo positivista cuando el país acababa de romper con esa escuela de pensamiento.

## *Acerca de Barros Sierra*

El Movimiento del 68 fue por tanto una manifestación de crisis institucional en el sistema educativo que coincidió con la problemática nacional que da origen a la movilización estudiantil. ¿Qué papel jugaba Barros Sierra en este contexto?

Si observamos la política de Barros Sierra, veremos en ella una concepción moderna que reivindica un nuevo papel social y crítico de la Universidad. Las masas de estudiantes de ingeniería que salen con Barros Sierra a la calle lo hacen junto con los estudiantes politécnicos en defensa de las libertades constitucionales. Barros Sierra no sólo lo permite, también lo anuncia con orgullo, y en eso contrasta su grandeza con la miopía del doctor Massieu que todo lo interpretaba como una conspiración de la CIA contra las instituciones nacionales.

Barros Sierra tenía un peso fundamental dentro de la UNAM y en sectores económicos y políticos más amplios. Fue secretario de Obras Publicas en el período de López Mateos y uno de los ingenieros fundadores de la empresa Ingenieros Civiles Asociados (ICA),<sup>13</sup> que se desarrolló hasta llegar a ser una compañía constructora importante y poderosa del país. Por eso sus opiniones tenían un peso adicional.

Pero independientemente de estas cuestiones —o quizá también a partir de ellas— Barros Sierra tenía una gran sensibilidad e intuición para enfrentar los problemas de la Universidad y del país. Hay una serie de actos políticos que lo sitúan en su envergadura real: izar la bandera a media asta, la invitación a los politécnicos a la manifestación, la renuncia y la denuncia del presidencialismo. Barros Sierra muere afirmando que la disidencia es necesaria y váli-

<sup>13</sup> Ingenieros Civiles Asociados es una empresa con una trayectoria profesional sostenida que no depende de los favores y las empresas inventadas cada sexenio para hacer negocios. Ha sido la principal impulsora de la rama de la construcción en el país, que es la más dinámica, casi equivalente a la petrolera, y con un crecimiento sostenido durante más de 40 años. En este sector hay una burguesía muy fuerte y moderna con capacidad técnica, y por eso impusieron la práctica de los concursos para la asignación de los contratos de obras del gobierno, porque sabían que podían ganarlos honradamente y los ganaban. Fueron los primeros capitalistas en proponer medidas de modernización mayor del Estado y del país que excluyeran la ineficiencia y la corrupción. El grupo de ICA también ha tenido mucha influencia en Pemex mediante personajes del grupo que han tenido altos cargos en la empresa petrolera, como el mismo Barros Sierra, Antonio Dovalí, y el propio Jesús Reyes Heróles que siempre mantuvo vínculos estrechos, de intereses y de identificación política con la ICA.

da y brindando las condiciones políticas y materiales de existencia de la oposición. En cambio en el Politécnico, controlado por los priístas, se imponen medidas disciplinarias y cerradas cuando el Movimiento es aplastado.

En términos políticos concretos Barros Sierra consigue agrupar a todo el profesorado universitario en dos ocasiones: cuando llama a la primera manifestación y cuando extiende su renuncia. En ese segundo momento prácticamente todas las asociaciones de profesionistas del país se vuelcan en su apoyo, impidiendo que la Junta de Gobierno acepte su renuncia. Se trata de un acto de desafío al presidente que Barros Sierra gana con apoyo de masas. Barros Sierra no sólo agrupa al conjunto de los profesores universitarios y los representa institucionalmente, también representa a un amplísimo sector social de clase media educada y de profesionistas de todo el país. En este sentido se puede decir que en el Movimiento del 68 se da una especie de alianza con sectores de clase media y alta muy influyentes en la vida nacional.

### *Dos problemas relevantes*

Con los antecedentes que hemos descrito resaltan dos problemas que son especialmente importantes: uno, ¿por qué si la izquierda era tan débil, el gobierno busca reprimirla desde el primer momento?, y dos, ¿por qué se dijo que la causa de la “derrota del Movimiento” fue la ausencia de apoyo popular?

Ante un panorama de fuerzas de oposición tan débil por falta de inserción social permanente y tan incipiente e inexperto en términos políticos, la drasticidad de la represión gubernamental del 26 y el 30 de julio, se explica como parte de una acción de represión preventiva. En la primera parte de este libro mencionamos elementos que permiten suponerlo, pero lo que pudiera haber sido el objetivo preventivo fue rápidamente desbordado y rebasado. Es muy difícil considerar una provocación de grandes proporciones que tuviera que ver, por ejemplo, con la sucesión presidencial. Lo que se puede asegurar es que se pretendía tener elementos para controlar y reprimir a los sectores que podían desarrollar protestas durante las olimpiadas. En aquellos años, ya lo hemos dichos, cada vez que había un acontecimiento que tuviera que ver con la imagen internacional del régimen, el gobierno hacía

redadas: en ocasión de la visita de personajes extranjeros o antes de actos como el informe presidencial. Era una práctica usual recurrir a detenciones preventivas.

La violencia policiaca era usada comúnmente, se pensaba que cuanto más agresiva fuera la policía más duraderos sus efectos, pero a partir del 22 de julio fue excesivamente desproporcionada, inesperada y desbordó los límites de represión selectiva que se ejercía por parte de la policía. En cualquier caso, esta cuestión deja de tener relevancia muy rápidamente, aunque se aceptara la idea de una provocación de grandes dimensiones, el desarrollo del conflicto desarticuló la intención que la haya motivado.

La otra idea es la del PPS, que atribuye el conflicto a una maniobra de la CIA para desestabilizar al régimen, pero esta hipótesis extrema no se sustenta en suficientes indicios para hacerla probable y niega la dinámica misma de los acontecimientos; sin embargo, sirvió al PPS para sostener la actitud beligerante que mantuvo contra el Movimiento y de franco apoyo al régimen.

### *El apoyo popular*

La magnitud del apoyo popular al Movimiento también es motivo de debate por las apreciaciones contradictorias que de esto se han hecho. Quienes lo reconocen y lo enfatizan han caracterizado al Movimiento como estudiantil-popular, pero quienes pretendieron justificar el levantamiento de las huelgas en diciembre, argumentaron que el Movimiento fracasaba porque no había recibido el apoyo de los obreros. En términos más ingenuos y morales hay quienes se preguntan por qué no se levantó el pueblo y derrocó al gobierno criminal que masacraba estudiantes.

Con mayor precisión y detalle lo que había que preguntarse es si el apoyo popular logrado era suficiente, y la única manera de responder es aclarando con todo detalle el cuestionamiento de ¿suficiente para qué? Porque de otra manera se discute en términos tan generales que se permiten todo tipo de especulaciones.

El Movimiento del 68 desafiaba y combatía las formas despóticas de control y de gobierno del régimen priísta. Pero no se planteó nunca combatir la existencia de ese gobierno. En otras palabras, en ninguno de los posibles niveles de decisión nos propusimos derro-

car al gobierno. Entonces la interrogación específica debería ser si se logró el apoyo popular necesario para demostrar palpablemente el sentir del pueblo alrededor de los seis puntos del pliego, y la respuesta es sobradamente afirmativa. Pero como lo que importan son los resultados (de nada sirve decir que teóricamente sí había fuerza suficiente, cuando en la práctica no se lograban los resultados deseados), la pregunta debe modificarse, para inquirir por qué no se dio la movilización popular suficiente para triunfar, ¿o es que había que derrocar al gobierno? porque al parecer ésa era la única forma de resolver el conflicto.

La respuesta es un problema dinámico de correlación de fuerzas: es cierto que si registramos todas las fuerzas que se expresaron a favor del Movimiento logramos un apoyo popular muy importante, pero ni tuvimos tiempo ni muchas otras condiciones necesarias para transformar esa simpatía en fuerza organizada y movilizada. Es cierto que algunos compañeros planteaban una huelga general obrera, pero el CNH no era un organismo de representación de los trabajadores y un fracaso en esa convocatoria habría tenido costos fatales. E incluso si hubiéramos logrado avanzar bastante en acciones obreras generalizadas, con sólo observar el control corporativo de los obreros que subsiste hasta hoy en día, es claro que todavía hubiera faltado mucho para derrocar al régimen. Pero de cualquier manera la discusión aunque sea hipotética es importante.





## 8. La dirección de un movimiento

La relación entre la base del Movimiento del 68 y su organismo dirigente, el Consejo Nacional de Huelga, presenta una serie de rasgos importantes que conviene explicitar.

Desde los primeros momentos del Movimiento, se empezó a percibir que el CNH era un verdadero organismo dirigente y en los meses subsiguientes su prestigio se fue incrementando notablemente. Sin embargo, este problema ha sido uno de los temas menos analizado sistemáticamente, y sin mayor fundamento se han emitido juicios “concluyentes” al respecto.

Para examinar este asunto, lo primero que se debe tomar en cuenta es que se trata de un “Movimiento”, que efectivamente tuvo un origen espontáneo porque es muy claro que todo se inició como una respuesta natural ante acciones represivas de la policía dentro de un ambiente de autoritarismo político sofocante.

Con esas condiciones de inicio el primer problema de dirección política fue transformar esa reacción espontánea en una acción de masas políticamente organizada, y así sucesivamente se fue tratando de conducir de la mejor manera posible las fuerzas estudiantiles, magisteriales y populares que después se fueron incorporando, y en cada momento con una serie de propósitos democratizadores coherentes y explícitos, hasta conformar realmente un “movimiento”.

En algunos juicios y balances posteriores de grupos de izquierda, se ha intentado juzgar a la dirección del Movimiento como si se tratara de una fuerza política organizada y homogénea que de entrada tuviera definiciones y teorías políticas previamente aceptadas. Es cierto que la mayoría de los dirigentes con más influen-

cia del CNH éramos gente de izquierda, pero como en todos los organismos de dirección de masas, también había cristianos e incluso algunos priístas decentes, y no era posible suponer que todos compartiríamos los mismos juicios políticos respecto a todos los temas relevantes de la política de la época.

De una manera realista se podría pensar que lo más que se le podía exigir al CNH sería firmeza y consecuencia para resolver el problema específico que motivaba el conflicto. Pero lo que es un hecho, es que el Movimiento como tal, y en gran medida por iniciativa del Consejo Nacional de Huelga, no sólo garantiza con suficiencia estos requerimientos elementales, sino que además se incorporan otra serie de elementos novedosos que le dan un carácter de mayor trascendencia al Movimiento: la integración del pliego petitorio, la demanda de diálogo público, el discurso constitucional de fundamentación de nuestro comportamiento, la actitud de insubordinación frente al poder, las relaciones políticas con las autoridades universitarias y de otras escuelas.

En el curso de los acontecimientos es fácil advertir que existen una serie de decisiones y de salidas ante problemas particulares de carácter político que no sólo no pueden explicarse como acciones espontáneas, sino exactamente al contrario, como soluciones diametralmente opuestas a lo que podría considerarse como reacciones espontáneas o instintivas, como por ejemplo la Manifestación Silenciosa. Pero más todavía, si se observan el conjunto de las decisiones que se tomaron en el CNH se verá que hay una línea fundamental de continuidad en ellas. En este sentido se puede decir que el Movimiento del 68 se condujo y se dirigió, según una serie de ideas y criterios que se fueron precisando en el curso de las discusiones políticas que se daban en el CNH y en las asambleas de las escuelas, y que por lo demás no fueron previa ni automáticamente establecidas, sino que se fueron precisando en medio de problemas específicos y de contradicciones naturales.

La idea maniquea del gobierno de que la dirección del Movimiento estaba dividida entre “duros” y “tibios” es falsa e incorrecta, pero sí es cierto que no había unanimidad en el interior del Consejo. También es cierto que la mayoría del CNH, aunque no tenía mucha experiencia política, en general optaba por decisiones y posiciones firmes y consistentes. La supuesta división entre “duros” y “tibios” se utilizó para justificar la represión en contra del

Movimiento y para realmente intentar dividirlo, pero nadie cayó en ese juego, y de manera indirecta también es un reconocimiento gubernamental de que el prestigio del CNH era más que significativo.

### *¿Dirigentes o representantes?*

#### *Una distinción política fundamental*

En la interacción de la base estudiantil y el Consejo Nacional de Huelga es muy determinante la opinión y la posición de las asambleas de escuela, pero debe decirse que la mayoría de las lineamientos surgieron del CNH. Se trataba en todo caso de una dirección “plebiscitada” en cada ocasión importante, que daba cauce a los estudiantes movilizados masivamente en las escuelas. Las situaciones más típicas eran iniciativas del CNH, discutidas en asambleas, aceptadas, apoyadas y desarrolladas por la base estudiantil, excepto en las acciones de defensa y los verdaderos combates que por ese motivo se dieron en las escuelas, que por cierto no estuvieron ni planeadas ni coordinadas por el CNH, aunque sí estuvieron apoyadas y sostenidas por compañeros y brigadas de todas las escuelas que podían concurrir en un momento dado en defensa de alguna escuela agredida.

La continuidad del Movimiento dependía en cada momento de la solución de un determinado conjunto de problemas políticos y quizá el más complicado y difícil de todos eran las grandes oscilaciones en los estados de ánimo de compañeros con diversas responsabilidades políticas, y eso aún antes de los hechos de Tlaltelolco. En los momentos de éxito la euforia era desbordante y aunque casi nunca perdimos la cabeza por ese motivo (por lo menos no todos al mismo tiempo, y lo único más cercano a ello fue el incidente del diálogo en la manifestación del 27 de agosto, y el mitin nocturno en Lecumberri) debemos aceptar que sí llegaron a expresarse actitudes de arrogancia, y en los momentos difíciles y ante peligros represivos, de una manera o de otra se planteaban alternativas desmovilizadoras marcadas por el temor, o desplantes de radicalismo individual<sup>1</sup> que debían ser analizados en concreto para

<sup>1</sup> Con cierta frecuencia en comentarios privados y a veces también en intervenciones abiertas en el pleno del CNH se hacían referencias a la posibilidad de que el Movimiento deviniera en un conflicto armado, que la represión se incrementara o incluso que se diera un golpe de Estado, y que hubiera que actuar en consecuencia.

que no se generalizaran. En cada ocasión se trataba de optar por una salida que asegurara continuar adelante, pero en todo caso para seguir luchando no sólo de manera individual, sino con todos, con todas las escuelas unificadas. Por eso se requerían discusiones muy prolongadas, pero cuando finalmente se encontraba una alternativa política adecuada las diferencias se resolvían en unos cuantos días.

Por eso en la conducción de un movimiento de masas también hay un problema subyacente de decisión moral: la conciencia de que en un determinado momento se está configurando una situación muy difícil, de la que no se puede salir con maniobras políticas por más ingeniosas y audaces que sean, y que en definitiva, de esas condiciones de firmeza y de integridad de todos va a depender el resultado final del movimiento. La represión del Movimiento, y en especial en contra de sus dirigentes no sólo era previsible, era una realidad presente que todo mundo tenía que considerar. De hecho casi todos vivíamos bajo condiciones clandestinas y de seguridad porque nuestros domicilios no sólo eran vigilados, también fueron varias veces allanados y cateados con la intención de detenernos. Pero lo que definitivamente no estaba considerado por parte de ninguno de nosotros era la magnitud de la represión desatada en Tlaltelolco, porque siempre es difícil imaginar una agresión peor de la que se conoce.

Ante el problema y la perspectiva de la represión, la dirección está ante una situación ambigua, porque el primer momento represivo es sólo amenazante, y si se cede ante esas amenazas, un movimiento sin experiencia corre el riesgo de derrumbarse. Por eso es necesario tomar la decisión moral de sostener el movimiento ante riesgos y acciones represivas.

A veces no hay alternativas y están cerradas las salidas racionales factibles, entonces las posibilidades represivas son muy grandes y la decisión del avance es de mucho riesgo, y si los resultados son adversos los costos pueden ser muy altos. En una lógica individual y si se tiene confianza en el sistema de justicia puede imperar el dicho de que “el que nada debe, nada teme” y con ello cesar la resistencia. Pero en conflictos colectivos de carácter político ese mismo supuesto funciona para idear nuevas formas de resistencia pacífica. Si se ha lanzado un desafío civil y pacífico tienen que asumirse sus consecuencias, no se justifica retroceder por la sim-

ple hipótesis de que hay riesgos represivos, la dirección tiene que jugársela en determinados momentos. No se puede jugar con los desafíos, pero si se lanzan deben sostenerse.

A veces hay exigencias por parte del movimiento y presiones gubernamentales que obligan a la dirección a comportarse de una manera inequívoca, con una decisión moral clara. Es necesario tomar en cuenta aquí el nivel de conciencia de las masas, las tradiciones históricas e ideológicas y la relación particular que esa dirección tiene con ese movimiento específico. En 68 muy pronto quedó evidenciado que el Consejo Nacional de Huelga debía tener un comportamiento político que no diera lugar a dudas, y exactamente ése fue el sentido de la demanda de “diálogo público”, porque partía de una situación previa en que las direcciones de los movimientos frecuentemente se sometían o se corrompían. En esa situación particular el comportamiento de la dirección era un problema especialmente delicado.

En los balances posteriores también se ha considerado que como ejercicio de la razón, hipotéticamente se hubiera podido jugar una carta de largo plazo: retroceder, conservar fuerzas y mostrar resultados en un plazo mayor. Porque los repliegues no significan claudicaciones necesariamente. Pero en el caso del 68 y antes de los hechos de Tlaltelolco, la demostración de decisión inequívoca de lucha era también un problema político, porque retroceder hubiera implicado la desmoralización de la gente, por el nivel de conciencia política incipiente y de alta suspicacia que se tenía. Y con masas desmoralizadas no hay avances de largo plazo, por más que la dirección se mantenga. El resultado concreto hubiera sido la confusión y el restablecimiento del temor ante el autoritarismo prevaleciente.

Cuando existen niveles muy altos de conciencia y de disciplina en grandes masas es posible recurrir a grandes movimientos de avances y retrocesos sin que por ello se quebrante la moral de la gente, pero si no existen esas condiciones, y si por una decisión confusa existe la más mínima posibilidad de interpretación de que la dirección ha claudicado entonces es un deber sostenerse en posiciones que fundamentalmente sean claras e inequívocas para la gente.

El problema de fondo es qué se entiende por política de principios y por ese complejo proceso de interrelación entre la actividad de las masas y la educación del pueblo por la reflexión y reformula-

ción exacta de sus experiencias de lucha en cada situación específica concreta. Porque no se trata sólo de “hacer política”, sino de hacerla de una manera política distinta, con la cual se busque impulsar procesos que contribuyan a la educación de las masas, para construir una fuerza social revolucionaria, transformadora. Y esto no se logra con una política individualista, maniobrero, confusa, oportunista o sucia, entrando a todos los juegos del control. Se trata de hacer una política de masas, con objetivos y propósitos claros y asumiendo que hay diferentes niveles de conciencia. Eso es lo que hizo y logró el Consejo Nacional de Huelga desde el principio y hasta el fin del Movimiento.

En la situación de México en esa época, las características de radicalidad, persistencia, tenacidad, imaginación y combatividad que se desplegaron y se vivieron en el Movimiento del 68 marcaron profundamente a sus participantes, de manera que el concepto de “lucha”, en su más amplio sentido filosófico y social se marcó de manera indeleble en la conciencia y en el ser de miles de estudiantes. Todavía ahora muchos años después, es usual entre compañeros dar cuenta de nuestras actividades diciendo simplemente “seguimos en la lucha”.

### *El funcionamiento interior del CNH*

El Consejo Nacional de Huelga se fraguó en los primeros días de agosto con las escuelas del Politécnico movilizadas. El antecedente inmediato, ya lo hemos dicho, fue el Comité General de Huelga construido un año antes en un movimiento solidario con la escuela de agricultura “Hermanos Escobar” de Ciudad Juárez. En 1968 se repitió esa experiencia con éxito, y ya hemos reseñado cuáles fueron los primeros acuerdos: la marcha política del 5 de agosto, el plazo de las 72 horas, el pliego petitorio y la propuesta organizativa del Consejo Nacional de Huelga.

Además de la experiencia colectiva común, en el Politécnico y en el CNH se daba una alianza política entre dos “grupos” estudiantiles pertenecientes a los dos “campus” en los que opera el IPN: por un lado los del “Casco” que aglutinaban a las escuelas de Economía, las Vocacionales 2, 5 y 7, Medicina Homeopática y otras y que tenían mucha influencia con los equipos de fútbol americano, las logias masónicas, las casas de estudiantes de provincia y con los

brigadistas y las guardias de las escuelas. En este agrupamiento sobresalían Fernando Hernández Zárate, Guillermo González Guardado, Sócrates A. Campos Lemus, José Nazar, Sóstenes Tordecillas y otros compañeros. La otra parte estaba representada por los de “Zacatenco”, de las escuelas de Físico-Matemáticas, la ESIME, Ingeniería Textil y otras. En este segundo bloque mucho más inorgánico que el del Casco nos coordinábamos Félix Hernández Gamundi, Ángel Verdugo, Javier Mastache, Anselmo Muñoz, David Vega, José Valle, Sergio Castañeda, César Tirado, Raúl Álvarez y otros compañeros. Además y significativamente, desde Física y Matemáticas existía una coordinación estrecha con los estudiantes de Ciencias de la UNAM a través de Gilberto Guevara, Emilio Reza y otros compañeros.

El 4 de agosto la alianza se formalizó con un acuerdo y compromiso de honradez y de firmeza sostenido entre ambas partes, los del Casco y Zacatenco, formulado explícitamente y sobre la base de que todos nos conocíamos como militantes de izquierda, de manera que sabíamos las presiones y las consecuencias que podíamos arrostrar por nuestras acciones en condiciones de represión. Desde ese momento el Politécnico actuó totalmente unificado y sólo en pocas ocasiones alguna escuela del IPN votó de manera diferente a como lo hacíamos todos. El primer resultado y expresión pública de esa alianza pactada fueron la manifestación y el mitin del 5 de agosto. Después de los sucesos del 27 de agosto en el Zócalo se formularon muchas críticas y acusaciones a Sócrates. A título personal debo decir que yo comprendía la razón de las críticas, pero no aceptaba las acusaciones con evidencias que a mi parecer eran circunstanciales y endebles hasta antes del 2 de octubre. Lo cierto es que nunca rompimos la alianza con los compañeros del Casco.

Después de ese primer compromiso político general no tuvimos más reuniones formales de ningún tipo, pero en cambio se fue conformando una corriente de unidad, identificación política y de confianza entre un grupo muy numeroso de compañeros politécnicos que prácticamente actuábamos coordinados en el CNH. Nosotros enfatizábamos más las cuestiones políticas concretas, las movilizaciones, la participación organizada de los trabajadores, las asambleas de padres de familia.

Dentro del CNH y de contraparte se expresaban los representantes de las escuelas del “ala de humanidades” de la UNAM: los de

Políticas, Derecho, Filosofía y Economía, que en general ni estaban unificados en cada momento, ni tenían representaciones sostenidas a lo largo del tiempo, de manera que no eran muy consistentes. Con ellos actuaban los de Chapingo, las escuelas preparatorias y algunas normales. La Iberoamericana, la de periodismo Carlos Septián, y otras actuaban de manera independiente, ora con unos, ora con otros.

Los universitarios de Humanidades enfatizaban más los discursos ideológicos, las perspectivas revolucionarias, los comités de coordinación de brigadas y las propuestas más iconoclastas. En el interior del CNH se promovieron campañas de suspicacias, como la del “No al telefonazo” y de críticas por no tomar la Rectoría. Pero en general y más allá de estos incidentes casi todos de efectos solamente internos, el CNH en su conjunto funcionó correctamente.

En el CNH se votaban todas las decisiones fundamentales, escribiendo la lista en el pizarrón y se daba un voto por cada escuela. En la mayoría de las ocasiones las votaciones no eran reñidas, se ganaba con una amplia mayoría y con una minoría consistente. La conducción del Movimiento estaba dada por el bloque del Politécnico y las escuelas universitarias encabezadas por Ciencias, Ciencias Químicas, Ingeniería, Arquitectura, Medicina, también un sector de Chapingo y la Normal y una parte de las preparatorias. Un bloque coordinado estaba constituido por los representantes de Ciencias Políticas, Economía, Derecho, algunas preparatorias y una parte de Chapingo. Sistemáticamente la correlación era de 50-20, 55-15 para un total de 70 escuelas. Las escuelas que muchas veces marcaban la tónica del voto eran Ciencias de la UNAM y Físico-Matemáticas del IPN.

La influencia determinante del PCM no se dio sino después del 2 de octubre por medio, y especialmente, por el papel de Marcelino Perelló. Su participación había destacado en una primera conferencia de prensa a mediados de agosto con la presentación de un informe detallado, elaborado por una comisión del CNH, en torno al problema de los muertos y los heridos; así se inició como una figura pública importante; después se siguió de largo. Pero además de sus facilidades como comunicador había otras razones para apoyarlo. En la hipótesis de ganar el Movimiento, una perspectiva interesante era modificar la situación dentro del PCM, pues sabíamos por la experiencia ferrocarrilera de 1958-1959, que esto sólo era



posible con la presión del movimiento externo. La verdad es que nos entusiasmaba la idea de renovar y reestructurar la JC, de transformar el trabajo estudiantil y de rescatar orientaciones y planteamientos más radicales de lucha. En esta “conspiración” estábamos no militantes del Partido como nosotros, y también militantes como El Búho y Marcelino.

En julio y agosto por las persecuciones y las detenciones, el PCM estaba desorganizado, pero en los primeros días de septiembre la dirección rearticuló el trabajo de sus militantes y a través de Marcos Leonel Posadas y Martínez Verdugo, y militantes de la célula de Economía de la UNAM, se empezaron a ensayar otras opciones. Sus esfuerzos intentaban ganar presencia actuando sobre todo por arriba, se entrevistaron con Guillermo Martínez Domínguez, director de la Comisión Federal de Electricidad y con Norberto Aguirre Palancares, jefe del Departamento de Asuntos Agrarios, y en todos los casos su carta fuerte era la presencia y el papel de Marcelino. Es claro que todos estos hechos fueron una consecuencia indirecta de no darle la importancia que tenía atender la imagen pública del Movimiento, porque fue un error fácil de cometer, el delegar, sin ninguna consideración explícita, esta tarea de imagen pública en una sola persona. Se trata también de un error, porque no le dábamos la importancia necesaria a estas cuestiones.

Otro asunto delicado es el papel personal de Sócrates, de quien se ha dicho que era un provocador policiaco. A muchos de los detenidos les consta que Sócrates se quebró el 2 de octubre, y que en el Campo Militar pasó por las celdas a identificar compañeros dirigentes que se mantenían con nombres ficticios. Pero antes de estos hechos hay elementos indudables de “acelere”, de radicalismo infantil, pero no necesariamente de provocación. Los compañeros vivían constantemente juntos, difícilmente Sócrates hubiera podido comunicarse con la policía. Era una forma de existencia gregaria y había una estrecha vigilancia entre todos. Por sus desplantes Sócrates era la cabeza visible y reconocida de los grupos más decididos y combativos que en su mayoría eran del Politécnico y lo que hicieron fue participar en la defensa de la Vocacional 7 y del Casco. En el Politécnico había el mayor radicalismo porque también allí la represión era mayor y el origen social distinto.

Las diferencias dentro del CNH fueron magnificadas por el gobierno para intentar justificar la masacre del 2 de octubre. Las ca-

racterizaciones de “duros y tibios”, o entre demócratas y revolucionarios, son absolutamente falsas. No podía afirmarse tal cosa porque no hay coherencia en ninguno de los grupos, los aparentemente “duros” no lo eran en ciertas circunstancias y viceversa. Los debates en el CNH y por tanto las diversas apreciaciones y propuestas se desenvolvían en un proceso de búsqueda de salidas políticas al enfrentamiento del Movimiento con el gobierno, y las votaciones sí eran ejemplarmente democráticas.

### *Las discusiones internas*

#### *La discusión para ampliar el pliego petitorio*

Cuando se discute la ampliación del pliego petitorio, en los primeros días de septiembre, los representantes de Humanidades plantean incorporar la semana de 40 horas y la reforma agraria integral como una manera de conseguir mayor apoyo popular. Nosotros no aceptamos porque estas demandas nos parecían artificiales en la lógica del conflicto.<sup>2</sup> Según nuestro razonamiento, ampliar el pliego petitorio no era conveniente, pero se podían incluir otras condiciones específicas desde el punto de vista político nacional, porque en ese terreno era en el que el Movimiento incidía, como por ejemplo exigir las renunciaciones de Luis Echeverría y de Alfonso Corona del Rosal que eran obstáculos evidentes para la solución del conflicto, y aumentar así la dimensión política del Movimiento, pero dentro de su misma lógica.

Estos puntos los comentamos entre algunos compañeros, pero no los planteamos en la discusión del pleno, porque estábamos seguros de que el CNH se podría desgajar. Por lo menos hasta septiembre no había condiciones para plantear estas demandas, porque no había la conciencia suficiente de cuestionar al gobierno en esos términos. Además, como ya lo hemos dicho, pesaba la decisión de no ampliar el pliego, de no dispersar las demandas.

En las medidas tácticas estos mismos compañeros planteaban que había que hacer un llamado a una huelga general obrera, pero ante el cúmulo de objeciones finalmente este planteamiento lo re-

<sup>2</sup> Heberto Castillo en un artículo en la revista *¿Por qué?* del 11 de septiembre, argumenta la importancia política de mantener el pliego petitorio sin modificaciones.

dujeron a hacer un paro entre 13:00 y 13:15, que es la hora del almuerzo de los trabajadores, y por falta de seriedad esto tampoco se aceptó. Continuaron insistiendo mucho en incluir la jornada de trabajo de las 40 horas y la reforma agraria en el pliego de demandas, pero como ya expliqué para nosotros era central que el pliego no se dispersara.

### *Las difíciles decisiones*

En las discusiones del CNH sobre la situación política general, había criterios que compartíamos todos, consideraciones implícitas o explícitas, que se convirtieron en guías para enfrentar al gobierno. Internamente nunca se discutía el problema de la unidad y de la combatividad del Movimiento, porque eran características ya logradas y hubiera sido muy difícil que alguien pretendiera actuar de una manera diferente. Otros rasgos eran su independencia frente al régimen, su actitud desafiante y las movilizaciones como recurso político central. Cualquier actitud contemporalizadora podía conducir a la exclusión.

Pero los problemas de táctica y estrategia, las decisiones políticas de cada momento eran lo más difícil: ¿Cómo comportarse frente al gobierno? Esta pregunta implicaba una reflexión más elaborada que muchos delegados al CNH no tenían clara. El problema se planteó en términos de responder con rapidez y de forma nítida frente a todas las acciones gubernamentales, no dejarse intimidar ante amenazas. En este sentido sí había un esfuerzo sistemático para lograr en la dirección y en el Movimiento mismo una coherencia en las respuestas y mantenerse a pesar de las campañas de intimidación. Nuestro objetivo visto en términos positivos era lograr el mayor apoyo popular, y correlativamente buscábamos el mayor aislamiento político posible del régimen, cuestión en la que indudablemente se avanza a lo largo del Movimiento. Con ese propósito se toman las decisiones fundamentales.

Así se fueron conformando una serie de principios: unidad interna y combatividad, independencia, actitud desafiante, no intimidarse, recurrir a las movilizaciones, ir aislando al régimen, etc., son principios generados internamente y profundamente arraigados en el curso del Movimiento. La conducción y las decisiones están normadas por estos principios. Además hay una serie de medidas

específicas, concretas, que junto con las guías esenciales para la acción configuran una política, son los actos definitorios del Movimiento, su curso mismo.

Otra característica central es la naturaleza de la relación que se establece con el presidente de la República: los desplegados no se dirigen a él, sino “a la opinión pública”, “al pueblo de México”, “a los estudiantes” y en general los documentos están redactados de esa manera. Esta actitud tiene dos fuentes: el Movimiento médico de 1965 que como primer paso recurre al presidente y recibe la descalificación y un regaño como respuesta, y el desplegado de los matemáticos de fecha 1o. de agosto que hace un condicionamiento explícito de imposibilidad de reiniciar el diálogo si antes el gobierno no da con hechos pruebas mínimas de su disposición positiva a solucionar el conflicto.

Por eso, después del 15 de septiembre GDO dice azorado que ni siquiera se le han dado a conocer las demandas estudiantiles, pero con ello lo que muestra es una actitud soberbia y confundida, no percibe que la posición del Movimiento era dirigirse a la nación en su conjunto porque se partía de que el gobierno estaba obligado a dar el primer paso, puesto que los estudiantes estábamos agraviados y ofendidos por sus acciones. En este mismo sentido se ubica el no pedir permiso para las manifestaciones. Estos comportamientos eran algunos intuitivos, otros impuestos por la lógica del Movimiento y otros producto de la reflexión. De nuestra parte no existía soberbia sino dignidad, no podíamos arriesgarnos a recibir ningún regaño o simple desaire por una actitud sumisa o falsamente respetuosa. Sabíamos que estábamos golpeando en su mismo centro al autoritarismo presidencialista.

Otro principio básico era la decisión profunda de que ese Movimiento se debía conducir con honradez y firmeza. Esto fue muy trascendente porque de esa manera los estudiantes logramos reivindicar la política de principios como una actividad importante, noble y que podía ser secundada por los sectores populares. Éste es un logro del Movimiento del 68, porque otras experiencias de oposición no tuvieron el auditorio ni la presencia social suficiente para imponer esta legitimación de la actividad política. En este sentido es de una gran trascendencia el discurso del mitin el 13 de septiembre. En esa ocasión El Búho hizo un reclamo de dignidad y de firmeza, diciendo que podrían golpear, encarcelar y masacrarnos a los

líderes pero ese Movimiento no se iba a vender, ni a doblegar en ninguna circunstancia. En torno a este comportamiento de dignidad y firmeza hay un consenso emocional colectivo absolutamente tangible.

### *Del diálogo y los repliegues*

La condición del diálogo público fue adoptada por el CNH y el Movimiento la recogió de inmediato. Con ello se trataba de impedir cualquier posibilidad de corrupción y traición de algunos dirigentes, que era tan usual en esos años. Era necesario preservar la capacidad del Movimiento para decidir su propio destino.

La demanda del diálogo público se enraizó profundamente en el ánimo de la gente, porque más allá de su efecto inmediato como garantía de honestidad de la dirección, tenía sobre todo el efecto de reclamar de los gobernantes un comportamiento de igualdad y de respeto a los gobernados. Era también una afirmación de dignidad de los estudiantes que así expresábamos nuestra exigencia de tratos respetuosos.

Pero un problema delicado e ilustrativo de la inexperiencia colectiva del CNH es la discusión y los argumentos con los cuales el Consejo rechaza la posibilidad de iniciar pláticas con la Secretaría de Gobernación. Evidentemente las argumentaciones y la campaña de “no al telefonazo” de los delegados que se oponían a las pláticas en ese momento, eran un simple pretexto, porque obviamente la negociación no se iba a desarrollar de esa manera. La razón de fondo que privaba en el ánimo de algunos compañeros del Consejo era, tal y como decían: “No estamos preparados para el diálogo”.

En realidad sí había problemas con respecto a algunos de los puntos. Por ejemplo, en relación con la indemnización a los familiares de los muertos, pues a pesar de que estaba relativamente documentada, no teníamos la seguridad de que los mismos familiares se atreverían a demandar esta cuestión, porque había habido una campaña terrible de intimidación sobre ellos. “No estamos preparados” se refería a este tipo de cuestiones y a la sensación de un conocimiento parcial de ciertos detalles, como podía ser la situación específica de las acusaciones y los pormenores del proceso de cada uno de los presos políticos.

Pero decir “no estamos preparados” podía ser utilizado por el gobierno en relación con el problema global y su posible manejo en un diálogo público. En la negativa del CNH a atender ese primer llamado, había también subyacente un cierto problema de sectarismo, porque un organismo de esa magnitud tenía que delegar en representantes del conjunto la conducción del diálogo y no había suficiente desarrollo político colectivo y confianza para que de manera unitaria e inequívoca se designara esa representación. Una característica política que limitaba al CNH era su asambleísmo. En ese momento, a fines de agosto, el CNH no tenía aun la autoridad política y moral que alcanza después, porque era un organismo que no había sido sometido a las pruebas definitivas que enfrenta posteriormente. Esto lo hace rígido, no sólo en el interior, sino también en el exterior, frente a las masas. Todo éste era el contexto del “no al telefonazo”. Cuestión que criticábamos con cuidado porque era un “trapo sucio” que sólo podíamos debatir internamente, hasta comprender que un organismo de dirección que argumenta no estar preparado, pudiera entenderse mal en el sentido de no poder sostener lo que está demandando, con lo cual no sólo reconocería su incapacidad política, estaría casi suicidándose.

### *De la Manifestación Silenciosa*

La decisión política que marcó el climax del enfrentamiento político con el gobierno fue la manifestación silenciosa. El 13 de septiembre se dio una respuesta cualitativamente diferente a la campaña de intimidaciones y de amenazas extremas que había desatado el gobierno de Díaz Ordaz. La Manifestación Silenciosa fue el factor que decidió la trayectoria del Movimiento hasta el 2 de octubre y creó el estado de ánimo que hicieron posibles las fiestas del 15 de septiembre, la defensa del Casco de Santo Tomas y la reacción de repudio que siguió a la ocupación militar de CU.

Debía darse una respuesta global al Informe Presidencial y a la represión del 27 de agosto, una muestra innegable de disciplina y seriedad. La idea la planteó Óscar Mohar en el Centro de Estudios Avanzados del IPN y la proposición la sostuvimos los de Ciencias y Físico-Matemáticas en el CNH, pero no fue aceptada de inmediato.

El clima de satanización que se había creado en contra de los estudiantes hacía necesaria una medida de esa naturaleza, en cierta forma semejante a la manifestación encabezada por Barros Sierra el 1o. de agosto. Una parte del mensaje transmitido en esa ocasión era que los universitarios podían confrontarse de manera civilizada con el poder público; éste era también el mensaje que se requería el 13 de septiembre, así que existía un antecedente. Pero en el caso de Barros Sierra había un alto prestigio intelectual y una cobertura institucional que en cierto sentido protegía el acto, en nuestro caso era necesario lograr una condición de credibilidad más nítida y fuerte, pues se trataba de fuerzas autónomas que saldrían a la calle en medio de una dura campaña de amenazas.

La importancia de estos actos que estaban dirigidos a exhibir el carácter unilateral de la violencia del gobierno, era una lógica permanente del Movimiento. Por eso después del 2 de octubre, en diciembre, se propuso convocar a manifestaciones en que la gente saliera con los brazos en alto y en silencio, en actitud de rendición, sabiendo que sería frente a los tanques, porque esa podía ser una forma de exhibir ante el mundo que era falso que los estudiantes estuviéramos armados. Esta propuesta no llegó siquiera a discutirse ampliamente y fue rechazada de manera precipitada.

Las formas de la lucha social pacífica han mostrado su importancia en otras partes, como en la India, en El Salvador e Irlanda. Porque estas acciones hacen avanzar fuertemente la conciencia colectiva. En ellas la cuestión de la disciplina consciente está en primer plano, y ésa es la condición de una fuerza política de transformación. Por ello creo que la alarma que la Manifestación Silenciosa le causó al gobierno precipitó su decisión de reprimir antes de que avanzáramos aun más. Porque en un país como México, de tradiciones inorgánicas y anárquicas, con grandes dificultades para expresarse organizadamente, tiene un significado fundamental el que grandísimos contingentes de masas actúen ordenados y en silencio. Es la transformación de un estado de ánimo de coraje, de rabia, de gran disposición al enfrentamiento y a la revancha, en un acto político de disciplina consciente, es avanzar en esencia en la conformación de una fuerza social actuante y segura de sí misma que necesita sobre todo de convicción y disciplina interna. Aunque no existen evidencias documentales de la valoración que el gobierno pudo haber hecho de la Manifestación Silenciosa, sí hay referencias de

que el gobierno captó el significado profundo de este acto, situación que algunos compañeros no comprendieron.<sup>3</sup>

La posibilidad del Movimiento de negociar con el gobierno y de darle otra salida a la confrontación que se desarrollaba, hay que imaginarla en torno a cuál podría haber sido el marco de una negociación. Es posible que el gobierno aceptara la indemnización a las familias de muertos y heridos —a pesar de que esto condujera al reconocimiento implícito de la represión—, así como la desocupación de las escuelas, e incluso creíamos que era fácil el punto de las renunciaciones de Cueto y Mendiola. Otras cuestiones probablemente serían sostenidas por el régimen, en particular la no derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal y la no liberación de todos los presos políticos, especialmente de Vallejo y Campa que se veían como algo muy difícil, pero en cambio era posible imaginar la liberación de los presos detenidos desde el inicio del Movimiento.

Pero independientemente de que esto fuera aceptable para el Movimiento, o de que no se pudiera lograr más porque estas “concesiones” pusieran en riesgo la unidad del Movimiento, el problema esencial era que lo inaceptable para el gobierno estaba en la precondición misma de las negociaciones: la demanda de diálogo público y el consecuente derrumbe del principio de autoridad.

Las posiciones de los altos jefes del Ejército al respecto son tajantes e inequívocas. El general Marcelino García Barragán declaró que:

Un presidente no puede dar de baja a sus colaboradores porque un reducido sector del pueblo se lo exija, y esta actitud no se funda en consideraciones de vanidad personal, sino que responde a la necesidad imperiosa de mantener íntegramente el principio de autoridad, de cuyo respeto depende en gran parte la buena marcha de la administración pública del país.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Enrique Krauze, en un artículo publicado en la revista española *El País Semanal*, núm. 1127 del 3 de mayo de 1998, demuestra una notable incomprensión histórica cuando afirma que la Manifestación Silenciosa, a la que concurren los estudiantes con “un pañuelo en la boca” tenía el propósito de “mostrar su voluntad de diálogo y un sentido de autocrítica” frente a los insultos que se le habían dirigido a Díaz Ordaz 15 días antes. Si así fuera ¿cómo explicaría Krauze la explosión de júbilo que se dio al terminar el mitin del 13 de septiembre?

<sup>4</sup> Urrutia Castro, Manuel. *Trampa en Tlaltelolco*, 1969, p. 13.



En realidad no sé llegaron a desarrollar líneas de argumentación sobre cada aspecto del pliego petitorio porque nunca se concretó el diálogo hasta el punto de transformarse en una cuestión real. El 2 de octubre, ya lo hemos dicho, es la primera ocasión en que hay un encuentro formal entre representantes del CNH y del gobierno, y lo que más les preocupa y les interesa conocer a Caso y De la Vega es qué se piensa de la demanda de diálogo público. La conversación es muy tirante por la correcta actitud de Gilberto Guevara, que impide que se establezca un ambiente coloquial y limita estrictamente los temas a tratar a los de interés político conjunto. Esta actitud frente a los representantes del gobierno se debilita posteriormente porque se realizan pláticas que ya no están normadas por los mismos principios que se habían puesto en juego en los primeros meses del Movimiento.

El diálogo público era en la práctica un cuestionamiento al régimen de control corporativo; por eso para el gobierno, aceptarlo era equivalente a reconocer la existencia de otro poder, de un actor social independiente y no controlado que le exigía transformaciones y esto estaba negado aún como mera posibilidad. Es evidente que el diálogo no se concretó porque el gobierno no aceptó hacerlo. Las dudas y debilidades del CNH en este punto no son más que eso. En resumen, en las condiciones del 68 no había otra forma posible de negociación excepto el diálogo público.

Por eso la afirmación de las autoridades, de que hay una trampa en la demanda de diálogo público, y que lo que se quiere es hacer escarnio, muestra que lo que más les preocupaba era la crítica general y el reconocimiento de un poder distinto que les exigía transformaciones.

### *Problemas de dirección después del 2 de octubre*

Después del 2 de octubre era obvio que había un cambio cualitativo: no era lo mismo actuar antes que después de la masacre de Tlatelolco. En ese momento, la trayectoria del Movimiento estaba más que nunca definida por la capacidad de la dirección para rearticular y devolver la confianza en la propia fuerza. Los hechos mismos apuntaban hacia una determinada línea de conducción: las asambleas y los mítines después de los juegos señalaron una ratificación en la práctica, de la

decisión de huelga, porque los estudiantes llegaron pidiendo una orientación al CNH.

En noviembre ya no hubo iniciativas políticas ofensivas, sólo se convocaron actos de información y algunos de ellos resultaron multitudinarios, lo que mostraba una buena disposición combativa y de disciplina de parte de los estudiantes. En un mitin de cerca de 30 mil personas, el 19 de noviembre en la Plaza del Carrillón en el Casco pasaron vehículos por las calles adyacentes disparando y la gente no se movió y no respondió a la provocación a pesar de que en ese momento ya había gente armada espontáneamente entre los asistentes.

Estos hechos debían haber sido interpretados por el CNH de entonces en su significado más trascendente: en primer lugar, con su sola presencia, la gente mostraba la decisión de continuar, de mantener la huelga, y también la decisión de apoyar un enfrentamiento más radical en el buen sentido del término, hasta imponer las condiciones del diálogo público.

El Consejo, que fue un órgano de iniciativa durante todo el período agosto-septiembre, se vio arrastrado por iniciativas que le eran externas, en general a acciones de resistencia ante las propuestas de levantamiento de la huelga. Tampoco pudo impedir una serie de hechos que sucedieron al margen del CNH, que debilitaban su autoridad política y lesionaban la unidad del Movimiento. El PCM tuvo acercamientos officiosos y también pláticas privadas al margen del conjunto del Movimiento y del CNH con diversos representantes gubernamentales: Norberto Aguirre, Guillermo Martínez Domínguez en la Comisión Federal de Electricidad, con Andrés Caso y Jorge de la Vega no sólo conversaciones formales, sino también informales para tratar asuntos políticos del destino del Movimiento.

Hubo, además, una coordinación directa de cuadros y dirigentes del PCM en las pláticas, y el problema empezó a manejarse desde su perspectiva política particular. La dirección estudiantil no encontraba las salidas adecuadas para remontar esta situación y a diferencia del período anterior, el grupo más coordinado y organizado ahora era el del PCM, reforzado con cuatro o cinco de sus compañeros, que trabajaban estrechamente vinculados con la dirección partidaria y que imponían una orientación diferente, no determinada en el CNH. Esto introdujo y reforzó otra política en el Movimiento.

Los temas de las conversaciones con Caso y De la Vega estuvieron centradas en el problema de la libertad de los presos, y comentarios políticos sobre la situación general, que en realidad eran usados por los representantes del gobierno para encubrir y deslizar amenazas de cierre de las universidades y de mayor rigidez del sistema. Para el CNH era necesario primero resolver tres precondiciones: el cese de la represión, libertad a los presos del 2 de octubre y apertura de negociaciones sistemáticas.

Por inexperiencia, confusión y por falta de espacios apropiados para ello, lo cierto es que ya no se analizó en el seno del CNH en términos políticos la situación posterior al 2 de octubre, y el problema corrió sin que nadie cuestionara a fondo todo el cuadro que se había formado. En ese contexto dado sólo se trató de influir en uno u otro sentido con propuestas y contrapropuestas que no lograban convencer a todos, pues es evidente que faltaba esa discusión política global para redefinir el espacio y las posibles alternativas.

Quizá la incompreensión más evidente es que después del 2 de octubre, la propuesta del diálogo público ya no tenía el mismo sentido, pues ahora de manera explícita o implícita tenía que estar incluida una respuesta a la versión oficial de los sucesos de Tlatelolco. En realidad, antes del 2 de octubre se podría haber realizado un acto que a querer o no contuviera elementos de reconciliación, así fuera tan sólo un “abrazo de Acatempam”, que incluso relegitimara al gobierno, pero después del 2 de octubre eso ya no era posible en el estado de ánimo de los estudiantes. Sin embargo, era necesario encontrarle una salida política al conflicto.

En términos generales se presentaban dos opciones: el levantamiento de la huelga “para reorganizar el Movimiento” y una propuesta de nuevas movilizaciones modificando algunos planteamientos. Nosotros en la cárcel no percibimos cabalmente la magnitud de los cambios pero sí considerábamos la necesidad política y la conveniencia de particularizar y personalizar el conflicto y llevar las definiciones hasta ese terreno. Desde la cárcel planteábamos: exigir la definición presidencial, a sabiendas de la responsabilidad política de Díaz Ordaz en el crimen, porque pensábamos que aún estaba abierta la posibilidad de arrancar una declaración del presidente que favoreciera un arreglo político, si lo emplazábamos a manifestarse. Además proponíamos una manifestación en respal-

do a esta demanda, con la gente participando con los brazos en alto, en respuesta a la campaña que responsabilizaba a los estudiantes supuestamente armados de los sucesos de Tlatelolco. La liberación de los presos del 2 de octubre sólo era posible si se desvirtuaba la versión oficial de que los estudiantes habíamos disparado.

Se intentaba demostrar que no estábamos armados y que se exigía en el terreno civil una propuesta política satisfactoria. Nuestra propuesta se basaba en el supuesto de que aun después del 2 de octubre era posible obligar al régimen a retroceder y sacar adelante al Movimiento, y que era necesario además profundizar en las cuestiones de conciencia, con una demostración pública de valor civil. Pero en todo caso, si ésa no era la respuesta correcta, tendría que haber otra que atendiera los problemas políticos planteados en ese momento.

Ahora, con muchos años de experiencia acumulada se puede pensar fácilmente en una serie de salidas políticas pacíficas ante una situación como la de Tlatelolco: denuncias y juicios ante comisiones internacionales de derechos humanos (entonces no había o no era fácil recurrir a ellas), medidas de resistencia pasiva, tribunales públicos de conciencia, etc. En el 68 con el simple hecho de levantar las huelgas la posibilidad de perder la relación con las escuelas era un riesgo mayúsculo.

Mientras tanto los representantes del gobierno, Caso y De la Vega, administraron la liberación de los presos a conveniencia de sus necesidades políticas, sin importar para nada cualquier consideración jurídica de los detenidos que por lo demás nadie conocía, y aprovecharon las pláticas para filtrar con preocupación fingida toda clase de amenazas colectivas e individuales.

En la práctica, y en contra de los deseos más íntimos de la mayoría de los delegados del CNH se impuso la salida propuesta por el PCM: se levantaron las huelgas de manera unitaria, pero el Movimiento salió fracturado, y desde luego no hubo ninguna iniciativa, y menos de parte de los militantes del PCM para reorganizarlo. Las tres precondiciones tampoco se cumplieron, no hubo negociaciones sistemáticas, la represión continuó de manera selectiva con persecuciones y detenciones aún después de muchos meses y la liberación de los presos se siguió administrando a cuentagotas y en función de las necesidades del régimen.

El PCM planteaba que era necesario volver a clases, para que la gente se volviera a agrupar y se dieran otras alternativas. En realidad no había un problema de organización que se tuviera que resolver con una “reorganización” que requiriera levantar las huelgas; al contrario al levantar las huelgas se iba a producir un fenómeno de desorganización, tal y como sucedió. En todo caso nadie dijo una sola palabra de cuál era el problema de organización que se iba a resolver excepto la reiterada afirmación de la disminución de asistentes a las asambleas de los lunes. Nosotros desde la cárcel señalamos que llamar a levantar la huelga en esas condiciones era una “traición”.

Lo que significó el levantamiento de la huelga fue la renuncia a buscar un camino de lucha en términos políticos y colectivos. Se planteó entonces una solución organizativista, reagrupar a partir de la vuelta a clases, discutir, cesar la movilización estudiantil. Pero ésa no era una solución realista: en cuanto se levantaron las huelgas, se perdió la relación con una gran parte de las escuelas. Con posterioridad al levantamiento de las huelgas, el Movimiento se ideologiza, ya no hay planteamientos políticos. La única respuesta alternativa a la política del PCM es el planteamiento maoísta, que en esencia recoge una parte de la argumentación del PCM: el problema es ir al pueblo, las últimas manifestaciones del Movimiento del 68, promovidas por Ángel Verdugo, eran de estudiantes coreando Mao-Mao-Tse-Tung o Ho-Ho-Chi-Min. Esto ya no tenía que ver con un amplio movimiento político contra el régimen del PRI.<sup>5</sup>

Al PCM lo acusamos de haber traicionado al Movimiento del 68 y ese juicio quedó como una opinión colectiva en el Movimiento estudiantil durante varios años.

Las diferencias con ese partido deben juzgarse en el marco de los principios del Movimiento. No se hizo la caracterización de traición porque este grupo hubiera abandonado sus ideas generales de lucha, sino porque se separó y dejó de respetar los motores de acción y los principios del Movimiento Estudiantil-Popular, introduciendo en él las pervertidas prácticas de simulación democrática,

<sup>5</sup> En los últimos días de diciembre el Consejo Nacional de Huelga se escinde, de las 70 escuelas que asistían, Ángel Verdugo convoca a más de sesenta pero también el mismo día se muestra su limitación real para procesar y dar una dirección política a esa gran fuerza: lo que propone como alternativa es asumir la ideología maoísta.

semejantes a los métodos priístas contra los que se había construido el Movimiento.

La primera cuestión es que suplantaron a los organismos legítimos de dirección al no poder hegemonizarlos, y construyeron un mecanismo paralelo con representantes de su dirección partidaria. Como había un buen número de los dirigentes miembros del CNH presos, en el nuevo organismo formal de representación elegido como Comisión Coordinadora, los del PCM lograron tener una presencia importante, además de que tuvieron la ventaja de no ser tan duramente perseguidos. Hoy tenemos muchas experiencias en ese sentido: como estaban jugando un papel de contención del Movimiento, su actuación fue facilitada tan sólo con no ser perseguidos por el gobierno. En cambio, la detención de José Revueltas el 18 de noviembre estuvo determinada por la decisión de presionar y amenazar a los “sectores intransigentes” del Movimiento.

En segundo lugar, está el abandono del diálogo público, que era el centro de la confianza de las grandes masas de estudiantes en la dirección. En la medida que este principio no se respetaba y se hacían gestiones al margen, desconocidas para la mayoría, se restituía el clima de suspicacia y falta de credibilidad en las direcciones en general. Gracias a la actitud unitaria y responsable de la mayoría de los delegados frente a la gravedad de la situación, este fenómeno no afectó al Consejo Nacional de Huelga en su conjunto, sino que se dirimió como una diferencia interna relativamente atenuada en sus expresiones públicas.

Por último, lo que redondea esta política impulsada por el PCM es la sistemática falta de iniciativas de movilización de masas. Todo noviembre, hasta el 4 de diciembre, la discusión es reiterada en torno al levantamiento de la huelga, y peor todavía, en cuanto esto sucede, se teoriza de inmediato diciendo que como una huelga estudiantil no causa daño económico al sistema, tiene poco efecto y puede ser sostenida indefinidamente sin que sea un instrumento eficaz de lucha. Pero tampoco se dice nada de cómo y con qué planteamientos y propósitos se va a recuperar la participación de las bases y qué se haría para rearticular las fuerzas estudiantiles. Por último, en las alternativas posibles, resurgió el tema obsesivo de la posible legalización del PCM y las posibilidades de lograr espacios en la Cámara de Diputados (lo que en esa época sólo era posible y permitido por la vía de la representación proporcional).

Con este último ingrediente estalla un clima de fuerte polarización entre los últimos intentos de recomponer el Movimiento, frente a una actitud deliberada de detener este proceso. La caracterización de traición depende entonces de este clima y de esta problemática. A pesar de la gravedad de las diferencias y de la dureza de las calificaciones, en los medios más politizados del Movimiento la situación se tomó como lo que era, un señalamiento de diferencias políticas concretas en referencia al sistema de principios del Movimiento. En otros medios, por desgracia se dio una campaña antipartido extrema que también polarizó posiciones.





## 9. Balances

### *Las interpretaciones sesgadas*

En los primeros análisis sobre el Movimiento realizados por grupos de izquierda es notable la coincidencia en la idea de que éste “había confirmado la justeza” de la respectiva línea política de cada uno de ellos, lo que en rigor no es posible tratándose de tesis contrapuestas. Sin embargo, puede comprenderse como un testimonio orgulloso de los esfuerzos exitosos y significativos que todos los militantes hicimos desde diferentes niveles de participación para conformar ese gigantesco fenómeno de confrontación política de los estudiantes con los grupos dominantes priístas.

La otra salvedad importante es que esos acercamientos identificaban las omisiones y carencias con las responsabilidades de los demás. En la dimensión más general y social del problema se repetía un esquema explicativo que rezaba más o menos así: “los estudiantes hemos dado una lucha importante, y lo hicimos muy bien, pero... no triunfamos porque el pueblo no participó” expresado casi en términos de reclamo, o encubierto con diversas formulaciones de carácter teórico.

En el mes de diciembre de 68 se publicó el folleto titulado “Hacia una Política Popular” redactado por Heberto Castillo y Adolfo Orive<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Adolfo Orive tiene una larga trayectoria política en la construcción de organizaciones maoístas: Política Popular, Línea Proletaria y otras. En 1998 se incorporó como jefe de asesores del secretario de Gobernación, Francisco Labastida Ochoa, para colaborar en el diseño de la estrategia del gobierno ante la insurrección del EZLN.

explícitamente dirigido a los brigadistas con la intención de captarlos para un esfuerzo político diferente impulsado por una “Coalición de Brigadas Emiliano Zapata” que en realidad en ese momento era más un propósito que una realidad. En resumen las tesis de Política Popular plantean que la causa del Movimiento es el descontento social generalizado, que los seis puntos del pliego “fueron” durante un tiempo la expresión de esa inconformidad, que el Movimiento fue exitoso por su carácter masivo y que el carácter “popular” del mismo se dio no sólo porque algunos sectores del pueblo lo hubieran apoyado, sino sobre todo por el carácter popular de las demandas y las formas de lucha.

Pero los “límites” del Movimiento estuvieron dados, según ese documento, por “la carencia de una dirección política precisa capaz de emitir consignas generales que hubieran orientado a la masa estudiantil”; además por “la carencia de una organización capaz de trazarle una línea estratégica al Movimiento Estudiantil” (o sea un partido); en el escrito se señala que la falta de orientación precisa produjo errores como “confundir las huelgas con el Movimiento” mismo, o “infructíferas polémicas sobre las huelgas o el retorno a clases, sin fundamentar ninguna de las dos tácticas con una política general que fuese consecuente con la nueva realidad y con la necesidad de que el Movimiento continuara”. La limitación “más importante se deriva de su carácter eminentemente estudiantil, ya que como tal, no es lo suficientemente poderoso como para conquistar todo lo propuesto”, además de que “la solución del conflicto era solicitada a aquellos a quienes el mismo Movimiento ponía en entredicho”.

Por parte del PCM Arnoldo Martínez Verdugo redactó un balance en el que su argumento central, ya lo hemos adelantado, es que el Movimiento fracasó porque los obreros no se movilizaron y las huelgas estudiantiles no hacían daño a la producción, por lo que se podían mantener indefinidamente sin afectar la vida nacional.

Después se comenzaron a explorar otro tipo de explicaciones: también centradas en el “fracaso” del Movimiento manifestado en el hecho de que no había logrado concitar el apoyo popular, pero atribuyendo esta carencia al carácter estrictamente democrático (después despectivamente se dijo “democratoide”) y no revolucionario del Movimiento y en especial de la dirección del mismo. Estas ideas fueron ampliamente compartidas por quie-

nes finalmente se comprometieron con el movimiento armado de los años setentas.

## *Luchas políticas o luchas reivindicativas*

### *El huevo o la gallina*

En páginas anteriores hemos analizado una serie de cuestiones en torno a la existencia o no de una dirección política, ahora discutiremos si es correcta la caracterización del Movimiento como una “derrota”, y veremos algunas peculiaridades del apoyo popular que se logró en el mismo. Para ubicar mejor esas y otras cuestiones es importante observar algunas características del Movimiento visto como fenómeno político.

Con la advertencia de que no se trata de caer en una discusión circular del estilo de qué fue primero si el huevo o la gallina, porque el mismo riesgo existe en la hipótesis teórica de que los movimientos reivindicativos preceden a los movimientos políticos, es conveniente observar que en el caso del 68 y para muchos de los sectores participantes, las cosas ocurrieron al revés. Discutir el carácter del Movimiento y el problema de si fue político y democrático o sólo reivindicativo, es en realidad una cuestión de los niveles de conciencia prevalecientes en un determinado momento y en un determinado sector de la sociedad.

En México sucede algo aparentemente contradictorio, en muchas ocasiones y con más frecuencia en experiencias de comunidades indígenas se dan expresiones políticas con anterioridad a movilizaciones reivindicativas clasistas o económicas, y como la teoría dice que la secuencia es al revés, el hecho se interpreta como retroceso. Esto que podría aparecer como un retroceso, es en el fondo un paso más de la lucha política parcial cívica, ciudadana, de lucha por los derechos políticos, se pasa a sentar las bases de organismos más sólidos y permanentes, de intereses comunes y luego a los organismos partidarios.

Esto ha sucedido, y antes con mayor frecuencia, porque en México la presencia del poder opresivo del régimen es tan grande en toda la sociedad que —al contrario de como acontece en otros lugares— para que se planteen con energía las demandas reivindicativas es necesario primero cuestionar al gobierno, para poder

ganar un espacio que permita plantear las demandas más elementales. Una imagen útil sería la de un territorio ocupado: sólo haciendo retroceder parcialmente al régimen se recuperaría el espacio necesario para comenzar a luchar por lo más elemental.

En 68 hay una intuición popular profunda de sectores de masas sobre esta situación: se percibe que el camino empieza por un cuestionamiento político general. En términos de masas es claro que la presencia omnímoda del poder es tan aplastante que remontarla se convierte en la primera condición necesaria para establecer posibilidades de una relación política de tipo elemental. Aunque esto no se exprese con claridad, es lo que se hace.

Pero la receta no se puede aplicar siempre igual porque el problema es que hay luchas políticas que tienen protagonistas diferentes y requieren de niveles de conciencia distintos. Una lucha política ciudadana por cuestiones democráticas es, como decíamos, a veces un primer paso. Pero una huelga obrera política requiere de otro tipo de precondiciones organizativas, de conciencia y de experiencia previa. La lucha ciudadana, cívica, requiere de una preparación organizativa menos exigente que una huelga general política que exige protagonistas claramente definidos y concientizados.

### *Ajedrez o full contact*

El Movimiento estudiantil fue realmente una insubordinación generalizada de carácter pacífico frente a un poder autoritario, y las posibilidades de que esta insubordinación continuara estaban presentes después de Tlatelolco, porque el Movimiento había sido golpeado, pero no había sido derrotado políticamente. Para simplificar al máximo diremos que si se está desarrollando una partida de ajedrez, no se puede decir que un contrincante resultó “derrotado” porque el otro lo golpeó con un bat de beisbol en la cabeza.

Tlatelolco no significa una derrota porque el Movimiento no actuaba con esos medios y ni siquiera con una lógica de enfrentamiento armado. Por eso podía continuar y llegar a otros sectores y por eso eran válidas otras propuestas de insubordinación: estaba deteriorándose la eficacia del régimen político de control. El Movimiento se podía levantar y volver a confrontar con el gobierno

porque en Tlatelolco no había habido un enfrentamiento militar del que los estudiantes salieran derrotados, sino que había habido una masacre, un crimen cometido por el gobierno.

Por eso no es correcto, y mucho menos justo, hablar de una derrota de los estudiantes. En otros movimientos<sup>2</sup> podemos observar derrotas en que se hacen evidentes las restricciones políticas, ideológicas y programáticas de esos movimientos, y sus limitaciones, o autolimitaciones que facilitan que sean anulados por medio de acciones políticas. En el Movimiento del 68, por contraste, al gobierno no le basta la política y recurre a la fuerza militar. Por eso, decimos que el Movimiento del 68 es aplastado militarmente, pero no es derrotado políticamente y, en consecuencia, teóricamente podía reestructurarse en los mismos espacios de actividad legal y pacífica en que se venía dando.

Lo que se necesitaba era dar una respuesta política a la agresión militar: con elementos de la propia lógica del Movimiento y con elementos adicionales, entre los que podía estar y debía considerarse el hecho político de que la gente, por iniciativa propia, comenzó a armarse después de Tlatelolco. Por eso es importante señalar que en los mítines posteriores a la masacre, lo que se exigía a la conducción política, a los líderes del CNH era un planteamiento político que desarrollara la misma lógica de insubordinación.

Potencialmente el Movimiento del 68 tenía la capacidad de enriquecer y transformar su lógica, y actuar en otra perspectiva, y otra dinámica de mayor complejidad. De hecho ya lo había hecho antes, y eso es lo que indica la resistencia a doblegarse ante el golpe de Tlatelolco, porque lo que sucede es que no todo el mundo se repliega, al contrario, hay una resistencia que se expresa en la permanencia de las huelgas, en el rechazo a la vuelta a clases; todo esto da un elemento material para continuar, al menos, resistiendo.

Lo que está en el centro del problema es la capacidad de concebir y poner en práctica una respuesta política: Tlatelolco mismo, como hecho político, aumenta la difusión de los planteamientos del Movimiento y se extiende la conciencia de la gente a escala nacional. En ese momento se podían concitar fuerzas en todo el país, con

<sup>2</sup> Por ejemplo, a fines de 1975 y principios de 1976, casi a finales del régimen de Echeverría, se producen las acciones de los trabajadores electricistas que comentaremos más adelante, y en julio de 1977 la huelga de trabajadores de la UNAM que fue reprimida por el gobierno.

una conciencia profunda de repudio al régimen, pero esas fuerzas no tuvieron ningún vehículo de expresión, ni en las semanas inmediatamente posteriores al 2 de octubre, ni mucho tiempo después.

Toda la parte final del régimen de Díaz Ordaz, 1969 y 1970, está plena de muestras de repudio al régimen, en expresiones colectivas e individuales. Actos personales que en México parecían inconcebibles como dejar al presidente con la mano extendida y no saludarlo, que los niños se voltearan a su paso, que las sobrecargos en los aviones no le sirvieran, que el mesero mismo mostrara su descontento, y que el equipo de seguridad fuera incapaz de ocultar un repudio evidente, en todos lados y en cualquier momento, se hicieron cada vez más públicos y frecuentes.

La única manera de encauzar el descontento pacíficamente era con el Movimiento mismo, pero no se promovieron iniciativas políticas en este terreno y sin cohesión de propósitos se extinguió y se disolvió el pacto político, se perdió la alianza de todas las fuerzas concertadas, que se disgregaron actuando cada quien por cuenta propia. Mantener las huelgas tenía el efecto de impedir la dispersión casi total... Así se dio la transición de un momento político que fue el 68, a un momento ideológico, que es el posterior. Simultáneamente al repliegue político y organizativo, y ante la necesidad de explicaciones, proliferaron las respuestas ideológicas, aparentemente más radicales, pero que no tienen posibilidades de concitar una acción colectiva popular de envergadura.

El espacio político se restringe severamente y lo que es peor, esto se interpreta no como lo que es, como un retroceso, sino como un avance, porque aparece la lógica sectaria de las diferencias ideológicas que marcan el siguiente período a partir de los años 1969 y 1970. Como ejemplo baste decir que todas las fuerzas “políticas” impiden la formación de una organización nacional estudiantil representativa.

En términos abstractos siempre es difícil distinguir entre una derrota política y una militar y más si se discute mediante conceptos generales: si se consideran las definiciones de Clausewitz de que “la guerra es la continuación de la política con otras formas”. Por eso hay que introducir elementos específicos. Del Movimiento Ferrocarrilero de 1959 que no reivindicaba más que la aplicación del derecho constitucional a la vivienda y mejores condiciones para los trabajadores, se ha dicho que se condujo a la derrota por el

aventurerismo de sus dirigentes, del Movimiento del 68 sólo se ha afirmado que fue una derrota, pero se ha dejado en el aire el análisis de la posible responsabilidad de la dirección estudiantil en ese destino. Pero de cualquier manera en esos juicios se encubre una idea que no se hace explícita porque choca con la teoría: “se han conducido a derrotas porque se condujeron hacia la confrontación”, aunque se sabe y se acepta que ésta es inevitable y hasta indispensable para el desarrollo social y político.

La argumentación más ramplona la dio Rafael Aguilar Talamantes: “El pueblo de México está cansado de que se le lleve a derrotas, hay que conducirlo a triunfos”. Y con esa guía en el Partido Socialista de los Trabajadores primero, y después en el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) se dieron a la tarea de buscar “triunfos” posibles y devinieron en el mejor de los casos en gestores, iguales a los del PRI con capacidad de conseguir algunas ventajas a cambio de promover el atraso de la conciencia política y una línea de claudicación y colaboracionismo extrema. Así se introducen elementos de descalificación a la posibilidad de construir un movimiento revolucionario, estigmatizando de antemano como aventurerismo, cualquier decisión de confrontar al sistema.<sup>3</sup>

El problema no es sencillo, porque los movimientos que han sido trascendentes para el desarrollo de las luchas populares son paradójicamente calificados por los reformistas como derrotas. En una perspectiva de largo plazo, el balance debe hacerse en términos de conciencia y organización y no sólo de resultados inmediatos, porque, por ejemplo, se puede ganar un aumento salarial sobre la base de una derrota política. El Movimiento del 68 tiene consecuencias muy profundas en la conciencia nacional y de largo plazo porque produce decenas de miles de militantes, de gente dispuesta a actuar políticamente durante toda su vida. Aunque no se consoliden formas de organización específicas, derivadas directamente del Movimiento, promueve una amplísima gama de formas de organización social en grupos de acción política.

En este sentido, no se puede aceptar que el 68 sea una derrota. Porque la brutal acción gubernamental se revierte tiempo después.

<sup>3</sup> Véase el papel de estos agrupamientos en Chiapas y los argumentos con que se oponen y antagonizan con los miembros del EZLN.

La causa de que el Consejo Nacional de Huelga no lograra procesar nuevas iniciativas de actuación en noviembre y diciembre se encuentra en la inexperiencia individual y colectiva, y más precisamente en el sentido de la falta de antecedentes de esa magnitud y gravedad, en la complejidad de la situación que se planteó, y la carencia de una política de conducción que ya hubiera madurado. Pero la fuerza social estaba ahí.

Después del 68 miles de compañeros se adhieren y participan en diferentes proyectos de tipo político en función del balance que personalmente realizan, de los grupos políticos que inciden en el ámbito de sus actividades y de las perspectivas que les entusiasman. Después de 68 había militantes para todas las iniciativas imaginables. Por su tipo y características principales, del Movimiento del 68 surgen cuatro alternativas de carácter general: los movimientos armados, los proyectos de lucha sindical y popular, los partidos políticos formales y los esfuerzos de construcción de alternativas políticas de oposición al sistema de carácter frentista. En cada una de estas alternativas se crearon diversas opciones posibles. Veamos las más significativas:

### *El 2 de octubre y las guerrillas*

Después de Tlatelolco, en términos políticos e ideológicos no había ninguna restricción en la posibilidad de avanzar a una confrontación más aguda y radical con el régimen, la gente estaba dispuesta a eso y mucho más. El Estado mismo había cerrado toda puerta pacífica de resolución de conflictos sociales.

Para entender esta situación hay que pensar no sólo en el momento sino en el proceso posterior. El Movimiento del 68 se plantea y se desarrolla sobre la base de un discurso democrático nacional, con una crítica radical al régimen con el cual se enfrenta, pero sin avanzar mucho más allá de eso. Se trataba de responder y derrotar la política represiva que imperaba en el país, y eso es lo que expresan el pliego petitorio y los principales documentos de la época. El mensaje del 68 se podría sintetizar así: “Ya basta de represión, estamos dispuestos a luchar, estamos dispuestos a actuar frente a una situación opresiva y a enfrentarnos a las fuerzas del régimen para salir adelante en la reconstrucción del país”.



Pero con todo su valor, éste es un mensaje incompleto, porque muestra solamente esa primera disposición, pero no dice hacia dónde se deben dirigir los esfuerzos de cambio: como ahora se dice falta la “propuesta de país”, y aquí debe reconocerse que en ese tiempo no había madurado colectivamente una posible propuesta programática comprensible, lo más que se podía ofrecer era una propuesta general.

El mensaje completo que es: “Estamos dispuestos a luchar hasta el socialismo”, lo da la guerrilla principalmente urbana que es una continuación, es un segundo momento del propio Movimiento del 68. No sólo porque la gran mayoría de los integrantes del movimiento armado provienen de la movilización estudiantil, sino porque es un fenómeno complementario. 68 dice: “Estamos dispuestos a luchar...” y la guerrilla reafirma: “hasta el socialismo”. Esa primera conciencia democrática se transforma en una conciencia revolucionaria socialista, que impulsa el desarrollo de todas las fuerzas de izquierda, y engloba, da tono y sentido al movimiento de masas en el país. El Movimiento del 68 también es un renacimiento y nuevo punto de partida de la difusión generalizada y legitimada de las posiciones de izquierda y del pensamiento socialista. El país no se politiza en abstracto, se politiza hacia la izquierda.

Y además, independientemente de sus formas equivocadas y de lo que sucedió finalmente con la Liga Comunista 23 de Septiembre y con otros grupos armados, es indudable que los guerrilleros de los años setenta no estaban aislados desde el punto de vista social, al contrario, a nivel popular fueron vistos con comprensión y simpatía que se mantuvo durante muchos años.<sup>4</sup>

Sin embargo en el ámbito estudiantil, las expresiones de apoyo a la guerrilla se dieron a partir de la llamada “Corriente de Junio” y de los grupos y sectores que muy pronto se desprestigiaron por sus métodos absurdos en las universidades. Los sucesos de la represión del 10 de junio los examinaremos brevemente más adelante, pero baste decir ahora que a partir de ellos surgen fenómenos de ultraizquierdismo que se expresaron de manera negativa en la vida de las universidades.

<sup>4</sup>La presencia social de la guerrilla en la vida mexicana se ha revalorado a partir de la insurrección indígena del EZLN y de las autocríticas implícitas de los grupos armados que por exceso de celo ideológico y organizativo incurrieron en acciones de grave responsabilidad política y personal.

## *Las iniciativas obreras y de organización popular*

En consonancia directa con la mayoría de los balances que se dolían de la falta de apoyo de los trabajadores al Movimiento del 68, numerosos compañeros se dieron a la tarea de promover las luchas y actividades sindicales democratizadoras en los medios obreros. Desde la marcha del 10 de junio, la presencia de los obreros de Ayotla Textil fue muy celebrada. Después el Movimiento Sindical Ferrocarrilero impulsado por Demetrio Vallejo y su táctica de toma de locales sindicales arrastró a varias centenas de estudiantes radicalizados. Sin embargo pronto se percibió que en los medios obreros era necesario desarrollar trabajos de largo plazo que sólo los podían realizar los obreros mismos. Muchos compañeros no sólo no se desanimaron, por el contrario, abandonaron los estudios y se incorporaron a trabajar directamente en las fábricas para impulsar la lucha. En unos cuantos años se lograron resultados muy importantes que se empezaron a notar desde mediados de los setenta y que continuaron expresándose hasta diez años después.

Sin embargo los obstáculos y dificultades reales para el avance de los proyectos revolucionarios en el movimiento sindical muy pronto fueron evidentes. Más allá de la conducción de una serie de movimientos huelguísticos importantes, el problema de alternativas para el conjunto de la clase obrera apenas si empezaba a ser tratado en términos conceptuales, porque primero fue indispensable un arduo trabajo de investigación para conocer la historia y la realidad del movimiento obrero, y una larga experiencia práctica para poder incursionar en el terreno de la política interna del sector.

Desde los primeros años de los setenta, el movimiento de la Tendencia Democrática (TD) de los electricistas se empezó a conformar en un gran atractivo político y más todavía cuando se lanzó la propuesta del Frente Nacional de Acción Popular a principios de 1976. Como la disposición de muchos de los militantes de entonces es "movimientista", se decide que "hay que participar porque se trata de una amplia lucha de trabajadores", sin darle importancia al problema político de conducción planteado por la TD, y más difícil todavía, sin capacidad para ofrecer otras alternativas.

En ese espacio de las luchas sindicales se dio una experiencia política de cierto retroceso. En el FNAP los grupos democráticos de acción sindical encontraron un cierto espacio de coordinación, pero también quedaron restringidos a los ritmos y necesidades de la

Tendencia Democrática que en ese momento protagonizaba el conflicto sindical más importante de la época. En la manifestación del 15 de noviembre de 1975, en la ciudad de México, Rafael Galván, líder de los electricistas se refirió a un convenio para ajustar la política solidaria a la modalidad que decidiera la Tendencia Democrática, sugiriendo que había un acuerdo previo de disciplina a sus iniciativas. Con esto se dirigía en particular al Partido Comunista, pero también a gente de grupos armados que realizaban trabajo obrero, presentes en la manifestación. Además, Rafael Galván planteó una cuestión abiertamente contradictoria con la tradición programática de la izquierda que se estaba forjando en esos años, exponiendo la idea de que “hay que trabajar por reconstituir la base social del Estado”.

La política posterior de los electricistas no hizo más que ratificar esta actitud de búsqueda de una alianza con el régimen. Cinco meses después, en otro momento clave, el 20 de marzo de 1976, cuando la TD realizaba una gran manifestación en el Monumento a la Revolución, y la CTM y el SUTERM realizaban una concentración en el Zócalo, el Ejército se presentó separando formalmente las dos concentraciones para “impedir el enfrentamiento”, pero en realidad bloqueando a los democráticos para impedirles llegar al Zócalo. Los dirigentes electricistas aceptaron la mascarada minimizando la intencionalidad del gobierno, pero con ello se restituía en los hechos la imagen arbitral del Estado, y de nuevo se aceptaba como legítima la presencia de fuerzas públicas en actos de masas.

En el trabajo de organización de nuevas colonias urbanas surgidas mediante invasiones se desarrollaron numerosos frentes políticos que agrupaban contingentes obreros, campesinos, populares y estudiantiles, los famosos Frentes Populares que adquirieron renombre y mucha fuerza en algunos estados del país, y muchos de los cuales se transformaron después en la base de partidos políticos de izquierda.

### *Las opciones electorales*

Las críticas sobre el comportamiento del PCM en 1968, produjeron en su interior una situación de crisis, pugnas y escisiones que después desembocaron en la participación de un sector numeroso de miembros del

PCM y de la JC en el movimiento armado. La reacción de los jóvenes sobre todo fue de un radicalismo muy grande, en muchos casos de rompimiento con el partido y hasta derivar en planteamientos ultraizquierdistas.

El PCM quedó desarticulado después de 1968 y no logró reanimarse sino hasta fines de 1970, cuando Valentín Campa obtuvo su libertad. Para recuperar el terreno perdido en el PCM, se fue al extremo de tolerar posiciones ultraizquierdistas en una lógica simplista que sólo atendía a la popularidad inmediata, sin considerar los daños colectivos que se causaban.

En sentido estricto, y desde el punto de vista del Movimiento del 68 la calificación de traición estuvo justificada porque el PCM mostró una insensibilidad y falta de respeto muy grande hacia la gente, desechando y atropellando los planteamientos y principios que habían regido y legitimaban a la dirección del CNH; esto es especialmente válido para algunos de los miembros del PCM que participaron directamente en las negociaciones después del 2 de octubre.

Desde un punto de vista más general, es claro que de parte de ellos se trataba de una maniobra política excesivamente audaz, pretenciosa, injusta, y que en ese momento resultó fallida y condujo al desprestigio y la desarticulación de sus propias fuerzas. Pero la opción electoral nunca la cancelaron en definitiva y se mantuvo siempre como el tema de las negociaciones con el gobierno. Aunque en términos abstractos fuera un tema obligado en un análisis político, el carácter de “concesión” del registro legal de partido político y las prebendas asociadas difícilmente podían considerarse como “triumfos” de la presión popular, y menos aún si la negociación estaba montada sobre una fuerza social esencialmente ajena.

Con resultados desiguales e incluso con planteamientos y prácticas bastante diferentes en cada lugar, los militantes del PC continuaron trabajando y remontando de una manera o de otra las dificultades en que se vieron involucrados por su actuación en el 68. Finalmente lograron recuperarse en parte a fines del gobierno de Echeverría mediante su participación en dos vías de desarrollo: por un lado los trabajos de impulso al sindicalismo de los trabajadores universitarios, y de representación de algunas universidades, especialmente las de Puebla y Sinaloa, y mediante la participación en las elecciones federales de mediados de julio de 1976 con la

candidatura independiente de Valentín Campa, en la que se estimó que se habían logrado más de un millón de votos frente a un total de 16 millones de José López Portillo.

Por otra parte también desde finales del 1971 se había iniciado la construcción de otras opciones partidistas, del Comité Nacional de Auscultación (CNAO), promovido por Heberto Castillo, y del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y unos años después del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), en un principio definidas de rechazo a las “vías electorales”, pero después de 1977 asimiladas todas en los proyectos de reforma política y de legalización de los partidos.

### *Frente Político Nacional*

La experiencia más arraigada e interiorizada de todos los compañeros que habían jugado un papel destacado como dirigentes del Movimiento del 68, fue la constatación del enorme potencial de las movilizaciones de masas, y la confianza en la posibilidad de movilizar sectores amplios de la población por sus difíciles condiciones de vida. La experiencia que más rápidamente se sistematizó estando en la cárcel, fue el papel que jugaba la iniciativa en la conducción política y organizativa y como elemento de cohesión del Movimiento. Una serie de reflexiones minuciosas y detalladas de autocrítica nos llevaron a concluir que, en los momentos difíciles, las soluciones las habíamos encontrado no buscando atender casuísticamente los problemas, y dando soluciones para cada uno de los detalles, sino por el contrario, buscando un eje rector, una iniciativa política, una movilización, una forma de cuestionamiento al régimen, que restableciera la línea de avance del Movimiento. La fórmula que utilizábamos era encontrar un elemento que fuera la clave para continuar avanzando. Ésta es una idea que se asimiló muy profundamente, e incluso se abusó de ella, pues había momentos de desarrollo más complejo, en que era efectivamente necesario resolver varios problemas simultáneamente, y se seguía insistiendo en buscar un solo eje rector.

Toda esta experiencia, profundamente asimilada, era el común denominador de un grupo amplio de compañeros, que estuvimos en el Movimiento y después desarrollamos ese proceso de reflexión colectiva. La base de nuestra unidad política eran planteamientos

semejantes y cuestiones metodológicas comunes como las que mencioné. En la cárcel manteníamos la intención de reestructurar el Movimiento, y se conservaba una importante capacidad de convocatoria frente a las masas estudiantiles. Indudablemente era una conducción golpeada, encarcelada, que no podía atender al conjunto de las situaciones, pero que conseguía dar alternativas de rearticulación, como la Huelga de Hambre de fines de 1969. Se tenía, desde la cárcel, un peso político real.

Es significativo que a los miembros del CNH encarcelados se nos designara como “pregrupo”, porque es cierto que había una negativa explícita a constituirnos como grupo, a singularizarnos excesivamente, porque de manera intuitiva veíamos eso como un elemento sectario de división. Discutíamos experiencias estudiantiles, como la venezolana o la chilena, en las que los grandes conflictos para ganar las mesas directivas de las federaciones se daban a partir de corrientes ideológicas, los demócrata-cristianos, los comunistas, los radicales, etc. y apreciábamos esto como un elemento de división que impedía aglutinar a la totalidad de los estudiantes. Por eso nuestra insistencia en no dogmatizar las posiciones, sino atender siempre a las cuestiones políticas concretas de mayor trascendencia. Actuábamos organizadamente, pero con la intención deliberada de no partir como un agrupamiento sustentado en definiciones ideológicas excluyentes, partíamos de la búsqueda de soluciones políticas amplias. De allí que al no querer aparecer como grupo, nos denominaran el “pregrupo”. Tiempo después nos definimos como una “tendencia” que no se definía ni por esquemas organizativos ni por definiciones ideológicas preestablecidas.

Cuando se vio la posibilidad de salir de la cárcel, comenzamos a discutir una forma de articulación política amplia, que permitiera aglutinar a muchos compañeros. Nos inspiraba la experiencia del Círculo de Estudios Mexicanos, que había sido formado por Ignacio Noyola, Jorge Carrión, Enrique Cabrera, Ángel Bassols, Manuel Marcué, esta forma de trabajo nos parecía muy sugestiva, y fue referencia para lo que después sería la revista *Punto Crítico*. Nuestro propósito inicial era hacer estudios monográficos, dar elementos de información, comprensión y análisis político que ayudaran y permitieran actuar a todos los agrupamientos con una mayor y mejor incidencia en la situación nacional.

La idea motora de nuestro accionar era la posibilidad de infligir una derrota severa a la política gubernamental, al PRI, en algún terreno. Doblegar a la autoridad presidencial para que atendiera reclamos del movimiento de masas, porque presuponíamos que eso era posible y que una fisura política de esta naturaleza significaría un resquebrajamiento irreversible de las formas de control, que podrían generalizarse a otros sectores del movimiento de masas. Concebíamos, entonces, al Movimiento Estudiantil y también otros posibles movimientos de masas articulados en grandes frentes nacionales de oposición, como arietes que podían abrir una brecha en el control del gobierno, y se puede decir que ésta era una de las diferencias más importante con los proyectos partidistas que solamente daban prioridad a la vía electoral.





## 10. Después del 68

### *Los procesos judiciales*

*Los saldos en las escuelas.*

*La época de los Comités de Lucha*

En cada ocasión en que intervenían la policía o el Ejército para reprimir las protestas estudiantiles en el saldo de bajas, muertos y heridos, había que incluir también el número de detenidos. Así se conoció, y se sufrió en carne propia el sentido de la demanda de libertad a los presos políticos. En las acciones de julio y de septiembre las detenciones eran por centenares y el 2 de octubre deben haber sido del orden de los 3 mil detenidos. Después de las detenciones masivas se procedía a seleccionar a los “peligrosos” y se administraba la libertad de los restantes en función de la conveniencia política del momento. Los procedimientos judiciales de principio a fin fueron ilegales. Interrogatorios bajo amenazas, golpizas y diversos tipos de torturas para producir dolor, angustia y miedo; declaraciones falsificadas o amañadas, ausencia de defensores, y consignaciones en función de la peligrosidad política atribuida al detenido.

Finalmente todos los detenidos, quien más, quien menos, estábamos acusados de todo. Una colección de 10 o 12 delitos federales y otros tantos delitos comunes que incluían homicidio, robos, ataques a la vías generales de comunicación, sedición, motín, asociación delictuosa, etc., se acumulaba en las acusaciones que se

presentaban en contra de cada detenido. Los presos éramos mantenidos como rehenes, sin proceso judicial alguno y se administraba la liberación de algunos detenidos para manipular situaciones y aminorar el descontento o para enviar “señales” políticas en momentos convenientes para el gobierno.

Después de un año los presos políticos detenidos el 2 de octubre desconocíamos el contenido de las acusaciones y no se había iniciado un solo trámite judicial. Hubo que hacer una huelga de hambre de más de 100 compañeros durante 42 días con la cual se logró que se iniciaran los procesos correspondientes. La versión del gobierno resultó pasmosa: los sucesos del Movimiento habían sido el producto de una conjura comunista fraguada en La Habana y Praga para desestabilizar al régimen. Desde luego no había pruebas que sustentaran el dicho.

De los sucesos de México, sólo se ofrecían relaciones de daños, de camiones y vehículos incendiados, de teléfonos destruidos y partes policíacos de la Dirección Federal de Seguridad que daban cuenta de mítines y manifestaciones, reportaban el número de asistentes, los oradores y el contenido de los discursos, y los textos de mantas y pancartas; y otros en los que simplemente imaginaban reuniones privadas y conciliábulos fantasiosos sin preocuparse mayormente de ofrecer el mínimo elemento de credibilidad para sus afirmaciones.

Pero lo más indignante y sorprendente de todo fue constatar que en las acusaciones del gobierno para probar el delito de homicidio sólo se habían incluido las actas de defunción de dos soldados en Tlaltelolco. Eso fue el colmo. Cientos de detenidos acusados del homicidio de dos soldados en Tlaltelolco. Los procesos y las audiencias fueron una farsa y sólo confirmaron la ilegalidad prevaleciente. Ni siquiera tenían el valor de reconocer las dimensiones de su crimen. En las audiencias de defensa denunciábamos el crimen con el mayor detalle posible.<sup>1</sup>

De parte del gobierno y siempre de manera oficiosa, en varias ocasiones nos propusieron diversos mecanismos posibles de excar-

<sup>1</sup> Para dar cuenta detallada de la ilegalidad de los procesos judiciales y del crimen de Tlaltelolco publicamos en condiciones de clandestinidad a principios de 1971, amparados en una improvisada “Editorial Estudiantes” dos libros fundamentales: *Los Procesos de México 68. Acusaciones y Defensas y Tiempo de Hablar*, en donde se incluyen los alegatos personales de defensa de Eduardo Valle, Raúl Álvarez y José Revueltas.

celación —el indulto, o la amnistía— que no aceptamos porque conllevaban cargas políticas más que excesivas. En diciembre de 1968 se modificó la ley para “facilitar” legalmente las excarcelaciones, pero con ese procedimiento sólo fue liberado un compañero. Desde finales de 1970 se inició la liberación de los presos políticos a cuentagotas y con procedimientos condicionales.

Con el nuevo gobierno de Luis Echeverría, en marzo de 1971, llegaron nuevas propuestas de libertad pero a cambio de salir del país. Decidimos aceptar con ciertas condiciones: sólo saldríamos por ese procedimiento quienes tuviéramos los cargos y las sentencias más abultadas y complicadas. Nuestra lógica era la de aceptar para desvirtuar los juicios: si el gobierno sólo reconocía dos muertos en Tlaltelolco, y si los principales acusados y sentenciados por el delito de homicidio estaban libres aunque desterrados, entonces no habría ninguna razón para mantener en prisión a los demás acusados. Era un procedimiento que tenía un riesgo que decidimos correr.

Salimos de la cárcel directamente al aeropuerto rumbo a Chile a fines de abril de 1971. A finales de mayo y ante las protestas estudiantiles que reclamaban por nuestro destino, el secretario de Gobernación Mario Moya Palencia declaró que nadie estaba desterrado, que habíamos salido del país porque “así lo quisieron”. Los compañeros del Comité Coordinador de Comités de Lucha que organizaban las protestas nos sugirieron que regresáramos de inmediato. Declaramos que “ya no queríamos vivir fuera de México” y regresamos el 3 de junio. En el aeropuerto y en el auditorio Ché Guevara nos esperaban miles de estudiantes

Una semana después fue la masacre del jueves de Corpus en la que los Halcones, un cuerpo paramilitar del gobierno, victimaron a 35 estudiantes. La prensa y el gobierno presentaron los hechos del 10 de junio como una provocación de “los chilenos” pero muy pronto se destruyó el infundio por la cantidad de pruebas contundentes mostrando la responsabilidad oficial del crimen.

### *El gobierno de Echeverría*

En la campaña electoral de Luis Echeverría se presentaron diversos incidentes relacionados con el Movimiento, principalmente en los lu-

gares en que existía una fuerte presencia estudiantil organizada. En Morelia, el 25 de noviembre de 1969, los estudiantes lo rodearon y lo obligaron a guardar un minuto de silencio en memoria por los estudiantes muertos en Tlatelolco. El candidato priísta agregó que lo hacía por todos los caídos. En Querétaro un discurso de crítica y deslinde ante la política de Díaz Ordaz provocó que los militares del Estado Mayor presidencial decidieran abandonarlo, el incidente se superó mediante una condición indigna que Echeverría aceptó sin mayores reparos: desde Palacio Nacional, y por intermedio de Alfonso Martínez Domínguez, en ese momento presidente del PRI, lo obligaron a leer otro discurso desdiciéndose.<sup>2</sup>

En los años siguientes los cambios aplicados por Echeverría en la política del gobierno estuvieron determinados en una gran parte por los problemas derivados del Movimiento del 68: numerosas iniciativas institucionales,<sup>3</sup> gasto público incrementando en programas preventivos y de contrainsurgencia con aderezos populistas;<sup>4</sup> cooptación generalizada de sectores de oposición entre intelectuales y militantes agrarios de origen maoísta; aumentos salariales, anuncios de apertura democrática, etc., etc., pero todos estos asuntos no los examinaremos con detalle, baste decir que la política de Echeverría no produjo cambios de fondo y menos aún transformaciones consistentes en la realidad del país, pero logró dividir al Movimiento estudiantil y de izquierda en una buena medida: los opositores políticos consecuentes continuaron siendo perseguidos e incluso se ampliaron las acciones represivas hasta implantar al final del sexenio de manera sistemática la política de desapariciones, y quienes aceptaron colaborar con el régimen “aperturista” en el mejor de los casos sólo se exhibieron con los precarios resultados sociales de un reformismo superficial y tardío logrados a costa de una grave pérdida de credibilidad política entre los medios de izquierda.

<sup>2</sup> Revista *Proceso*, núm. 142, julio de 1979.

<sup>3</sup> Los recursos presupuestales destinados al sistema educativo superior se incrementaron notablemente, y se crearon diversas instituciones como la Universidad Metropolitana, los Colegios de Ciencias y Humanidades, los Ceбетis, los tecnológicos regionales, UPIICSA, el Conacyt, etcétera.

<sup>4</sup> El combate a la guerrilla de Lucio Cabañas en la Costa Grande de Guerrero entre los años de 1971 a 1974 dio lugar a un extenso programa de obras gubernamentales de comunicación carretera, electrificación, saneamiento, construcción de escuelas y establecimiento de empresas estatales y de comercialización que modificaron sensiblemente las condiciones sociales de la zona.

## *La corriente de junio*

Retrocedamos ahora para examinar algunos de los rasgos de la política estudiantil desarrollada en las universidades en los años del período 1968-1971 que estuvieron principalmente determinados por la existencia de los presos políticos del Movimiento del 68.

Después de la huelga de hambre de los presos políticos de fines de 1969 los Comités de Lucha se reactivaron vigorosamente durante todo el año siguiente organizando la oposición política a la campaña electoral priísta mediante una vigorosa promoción del abstencionismo que alcanzó hasta cerca del 70 por ciento del electorado e impulsando marginalmente una candidatura independiente del pintor José Luis Cuevas centrada en la denuncia de la represión y la demanda de libertad a los presos políticos. Simultáneamente se desarrollaban los procesos penales y salían a la luz pública el cúmulo de ilegalidades, aberraciones e inconsistencias de los ridículos procedimientos judiciales logrados mediante la complicidad de los sometidos funcionarios del Poder Judicial

Para finales de 1970 estaba consolidado y gozaba de amplio prestigio el famoso Comité Coordinador de Comités de Lucha (CoCo), que de nueva cuenta agrupaba a numerosas escuelas e impulsaba con creciente eficacia las acciones estudiantiles. La difusión y denuncia de arbitrariedades e ilegalidades escandalosas de los juicios traspasaba las fronteras del país y la solidaridad internacional organizada a favor de los presos mexicanos empezó a crecer significativamente: se anunciaron misiones de abogados democráticos de Europa y norteamérica para visitar a los presos y vigilar los procesos, y las organizaciones y congresos internacionales de profesionistas se empezaron a manifestar con mayor frecuencia. A principios de 1971 se publicaron dos libros extraordinarios: *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y *Los días y los años* de Luis González de Alba, preso político por haber sido representante de la Facultad de Filosofía. Con todos estos elementos acumulados, las patrañas del gobierno estaban a punto de venirse abajo. Líneas arriba hemos reseñado los incidentes de nuestra liberación, con lo dicho ahora se ilustra el ambiente y las condiciones de esos momentos.

En un análisis de la situación del Movimiento estudiantil y de amplios sectores de la izquierda en plazos más grandes, se perciben

carencias y errores significativos de responsabilidad específica, pero que afectaron de manera indirecta el clima y el contexto de la vida política nacional.<sup>5</sup> Aunque los autores son diferentes, las repercusiones políticas son globales para toda la izquierda: en el 10 de junio de 1971 hay errores de sectarismo y en las movilizaciones políticas de la Tendencia Democrática de fines de 1975 y principios de 1976 se restablecen prácticas de contemporización con el régimen que se suponía que estaban superadas.

### *El contexto político del 10 de junio*

Después del Movimiento del 68, la primera movilización importante se produce el 10 de junio de 1971, y allí se entrecruzan varias dinámicas concurrentes: por una parte el conflicto mismo surgido en la Universidad de Nuevo León con motivo de modificaciones en la Ley Orgánica y el movimiento de solidaridad que en su entorno se estaba desarrollando. Por otra parte un enfrentamiento interno del régimen priísta, entre las fuerzas tradicionales de la CNOP y la FSTSE alineados con Alfonso Martínez Domínguez y en contra del presidente Luis Echeverría; y por último un proceso de resurgimiento de la izquierda nacional manifiesto principalmente en las organizaciones del Distrito Federal.

La marcha del 10 de junio estuvo originalmente convocada como una movilización solidaria con los estudiantes de la Universidad de Nuevo León. Sin embargo, fue cuestionada y rediscutida porque desde unos días antes ya se había logrado una vía política de solución con la renuncia y salida del gobernador de Nuevo León, Eduardo Elizondo, de manera que esa situación respondía a las demandas y las fuerzas de los universitarios neoleoneses, y ese simple hecho por lo menos debía haber cambiado el carácter de la marcha.

Pero en la lógica de los grupos políticos incipientes o que estaban resurgiendo se trataba de aglutinar a las fuerzas estudiantiles del Distrito Federal y “ganar la calle”. Esto se expresa nítidamente en la discusión alrededor del problema de las consignas y las

<sup>5</sup> En un análisis global de la situación política del país debe considerarse a la izquierda en su conjunto, en la medida en que así es considerada por las fuerzas adversarias, y un error de uno de los destacamentos de la izquierda puede tener efectos sobre el conjunto.

demandas de la marcha, problema que finalmente no se pudo decidir de manera unitaria y que se hizo de lado con el acuerdo de que cada quien llevara sus propias demandas, porque lo que importaba era “ganar la calle”.

Esto facilitó trágicamente la respuesta represiva: ante la población era una marcha incomprensible que no atendía a un conflicto específico y que sólo se planteaba como una intención de la izquierda de recobrar un espacio público, sin un referente concreto de lucha. La brutal represión de los Halcones, probada con fotografías, grabaciones y testimonios, y la documentación minuciosa de un saldo final de 35 estudiantes asesinados, sólo mereció de parte de Echeverría una falsa promesa de investigación de los hechos, la renuncia del regente Alfonso Martínez Domínguez y algunos de sus jefes policiacos y el anuncio de una futura “apertura democrática”.

### *La corriente del 10 de junio*

La responsabilidad política de los errores cometidos por los estudiantes, en todo caso es diferenciada en función de los propósitos y de las teorizaciones correspondientes de los grupos involucrados.

Los hechos del 10 de junio fueron considerados por un amplio sector de compañeros de base como la evidencia de que las vías democráticas de lucha estaban cerradas y que no había más camino que la confrontación armada con el gobierno, y entonces proliferaron las organizaciones guerrilleras, y estas consecuencias evidentemente estaban fundadas en vivencias traumáticas y convicciones sinceras y valientes.

Pero el 10 de junio también participaron movimientos y grupos políticos sectarizados, como algunos militantes del PC desprestigiados a partir del Movimiento del 68, que ahora pretendían legitimarse mediante la reivindicación de una política declarativamente radical y agresiva que se expresa en la consigna de “No queremos apertura, queremos revolución”, recogida y teorizada por Arturo Martínez Nateras de manera demagógica, sofista e irresponsable. La “nueva línea” que presumía de no ser “peticionista”, ni tener las “limitaciones democratoideas del Movimiento del 68”, en vez de reconocer los errores es apologética y los encubre, en lugar

de reconocer la carencia de propósitos específicos de la movilización, proclama que el conjunto de demandas constituyen el nuevo “programa de lucha revolucionaria”, y pretende estabilizar y dar continuidad al propósito rodeándolo con una aureola de respetabilidad con el nombre de “Corriente de Junio”. También hubo una serie de comportamientos sectarios, motivados por políticas de imagen de troskistas, maoístas y grupos independientes, que buscaban ganar una figura de liderazgo, pero en la medida en que no consideraban mayormente importante la política estudiantil, no tuvieron mayor relevancia.

En este nuevo contexto también tomó fuerza la actuación del caótico Comité de Lucha de Derecho. Ambos, el Comité de Derecho y la Corriente de Junio, buscaron presentarse como la parte civil de apoyo solidario y de base de los grupos armados, pero casi con seguridad esto era falso, en un caso por la irresponsabilidad y el desprestigio, y en el otro porque Nateras promovió el rompimiento y encabezó la línea de exclusión de los militantes del Partido Comunista y de la Juventud Comunista que fundaron la Liga Comunista 23 de Septiembre.

Después del 10 de junio el Movimiento Estudiantil se sumerge en un caos: la policía y el Ejército tenían infiltradas las escuelas y las guerrillas que se organizan a partir de grupos escolares caen rápidamente. Por promoción y con protección oficial se hace correr la droga. En septiembre de 1971, tres meses después del crimen del 10 de junio, sin mayores reparos se permitió un “festival” en Avándaro al que asistieron decenas de miles de jóvenes.

La lucha estudiantil en la UNAM se vuelve una caricatura, con demandas muy limitadas y con medios excedidos, con las patéticas denuncias y declaraciones de Miguel Castro Bustos y los desplantes agresivos de Mario Falcón. El Movimiento deviene, en muchos sentidos, artificial y grotesco. Este período, que transcurre entre 1971 y 1973 en la UNAM, es quizá el momento de mayor confusión de política estudiantil que se recuerde. En el mejor de los casos, sólo se podría hablar de militantes terriblemente desgarrados, de grupos muy golpeados y frustrados, que pretenden llamar a la conciencia política por una vía elemental y vacua, apenas cubierta por un doctrinarismo radical.

El 10 de junio en términos políticos se pierde por mucho tiempo la posibilidad, que el Movimiento del 68 abrió, de un frente



antigubernamental consistente; y en cambio se abre todo el abanico de alternativas desde el ultraizquierdismo extremo hasta la adhesión pública de Heberto Castillo al planteamiento de apertura democrática de Echeverría que no tenía ningún fundamento, y también la práctica de los grupos colaboracionistas que se van adaptando a las iniciativas de cooptación del echeverrismo. Lo que se observa no es más que el quiebre político de una conducción, no hay orientación ni rumbo y se despliegan todas las alternativas posibles.

### *La organización tradicional*

Después de 68 las organizaciones estudiantiles tradicionales estaban destruidas. El Movimiento las había rebasado de manera tan abrumadora que quedaron imposibilitadas para intentar atribuirse la representatividad estudiantil. La tarea planteada era la reconstitución organizativa del Movimiento estudiantil. En este terreno se situaron diferencias muy profundas. En abril de 1972 se desarrolló un amplísimo encuentro de estudiantes de todo el país que respondía al incremento de la politización lograda a escala nacional; por desgracia el encuentro fracasó y no pudo llegar a nada, y no por diferencias de propósitos y objetivos, sino de tácticas artificialmente estiradas y sobre todo por sectarismo.

Desde mediados de 1970 en la cárcel iniciamos la discusión y estuvimos promoviendo que se construyera un organismo representativo del “conjunto” de los estudiantes, con mecanismos de elección para asegurar la participación democrática de las amplias bases estudiantiles. Simultáneamente, en varios lugares del país, surgió una tendencia impetuosa de impulso a la creación de grupos activistas que políticamente estaban identificados con el Movimiento.

De manera paulatina estos grupos de gente más radical, que recogían la tradición del 68, comenzaron a estructurarse como Comités de Lucha. Una diferencia entre los comités representativos del conjunto y los comités de lucha era que mientras unos debían ser elegidos por todos los estudiantes y moverse al ritmo de las comunidades, los otros impulsaban sus propósitos y tareas de manera inmediata y así intentaban mantener vigentes la problemática y las formas de lucha del Movimiento, eran organismos de vanguardia.

Los Comités de Lucha se integraban a partir de la identificación en cuestiones político-ideológicas, la integración de un nuevo miembro era voluntaria, pero dependía de la aprobación del conjunto de los militantes, y los criterios fundamentales —como en una organización política— eran la claridad, la militancia, la disposición de combate.

Pero había condiciones políticas inmejorables para que los miembros de estos Comités de Lucha hubieran ganado la representatividad por elecciones en la absoluta mayoría de las escuelas, y de fondo no había una contradicción real entre crear una organización federativa, democrática, a nivel nacional, y la existencia de los comités de lucha; así se hubiera construido una poderosísima organización estudiantil. Lo impidieron varios factores, el principal, de nueva cuenta, fue la competencia sectaria entre los diversos organismos de izquierda, que temían que al no poder ganar sus militantes la representación nacional, se delegara una fuerza muy grande en otro grupo, al que por legitimado que estuviera, no se le podía otorgar la mínima confianza por una dimensión sectaria de la política. Había pues una resistencia que llevaba al Movimiento a la dispersión y se oponía a la unificación nacional. La confrontación política giró en torno a este tipo de cuestiones.<sup>6</sup>

Si la organización estudiantil se construía sobre la base de una representatividad amplia, hubiera sido necesario recoger problemas y demandas directamente ligadas a su vida académica: desde problemas de instalaciones y equipamiento de las escuelas, hasta las cuestiones más generales de los planes de estudio y del sentido de la enseñanza. Pero en aquel momento, estas cuestiones para muchos grupos aparecían como un retroceso respecto a lo planteado por el Movimiento. Se impuso una visión vanguardista: los Comités de Lucha asumieron en los hechos la representación colectiva, y mantuvieron una muy amplia capacidad de convocatoria y una gran combatividad durante un largo período, legitimada sólo mediante asambleas; en muchas escuelas sus actividades esenciales se

<sup>6</sup> La única alternativa de oposición que se vislumbraba, absolutamente débil y ridícula, era un grupo de estudiantes en Ciencias Políticas, que habían sido elementos de provocación al final del Movimiento, y que intentaban ganar la representación de Ciencias Políticas mediante elecciones directas. Pero este peligro ínfimo, de que esta escuela o algunas otras pudieran quedar legítimamente en manos de los priístas era un riesgo que no se atrevían a correr las diversas corrientes políticas que actuaban en los comités de lucha.

centraron en cuestiones políticas globales y no se dio la debida atención a la problemática propia de las escuelas y de los estudiantes.

Pero lo más grave fue que los Comités de Lucha, en la medida en que eran organismos de participación voluntaria y que en consecuencia no estaban obligados a darle cuentas a nadie fuera de ellos mismos, persistían en sus errores a pesar de los señalamientos y críticas que recibían. Con el tiempo, en la mayoría de las escuelas fueron desapareciendo sin nada que los sustituyera.

Con el advenimiento de las teorizaciones sectarias de la Corriente de Junio se justifica y se abre paso la idea de la acción directa y del rechazo a las “restricciones democráticas del 68”, se dice que los movimientos se ganan por la acción directa de las masas y que ha llegado el momento de las luchas enérgicas y decididas, cualquier formulación programática de largo plazo es rechazada y calificada peyorativamente de “peticionista”, y con cualquier mínimo pretexto se da el rompimiento de relaciones políticas con las autoridades académicas.

La idea más perniciosa y nefasta por sus efectos desorganizadores es el rechazo a lo que llamaban “peticionismo”, porque impide dar atención a los trabajos de plazo y porque descalifica todo lo que no se puede conseguir de inmediato por la vía de la apropiación directa. Pero como ese aparente radicalismo sólo puede subsistir en el ámbito de las escuelas, éstas se transforman en un *ghetto* y el Movimiento Estudiantil se deforma en una caricatura dramática.

La actividad política se degrada, se toma la universidad con cualquier pretexto, las demandas no tienen una jerarquía, los procedimientos no guardan relación entre lo que se demanda y la desmesura y la violencia que se ejercen. Se crea un caos en el que se ponen en peligro todos los avances políticos y los valores internos con un radicalismo infantil que la mayoría de la comunidad escolar rechaza en su fuero interno.<sup>7</sup> Lo único que se podría decir en su favor es que ese Movimiento era un reclamo de libertad llevado a un extremo excesivo.

<sup>7</sup> Existía un descontento muy grande y generalizado en el medio académico por los métodos de actividad política que se utilizaban en las escuelas. Había un reclamo permanente de profesores y estudiantes, que estando de acuerdo con los planteamientos políticos radicales, rechazaban los métodos arbitrarios y compulsivos de algunos Comités de Lucha, y exigían respeto al trabajo académico.

La persistencia de estos grupos sectarizados, en las universidades sólo se explica por la existencia del único elemento real que les daba sustento: la actividad de las organizaciones guerrilleras, pero en realidad tampoco había una relación ni orgánica, ni política entre el movimiento armado y la mayoría de estos grupos estudiantiles que se presentaban como su expresión solidaria.

El fenómeno fue nacional y no sólo se expresó en la UNAM, en Sinaloa se presentó de manera dramática, aunque con otras formas, con el grupo de “los enfermos” y su teorización respecto al “proletariado estudiantil” y las tesis de la “universidad fábrica” y sus propuestas y acciones de lucha armada. Dentro de este esquema en Puebla proliferaron dentro de la Universidad diversos agrupamientos lumpenizados con el agravante de que constantemente protagonizaban enfrentamientos armados para dirimir sus cuotas internas de poder.

La experiencia de organización estudiantil, posterior al 2 de octubre, en cambio merece toda una discusión detallada. Lo cierto es que el Movimiento del 68 tuvo una impresionante capacidad para destruir de un golpe los organismos corrompidos y oficializados de representación del estudiantado, pero no hubo capacidad para construir una organización alternativa con base en criterios de representatividad. Desde el punto de vista del interés del gobierno por el control del sector estudiantil, parece equivalente imponer organizaciones corrompidas de control directo de los estudiantes como eran en su última etapa la FNET, FUSA y otras, o dejar a las escuelas atomizadas, aisladas y sin ninguna estructura organizativa permanente de atención a los problemas específicos de los estudiantes.

La solución espontánea que se impuso después del Movimiento del 68 fue la integración de Comités de Lucha por escuelas, que originalmente contaron con un altísimo prestigio y total legitimidad, pero que posteriormente se fueron desgastando sin que se encontraran formas y medios para replantear a fondo el problema de la organización estudiantil. Después de algunos años en la mayoría de las escuelas habían perdido fuerza o desaparecido los Comités de Lucha y no existía estructura estudiantil permanente y representativa de ningún otro tipo.

En las escuelas del IPN, la UNAM y en las universidades de todos los estados, señaladamente en las de Guadalajara e Hidalgo, se han sostenido con apoyo y protección oficial organizaciones de carácter

porril que funcionan como instrumentos de control e intimidación y a las que se les pagan sus servicios permitiéndoles que recurran a la extorsión de sus compañeros.

Tampoco derivaron en estructuras organizativas permanentes y representativas ni las experiencias del movimiento universitario de rechazo al plan Carpizo (CEU) en 1987, ni la lucha de estudiantes politécnicos contra el porrismo en esa misma época (Coordinadora Estudiantil Politécnica, CEP). La participación estudiantil actual es movimientista y mantiene una importante capacidad de convocatoria alrededor de iniciativas y eventos de solidaridad, como los conciertos y las caravanas de apoyo a Chiapas, y de apoyo a movimientos democráticos, como la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, pero también se empieza a dar de manera preocupante, aunque sea intermitente, la presencia de fuerzas de derecha que reclaman espacios en los ámbitos universitarios y estudiantiles, más motivados por errores de la izquierda que por el interés o los propios méritos de sus ideas.

Un examen a fondo de estos asuntos debería considerar en primer lugar si existe o no la necesidad y la conveniencia de contar con organizaciones representativas permanentes de los estudiantes. La respuesta depende de una serie de factores y consideraciones respecto a la realidad del sistema educativo y sus tendencias previsibles en función de las fuerzas económicas y políticas que inciden en las instituciones de educación media y superior. También dependería de la comprensión exacta que se tenga de los ideales y de la realidad del papel que se espera que jueguen los estudiantes y círculos profesionistas en la sociedad.

### *El trabajo académico*

La desorganización del Movimiento estudiantil después del 10 de junio de 1971 fue muy grave y desde entonces a la fecha todavía no hay una recuperación definitiva. Desde luego que hubo participación estudiantil solidaria con las luchas de SPAUNAM, STUNAM y la Tendencia Democrática, pero no se construyeron alternativas propias de largo plazo, que sólo podían fundarse con planteamientos y posiciones sistemáticas en torno a los problemas del sistema educativo nacional. La interrelación de la política estudiantil del momento y los proyectos edu-

cativos ha sido más circunstancial que sistemática, y a pesar de que en las cuestiones educativas son dominantes y están sólidamente arraigados los principios y conceptos democráticos y avanzados, la conducción concreta de las universidades se ha dejado en manos de las fuerzas tradicionales, y cuando la responsabilidad ha recaído en fuerzas de izquierda los resultados han sido extremos y disparejos, algunos brillantes y otros más que criticables.

El deterioro de las “vanguardias” universitarias se expresó en la incomprensión del papel que jugaba Pablo González Casanova como rector de la UNAM y el significado de la entrada de Guillermo Soberón a disciplinar la UNAM. Una política interna sectaria y polarizada que no atiende correctamente el trabajo académico facilita la recomposición exitosa de la derecha universitaria, que logra aglutinar a sectores descontentos contra la situación de caos en que se encontraba la Universidad, consigue darles un programa, organizarlos y los conduce en una acción decisiva en contra del sindicalismo universitario en 1977, que culmina con una derrota severa para el movimiento sindical. Soberón avanza sobre el sectarismo de la izquierda estudiantil y sobre los errores de la dirección del movimiento sindical.

Mucho de lo que sucedió en los primeros años de los setenta se explica porque estaba muy difundida la idea de que los estudiantes eran un sector no esencial, secundario y hasta despreciable de la lucha social y política. Como lo importante era el trabajo obrero y campesino, en cierto sentido las organizaciones políticas abandonaron el trabajo estudiantil, o lo usaron como instrumento para otras causas. Otro elemento relevante en esta situación fue o ha sido la persistente solución organizativa fundada en los comités de lucha y el miedo de la izquierda a aceptar una organización representativa y democrática que verdaderamente aglutine y dé sistematicidad y permanencia a los propósitos programáticos de largo plazo que constituyen la columna vertebral del movimiento estudiantil. En términos organizativos está abandonado el seguimiento de la evolución programática que podría haberse desprendido de la lógica que normaba los planteamientos educativos previos a 1968.

Antes del Movimiento, hubo esfuerzos transformadores más claros dirigidos a abrir las universidades al marxismo como realidad política e intelectual que no se podía seguir ocultando, menos aún con las visiones y procedimientos persecutorios del macartismo.

Pero después del 68 el marxismo ya no se estudia solamente en seminarios particulares o en unos cuantos cursos en las escuelas de Humanidades, sino que se generaliza y se implanta en los programas de estudio, en paralelo al surgimiento de una avidez impresionante por conocer las fundamentaciones teóricas de la actividad política y revolucionaria y la realidad nacional. Junto a la teoría hay una eclosión de estudios sobre el país, sobre el Estado, la historia, el desarrollo económico, el movimiento obrero, el movimiento campesino. Se revalora una serie de temas de estudio que estaban desplazados por el aparente “éxito” con que la burguesía había manejado al país.

Sin embargo, el desarrollo no es uniforme al poderoso motor de la inquietud intelectual que se resuelve con medidas autodidactas que rebasan el sistema de enseñanza —porque la gente estudia y aprende más en los círculos de estudio, en la “conspiración” de izquierda, en las asambleas, que en las universidades— lo frena y lo limita el doctrinarismo y el dogmatismo que prevalece en las visiones promovidas por los grupos políticos.

Como en la vida institucional de las escuelas la democratización y las modificaciones a los planes y programas de estudio no encuentran un cauce sistemático, los afanes de cambio transcurren por vías alternativas. En las escuelas universitarias con mayor vida interna y fuerza social radicalizada, como Economía, Ciencias, Arquitectura, Antropología, Medicina y otras se imponen los cogobiernos y los autogobiernos y se emprenden proyectos de transformación académica y educativa con distinto éxito institucional. Los obstáculos artificiales impuestos por autoridades y sectores tradicionalistas, la rigidez del sistema universitario ante cambios académicos y los intereses políticos inamovibles enconan y perpetúan los conflictos que devienen en una forma de desgaste para el movimiento estudiantil. Las burocracias aprenden a resistir por largos años los embates estudiantiles y éstos se repliegan y se atrincheran en las asambleas. Finalmente el asambleísmo tampoco consigue reanimar la lucha estudiantil con proyectos de largo aliento.

En el Politécnico las confrontaciones internas fueron más agudas y virulentas que en la Universidad. Desde 1971 y por varios años el Politécnico vivió casi por inercia en términos estrictos; los directores de la escuela no podían ejercer sus funciones porque las oficinas estaban frecuentemente tomadas por los estudiantes, y a

veces la ocupación duraba largos meses. Prácticamente no hubo alternativas innovadoras y democráticas. En los proyectos de UPIICSA, de los tecnológicos regionales y de las nuevas escuelas se aseguraron los controles tradicionales priístas y se distribuyeron canonjías para estabilizar y asegurar el control oficial de los grupos priístas. Los nuevos proyectos se desarrollaron más por iniciativa del echeverrismo que de los grupos democráticos y se quedaron en gran parte en manos del sector más oficialista y corrompido de fenetos y porros de los profesionistas y técnicos del Politécnico.

En el período presidencial de Luis Echeverría se impulsó una serie de proyectos de transformación institucional del sistema educativo, que podían conllevar y seguramente tenían la doble intención de dar una salida a la crisis y recuperar el control del régimen sobre los centros de educación superior. Pero en términos concretos y en la mayoría de los casos eran proyectos impulsados directamente o con muy alta participación de personas y grupos democráticos profundamente sensibilizados por los acontecimientos del 68. Así surgieron los Colegios de Ciencias y Humanidades, la Universidad Autónoma Metropolitana, los Colegios de Bachilleres, la UPIICSA, el CNETI, y una explosión de los programas de posgrado. A pesar de propósitos explícitos como la separación de la investigación y la docencia en la UNAM, las iniciativas de control y de derechización fracasaron. Las instituciones de educación media y superior continuaron y siguen siendo permeables y favorables a la izquierda, y conservan una gran influencia ideológica y política, a pesar de su dispersión y de que no se propone conscientemente esta tarea.

En la Universidad hay un espacio ganado para la reflexión de izquierda respecto a los problemas nacionales, y al conservarse en ella se mantiene para el sistema educativo nacional. Indudablemente, en la conservación de ese espacio sentó las bases y jugó un papel decisivo Javier Barros Sierra, porque fue él quien rubricó con su ejemplo las condiciones para la libertad y el respeto a la disidencia política, e incorporó a la tradición universitaria los valores que partían de los radicales planteamientos del Movimiento del 68. A pesar de todos los esfuerzos posteriores por olvidarlo, eso no lo han logrado. Ésta es la contribución de Barros Sierra a la cultura nacional: abrir las puertas institucionales al pensamiento alternativo.



La relación de los intelectuales y el poder político fue seriamente cuestionada y modificada por el Movimiento del 68, reforzando las tendencias críticas y autonómicas del pensamiento. Pero también es cierto que fue en los medios académicos y de divulgación en donde se restableció relativamente rápido un diálogo y un acercamiento del poder político con los intelectuales, más sobre la base de concesiones políticas y materiales que por convencimiento.<sup>8</sup>

La contribución de algunos grupos de intelectuales y académicos a la vida política nacional y al discurso político gubernamental ha sido significativa en los dos sentidos, tanto para reforzar las posiciones del gobierno a las que sus críticas complementan y adornan, como para combatir y cuestionar las opciones políticas populares sobre todo por omisiones y defectos, lo que por condición y origen casi necesariamente conllevan, sin percibir o minimizando el papel positivo que en un momento dado han jugado. Se puede reconocer que los esfuerzos de la mayoría de estos intelectuales, incluyendo a los que se han acercado más a las posiciones políticas oficiales, han sido significativos en la vida académica y en el avance del conocimiento de la realidad, pero también han sido funcionales a los propósitos del gobierno.

### **Punto Crítico, revista y organización**

Después de la salida de la cárcel, ya lo hemos dicho, regresamos de Chile el 3 de junio, una semana antes de la manifestación del día 10. El segundo semestre de 1971 fue de preparación de la salida de la revista *Punto Crítico*. Se aglutinó un grupo muy amplio de ex presos políticos y de jóvenes intelectuales que venían desarrollando un trabajo de análisis de la realidad nacional profundo y sistemático alrededor del Taller de Análisis Socio Económico (TASE) en donde participaban Rolando Cordera, Carlos Pereyra, Juan Felipe Leal, Arnaldo Córdova, Adolfo Sánchez Rebolledo, y muchos más.

Se logró una participación colectiva muy amplia y se decidió trabajar en esos términos y “sin derechos de autor” en *Punto Crítico*, de manera que todos los escritos tenían el carácter de informes preliminares, y eran modificables por la discusión y los criterios fina-

<sup>8</sup> “Echeverría o el fascismo”, clamaban Fernando Benítez y Carlos Fuentes.

les de redacción y edición para evitar repeticiones y percepciones excesivamente individuales. Se minimizó el peso de las opiniones personales y se dio atención principal a los problemas nacionales desde una perspectiva de cambio revolucionario. Con el tiempo las diferencias que se fueron presentando surgieron alrededor del impulso o no de proyectos organizativos, y de posibles alianzas.

En la revista *Punto Crítico* se dio prioridad a la elaboración de planteamientos y al análisis político, antes que a las cuestiones organizativas. En los primeros cinco años, hasta fines de 1976, los proyectos político-organizativos sólo se atendían en la medida de las posibilidades. A pesar de ello se impulsó el surgimiento del sindicalismo académico, a través de una corriente muy exitosa: el Consejo Sindical, que agrupó a profesores de diversas escuelas y facultades, y logró sentar las bases para la construcción del Sindicato de Personal Académico de la UNAM (SPAUNAM).

La experiencia de *Punto Crítico* en sus primeros años fue muy significativa. El balance mostraba que se había logrado seguir con bastante precisión la evolución de la problemática nacional en sus aspectos principales. Los números anuales de balance fueron un avance muy importante en el pensamiento político reciente en México, en particular de la izquierda que surge del 68.

Los primeros años de actividad de la revista muestran un nuevo tipo de acercamiento a la problemática nacional, sistemático, analizando los diversos acontecimientos. Cumplíamos así los propósitos de información y análisis que nos habíamos planteado explícitamente. Esos tiempos fueron de muchísima incompreensión y polarización entre la izquierda: nos señalaban como financiados por Gobernación, partidarios de la apertura democrática, priístas embozados, etc., pero esos infundios no prosperaban y contrastaban con el seguimiento sistemático y respetuoso de toda la gama de experiencias de lucha.

Después de algunos años estábamos convencidos de que era posible desarrollar una política que no cayera en el ultraizquierdismo, ni el oportunismo recurrente que oscilaba de una posición a la otra sin ninguna coherencia. Nos dio una gran confianza el hecho de poder expresar posiciones políticas sistemáticas ante situaciones muy diversas y de una gran complejidad, partiendo de un “análisis concreto de la situación concreta” y no de esquemas abstractos. Habíamos logrado desarrollar una opinión política coherente res-

pecto al movimiento armado, a las diversas políticas del régimen, a los planteamientos populistas, al desarrollo de la economía y la evolución del país, etcétera.

La conclusión apuntaba en el sentido de que era posible pasar a construir una organización dotada de una estrategia consecuente, y con capacidad de impulsar una línea política compleja que atendiera los aspectos fundamentales de la realidad nacional, superando percepciones unilaterales, y no reducida a un solo espacio o una sola forma de lucha. Éste era el análisis que hacíamos en 1974-1975.

En ese tiempo impulsamos algunos proyectos organizativos de masas como el SPAUNAM, el sindicalismo en la Universidad Metropolitana. Se desplegó una propaganda muy amplia en torno a cuestiones académicas y universitarias, en que actuaban directamente militantes nuestros en tareas de dirección de masas. Simultáneamente comenzó a desarrollarse una serie de relaciones políticas con grupos en muchos lugares del país. Se trataba de un planteamiento explícito de política organizativa: agrupar una tendencia nacional, sobre la base de grupos que no estaban comprometidos con el movimiento armado, ni con políticas oportunistas y de derecha, sino con el impulso de la movilización de masas, sobre la base de núcleos de militantes marxistas, comunistas, progresistas en general, y que precisamente por ello podía potenciar sus esfuerzos agrupándose alrededor de una estrategia nacional de lucha revolucionaria. La idea era que la grandísima experiencia de lucha social que se estaba generando en la década de los setenta podía aglutinarse en un movimiento que diera lugar a la formación de una nueva organización. Ésta era una propuesta de configurar un partido político revolucionario a partir de la experiencia concreta de la lucha de masas.

### *La conducción política y los medios*

A fines del sexenio de Echeverría la situación de los proyectos políticos de la izquierda estaba dominada por las temáticas y las preocupaciones doctrinaristas y por las prácticas de autoafirmación y consolidación en los escasos y precarios espacios de las organizaciones de masas independientes. Esta situación fomentaba el sectarismo y las exclusiones de otros proyectos políticos. Además la situación eco-

nómica y política del país empezó a complicarse notablemente, primero por la presencia recurrente de los fenómenos específicos de la crisis económica (la atonía, la inflación, la deuda externa, el petróleo, los primeros acuerdos con el FMI, la austeridad, etc.) y después por la mayor complejidad política derivada de la presencia y acción de una multiplicidad de actores políticos con diversos intereses, nuevos partidos, corrientes sindicales, universidades democráticas, individualmente modestos, pero colectivamente significativos.

En las etapas subsiguientes el balance también debe hacerse en términos de avances y retrocesos y de las responsabilidades particulares en estos complejos procesos de conciencia y organización. Las aportaciones individuales y particulares pueden ser muy valiosas en uno u otro aspecto del proceso, pero el avance del pueblo sólo es posible si se logran simultáneamente desarrollos en conciencia y organización. Los más justos y generosos proyectos nacionales no pueden realizarse amparados exclusivamente en la habilidad negociadora, en la capacidad de “vender ideas”, sin un proyecto correspondiente de construcción de fuerza social y política que los lleve a la práctica.

La realidad de México sigue estando cerrada para el análisis y la actuación política, excepto en algunos espacios privilegiados. Todavía no es posible desarrollar abiertamente y con plenas garantías de respeto la discrepancia política en áreas sensibles de la vida nacional, como son las empresas y organismos estatales que tienen un peso fundamental en la vida de la República. El análisis está restringido por el monopolio y uso privilegiado de la información relevante y todavía subsisten los riesgos represivos por el simple hecho de revelar a la opinión pública la información indispensable para la comprensión de los problemas nacionales.

*Tercera parte*

La intervención militar en el 68



## 11. Antecedentes y consecuencias

La posibilidad de intervención del Ejército en los conflictos políticos internos es una alternativa que se incrementa y amplifica en la misma medida en que los movimientos de oposición adquieren fuerza y relevancia. La utilización ilegal de las fuerzas armadas para defender el sistema político priísta y mantener la opresión prevaleciente ha sido una presencia ominosa, constante e innegable en la vida nacional. En cada caso concreto de represión en que ha participado el Ejército, los pretextos que se han esgrimido para ello han sido por demás delezna- bles, pero finalmente la acción militar en el momento ha funcionado con eficacia por cuanto logra paralizar a los opositores mediante el terror.

En la coyuntura de las elecciones federales de 1994 y ante la posibilidad de un triunfo de las fuerzas de oposición perredista se perfilaba una situación de violencia amenazante a la que se hacía referencia eufemísticamente como el riesgo de un “choque de trenes” que era necesario evitar abriendo las vías de alivio para impedir el encontronazo, pero lo cierto es que la única amenaza real se presentaba por la posibilidad de utilización del Ejército.

La historia reciente de México registra numerosas acciones represivas del Ejército en contra de la población civil, en muchos casos con un alto número de víctimas. Sin embargo, en la vida política nacional nunca se han investigado y menos se han castigado, las responsabilidades correspondientes por estas acciones evidentemente criminales y punibles. En México parece inevitable que el Ejército intervenga en asuntos políticos, y cuando interviene parece natural que se produzcan víctimas fatales.

Finalmente las denuncias acumuladas en los últimos 30 años de cientos de casos represivos y el incremento de la conciencia política logrado por la lucha de los organismos que actúan en defensa de los derechos humanos en México y en el mundo, han fructificado en organismos públicos autónomos que realizan una mejor y más exigente acción de vigilancia política y de cumplimiento escrupuloso de la legalidad en las acciones represivas de las fuerzas públicas incluyendo al Ejército. Por primera vez en nuestros días, a raíz de la insurrección indígena en Chiapas de 1994 se han presentado denuncias en contra del Ejército por la violación a los derechos humanos, que han derivado en investigaciones y posibles procesos de responsabilidad penal a los militares involucrados.<sup>1</sup>

En la experiencia mexicana de acciones represivas el caso del 2 de octubre en Tlatelolco es singular en muchos sentidos: porque estuvo dirigida en contra de los estudiantes universitarios y de las escuelas superiores; porque los hechos se dieron en el centro político del país y en presencia de cientos de observadores extranjeros y no pudieron ser ocultados; por las implicaciones de carácter jurídico y político que de ahí se derivaron; por las evidencias abrumadoras de que se trató de un crimen de Estado fraguado por las más altas autoridades políticas y militares del país y ejecutado por el Ejército y los organismos policiacos de seguridad del Estado; por el efecto decantado de las mentiras que se propalaron en la época atribuyendo la violencia a la acción de francotiradores y guerrilleros,<sup>2</sup> y por las dimensiones mayúsculas de la tragedia. Por todo ello la demanda de conocer la verdad del 2 de octubre adquirió fuerza y relevancia. Pero más todavía, las características jurídico-legales

<sup>1</sup> Se trata de los casos de los indígenas muertos y torturados en el mercado de Ocosingo, de las mujeres tzeltales violadas en junio de ese mismo año.

<sup>2</sup> Es interesante e importante rastrear los trabajos de inteligencia, de guerra psicológica, de desinformación y otros semejantes desarrollados por el Ejército mexicano en coordinación con los organismos policiacos de seguridad del Estado, para manipular la percepción política de los ciudadanos. Existen suficientes elementos para considerar que libros apócrifos como "El Mándrigo", "Danny, el sobrino del Tío Sam" fueron elaborados por o en estrecha coordinación con organismos del Ejército. Una mención especial merece el libro del entonces coronel Manuel Urrutia Castro *Trampa en Tlatelolco*, editado en 1969 para "uso exclusivo de oficiales del Ejército" por lo que puede considerarse como un texto oficial del punto de vista del Ejército respecto al conflicto. Algo semejante puede decirse de las columnas periodísticas de Alfredo G. López Portillo (p. 126), Gustavo de Anda, Jorge Davó González (p. 136), Luis del Toro (p. 138) que reproducían los puntos de vista del Ejército, e incluso no es difícil imaginar que los autores de los libelos mencionados podrían encontrarse entre estos mismos "periodistas".



de los delitos cometidos en el crimen de Tlatelolco son imprescriptibles y en consecuencia se mantiene abierta la posibilidad de examinar el caso en términos penales, lo que tiene una indudable importancia en los asuntos políticos de actualidad.

En el 25 Aniversario del Movimiento, una Comisión de la Verdad integrada por intelectuales y académicos de reconocido prestigio intentó reconstruir los hechos del 68, pero el propósito no se cumplió cabalmente por la negativa oficial a abrir los archivos de las dependencias del gobierno. La Comisión de la Verdad concluyó sus trabajos con un informe sucinto y una recomendación de modificar el artículo octavo de la Constitución de manera que toda la documentación oficial de los hechos de gobierno, incluyendo aquellos documentos que se consideraran reservados o secretos por razones de seguridad del Estado, se hicieran públicos después de un cierto tiempo preestablecido.

En diciembre de 1993 en la Cámara de Diputados presenté una iniciativa de ley<sup>3</sup> con esos mismos motivos y propósitos, y para enfatizar el hecho de que sí es posible reconstruir los sucesos y las responsabilidades personales de quienes participaron en Tlatelolco, hice pública una lista de los oficiales del Ejército integrantes del Batallón Olimpia, sugiriendo que se podrían recabar sus declaraciones y testimonios personales en la perspectiva de integrar una averiguación de carácter penal. Cinco años después, la iniciativa de ley para liberar los archivos permanece “congelada” y no ha sido dictaminada, pero en el debate nacional de la época y por las diversas reclamaciones de la opinión pública que se hicieron para garantizar el acceso a la documentación oficial, la directora del Archivo General de la Nación, en ese entonces Leonor Ortiz Monasterio Prieto, declaró que los documentos se podrían conocer a los 30 años de transcurridos los hechos. Estos antecedentes están en el trasfondo de la situación actual.

Por la trascendencia política de los hechos de Tlatelolco, por ese compromiso para “abrir los archivos oficiales” y por la situación de Chiapas, en donde la intervención del Ejército es a todas luces ilegal y represiva y por ello está siendo severamente cuestionada, en este año de 1998 el tema se ha reactivado en los medios de comunicación, y en la Cámara de Diputados se creó la “Comisión Espe-

<sup>3</sup> Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 20 de diciembre de 1993.

cial Investigadora de los Sucesos del 68” integrada por representantes de todos los partidos políticos. Esta nueva Comisión ha programado sus trabajos en dos vías: una recopilación de evidencias documentales en archivos nacionales y extranjeros<sup>4</sup> y, recibiendo en audiencias especiales a algunos protagonistas de los hechos para registrar sus testimonios.

En el Archivo General de la Nación los diputados de la Comisión conocieron de la existencia y tuvieron acceso a cerca de 3 mil cajas de la época que contienen documentos relativos al Movimiento pero que hasta el momento todavía no estaban debidamente inventariados y clasificados. De la Secretaría de Gobernación también recibieron documentación correspondiente, pero en cambio se mantiene negado el acceso a los archivos de la Secretaría de la Defensa.

La integración de una Comisión Especial de Diputados para investigar los sucesos del Movimiento del 68 es en sí misma un acto político de gran importancia, porque así se reconoce la trascendencia y actualidad de las preocupaciones derivadas de esos acontecimientos. Pero por la naturaleza y la composición de los integrantes de la Comisión y de las prácticas políticas nacionales también están contenidos una serie de riesgos de diverso tipo que han sido advertidos de antemano, para evitarlos, o si se incurre en ellos, para corregirlos y replantear los propósitos de esa Comisión.

La primera prevención y cuestionamiento de fondo es que se haya definido como “comisión investigadora” porque eso supone que al terminar sus trabajos (lo cual no está establecido pero por razones de tiempos políticos en principio debe suponerse que sería en octubre de 1998 y cuando mucho un poco más) deberá ofrecer un informe de sus pesquisas y las conclusiones que de ello se deriven. A mediados de 1998 el problema parece entrampado, porque todavía no hay acceso franco a toda la documentación, y en esas condiciones si las investigaciones se encaminaran por un rumbo de carácter técnico penal y judicial ya se puede adelantar que en

<sup>4</sup> Sin menospreciar de ninguna manera la información que se pueda obtener de archivos extranjeros, parece razonable suponer que ahí se podrían encontrar, a lo más, respuestas a problemas concretos, como el ocultamiento de los cadáveres, el número real de los muertos en Tlatelolco o revelaciones de carácter político. Pero lo que es casi absolutamente seguro, es que en esos archivos no se encuentren los documentos que permitirían fincar responsabilidades penales a los responsables.

la Comisión de diputados ni han tenido ni tendrán el tiempo suficiente para estudiar los documentos, ni están capacitados por ahora para abordar este tipo de problemas. Además, si las conclusiones fueran de carácter político la dificultad estriba en que la composición pluripartidista y la defensa a ultranza de intereses políticos particulares hace muy difícil la posibilidad de llegar a acuerdos relevantes en el espacio de la Comisión. Es el caso típico que el canciller alemán Bismarck cínicamente recomendaba: “Si quieres empantanar un problema, forma una comisión plural de diputados que lo estudie”.

La solución, sin embargo, está en redefinir los propósitos de la Comisión Especial de diputados y sustituir el carácter investigador que ahora tiene para que fundamentalmente se aboque con todos los medios políticos y legislativos a su alcance a garantizar el acceso libre a toda la documentación oficial del gobierno. Más allá de poner en juego la autoridad política de la Cámara de Diputados para garantizar el acceso casuístico y circunstancial a algunos documentos del 68 y de otros casos semejantes, lo que se requiere es legislar al respecto para establecer las condiciones que garanticen que toda la documentación, incluyendo aquella que se considere como de seguridad nacional, se haga pública. En el momento en que esta primera condición de libre acceso a la documentación oficial del gobierno estuviera resuelta, se podría integrar por acuerdo de la Cámara de Diputados otra segunda “Comisión de la Verdad” no partidista, con personalidades ampliamente reconocidas por su capacidad moral y técnica para investigar sucesos de responsabilidad política y penal, como se presupone que es el caso del 2 de octubre en Tlatelolco, que recupere y reabra las investigaciones iniciadas por la primera Comisión en 1993.<sup>5</sup>

### *Consecuencias políticas del uso del Ejército*

Las consecuencias políticas de la utilización del Ejército para reprimir a los estudiantes en el Movimiento del 68 son diversas y es importante también tomarlas en cuenta. En cualquier balance político medianamente objetivo, la actuación del Ejército en el 68 sólo registra

<sup>5</sup> Este procedimiento para redefinir los trabajos de la Comisión de diputados fue sugerido por el ex diputado César Chávez.

resultados negativos. Su intervención fue continua, y se realizaron operaciones especiales de gran envergadura en cinco momentos principales: a finales de julio para romper la resistencia de los preparatorianos en las escuelas del centro de la ciudad de México; a finales de agosto para desalojar la guardia en el Zócalo y en los días subsiguientes; durante la segunda quincena de septiembre desde la toma de Ciudad Universitaria, las escuelas del Politécnico y hasta la desocupación de las mismas; en los acontecimientos del 2 de octubre, y el 13 de diciembre para impedir la salida de una marcha de protesta desde Ciudad Universitaria. Los elementos políticos de planeación y de consecuencias de esas acciones al principio fueron relativamente sencillos, y después se fueron complicando de manera extraordinaria.

En la parte exclusivamente política de la intervención del Ejército se registran varias situaciones e implicaciones importantes que no pueden pasar desapercibidas o no han sido valoradas:

a) Como consecuencia de los conceptos y las intenciones expresadas por Díaz Ordaz en el IV Informe Presidencial se multiplicaron las presiones directas del Ejército sobre las autoridades universitarias urgiéndolas a tomar medidas para volver a clases. En efecto, en los días 8 y 9 de septiembre hubo diferentes pronunciamientos de directores de escuela y funcionarios universitarios en el sentido de que el Movimiento estaba yendo demasiado lejos. Pero lo que no era público es que estas declaraciones estaban inducidas por presiones del Ejército reforzadas con el cerco temporal y el amago de invasión de la Ciudad Universitaria que se produjo en esos días cuando las tropas sólo bloquearon temporalmente los accesos al campus para después retirarse sin mayores consecuencias.

b) El sostenimiento a ultranza del principio de autoridad corrió a cargo de los militares, y no sólo en términos generales, sino también de manera concreta. La destitución, investigación y castigo de los jefes de la policía del DF, generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero, se transformó en un punto imposible e innegociable por el simple hecho de que se trataba de militares.<sup>6</sup>

c) En la división “natural” del trabajo represivo entre los responsables civiles y los ejecutores del Ejército, la parte pública falsamente condescendiente y civilizada, corrió a cargo

<sup>6</sup> Coronel Manuel Urrutia Castro, *Trampa en Tlatelolco*, México, 1969, p. 19.

de las autoridades civiles que ofrecían diálogo y soluciones en la mañana y que horas después ordenaban la intervención de las tropas.

d) La autorización explícita a todas las comandancias de zonas militares para intervenir en el control y represión de actos estudiantiles sin necesidad de consulta previa con el alto mando, es decir, otorgándoles autonomía y discrecionalidad política y operativa.<sup>7</sup>

Incidentalmente reiteramos que de todos estos sucesos de carácter político también debe existir alguna documentación oficial al respecto por las evidentes implicaciones que cada señalamiento conlleva.

Todo lo señalado muestra que aumentaba significativamente el peso político del Ejército, pero simultáneamente se incrementaba su desprestigio. El uso constante del Ejército en labores policiacas produjo una reacción popular de desprecio a los soldados. La gente les perdió el miedo y se burlaba de sus acciones, pues eran incapaces ante el Movimiento. La ocupación de Ciudad Universitaria fue un fracaso militar y los estrategas profesionales fallaron por su incompetencia. En la Vocacional 7, cuando se presentaron los tanques el día 21 de septiembre, los habitantes de la Unidad Nonoalco los recibieron, repetimos, lanzándoles basura, y agua hirviendo. Los soldados no tuvieron más remedio que retirarse como llegaron, con muestras evidentes de repudio. Con la negativa de los universitarios a “solicitar la desocupación de CU” y con la presencia inmediata de los estudiantes en las instalaciones de la UNAM al salirse el Ejército, el poco prestigio de los militares se venía abajo. Una salida racional hubiera sido entender y atender las causas profundas del descontento y así flexibilizar su política. Lejos de ello, de manera obsesiva, al gobierno sólo le interesó restablecer el “principio de autoridad” a cualquier precio.

Esto es lo que explica la radicalidad de la violencia del régimen el 2 de octubre. Cuando decimos que el gobierno no podía fallar, nos referimos a que no podía correr otro riesgo de fracaso en sus intentos de detener al Movimiento, sin enfrentarse a una crisis de

<sup>7</sup> *Proceso*, núm. 934, 25 de septiembre, Carlos Puig transcribe y comenta tres reportes de inteligencia militar del Pentágono y la embajada norteamericana que dan cuenta de estas y otras medidas del Ejército mexicano. Después del 2 de octubre se decidió integrar una segunda unidad complementaria del Batallón Olimpia de otros 1,500 hombres, para enfrentar posibles disturbios estudiantiles.

poder extrema, porque estaba configurándose una situación que cuestionaba la autoridad política del gobierno e incluso su capacidad militar para mantener el orden. Por eso quienes planearon la agresión el 2 de octubre lo hicieron en términos de infalibilidad: no podía haber fallas de ningún tipo y los objetivos políticos y militares debían cumplirse estrictamente. Era necesario restablecer el principio de autoridad, detener al CNH, y dar un escarmiento general; por eso son los tres cercos militares de la operación: uno sobre el edificio Chihuahua, otro sobre la Plaza de las Tres Culturas y uno más sobre el conjunto de la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, para que no hubiera escapatoria posible. Había además un elemento nuevo: el ataque por sorpresa, la agresión sin dar posibilidades de repliegue ni de respuesta. En otras agresiones del Ejército: los días 28 y 29 de agosto en el Zócalo o cuando llegan a CU, había posibilidades de repliegue; por decirlo gráficamente, en esas ocasiones se presentaban y hablaban primero o actuaban lentamente, en Tlatelolco se presentan disparando. Anteriormente daban tiempo de desalojar, daban un plazo que permitía que la gente levantara sus cosas y sin pánico, salieran en orden; pero no el 2 de octubre, después de las luces de bengala la acción armada fue instantánea.

Con los sucesos de Tlatelolco el Ejército mexicano quedó no sólo en evidencia por su incapacidad política y profundamente desprestigiado ante la población, también en términos internos se ha mantenido en una situación embarazosa e incómoda porque las explicaciones que ha dado de los sucesos de Tlatelolco no tienen ninguna credibilidad, y en su desesperación ha recurrido a argumentos insostenibles que lo único que han logrado ha sido profundizar su descrédito: ¿qué puede decirse de la afirmación cínica o pueril de que “no es cierto que el Ejército se hubiera presentado en Tlatelolco para reprimir el mitin, porque si ese hubiera sido el caso, el número de víctimas no habría sido 30 o 300 sino tres mil”?<sup>8</sup> ¿Qué valor político tiene la afirmación reiterada de la lealtad, conciencia cívica y patriotismo de los militares que en 68 no dieron un golpe de Estado, cuando tenían todas las posibilidades de hacerlo?

Algo semejante puede decirse de la actitud vergonzante y de conciencia culpable por los premios y recompensas que otorgó Díaz

<sup>8</sup> Manuel Urrutia Castro, *Trampa en Tlatelolco*, México, 1969, p. 201, entrevista al general Crisóforo Mazón Pineda; comandante en jefe de la operación de Tlatelolco.

Ordaz a militares por “acciones heroicas” en Tlatelolco incluyendo una pluma de oro al general José Hernández Toledo, o del monumento a los militares caídos en Tlatelolco, que mantienen oculto en el Campo Militar Número 1 fuera de las visitas y miradas de la población civil. Sólo una revisión profunda, abierta y pública de las responsabilidades políticas de los jefes del Ejército por el acatamiento, elaboración y ejecución de órdenes ilegales y criminales de represión al pueblo dará las bases para superar correctamente este estigma que descompone de entrada la salud de las fuerzas armadas del país.

### *La información filtrada*

Con el paso de los años, la falta de explicaciones convincentes y la recurrente preocupación por las perspectivas represivas y de violencia, en declaraciones de prensa y en libros de memorias, algunos personajes políticos y funcionarios testigos o protagonistas de los sucesos del 68, del 10 de junio de 1971, de la guerra sucia antiguerrillera de los años setenta y de otros acontecimientos históricos de graves repercusiones en la vida nacional durante las últimas décadas se han referido a sus experiencias y participación personal en los hechos relatando diversas anécdotas y sugiriendo responsabilidades ajenas y declaraciones exculporias.

A estas alturas, la colección de señalamientos de carácter político inculporatorio de unos con respecto a otros, y después de tantos años, ya acumula un buen legajo y es bastante significativa: Echeverría responsabiliza a Díaz Ordaz de los sucesos de Tlatelolco; Norberto Aguirre Palancares, Corona del Rosal, Rodolfo González Guevara y otros responsabilizan a Echeverría; Alfonso Martínez Domínguez afirma que el 10 de junio lo planeó y ejecutó Echeverría, pero existen decenas de declaraciones que lo inculporan a él directamente. De la Brigada Blanca la mayoría prefiere olvidarse y sólo de pasada se menciona a José López Portillo y a Jesús Reyes Heróles a pesar de las evidencias de que ellos son al menos corresponsables, si no es que directamente responsables, de la mayor parte de las más de 500 desapariciones forzadas que ha documentado el Comité Eureka de familiares de presos y desaparecidos políticos.

La falta de consecuencia y de respuesta personal a las acusaciones específicas que se han lanzado unos a otros mediante estos señalamientos públicos significa simplemente que, a final de cuentas, entre ellos continúan vigentes los lazos de complicidad y corresponsabilidades que los han unido históricamente y que sólo se han puesto en riesgo, con amenazas mutuas de hacer público más de lo que saben, cuando son excluidos del poder o cuando el barco parece que zozobra ante el embate de las reclamaciones del pueblo.

Las notas y análisis de prensa que al respecto se han divulgado están a su vez montados sobre una manera “periodística” de interpretar los sucesos que por oficio enfatizan las diferencias políticas entre funcionarios, la secrecía develada y los segundos propósitos reales o supuestos de las acciones que se examinan, pero tienen el defecto de que casi nunca proporcionan evidencias documentales de delitos que pudieran ser perseguidos por acción de la justicia.

De esta manera se realiza un acto aparentemente condenatorio de los funcionarios comprometidos en acciones criminales ante los medios de prensa que los cuestionan, aparentemente con audacia que no es tal porque lo hacen “a toro pasado”, cuando los susodichos han caído en desgracia o cuando han dejado de ejercer sus funciones, y culminan con la exculpación propia y la incriminación a terceros sin evidencias documentalmente verificables. Sin embargo, esta masa de información periodística testimonial investigada directamente, o filtrada con cualquier clase de intenciones, da una visión general de las motivaciones, formas y propósitos de los hechos represivos, y de los personajes responsables involucrados en ellos. Por eso puede y debe ser utilizada en términos generales para la reconstrucción de los hechos políticos más sobresalientes.

## *La experiencia mexicana de represión*

### *Los crímenes de Estado*

Para nuestros propósitos es importante precisar con el mayor detalle lo que consideramos crímenes de Estado. En la legislación militar de



México está legalmente considerada la posible intervención del Ejército para garantizar el orden político interno ante perturbaciones graves de la paz social, sin embargo en el Artículo 129 se establece que “en tiempos de paz ninguna autoridad militar puede ejercer más funciones que las que tengan exacta conexión con la disciplina militar”. Se entiende que esta restricción específica también incluye al presidente de la República considerado como máxima autoridad militar. Por eso se entiende que entre las facultades y obligaciones del presidente establecidas en el Artículo 89, la establecida en la fracción VI de “disponer de la totalidad de la fuerza armada, o sea del Ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación”, está condicionada a la existencia de una situación extraordinaria, de guerra o de perturbación grave de la paz social, lo que por otra parte está considerado también en las disposiciones legales para la suspensión de garantías individuales y derechos ciudadanos, todas las cuales están evidentemente vinculadas.

La condición política más resaltada de los supuestos en que legalmente se puede dar la intervención de las fuerzas armadas es previa declaración de suspensión de todas o de algunas de las garantías individuales, con todo un protocolo detallado para el caso. Pero la reclamación popular más reiterada ante la intervención del Ejército en los conflictos internos es porque usualmente esto sucede sin esa previa declaración de suspensión de garantías.

Desde el punto de vista del gobierno parece ser que se considera excesivamente costoso en términos políticos proceder legalmente con la declaración de suspensión de garantías previa a la intervención del Ejército, porque de hacerlo sería un reconocimiento de la gravedad o del carácter político de los sucesos que se enfrentan, lo que a su vez presupondría soluciones políticas y no militares al conflicto. Lo cierto es que en el mejor de los casos por ese tipo de consideraciones, de no reconocimiento de la gravedad o del carácter político de los conflictos, se ha procedido a emplear el Ejército en acciones represivas que a falta de advertencias y disposiciones legales previas resultan siempre en acciones ilegales y en ocasiones con el agravante de haberse preparado mediante acechanzas, lo que las hace aún más graves y punibles.

El carácter de crímenes de Estado que revisten acciones como la masacre de San Luis Potosí en 1961, Tlatelolco en 1968 y otros sucesos semejantes está dado por la participación en la planeación

y ejecución, y por el carácter cómplice, de diversos funcionarios públicos que actúan en el crimen, precisamente por el papel que juegan como funcionarios. Para efectos legales de responsabilidad personal es indiferente si estas personas actuaron de manera subordinada bajo las órdenes de sus jefes inmediatos superiores, o si actuaron de *motu proprio*.

Es un crimen de Estado porque la planeación y ejecución de la acción delictiva se produce en los espacios de decisión política y operativa de los organismos del Estado, y porque se determina y se exige la participación y disciplina personal en el hecho delictuoso precisamente por el puesto y la jerarquía política de la persona en la estructura de la administración pública. El gravísimo problema nacional es que a pesar de que se tienen abundantes denuncias y evidencias de que así han sido decididos y ejecutados crímenes políticos graves, no han existido condiciones de seguridad jurídica para proceder legalmente en contra de los responsables.

La práctica política del gobierno mexicano en casos de represión a los movimientos de oposición ha sido ilegal y de extrema dureza; a pesar de que el proceso de conciencia política se va generalizando no ha habido condiciones para cuestionar legalmente y a fondo este tipo de acciones; en los últimos 50 años se han acumulado innumerables casos de responsabilidad penal flagrante de funcionarios públicos y de jefes militares y policiacos que se han pasado sin posibilidad alguna de juzgarlos judicialmente. De entre una larga lista de acciones represivas criminales cometidas por el gobierno que podrían ser examinadas, el caso de un posible juicio por responsabilidad criminal por los sucesos del 2 de octubre en Tlatelolco, sería sobresaliente por sus características peculiares desde el punto de vista técnico penal, político y educativo para el pueblo y para la conciencia moral de las fuerzas armadas del país.

### *Antecedentes*

El caso de la represión a los navistas en San Luis Potosí constata que la técnica y los modos de ejecución de las acciones represivas en las que ha intervenido el Ejército y que han sido decididas por las más altas autoridades del país, tienen similitudes asombrosas:

En el año de 1961, el doctor Salvador Nava en San Luis Potosí encabezó un movimiento electoral democratizador y antipriísta. La campaña fue sangrienta y algunos partidarios del navismo fueron asesinados en la Huasteca. Las elecciones en julio de 1961 estuvieron plagadas de irregularidades, incluyendo el robo de urnas por elementos del Ejército. Al doctor Nava sólo se le reconoció el triunfo en la ciudad de San Luis y eso con un escaso margen. Los movimientos de protesta y las denuncias del fraude se mantuvieron en los meses siguientes, y en las fiestas patrias el gobierno recurrió a una acción definitiva con la matanza del 15 de septiembre.

Los hechos sucedieron de la siguiente manera: En la noche del 15, los navistas celebraban la independencia en un barrio de la ciudad, al mismo tiempo que el gobierno hacía lo propio en la Plaza de Armas. En esta última concurrían numerosos soldados y policías vestidos de civil. Los habitantes de San Luis Potosí dicen que esa noche el gobierno les tendió una trampa en la que murieron numerosas personas sin que se supiera nunca el número exacto.

Alrededor de la medianoche en la calle Venustiano Carranza, cerca del cine Othón, un destacamento de soldados cerró con sus armas el paso a los navistas que se dirigían a sus casas después de concluidos sus festejos en el barrio de Tequis. Desde media tarde en la Plaza de Armas y en las esquinas cercanas tropas de los batallones 18o., 19o., 20o. y 24o. de la XII zona militar hacían el ambiente amenazante. De pronto, faltando exactamente ocho minutos para las doce de la noche, las luces se apagan, y como si eso hubiera sido la señal convenida, del café Versalles surgen disparos de pistolas y desde la plaza el Ejército respondió con fusiles y ametralladoras. En otra parte, frente al Palacio Municipal se producen otros disparos que también se responden desde los balcones y la azotea del Palacio de Gobierno. Veinte minutos después nuevamente dispara la tropa con ametralladoras. En el interior del Palacio de Gobierno conferenciaban el gobernador Francisco Martínez de la Vega y el general Alberto Zuno Hernández,<sup>9</sup> jefe de la XII zona militar.

<sup>9</sup> *Proceso*, núm. 882, 27 de septiembre de 1993: En la investigación realizada por el reportero Ignacio Ramírez de la correspondencia de Díaz Ordaz depositado en el Archivo General de la Nación, se encontraron innumerables cartas de generales y otros militares, entre quienes aparece el general Alberto Zuno Hernández recomendando que en el 68 se aplicaran medidas extremas de represión en contra de los estudiantes.

Poco después, los soldados tomaron el café Versailles y desalojaron a sus ocupantes, que resultaron ser agentes de la policía y partidarios del candidato priísta a la gubernatura, el profesor Manuel López Dávila. Sin embargo, la responsabilidad de los hechos fue atribuida a los partidarios del doctor Nava. Al día siguiente soldados y policías tomaron el local del periódico navista *Tribuna* y destruyeron sus talleres. A las tres de la tarde aprehendieron al doctor Nava y a varios de sus partidarios después de cercar la zona y allanar varios domicilios particulares. En la tarde la persecución estaba generalizada en toda la ciudad. Los detenidos fueron trasladados al Campo Militar Número 1 en la ciudad de México. Los personajes políticos involucrados en el tratamiento del caso fueron: Gustavo Días Ordaz, secretario de Gobernación, el general Alfonso Corona del Rosal, presidente del PRI; Alfonso Martínez Domínguez, de la CNOP; Napoleón Gómez Sada, del sindicato minero, y los diputados Enrique Olivares Santana y Carlos Hank González.<sup>10</sup>

La semejanza con los sucesos de Tlatelolco es asombrosa, tanto en la idea de simular un enfrentamiento en el que la población civil quedara atrapada entre una balacera, como en los medios de coordinación (apagar la luz, o lanzar bengalas), la presencia de militares en ropas de civil y la participación de muchos de los mismos personajes políticos que también están involucrados en Tlatelolco.

Con todas las precauciones del caso para no confundir las características de unos sucesos con otros sólo porque en apariencia, por la simple participación de militares, puedan estar relacionadas, se puede dar una larga lista de acciones represivas en contra de los estudiantes que por sí misma constituye una denuncia terrible de la política del Estado hacia las universidades, y del nivel de violencia y autoritarismo prevalecientes.

Esta política de fuerza extrema se inició el 23 de septiembre de 1956 con el desalojo del internado, y la ocupación militar del IPN durante cerca de dos años, y se extendió a todo el país como método “disciplinario” para poner fin a las inquietudes estudiantiles: la ocupación militar de las escuelas y el encarcelamiento de los líderes estudiantiles. El cierre del comedor universitario

<sup>10</sup> *Punto Crítico*, núm. 141. Septiembre de 1984. “San Luis Potosí: La involución política y económica”.

en la Plaza del Carmen, el desalojo del internado de la Escuela Normal en 1960, la ocupación en diversas ocasiones de las universidades de Puebla (1960, 1965, 1967), Morelia (1963, 1966), Sonora (1967); las acciones clandestinas de grupos paramilitares como los Boinas Rojas de Netzahualcóyotl (1969, 1970), el asalto y la destrucción y demolición inmediata con bulldozers de la casa internado de estudiantes en Guadalajara y el encarcelamiento de decenas de jóvenes del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), en 1970, la brutal represión de los Halcones a la marcha estudiantil del 10 de junio de 1971 con un saldo de 36 muertos y decenas de heridos, dan una idea panorámica de lo dicho, y la presencia de los cuerpos de fusileros paracaidistas comandados por el general José Hernández Toledo en varias de esas acciones demuestra que se trataba de una política y de una “especialización” explícitamente asumida. Las “técnicas” de simular enfrentamientos entre “grupos de diversas y variadas ideologías” y de infiltración de agentes permanentes o de provocadores ocasionales utilizadas varias veces, refuerzan las conclusiones antes señaladas.

La simple descripción de sucesos como la masacre de San Luis Potosí, el 2 de octubre, el 10 de junio y las formas de operación del Batallón Olimpia, los Halcones, de la Brigada Blanca, y ahora de los grupos paramilitares de Chiapas, muestra la continuidad de técnicas y procedimientos represivos que transgreden las disposiciones legales y las prevenciones supuestas para evitarlos. Un problema más grave es que este cúmulo de acciones represivas se han convertido en una experiencia asimilada a las formas de operación de las fuerzas armadas, en una “escuela mexicana” para el trato a los opositores, amparados por la complicidad o el sometimiento y la impunidad que de ahí se deriva.

El primer caso de desaparición de personas que después se volvió una política sistemática, ocurrió apenas unas semanas después de concluido el Movimiento estudiantil. Entre el 8 y el 18 de enero de 1969 fueron detenidos los estudiantes politécnicos Juan “Chapo” Valenzuela y Héctor Jaramillo de la ESIME y César Tirado de la ESIQIE y remitidos al Campo Militar en donde se les acusó de haber fraguado un plan para atentarse en contra de la vida del secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán. El día 23 de enero los tres estudiantes detenidos fueron conducidos

ante la presencia de los generales García Barragán, Crisóforo Mazón Pineda y José Hernández Toledo, quienes los interrogaron extensamente y les solicitaron que hicieran diversas consideraciones respecto al Movimiento y la situación política del país. La plática tuvo como resultado la decisión y orden de liberarlos dispuesta por el general García Barragán, en vista de que según dijo: “están muy flacos como para tenerles miedo”. Para el efecto ese mismo día se les llevó con los ojos vendados desde la prisión militar hasta unas calles adyacentes al mercado de Tacuba en donde fueron liberados César Tirado y Valenzuela. De Héctor Jaramillo nunca más se supo nada a pesar de todos los esfuerzos que hicieron sus compañeros de la ESIME por encontrarlo. Héctor Jaramillo fue el primer desaparecido de los compañeros del Movimiento de 68 y de la larga lista de militantes que le siguieron después.

En la cárcel de Lecumberri, fuera de su crujía y en uno de los locales internos habilitados como oficinas o comedor, según las necesidades del caso, fue asesinado el compañero Pablo Alvarado Barrera en un oscuro incidente del que nunca se dieron explicaciones convincentes. Pablo Alvarado era profesor normalista de Chihuahua, y estaba detenido por su participación como promotor y combatiente de diversas acciones guerrilleras en el estado de Guerrero. Como su influencia y autoridad política continuaban incrementándose a pesar de la cárcel, la policía política decidió asesinarlo en diciembre de 1971.

Después del Movimiento del 68 y durante la secuela de acciones guerrilleras rurales y urbanas que se dieron en la primera parte de la década de los setenta, el régimen fue modificando y endureciendo los métodos de enfrentamiento y de combate a las organizaciones armadas para aislarlo del pueblo. En el curso de unos cuantos años se pasó de las capturas y consignaciones penales de los guerrilleros detenidos, de 1971 a 1974, al establecimiento pleno de una política de desapariciones y de eliminación ilegal y sistemática de opositores, que se estableció en los últimos dos años de Luis Echeverría y los primeros años del gobierno de López Portillo. Después de 1977 muy pocos guerrilleros llegaron vivos a las cárceles, e incluso algunos que salieron formalmente libres jamás llegaron a sus casas.

La coordinación ilegal de grupos de las diferentes policías y del Ejército se dio plenamente. En ese tiempo, de 1977 a octubre de 1980 funcionó la temida “Brigada Blanca”, oficialmente designada como 9a. Brigada de la Dirección de Investigaciones para la Prevención del Delito, del antiguo Servicio Secreto del DF, a la cual se adscribieron agentes de la Dirección Federal de Seguridad y del Ejército y se les asignaron locales y cuarteles en el Campo Militar Número 1 de Lomas de Sotelo en el DF.<sup>11</sup> La Brigada Blanca se concibió a mediados de 1976 y entró en operación formalmente en los primeros meses de 1977 justo al inicio del régimen de López Portillo, y ella es la responsable de la mayor parte de los más de 500 desaparecidos que se registran en esa época.

El número de desaparecidos en 1977 era aproximadamente de 300, y en los siguientes dos años se elevó a más de 500. La mayoría de los casos son de ex estudiantes incorporados a los grupos guerrilleros y campesinos de zonas de Guerrero, en donde se ubicaron acciones guerrilleras rurales.<sup>12</sup>

La dirección política de la Brigada Blanca se integró con las siguientes personajes en representación de cada uno de los cuerpos que debían coordinarse para esas labores: Miguel Nassar Haro, titular de la Dirección Federal de Seguridad; mayor inspector Marcos Cavazos Juárez, jefe de la 9a. Brigada de la DIPD y jefe responsable de la operación de la Brigada Blanca; Florentino Ventura, por la Policía Judicial Federal y los coroneles Luis Montiel López y Guillermo Álvarez Nahara, por la Policía Judicial Federal Militar. En los primeros meses de su operación en 1976 antes de que se formalizara estuvieron al cargo Jorge Obregón Lima y José Salomón Tanús.

Finalmente el propio secretario de la Defensa Nacional, general Félix Galván López reconoció el 8 de octubre de 1980 la existencia oficial de la Brigada Blanca y dijo que era un organismo integrado por miembros de la policía y del Ejército, que se desintegró “con autorización de la superioridad”, lo que significa que deben existir documentos al respecto.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> La revista *Proceso*, núm. 166, 7 de enero de 1980, publicó pruebas documentales de la existencia de la Brigada Blanca y de otros documentos que demuestran la participación del Ejército y de la Dirección Federal de Seguridad en esa política.

<sup>12</sup> Una lista de personas desaparecidas a principios de 1977, incluía a varios miembros de las familias Cabañas, Barrientos, Jiménez Sarmiento y otras.

<sup>13</sup> Revista *Proceso*, núm. 206, 13 de octubre de 1980, pp. 22-23.

Por último señalaremos el caso del soldado Zacarías Osorio Cruz, que solicitó asilo político en Canadá y que en el juicio correspondiente para dictaminar si procedía o no su solicitud de refugio declaró con amplios detalles cómo había participado en 15 o 20 “misiones especiales” como miembro del Primer Batallón de la Brigada de Fusileros Paracaidistas entre 1977 y 1982. Las misiones consistían en recoger en cada ocasión de cuatro a siete prisioneros identificados por el número de la celda que ocupaban en la prisión del Campo Militar Número 1 y encapuchados y esposados trasladarlos al campo de tiro de San Miguel de Los Jagüeyes, Estado de México, en donde los dejaban “prácticamente despedazados” porque el calibre de las armas usadas era 7.62 y los magazines cargaban 20 rondas. Según el soldado Zacarías Osorio los documentos con las órdenes respectivas provenían de la Secretaría de la Defensa y sólo podían ser abiertos por el comandante de la Brigada.<sup>14</sup>

### *La investigación judicial de los crímenes del Ejército*

Hasta el momento la reclamación y exigencia de apertura de los archivos oficiales ha estado centrada en el caso del 2 de octubre, pero en rigor también deben investigarse todos los casos en que se presuponga que existen violaciones graves y sistemáticas de la legalidad como son los casos de la política de desapariciones puesta en práctica de manera consistente, a fines del sexenio de Luis Echeverría y en los primeros tres años del gobierno de José López Portillo. La investigación documental de todo ese negro período de la vida nacional también es parte de la reclamación general de “abrir los archivos” oficiales que es en donde se deben encontrar evidencias de la responsabilidad política y personal por esos sucesos.

En otras partes de este libro hemos dado cuenta detallada de las características de los sucesos de Tlatelolco que tienen importancia central en la perspectiva de establecer juicios de responsabilidad penal por esos sucesos. En esta parte es imprescindible especificar las condiciones precisas de lo que ha venido sucediendo y se puede pretender de las condiciones políticas del caso.

<sup>14</sup> Revista *Proceso*, núm. 598, 18 de abril de 1988.



Una diferencia conceptual aunque no de carácter técnico, entre juicios políticos y penales es que en los primeros se podría juzgar el comportamiento de “personas morales”, o de instituciones y de conjuntos sociales genéricos, mientras que en los juicios penales sólo es posible referirlos a personas físicas, de manera que no se puede juzgar directamente al “Ejército” o al “gobierno”, sino que en todo caso se debería juzgar a personas en lo individual que en ejercicio de sus funciones realizaron u omitieron acciones, ajustadas o no al derecho establecido.

En algunos medios se menosprecia *a priori* e incorrectamente el valor político de los posibles juicios individuales de responsabilidad penal por acciones criminales oficiales sin haber tenido experiencias concretas al respecto y en cambio se absolutizan las caracterizaciones políticas de estos sucesos, considerándolas suficientes en sí mismas. Pero esta percepción no valora el papel autojustificador del régimen y su capacidad de imponerle a la sociedad una determinada visión de las cosas. En una perspectiva política de mayor control ciudadano y de respeto a la legalidad y a los derechos humanos es imprescindible restringir el uso del Ejército en los conflictos políticos internos y eso requiere de diversas medidas, de mayores precisiones en la legislación respectiva, de juicios de responsabilidad penal en los casos que correspondan y de una profunda reeducación de las fuerzas armadas en el espíritu del respeto a la legalidad y a los derechos humanos, de los civiles y de ellos mismos como soldados.

### ***Genocidio y crimen de Estado***

Dos características especialmente graves poseen los sucesos de Tlatelolco: por un lado se trata de un crimen de Estado, concebido y ejecutado por funcionarios del gobierno en ejercicio de sus funciones específicas, y por otra parte, por el carácter genérico, el hecho de ser estudiantes, de las posibles víctimas que fueron consideradas como objetivos de ese crimen, se trata de un genocidio cuya responsabilidad legal no prescribe. Con esta evidencia política de entrada se deben reconstruir los sucesos de Tlatelolco.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> La versión oficial del gobierno y de los órganos del Ejército sostiene que los sucesos del 2 de octubre se produjeron como respuesta frente a una agresión armada que sufrieron los militares por francotiradores y guerrilleros emboscados en las alturas de los edificios de Tlatelolco. En una investigación penal de los hechos esta hipótesis debería ser investigada en sus diversas variantes: que fueron agentes de la Federal de Seguridad, o que miembros del Batallón Olimpia también estuvieron apostados en las alturas de edificios, etcétera.

El genocidio está conceptualizado y tipificado en la legislación como la acción homicida sistemática o generalizada (con o sin pretensiones de exterminio del grupo social) dirigida a un conjunto o sector genérico de la población, por ejemplo a los estudiantes, a los indígenas, etc. Algunos expertos distinguen entre crímenes masivos y genocidio por la presencia o ausencia de la intencionalidad de exterminio.

### *Planeación*

En los sucesos de Tlatelolco hay numerosas evidencias de elementos de planeación y preparación de las acciones que ahí se produjeron; recordemos en resumen las más señaladas: las luces de bengala lanzadas por los helicópteros “como señal previamente convenida” para iniciar las acciones, y la existencia implícita de un plan de acción, la ubicación de tropas encubiertas en lugares estratégicos previa al desarrollo de las acciones militares, la ocupación por elementos de la Dirección Federal de Seguridad, del edificio de Relaciones Exteriores para filmar lo sucedido, la desocupación previa de dormitorios en las cárceles de la ciudad en espera de miles de detenidos, la presencia de decenas de ambulancias militares en calles adyacentes a Tlatelolco horas antes de los acontecimientos, la acción inmediata de bomberos para lavar la Plaza; la presencia de todo el Batallón Olimpia en ropas de civil y el comportamiento completo de esta unidad ocupando y cercando el edificio Chihuahua, iniciando los disparos desde el tercer piso hacia la multitud y el Ejército, y las posteriores labores de aprehensión y traslado de los líderes del CNH detenidos en el Chihuahua hasta el Campo Militar, son una prueba incontrovertible de que esos individuos habían recibido órdenes precisas para operar de esa manera.

Estas evidencias de planeación previa de los hechos son tan abrumadoras que se puede suponer sin ninguna duda que deben haber existido planes operativos escritos con el detalle de las tareas y misiones de cada uno de las unidades del Ejército que intervinieron. En los archivos de la Sección Segunda (Inteligencia) del Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa, y en los archivos de todos los organismos de mando de las unidades involucradas, desde los de inteligencia hasta los operativos, se deben encontrar documentos específicos dando cuenta de los planes, las órdenes y los

incidentes de la ejecución de esas acciones. Además, independientemente de la forma como se concibieron y se dieron las órdenes de intervención en Tlatelolco, también deben existir los “partes de novedades” de todos y cada uno de los jefes de las fuerzas que intervinieron.

En el supuesto improbable y evidentemente ilegal y delictuoso de que esa documentación no existiera por haber sido destruida deliberadamente, deben existir al menos los huecos y vacíos correspondientes a la selección de documentos comprometedores, o la destrucción completa de archivos correspondientes a ciertas fechas clave del problema. En cualquier caso, alguna huella debe haber quedado.

Aún en el caso de destrucción masiva de documentación, con la información actualmente disponible es posible reconocer a un buen número de oficiales, jefes y generales del Ejército que participaron en Tlatelolco y es posible reconstruir con entrevistas y testimonios las órdenes recibidas y los incidentes de su ejecución. En particular esto es posible y de la mayor importancia para el caso de los miembros del Batallón Olimpia cuyos miembros tienen una responsabilidad especial en este asunto.

## *Acechanza*

En un juicio de responsabilidad penal la actuación del Batallón Olimpia es especialmente grave por la evidencia de que sólo por órdenes específicas es que estos individuos actuaron sin el uniforme reglamentario, en ropas de civil y con contraseñas visibles, guante o pañuelo blanco en las manos. En los Convenios de Ginebra que México ha suscrito está señalado que a falta de disposiciones específicas nacionales para juzgar situaciones de violación grave a los derechos humanos por acciones de militares, se deben tomar por analogía las disposiciones internacionales de la materia.

En la legislación internacional de leyes de guerra está reiteradamente establecido y señalado que las fuerzas armadas deben actuar con uniformes y con las armas a la vista, y esto es así, no por razones de escenografía, sino como advertencia extrema de que el poder de las armas puede provocar daños fatales. El uso de uniformes y la portación de armas a la vista es también una condición de

respeto a los derechos humanos de civiles, porque al funcionar como advertencia de peligro, se pueden tomar precauciones para evitar muertes por errores o accidentes. Cuando los ejércitos no operan de esa manera, sus acciones se consideran agravantes como acciones de “acechanza”. Por eso mismo cuando un soldado enemigo es capturado en ropas de civil, sus acciones se consideran equiparables a las de los espías y las normas internacionales permiten que se le juzgue de manera sumaria, incluyendo sentencias a muerte también sumarias.

Por eso es tan grave que un batallón entero del Ejército haya actuado en Tlatelolco en ropas de civil. Este solo hecho debería ser suficiente para iniciar una averiguación a fondo y para fincar las responsabilidades penales correspondientes.

### *Líneas de investigación*

A pesar del hermetismo de las fuerzas armadas respecto al 2 de octubre, en el curso de todos estos años se han ido conociendo diversos detalles que dan una imagen suficientemente precisa del conjunto de la operación. Las fuentes principales han sido los documentos de origen militar incluidos en los juicios penales del expediente 272/68, los documentos dados a conocer por los propios militares en diversos medios, como la autobiografía del general Corona del Rosal, el libro *Trampa en Tlatelolco* del coronel Manuel Urrutia, declaraciones y discursos políticos, como los del general Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor Presidencial en el sexenio de Díaz Ordaz, y otros documentos diversos hechos públicos por la prensa.

Del análisis de esos documentos quedan perfectamente claros y establecidos una serie de hechos que permiten fincar responsabilidades penales por acciones u omisiones de un número importante de jefes y generales. También se configuran una serie de cuestionamientos generales y específicos que deberían ser respondidos por los responsables involucrados.

Los grandes temas del caso, o las principales líneas de investigación que deben y pueden ser respaldadas documentalmente son: a) todo lo correspondiente a la planeación y la preparación de los sucesos de Tlatelolco, desde la concepción hasta la disposición general de los medios materiales y de tropa desplegados para el cumplimiento de esos propósitos; b) la reconstrucción de las órdenes recibidas por cada una de las unidades militares involucradas y su

correspondiente cotejo con los partes de novedades posteriores; c) los documentos de análisis y evaluación posteriores a las acciones de los que se derivaron otros movimientos, desde análisis y planteamientos globales de la experiencia del 2 de octubre hasta cambios en las políticas y la administración del Ejército, hasta cuestiones individuales como premios, recompensas y promociones.

Se ha venido conociendo y se puede reconstruir a grandes rasgos la disposición espacial de las unidades en el área de la Plaza y sus alrededores y los nombres de los jefes militares que las comandaban.<sup>16</sup> Se puede y se debe conocer quiénes tripulaban y quiénes eran los pasajeros de los helicópteros que sobrevolaban la plaza y qué órdenes y criterios tenían para disparar las luces de bengala. También es posible reconstruir exactamente quién fue y cómo se iniciaron los disparos desde el tercer piso del Chihuahua, porque todos los testimonios señalan que así se iniciaron los hechos, y porque los integrantes y jefes de las unidades del Batallón Olimpia encargados de tomar la tribuna del mitin y detener al CNH deben estar plenamente identificados, y entre ellos se encuentra el personaje alto y de traje oscuro que inició los disparos desde el extremo derecho del corredor donde se encontraba el micrófono.

Se puede y se debe corroborar si entre los miembros del Batallón Olimpia y los de la Federal de Seguridad que estuvieron en el tercer piso se incluía un tal “comandante” Yáñez o Llanes a quien se señala como el iniciador de los disparos. Se puede y se debe conocer exactamente por qué motivos y con qué evidencias se otorgaron premios, recompensas y promociones por actos de valor en Tlatelolco.<sup>17</sup> Y se puede y se deben investigar las mentiras o imprecisiones y contradicciones que documentalmente han hecho públicas diversos jefes y altos mandos del Ejército y de la policía, como los generales Marcelino García Barragán, Alfonso Corona del Rosal, Crisóforo Mazón Pineda, Raúl Mendiola Cerecero, Javier Vázquez Félix, este último res-

<sup>16</sup> Alfonso Corona del Rosal, *Mis memorias políticas*, México, Grijalbo, 1995, pp. 247-249.

<sup>17</sup> Revista *Proceso*, número 896, 3 de enero de 1994.

ponsable de recoger los cuerpos de las personas fallecidas en Tlatelolco.<sup>18</sup>

Todo lo que hemos señalado tiene semejanzas y equivalencias para el caso de las desapariciones forzadas y la utilización de militares y de las instalaciones del Ejército, y en especial de la prisión en el Campo Militar Número 1 como centro de detención, torturas y del asesinato de opositores políticos. Por ello también debe garantizarse la posibilidad de estudiar y examinar estos casos de desaparición por historiadores, criminalistas, políticos y en general por cualquier persona interesada.

### *Es imprescriptible*

La acción de la justicia ante las posibles responsabilidades penales derivadas de los hechos y omisiones que comentamos no prescribe, tanto en términos nacionales como de legislación internacional aplicable, porque el crimen de Tlatelolco se configura como genocidio, y la política de desapariciones también. Las autoridades judiciales de México están formal y moralmente obligadas a investigar los hechos, pero si no lo hacen como ha sucedido hasta ahora, de todas maneras llegará el momento en que esta situación deberá ser esclarecida a profundidad y dictaminada en justicia, por medios judiciales o por medios históricos, y el Estado mexicano y el Ejército en específico deberán asumir el juicio correspondiente, porque Tlatelolco es una herida abierta en la conciencia nacional que sólo habrá de cerrarse con una valoración nacional de las implicaciones políticas e históricas de los sucesos.

### *Las justificaciones doctrinarias y los derechos humanos*

En una perspectiva más amplia y trascendente es importante someter a un severo escrutinio todas las actividades del Ejército destinadas a

<sup>18</sup>El general Corona del Rosal, en su autobiografía, además de mentiroso es descuidado porque en su propio libro se contradice abiertamente: según el general Vázquez Félix “exactamente hubo treinta y ocho muertos, de ambos sexos, en la explanada de la Plaza...y se halló el cadáver de un niño de doce años en un departamento del segundo piso del edificio Chihuahua. Además perecieron cuatro soldados”. p. 258. En las páginas 260 y 261 se reproduce una carta del licenciado Antonio Carrillo Flores, en ese tiempo secretario de Relaciones Exteriores, en la que se dice: “es claro que de haber estado en México yo habría, muy probablemente, concurrido a mis oficinas en el piso 19, por cierto no muy seguras, pues murió en ellas un trabajador sobre mi escritorio...”

incidir en la vida política nacional. Hasta donde se sabe, el Ejército mexicano no había adoptado formalmente la doctrina y los conceptos de la llamada “seguridad nacional” surgidos en Estados Unidos y desarrollada y adaptada en algunos países sudamericanos para justificar la represión masiva en contra de sus pueblos con el pretexto de la “subversión comunista” interna. Sin embargo, independientemente de que las fuerzas armadas del país no se adscribieran en términos teóricos e ideológicos a estas doctrinas represivas, lo cierto es que los medios y las concepciones operativas que han puesto en práctica los organismos de seguridad del Estado, incluyendo al Ejército, tienen las mismas características que sus homólogas sudamericanas, excepto los contenidos de las campañas políticas que las sustentan, que aquí se han fundamentado en la ideología de la Revolución Mexicana aunque cada vez con menor énfasis hasta casi desaparecer en el caso de Chiapas,<sup>19</sup> y no en la lucha anticomunista como ha sucedido en otros países del continente.

Las diferencias doctrinarias y formales en la concepción y justificación de las prácticas represivas de los ejércitos conduce a resultados distintos en la valoración y tratamiento subsecuente de las mismas. Es notable que en varios países sudamericanos, especialmente en Argentina y Chile, se adopten “leyes” de protección a militares involucrados en acciones genocidas para sustraerlos ante posibles juicios de responsabilidad penal (como las leyes de Punto Final, de “obediencia debida”, etcétera).

En Sudamérica se ha tratado de “guerras sucias” justificadas ideológicamente, por más aberrante que pueda ser esa “justificación” en los marcos del anticomunismo feroz de la guerra fría. En cambio, en México se ha tratado de sucias “guerras sucias” porque no se reconocen las motivaciones políticas de las acciones criminales del gobierno en contra de las organizaciones políticas de oposición, y además los propios soldados y elementos de tropa involucrados en esas acciones se vuelven testigos molestos que deben desaparecer y ser sacrificados en cuanto existe riesgo de que se descubra a los autores intelectuales de los crímenes.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> En el discurso político mexicano la represión en contra de los opositores se justificaba con la legitimidad y vigencia del proceso de la “Revolución Mexicana”. En los últimos años, la “justificación” se basa exclusivamente en el supuesto cumplimiento de la ley, aunque es evidente que las principales violaciones al estado de derecho son cometidas por el propio Estado.

<sup>20</sup> Revista *Proceso*, num. 598, 18 de abril de 1998.

La responsabilidad política de los funcionarios mexicanos que concibieron y/o conocieron y aceptaron esos métodos de eliminación de opositores es muy grande. Y la contextura moral de personajes que han ocupado los más altos cargos de conducción política del país y que se reconocen en la vida política nacional como modelos de civilidad y liberalismo queda seriamente cuestionada y entredicho ante las evidencias de estas responsabilidades extremas. La política de desapariciones de los opositores se generalizó en la primera mitad del sexenio de José López Portillo y tanto él como su secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, son en gran parte responsables de ella.

### *Las últimas experiencias*

En los últimos años se han presentado nuevas situaciones respecto a los crímenes cometidos por fuerzas armadas de carácter militar o policia-co: los casos de Aguas Blancas, 28 de junio de 1995, de la colonia Buenos Aires, septiembre de 1997, y de Acteal en Chiapas, 22 de diciembre de 1997, han desembocado todos en procesos penales sobre los supuestos responsables de los hechos. Sin embargo, con todo y la novedad de los juicios, en los tres casos se han desvanecido las responsabilidades de los autores intelectuales y los directores operativos. El castigo en prisión de unas cuantas decenas de policías y de indígenas, utilizados como supuestos responsables de esos crímenes no han tenido ningún efecto benéfico en la conciencia de la sociedad, ni en la conciencia de los integrantes de los cuerpos armados, porque al mismo tiempo han quedado en libertad y sin juicio de ningún tipo los autores intelectuales que todo mundo reconoce como culpables verdaderos de esos crímenes políticos: el ex gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa, y el ex gobernador de Chiapas, Julio César Ruiz Ferro, y todos los altos funcionarios involucrados.

En el caso del 2 de octubre, en cambio, se tendría que actuar de arriba abajo, puesto que para fincar responsabilidades penales por los sucesos se debería empezar directamente por los más altos jefes responsables de la decisión, planeación y conducción de las operaciones, para establecer si ése fuera el caso, la responsabilidad de los subordinados. Ese solo hecho les daría a los juicios una dimensión política diferentes que los otros juicios no han tenido.



## *Los cambios de fondo*

En relación con las conmemoraciones del crimen de Tlatelolco y los reclamos airados que se repiten todos los años con el grito de “2 de octubre, no se olvida” se han emitido juicios desafortunados con el propósito de descalificar y trivializar esos actos, y aduciendo argumentos que conllevan muy poca reflexión. En algunas ocasiones se ha dicho que las conmemoraciones son “necrofílicas” y que el Movimiento del 68 no fue sólo el 2 de octubre, que también se dieron otras muchos rasgos y aportaciones valiosas que es importante y conveniente conmemorar. Y a primera vista esas reflexiones parecen justas y correctas, pero no lo son porque nadie reduce el movimiento estudiantil al 2 de octubre, pero intentar que se subestime éste, en realidad significa pretender atenuar las responsabilidades del gobierno y hacer abstracción de cuestiones que son esenciales.

Lo cierto es que de parte del gobierno y del oficialismo existe un grandísimo interés por borrar las huellas de Tlatelolco y de todo lo que con ello está relacionado. Además de las protestas por el crimen y por los abusos del poder, desde los primeros días tuvimos que luchar por difundir la verdad y la magnitud de los hechos. Los muertos, como pruebas de los crímenes y de la violencia policíaca, fueron desaparecidos. Nunca se dijo nada exacto del número de víctimas y nunca se permitió que se les identificara plena y libremente. Se fabricaron declaraciones de funcionarios y se alteraron los datos para minimizar la magnitud de los hechos.

En junio de 1977 cuando Díaz Ordaz fue nombrado embajador de México en España y los periodistas lo interrogaron respecto a Tlatelolco, y en particular sobre el número de muertos respondió con absoluta displicencia y con un ademán de desprecio: “Creo que más de treinta pero no llegaron a cuarenta”. Pero ni siquiera en el expediente 272/68 en que se acumularon los procesos judiciales seguidos en contra de los presos políticos a quienes nos acusaron formalmente del delito de homicidio se presentaron las actas de defunción y las identificaciones de todas las personas que el gobierno reconoce que fallecieron en Tlatelolco, y no lo hizo porque en todos los casos las heridas son de bayoneta y de balas de calibres oficiales de alto poder. En cambio sólo presentaron judicialmente las actas de dos soldados muertos. Semejante actitud cobarde e indigna, porque ni siquiera tiene el valor de reconocer la

magnitud del crimen, y porque miente sin ningún escrúpulo, cubrió de oprobio al Poder Judicial en su conjunto, haciéndolo cómplice del crimen de Tlatelolco, cuando debía haber actuado en contrario: descubriendo a los responsables materiales e intelectuales. Díaz Ordaz llegó al colmo del cinismo desafiando a la opinión pública a que se dieran pruebas de que el número de víctimas era mayor de lo que él decía.

Por eso en 1993 decidimos construir la Estela en Tlatelolco cuando una compañera nos relató un incidente que le había tocado vivir y escuchar en la Plaza de las Tres Culturas: Un grupo de jóvenes de secundaria se detuvieron para recibir una explicación del profesor que los acompañaba, y éste empezó diciendo: “dicen que aquí hubo una matanza de estudiantes en 1968, pero yo no creo porque...” De manera que después de un tiempo parece que tienen un cierto efecto todas las medidas combinadas, primero se oculta la magnitud de la tragedia, luego se minimizan las cifras, se hacen correr rumores, se desprestigia a los protagonistas y se trivializan los hechos y al final habrá quienes duden de los acontecimientos mismos. Y sin memoria histórica la posibilidad de que se repitan los mismos esquemas represivos aumenta de manera alarmante. Por eso la lucha por conservar la memoria y la verdad es tan importante.

La búsqueda de la verdad histórica y del deslinde de las responsabilidades de los involucrados no está motivada por un afán de revancha o por propósitos de venganza, es simplemente un imperativo elemental de justicia, absolutamente necesario para la salud de la República. La sociedad mexicana ya está enfrentada a muy serios desafíos que cuestionan las normas de convivencia civilizada, y en los próximos años estará constantemente puesta a prueba nuestra capacidad colectiva para reordenar la vida económica, política y social del país. Los cambios que se exigen por causas internas de desigualdades intolerables, y por causas externas impulsadas por la modernización y globalización en curso deberemos procesarlos en las mejores condiciones posibles, y eso incluye la vigencia irrestricta del régimen de derecho.

El papel de las fuerzas armadas debe ser revisado y redefinido a fondo por el simple hecho de que las disposiciones actuales fueron elaboradas en otro tiempo, cuando el espacio económico vital de las naciones tenía que defenderse con las armas ante las políticas imperialistas y colonialistas establecidas, que se ponían en práctica

con las guerras de conquista. Hoy en día, con las nuevas formas de articulación de los procesos económicos y los nuevos tipos de relación y dependencia establecidos entre los grandes círculos economicofinancieros, se debe redefinir de una manera más precisa el papel de las fuerzas armadas como garantes de los principios de soberanía nacional y de soberanía popular que constituyen los pilares del pacto político social que dan cohesión a la República.

En especial el papel de las fuerzas armadas en conflictos políticos de carácter interno debe ser revisado a fondo para acceder a una nueva legislación que impida de manera severa el uso del Ejército en conflictos políticos y en acciones represivas contra el pueblo. En la legislación vigente se permite bajo ciertas condiciones la utilización del Ejército en “disturbios internos graves” o ante “perturbaciones graves de la seguridad pública”, pero es evidente que estas formulaciones corresponden a una conceptualización arcaica de fenómenos de descontento a los que hoy en día se les reconocen causas económicas, sociales y políticas precisas, que deben ser tratadas con medios políticos y no militares; de manera que en una futura legislación no sólo no pueden sostenerse estos conceptos que permiten una altísima discrecionalidad, sino que por el contrario se debe prohibir explícitamente la utilización del Ejército en conflictos internos, excepto quizá como fuerza de interposición desarmada.

Se requieren acciones legislativas y educativas simultáneamente. De inmediato se requiere aplicar la ley vigente para terminar con la impunidad prevaleciente ante violaciones graves a los derechos humanos cometidas en acciones represivas ilegales. También es necesario revisar y modificar los ordenamientos legales para precisar mejor y establecer condiciones más rígidas que impidan la utilización de las fuerzas armadas en acciones represivas.

Simultáneamente es necesario generalizar y profundizar un proceso educativo centrado en el respeto a los derechos humanos, en toda la sociedad y especialmente entre las fuerzas armadas. En todos los programas y planes de estudio del personal militar y policiaco se deben incluir estas cuestiones, enfatizando desde luego sus derechos específicos como personal militar. En la medida en que los propios soldados y policías conozcan sus derechos y cuenten con instituciones que los defiendan —como la propuesta de establecimiento del “ombdusman militar” del general Francisco Gallar-

do— será posible y más fácil cambiar el principio de obediencia ciega que hoy existe en el Ejército, por un principio de disciplina consciente que incluya el derecho de los subordinados a negarse a participar en acciones ilegales.

Los procesos de educación, del ejercicio de la justicia y de nuevas disposiciones legislativas son complementarios; como en términos ideales debería bastar con la comprensión racional del problema, una campaña educativa debería ser suficiente. Pero por desgracia ése no es el caso, y menos aún en cuestiones involucradas con el poder. Los juicios penales de responsabilidad son indispensables también por razones educativas, porque la discusión y el debate generado por la trascendencia de esos actos se constituyen en verdaderas experiencias, es decir, en profundas vivencias colectivas procesadas racionalmente a la luz de los principios más avanzados del comportamiento humano.

## Palabras finales

En estas páginas hemos descrito los acontecimientos y las experiencias más relevantes del Movimiento del 68, vistos en su momento y también desde la perspectiva de esa larga trayectoria de 30 años de esfuerzos continuos que se han sostenido mediante proyectos políticos y estratégicos diversos, pero coincidentes en sus propósitos de democracia, libertad, justicia e igualdad social y económica para todos los sectores del pueblo de México.

Para la generación del 68, protagonista destacada de las luchas políticas de México en los últimos 30 años, los problemas se ubicaban en una perspectiva optimista en sus resultados finales, aunque se sabía y se aceptaba que para conquistar un futuro mejor y para cambiar el sistema, era necesario desarrollar numerosos y difíciles esfuerzos y desplegar al máximo la imaginación y la agudeza política en esa lucha.

Sin embargo, de unos años a la fecha, el estado de ánimo de la época ha cambiado sensiblemente y ahora se percibe dominado por sentimientos pesimistas extremos: desde mediados de los años ochentas por la inseguridad internacional y los probables conflictos atómicos que no han desaparecido del todo, y ahora recientemente por un complejo de amenazas funestas que van desde los riesgos de catástrofes ecológicas, enfermedades devastadoras e incertidumbre económica casi absoluta en términos individuales y hasta colectivos a nivel nacional.

Los últimos diez años han sido especialmente complicados por la acelerada transformación de las realidades políticas y sociales del mundo. Las certidumbres pasadas de un futuro mejor, y de una

marcha social y política progresiva de los pueblos sólo diferenciada por la velocidad de avance, han sido abandonadas y con ellas la decisión de actuar con esfuerzos sostenidos de largo plazo.

Los fracasos económicos y sobre todo las deformaciones políticas de los aparatos y partidos burocratizados de los países socialistas que llevaron al colapso de regímenes enteros han puesto seriamente en duda la viabilidad de las formas centralizadas de organización económica y social, por lo menos en sus formas absolutizadas. A la caída de los regímenes socialistas de economía centralmente planificada, ha seguido un debilitamiento general de todos los partidos y proyectos obreros o socialistas que compartían (y compartíamos en mayor o menor medida) estas concepciones.

Sin embargo, las opciones capitalistas, y sobre todo neoliberales que aparecieron como triunfadoras absolutas del larguísimo conflicto bipolar entre los sistemas capitalista y socialista a nivel mundial, muy pronto se han visto seriamente cuestionadas por los brutales niveles de pobreza y desempleo que han generado en el mundo como consecuencia de sus métodos irrestrictos de facilidades a la libertad de empresa y de comercio.

En el mundo unipolar dominado por las empresas transnacionales norteamericanas se están suscitando enormes conflictos sociales que rebasan los límites de los estados nacionales. La economía globalizada impone condiciones homogéneas, sobre realidades locales diferenciadas, con enormes costos sociales y políticos. La destrucción de las economías locales rurales y campesinas está dislocando y poniendo en grave riesgo de subsistencia la vida de cientos de millones de personas en el planeta. Los mercados de bienes y servicios se expanden sin restricciones y en cambio las condiciones del trabajo se extreman con dureza, hasta incluir de nuevo y sin escrúpulo alguno la explotación intensiva del trabajo infantil, en aras de mejores condiciones de competitividad capitalista que nunca se expresan en bienestar de los pueblos. Los fenómenos de migraciones masivas y de hambrunas todavía son frecuentes. Revive la xenofobia, el nacionalismo de derecha y el fundamentalismo religioso.

Por fortuna no se ha perdido la esperanza de conquistar un mundo mejor, y por el contrario, si se observan con detalle las causas del descontento y el sentido de los cambios que se procuran, se perciben condiciones crecientes y hasta explosivas para una nueva olea-

da de movilizaciones populares con exigencias radicales de cambio. En este panorama se ubican los esfuerzos de los indígenas de Chiapas organizados en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y en especial el conjunto de planteamientos que explican las causas de su movimiento y las demandas fundamentales que reclaman, y que no son otras que las condiciones mínimas indispensables para desarrollar una vida digna en las condiciones del mundo moderno: trabajo, tierra, alimentación, educación, salud, vivienda, información, derecho a la cultura, igualdad, libertad, justicia, democracia y paz.

Y en la misma forma en que surgió y se implantó en muy poco tiempo la presencia de los zapatistas en la realidad política nacional e internacional, en los últimos dos años también ha tomado carta de naturalización en diversos países y aceleradamente la demanda generalizada de empleo y de reducción de la jornada legal de trabajo. Si se excluyen en definitiva las guerras internacionales generalizadas y otras respuestas genocidas a los problemas sociales del mundo, es casi evidente que la única solución posible es proceder a una reorganización profunda de la sociedad empezando por la reducción de la jornada legal de trabajo, de manera de asegurar la subsistencia de todas las personas mediante el empleo. Resuelta esa primera condición inicial indispensable para una supervivencia digna, es posible abordar otros problemas sociales con perspectivas reales de solución positiva. Y en esa perspectiva la experiencia de las luchas sociales protagonizadas o inspiradas por los trabajadores son de un alto valor histórico y político concreto.

Las condiciones históricas, económicas, políticas y organizativas requeridas para hacer realidad la demanda de reducción de la jornada de trabajo y lograr prácticamente el pleno empleo en todo el mundo están dadas o madurando rápidamente por la revolución tecnológica y productiva en la economía, las crecientes necesidades de preservación del medio ambiente como requisito de supervivencia, y la modificación a fondo de las tendencias de hacer recaer fundamentalmente en el campo el peso del desarrollo económico. Sin embargo, también debe considerarse que la reducción de la jornada de trabajo sin pérdidas de salario, no habrá de lograrse si no es por medio de grandes y enérgicas movilizaciones populares, y especialmente de jóvenes y estudiantes, capaces de vencer la resistencia capitalista a modificar la distribución general del ingreso, que es la única variable económica que sí se altera sustancialmente con estas medidas.

En la conmemoración del Mayo del 68 en Francia ha sido altamente significativa la reflexión respecto a la participación obrera en el Movimiento de hace 30 años. Después de las violentas refriegas en las barricadas del Barrio Latino el 13 de mayo en París, las centrales obreras llamaron a la movilización general para detener la represión y en solidaridad con los estudiantes. En unos cuantos días 9 millones de trabajadores se lanzaron a la huelga general, ocuparon las fábricas y paralizaron toda Francia. Una estimación general de la magnitud del movimiento huelguístico francés estima, sin considerar a los trabajadores del Estado, en 150 millones las jornadas de trabajo comprometidas en el movimiento.

Las negociaciones para resolver las demandas particulares de los obreros huelguistas con el gobierno, especialmente los Acuerdos de Grenelle, se realizaron en las calles e incluyeron aumento del 35 por ciento al salario mínimo y 10 por ciento a los salarios contractuales, los reconocimientos a los comités de fábrica para negociar los contratos colectivos de trabajo, modificaciones en los planes de seguridad y jubilaciones y reducción de una hora a la semana en la duración de la jornada de trabajo. Por diversas razones todos esos acuerdos no se implantaron de inmediato. Pero un año después numerosas empresas aceptaron la disminución de la jornada de trabajo de 45 o 46 horas por semana, que eran la norma establecida, a sólo 40 horas de trabajo con pago de 48. En 1968 en Francia se estimaba el desempleo en más de medio millón de personas registradas en los censos, más otros cuatrocientos mil jóvenes que no aparecían en las cifras oficiales porque nunca habían conseguido empleo.

En el movimiento estudiantil francés de mayo del 68 las consideraciones y demandas por redefinir las relaciones del saber y el trabajo, y en especial por reducir la jornada legal de trabajo fueron estudiadas y sostenidas por el Sindicato Nacional de Enseñanza Superior (ENS-Sup) de profesores y estudiantes, mediante una serie de consideraciones clarividentes respecto al papel de la ciencia y la técnica en la producción y los fenómenos de desempleo asociados a los procesos productivos tecnificados. Sin embargo, después de los sucesos de mayo del 68 y el establecimiento generalizado de la semana de 40 horas, el asunto no se volvió a considerar de manera generalizada sino hasta años recientes en que el problema del desempleo ha alcanzado cifras escandalosas en diversos países de Eu-



ropa. En el Movimiento estudiantil mexicano, como señalamos en su momento, se planteó, sin que se aceptara, la posibilidad de incluir la semana de 40 horas como parte del pliego petitorio. Pero en ese momento no se dieron argumentos desarrollados para el efecto, ni había suficiente sensibilidad al respecto.

La situación ahora ha cambiado radicalmente y la conciencia de que los problemas de la pobreza y la pobreza extrema tienen que ser enfrentados con medidas de fondo está replanteando el problema en términos de mayor profundidad y alcance. En los últimos años se ha venido observando con preocupación que el incremento en los niveles de inversión ya no se corresponde necesariamente con mayores niveles de empleo, porque las tendencias modernas están orientadas a reducir al máximo posible la mano de obra en los procesos productivos. Así crece y se agudiza el contraste entre las inmensas capacidades productivas de la técnica moderna con los lacerantes niveles de desempleo que se padecen. Por estas y otras muchas razones de diverso tipo es fácilmente previsible considerar que las luchas por la reducción de la jornada legal de trabajo tomarán un fuerte ímpetu en los próximos años y darán lugar a modificaciones profundas en los valores, modos y formas de vida de millones de personas en el planeta.

En los proyectos de reorganización económica, social y política de nuestro país, en función de las nuevas realidades mundiales, la participación organizada de sectores sociales cohesionados por intereses comunes es indispensable. La definición precisa y el esclarecimiento de los propósitos que se persiguen con el sistema educativo del país es una clave necesaria para comprender el rumbo al que nos dirigimos. Los estudiantes organizados como participantes interesados en las políticas que se definen en el sistema educativo y del cual ellos son los principales beneficiarios (o perjudicados por sus errores y deficiencias) es un elemento que se debe promover y proteger para enriquecer la vida democrática del país.

Las percepciones de los jóvenes respecto al futuro y las condiciones que se están generando en esa perspectiva, son de la máxima importancia en la vida política nacional porque se trata de un sector que por su propia naturaleza piensa los problemas nacionales en términos de proyectos y de construcciones posibles, y en condiciones de igualdad en la participación y justicia en los objetivos que se pueden pretender. Es claro que las decisiones políticas respecto

a los objetivos y contenidos de la educación nacional, como siempre, deben revalorarse en función de las condiciones cambiantes en las realidades generales del mundo, pero enfatizando el propósito de ampliar y consolidar la soberanía nacional y la independencia política del país.

Especialmente para los jóvenes, los problemas del empleo y la educación tienen que ser considerados simultáneamente y en su dimensión más amplia, porque no se trata de reducir la educación a la capacitación directa para los empleos que genera la división internacional del trabajo, dictada por las transnacionales, sino por el contrario, se trata de la reorganización a fondo de los procesos de educación y de trabajo, no tanto porque claramente uno está en función de la otra, sino porque incluso para los jóvenes de mayor éxito profesional la necesidad de procesos de actualización (o recíprocamente de obsolescencia), son cada día más frecuentes y perentorios, y en el futuro podrían incrementarse. Este cambio acelerado y profundo que se está produciendo en las condiciones de vida y de trabajo de millones de personas hacen necesario que las actividades de actualización deban ser consideradas como parte de los tiempos de trabajo necesarios y en consecuencia tengan que ser remuneradas. De igual manera habrán de modificarse los conceptos previos que consideraban la capacitación por una parte y el desarrollo profesional por otra, como etapas más o menos rígidas en las vidas de las personas.

En las escuelas y las universidades, en el sistema educativo en su conjunto, los profesores, estudiantes e investigadores son objeto y sujeto simultáneamente de políticas y propósitos de intereses contrapuestos para moldear el mundo del futuro y determinar desde hoy en buena parte algunos rasgos esenciales de su propio destino. Los modelos prevalecientes del moderno hombre de éxito, acordes con los intereses de las empresas transnacionales de “alto valor agregado”, promueven el individualismo, y el desinterés social, el desarraigo nacional y el apego a los satisfactores que pueden conseguirse con dinero; es la visión “yupie” de la vida moderna.

Se pregona y se acepta la falsa idea de que la única realidad y posibilidad en el mundo moderno es que los resultados positivos sean cada vez más excluyentes, y se orientan los esfuerzos de los jóvenes a utilizar todos los medios para lograr el éxito a cualquier precio en esa competencia feroz de todos contra todos. El mundo es

de los “triunfadores” según el argot y la ideología empresarial y se induce la idea de que el éxito depende de conocimientos y habilidades específicas individuales. La contradicción esencial radica en la creciente demanda educativa frente a los resultados cada vez más precarios de satisfacción y éxito en la vida productiva de la gran mayoría de los egresados universitarios, tanto numérica como cualitativamente.

La presión por modificar cada día más la orientación y los niveles de enseñanza de las escuelas públicas para dirigir las directamente a satisfacer necesidades específicas de sectores productivos con el falso propósito de garantizar al menos un empleo, es constante, sin importar la degradación educativa general que estas modificaciones conllevan. De nueva cuenta y de manera significativa se presentan en diversas partes del mundo conflictos sociales y políticos protagonizados por jóvenes estudiantes y obreros, a veces por cuestiones de empleo y derechos laborales, a veces por cuestiones educativas.

Con el avance acelerado de los nuevos medios de información y comunicación electrónica generalizada, la crisis del sistema educativo nacional es cada día más evidente y patética. Desde todos los puntos de vista que se observe es claro que el sistema completo tiene que ser reformado urgentemente, y aunque es evidente que numerosos aspectos de esta reforma referidos sobre todo al ámbito de la educación superior son y serán tema de debate por mucho tiempo todavía, existen en los niveles elementales y medios una serie de rasgos generales y cuantitativos que están madurando tan aceleradamente, que prácticamente ya no admiten discusión.

Más allá de todas las fantasías o realidades que se cifren en las supuestas o reales riquezas en recursos naturales del país, y de las ventajas comparativas de diverso orden que se puedan poner en juego, lo cierto es que hoy en día está plenamente establecido el alto valor que tiene para un país el nivel educativo de su población, porque el mundo moderno está funcionando cada vez más sobre la base de procesos tecnológicos complejos.

Como solución individual, y para describirlo de manera directa y clara, es natural que en las familias de clase media con recursos suficientes, se procure que los jóvenes estén bien y mejor preparados que el promedio que se logra con los cursos normales y regulares de las escuelas. Pero más todavía, en familias informadas y

conscientes, la preparación intelectual de los jóvenes se considera como una condición casi indispensable de supervivencia. Por eso los jóvenes de clase media frecuentemente complementan su preparación escolar incluyendo cursos de idiomas, y asegurando de manera particular el acceso a computadoras más o menos complejas y a diversas facilidades asociadas con estos equipos: enseñanza asistida por computadora, redes de consulta y comunicación electrónica sofisticada, además de enseñanza artística y deportiva, etcétera.

Desde el punto de vista material y de recursos disponibles en nuestro país, no existe ninguna razón válida para no proceder a una profunda reforma educativa que, para empezar de inmediato y con lo más obvio, se planteara metas cuantitativas verdaderamente ambiciosas, como condición indispensable de avance democrático y de bases materiales reales para fincar proyectos de mayores alcances.

En las condiciones actuales es posible y necesario pensar en una reforma integral del sistema educativo de manera que podamos garantizar que prácticamente todos los niños de México cursen los ciclos completos de enseñanza escolarizada obligatoria, como lo dice la ley, y que al terminar se garantice que todos sean bilingües o trilingües, que adquieran una alta familiaridad y suficiente dominio del manejo de computadoras para muy diversas tareas, que tengan una buena educación musical y artística; que estén preparados y pre-dispuestos anímica y conceptualmente para proseguir los estudios de una o dos carreras técnicas o profesionales del nivel de las actuales.

Estas metas educativas no son excepcionales, por el contrario son normales y frecuentes en los hijos de familias de clase media, y no hay ninguna razón para pensar que esto no se podría llevar a efecto en las escuelas públicas para beneficio de todos los niños del país. De hecho así están concebidos los planes de estudio de otros países e incluso en algunos estados como Nuevo León, Guanajuato, Tlaxcala y Aguascalientes algo se ha iniciado en esta dirección. Uno de los elementos más sorprendentes de desmistificación cultural que se han conocido en México en los últimos años es el hecho de que prácticamente todos los indígenas chiapanecos de la zona de las Cañadas son trilingües, lo que además ha resultado traumático para ciertos sectores pretenciosos que interpretaban esa condición como un signo de inteligencia excepcional.

Una reforma educativa de esas dimensiones presupone una verdadera movilización nacional de recursos de todo tipo y sus efec-

tos en la vida económica y política del país serían inmediatos. El número de profesores de idiomas, la cantidad de equipos de computadoras, las modificaciones en las formas de trabajo de todas las escuelas, y en general todos los requerimientos para poner en práctica una reforma semejante, serían verdaderamente significativos. De hecho, éstos son propósitos que pueden transformarse en demandas sociales porque ya están en curso decenas de miles de acciones individuales que tienen semejantes propósitos, lo que se demuestra con sólo observar la demanda que tienen los cursos de idiomas y de computación en escuelas privadas, caras y de calidad muy cuestionable.

En las condiciones actuales del país ya es una demanda madura, en términos de las necesidades percibidas por la población y de la comprensión de largo plazo que ha mostrado la sociedad al respecto, la incorporación a los planes de estudio de todas las escuelas primarias de cursos obligatorios de lenguas extranjeras y la adquisición de un número suficiente de computadoras (por lo menos una por cada diez o quince alumnos), para empezar a lograr cierta familiaridad y resultados significativos con esos medios.

Las condiciones de reproducción y mantenimiento de la explotación y la opresión política de amplios sectores populares están basadas en una interiorización de ideas y planteamientos que atribuyen el destino triste y miserable de las personas a condiciones intrínsecas individuales (“los perdedores”) o a características inherentes a su condición étnica o cultural. Se trata de provocar una renuncia al posible propósito de lucha postulando por anticipado e interiorizando en la psicología de los dominados, la idea de la inutilidad e inconveniencia del esfuerzo por la imposibilidad estructural de modificar la situación dada. Aunque esos esfuerzos desmovilizadores no tienen efectos absolutos, porque frente a ellos siempre se levanta la lógica de los hechos y de las tercas necesidades humanas, es evidente que los elementos ideológicos cuentan en ambos sentidos, como factores paralizantes en las interpretaciones interesadas de los dominadores o como elementos indispensables para la coherencia y la perspectiva en los proyectos de cambio.

La predisposición a la lucha parte del convencimiento de que existe una condición elemental de justicia basada en el derecho a la vida, a una vida digna y plena de satisfactores según el estándar normalmente aceptado en el mundo moderno, válida para todos los

hombres por el simple hecho de serlo. Es una afrenta a la conciencia del mundo que más de la mitad de los habitantes del planeta viva en condiciones de pobreza, y cerca de la cuarta parte en condiciones extremas de subsistencia, más todavía cuando se toma conciencia del costo económico verdaderamente insignificante que representaría salvar las vidas de millones de seres con medidas elementales de alimentación e higiene y medicamentos sencillos y baratos.

En los últimos años se percibe un desfase notable entre las necesidades y demandas generalizadas de la población y los proyectos políticos que se proponen para hacer realidad los cambios profundos en las relaciones económicas y sociales que se requieren en el país. Las propuestas oscilan entre dos extremos inconvenientes: con motivaciones pragmáticas y de poco alcance se buscan soluciones “viables” que de inmediato devienen en posiciones contemporalizadoras con el *status quo*, que a lo más que llegan es a un neoliberalismo con rostro humano; o se formulan planteamientos generales de revisión de fondo con la idea de acceder a un nuevo proyecto Constitucional de la República, a un nuevo pacto social de mayor alcance, y aunque ya hemos mencionado que no está definida y menos resuelta una manera adecuada de seleccionar a los representantes populares que puedan asumir semejante tarea con plena legitimidad, la propuesta por lo menos tiene la virtud de obligar a pensar en soluciones de mayor alcance.

Un conjunto de demandas programáticas de carácter social plasmadas en una nueva Constitución (derecho al trabajo, la alimentación, salud, educación, vivienda, derechos humanos modernos, preservación del medio ambiente, etc.) y de medidas y mecanismos políticos adecuados y específicos para asegurar su cabal cumplimiento, en una perspectiva de amplios poderes populares, se pueden convertir en un verdadero programa de unidad y lucha generalizado de organizaciones y movimientos populares, que se sobreponga a la lógica y los intereses limitados de los partidos políticos actuales.

En la lucha en contra del autoritarismo se han logrado grandes avances en ciertos aspectos específicos, especialmente en las situaciones en que están en perspectiva acciones represivas evidentes. Sin embargo, subsiste y se hace muy poco por combatir una fuerte carga autoritaria y burocrática (que en esencia es equivalente en

cuanto al desprecio por las opiniones y exigencias de la gente, excepto porque en un caso se expresa como alarde y en otro se esconde tras la maquinaria del aparato de poder), que se manifiesta en la vida diaria y en los espacios de interacción con los funcionarios de toda índole, y lo que es peor, incluso en las organizaciones partidistas que se supone que están luchando por erradicar esas prácticas de la vida nacional.

La identificación pragmática de política y eficacia inmediata, de poder y control, sirve de sustento a la cultura corporativa extrema que busca y logra la demostración del apoyo irrestricto de las bases con métodos coercitivos, conlleva la marginación y estigmatización del pensamiento crítico y de las disidencias indispensables para enriquecer la vida política y evitar el estancamiento. En los últimos años de ofensiva del neoliberalismo y de tímidas respuestas políticas de carácter pragmático de parte de la oposición, se ha venido perdiendo la confianza de las organizaciones del pueblo en sus propias fuerzas y en la capacidad de impulsar por sí mismas las transformaciones que se necesitan con urgencia.

Para recuperar la perspectiva y la estrategia de amplios proyectos de transformación es indispensable repensar las demandas sociales de los mexicanos en términos que garanticen su cabal cumplimiento. Se requiere revisar la historia contemporánea y las formas en que se han venido constituyendo los problemas y las fuerzas sociales que los están determinando. Los estudiantes de México de nuevo se encuentran en posiciones cruciales para incidir de manera determinante en la vida nacional.





## *Apéndice*



## A. Declaración de Morelia. Central Nacional de Estudiantes Democráticos

Ante la necesidad de que las fuerzas progresistas estudiantiles de México se organicen para la defensa de sus reivindicaciones inmediatas, se reunieron en la ciudad de Morelia, Michoacán, 200 delegados, representantes de más de 100 mil estudiantes de todo el país, con el propósito de discutir su participación en la lucha revolucionaria con base en la unidad, democracia e independencia de las organizaciones estudiantiles. La *Central Nacional de Estudiantes Democráticos* tiene lugar precisamente aquí, en donde la campaña para abatir la enseñanza científica y la tendencia democrática de los centros de cultura superior, ha pugnado por imponer un tipo de educación confesional, golpeando todo principio de legalidad constitucional y culminando en forma dramática con el asesinato del compañero Manuel Oropeza García.

La plena solidaridad estudiantil nacional hacia todo movimiento democrático y popular, se manifiesta ahora en la justa lucha de los estudiantes michoacanos. Y este acto solidario es una clara advertencia a las fuerzas oscurantistas de lo que pueden lograr los jóvenes organizados de México.

***I. ¡Por la unidad del pueblo y de los estudiantes  
en la lucha contra nuestros enemigos comunes!***

Las grandes luchas libradas por los estudiantes y el pueblo contra los enemigos del progreso, han estremecido el país en los últimos años. La

creciente agudización de la situación económica que padecen las masas populares ha provocado graves conflictos en los que participan combativamente obreros y campesinos con el fin de lograr un régimen más democrático y resolver sus propias necesidades.

En estas luchas del pueblo, los estudiantes han aportado su decidida colaboración. A consecuencia de la penetración del imperialismo norteamericano la situación se agrava cada día; el país se encuentra en un trágico estancamiento de su economía.

En la última década, el movimiento estudiantil ha sido probado a través de importantes hechos significativos: la heroica huelga de la Escuela de Agricultura “Antonio Narro” de Saltillo, Coahuila, contra el punto cuarto del Plan Truman; durante los años 56 y 57 los estudiantes del Politécnico, los de la Universidad Nacional y los de las Normales Rurales, combatieron por la defensa de los servicios asistenciales y con ello defendieron las bases y garantías de la educación popular; la lucha sostenida en 58-59 por los estudiantes de México, Puebla y Monterrey contra el alza de los precios de los transportes urbanos (medida antidemocrática que habían aplicado los monopolios camioneros), etc., son todos ellos acontecimientos que demostraron el gran potencial combativo de los estudiantes y nos enseñaron, de manera sobresaliente, que las direcciones improvisadas de los movimientos juveniles sólo podían llevar a la entrega de estas acciones al gobierno y a las empresas monopolistas.

En 1960 el movimiento estudiantil adquiere nuevo impulso con las acciones de los universitarios de Chilpancingo, Guerrero, contra los crímenes y despotismo de Raúl Caballero Aburto, gobernador del estado, y con la campaña de los estudiantes normalistas del Distrito Federal para desenmascarar los aspectos demagógicos del Plan de Once Años y la intención gubernamental de dispersar a los más combativos cuadros estudiantiles, como medida de “profilaxis política”.

En ese mismo año, después de prolongados e intensos esfuerzos, los estudiantes michoacanos arrancan a las autoridades de su estado una Ley Orgánica progresista que normara la vida de su Universidad.

La invasión a Cuba, perpetrada por mercenarios adiestrados por la Central Intelligence Agency (CIA), movilizó a los estudiantes de todo el país en protesta por la descarada intervención del imperialismo norteamericano en los asuntos internos de ese pueblo hermano. La humillante derrota del imperialismo en Playa Girón,

significó una brillante victoria de los movimientos de liberación de los pueblos oprimidos. Las grandes conquistas de la Revolución Cubana han espantado a la reacción y al imperialismo, los que se han lanzado a una histórica campaña contra los centros de enseñanza reprimiendo y mediatizando a las organizaciones estudiantiles porque se dan cuenta de la gran fuerza que éstas han demostrado tener en sus luchas por el progreso de México. En todos los conflictos señalados arriba, el estudiantado hubo de enfrentar la hostilidad del gobierno quien, en la mayoría de los casos, ha actuado en complicidad con el imperialismo y ha pactado con la reacción.

El heroico combate que han librado recientemente los estudiantes michoacanos,\* demuestra que las causas que han motivado el movimiento democrático del país, se han agravado. La economía mexicana, pese a los discursos e informes oficiales en contrario, se encuentra en crisis; el empobrecimiento de la clase obrera y de los campesinos es cada vez más dramática, la penetración imperialista en los ámbitos de la educación y la cultura se ha acentuado. Mientras esta situación persista, seguiremos luchando.

## *II. ¡A la lucha por una educación popular y científica!*

Las principales luchas estudiantiles en la última década no han sido sino reflejo de una profunda crisis en la educación, crisis que se acentúa por las embestidas reaccionarias y gubernistas contra todo vestigio de educación popular y científica.

A los estudiantes nos afectan profundamente las medidas antipopulares, antiestudiantiles y antidemocráticas que el gobierno lleva adelante en materia educativa. Por lo tanto, los estudiantes democráticos del país, fijamos ahora nuestra posición ante tan grave problema.

Estamos en contra de una educación que en la medida que pasa el tiempo, se sitúa en abierta contradicción con los intereses populares, que nos trata de inculcar un “humanismo” que considera “hombre” al hombre de negocios, al banquero próspero, al gran comerciante y, en fin, a todo aquel que tiene dinero producto de la

\* La intromisión oficial para deponer la rectoría de Eli de Gortari.

explotación a que está sometido nuestro pueblo; el “humanismo” que desprecia al obrero, al campesino, que discrimina al indio; el “humanismo” que pregona el desprecio al trabajo y predica la holganza y el parasitismo, el ascender en la “jerarquía social” y el “prestigio”, como objetivos vitales de la juventud; el “humanismo” que enseña a los estudiantes a ser enemigos mortales del hombre, a arruinar al competidor por cualquier medio, a no tener escrúpulos, a ser mezquinos y mercantilistas; el “humanismo” que con frases trata de encubrir los intereses de los explotadores del trabajo del hombre, los estudiantes lo despreciamos porque es sólo la expresión de una sociedad moribunda, en descomposición, en la cual los que trabajan viven en la miseria y los parásitos son respetados y estimados en las “altas esferas” y en el mundo oficial.

Se pretende producir hombres y mujeres con arreglo a las necesidades exclusivas de los explotadores. Seres humanos estandarizados, deshumanizados y como piezas y refacciones de la maquinaria que la clase social dominante requiere para la expansión de su actividad económica de lucro. Es evidente que la gran mayoría de los técnicos y profesionistas sólo se preocupan por sí mismos, sirviendo a quien les paga, integrándose a la minoría explotadora y adquiriendo todos sus vicios y estilo de vida.

El conformismo y la pasividad a que nos trata de conducir, obedecen al interés de que tal estado de cosas persista, a justificar su régimen de explotación y privilegios. Nuestro silencio sería la complicidad. Por eso nos revelamos contra la situación que priva en el país en el campo de la enseñanza y trataremos de transformarla.

Queremos no una educación abstracta ni hipócrita, sino concreta, justa y verdadera. Deseamos que se formen hombres íntegros, que posean una visión precisa de la sociedad en que viven y de sí mismos, para que puedan comprender el sentido de su actividad. Estamos contra el humanismo abstracto que sólo beneficia a los explotadores; estamos por el humanismo concreto, el que ve al hombre real, al obrero, al campesino, al trabajador sometidos a la explotación de su trabajo diario; estamos por el humanismo que tiende a transformar la estructura socioeconómica en beneficio de las grandes masas populares.

Estamos contra la técnica deshumanizada, esa otra faceta del humanismo teórico; estamos contra la creación de técnicos que desconocen los problemas del pueblo y sólo sirven como emplea-

dos de las minorías privilegiadas. Estamos por una técnica al servicio del pueblo.

Para que la educación cumpla con sus principios fundamentales, es necesario que no se nos oculte la verdad, que no se nos den ideas falsas, alejadas de la realidad. Que se parta de la problemática económica, política y social del país, que se parta de la realidad objetiva para poder transformarla. Es imposible transformar al país si no lo conocemos. Mientras nuestro pueblo siga explotado y en la miseria, no podemos callar quiénes son sus explotadores, tenemos que denunciarlos y combatirlos. Se deben formar hombres capaces de transformar al país, de derrotar la opresión imperialista y lograr la liberación económica y política de México; hombres capaces de construir una sociedad sin explotación, miseria ni injusticia.

Junto a una enseñanza cada día más ligada a los intereses reaccionarios y proimperialistas, existe una instrucción que no responde a los adelantos de la ciencia y la técnica, que impide que los profesionistas dirijan sus esfuerzos y capacidades a la racional explotación de los recursos naturales y medios de producción, al aprovechamiento científico de las fuentes de energía, de la maquinaria y de las industrias, todo ello en beneficio de las masas trabajadoras y de nuestra independencia económica y política.

Impartida esta educación mediante métodos artesanales y regresivos, nos conducen a la dependencia técnica y científica respecto del imperialismo y ratifica nuestra condición de esclavos de las grandes industrias monopolistas; los métodos que se utilizan para la enseñanza son el dogmatismo y la memorización sin posibilidad de comprobar los conocimientos en la práctica.

Los convenios de ayuda técnica, así como *los planes trazados en el programa de la Alianza para el Progreso, son un medio de penetración imperialista encaminados a deformar todavía más la enseñanza en México y obstaculizar todo desarrollo de la investigación científica*. Los rasgos generales de la educación en México constituyen así un sistema antipopular y anticientífico. La educación superior, como institución nacional, entra en abierta contradicción con los intereses populares.

El camino para resolver esta contradicción se inicia con la lucha *por una Reforma Educativa Nacional* que plantee la problemática real del país, que planifique la enseñanza en todos sus grados e

imparta una enseñanza que forje técnicos y humanistas que estén identificados con los intereses populares.

No queremos crear una cultura para el pueblo, sino con el pueblo; creemos que el pueblo, que hasta ahora ha sido el tema de las disquisiciones de unas cuantas personas que no lo conocen, se levante, se apodere de las universidades, de las instituciones técnicas, de las normales, de todo el aparato de enseñanza superior, para transformarlo. Que se forjen las armas que habrán de servir al pueblo para enfrentarse a sus enemigos. La participación de él en la lucha por la Reforma Educativa, habrá de ser la más sólida garantía de que la educación esté enteramente a su servicio.

Aumentan cada día las medidas que hacen de la enseñanza superior y media el patrimonio de una élite, de los hijos de los ricos, pues de cada mil niños que empiezan la instrucción primaria, sólo uno de ellos logra terminar una carrera profesional. Por cada diez mil habitantes de las clases privilegiadas y económicamente fuertes asisten 95 estudiantes a los centros de enseñanza superior, mientras que de cada diez mil habitantes de la clase trabajadora asisten cinco.

En la actualidad, para modificar sustancialmente la composición clasista de los estudiantes y evitar que ingresen a las universidades jóvenes provenientes de las clases populares, se les somete al “filtro purificador” de estudios socioeconómicos, pruebas de inteligencia (¿?), exámenes de admisión, cuotas elevadas de inscripción, becas de soborno, etc., y se liquida todo vestigio de sistemas asistenciales para estudiantes de escasos recursos, con medidas tales como el cierre de internados, de comedores estudiantiles, disminución de las raquíticas becas, etcétera.

Planes como el “Once Años”, lanzado por la Secretaría de Educación en 1960, no demuestran sino la desesperación del régimen para distraer al pueblo con promesas demagógicas y mantenerlo alejado de los verdaderos términos del problema. ¿Cómo afirmar que sobran estudiantes y maestros normalistas en un país en el que de cada 100 habitantes, 45 no saben leer ni escribir?

En resumen: sólo logrando que existan condiciones para que los jóvenes de escasos recursos asistan a los centros superiores de enseñanza y garantizando la terminación de sus estudios podemos considerar que existe realmente la educación popular. Todos los datos mencionados prueban una cosa: que el pueblo no asiste a educarse por falta de recursos económicos.



Por tanto, nosotros, estudiantes salidos con grandes esfuerzos de las capas necesitadas de la población, entendemos claramente que sólo en estrecha solidaridad con las luchas que el pueblo libra para mejorar sus condiciones de vida, podrán establecerse firmemente las condiciones generales para lograr una educación fincada en los intereses populares. Por eso estamos por la Reforma Agraria Radical, por la democracia e independencia de los sindicatos, así como con los movimientos reivindicadores que libra el pueblo trabajador contra la explotación de los monopolios internacionales y sus cómplices criollos; en una palabra, con el movimiento general que libere a nuestro pueblo de las ataduras que lo agobian. Los objetivos del pueblo son los nuestros. Y nuestros objetivos en la educación son los de él. Nuestra solidaridad en la lucha por sus reivindicaciones es indeclinable y la condición de nuestro triunfo es contar con la solidaridad de las clases trabajadoras del país.

### *III. ¡Por la unidad y organización independiente del estudiantado democrático y revolucionario!*

Las autoridades gubernamentales y universitarias, al servicio de los explotadores y opresores de nuestro pueblo, utilizan la demagogia, la corrupción y el soborno con todos los medios a su alcance, para dividir a los estudiantes y frenar su lucha por sus más auténticas demandas. Un claro ejemplo de esto son los últimos acontecimientos en las universidades de Puebla, Monterrey, Guadalajara y Morelia.

Los estudiantes de México, ante tal situación, necesitan un instrumento de lucha independiente, que garantice la defensa de sus derechos y la consecución de sus objetivos; necesitan de un organismo propio que encuentre en su independencia frente al gobierno la premisa básica de su existencia. Las organizaciones obreras, estudiantiles y campesinas que controla el gobierno, son precisamente antiobreras, anticampesinas y antiestudiantiles. El asesinato de líderes populares como Rubén Jaramillo y Román Guerra Montemayor, el encarcelamiento de líderes obreros como Demetrio Vallejo y Valentín Campa; las salvajes represiones de que son objeto las organizaciones democráticas y las manifestaciones populares; la persecución y encarcelamiento de líderes estudiantiles

como Enrique Cabrera en Puebla y Efrén Capiz en Morelia, son ejemplos palpables de la situación actual.

Las razones antes expuestas y las propias experiencias del movimiento estudiantil nacional demuestran que solamente con la independencia frente al gobierno es posible luchar por nuestras reivindicaciones. Es necesario el conocimiento cabal y profundo de los problemas que nos afectan para lograr la participación activa y consciente de los estudiantes democráticos, por sus demandas más urgentes. La única forma efectiva de lucha es la de formar un solo frente, pues la experiencia demuestra que cuando los estudiantes no hemos estado unidos, las fuerzas enemigas nos han derrotado. La unidad del movimiento estudiantil es la condición fundamental para alcanzar el triunfo. Una organización amplia y representativa, basada en la democracia interna, es el objetivo que nos plantea ahora la realidad.

Los estudiantes de México tenemos una gran responsabilidad frente a nuestro pueblo; la lucha por transformar el actual sistema de enseñanza, en un sistema de educación popular y científica, ajustado a las necesidades del país y al mejoramiento del nivel de vida de las masas trabajadoras, encuentra su camino en la lucha por una Reforma Educativa sin claudicaciones.

Forjando la unidad de todo el estudiantado, de manera democrática e independiente y batallando en forma entusiasta y responsable, cumpliremos la misión histórica que nos corresponde.

- ¡Viva la reforma educativa popular!
- ¡Viva la unidad de los estudiantes con su pueblo!
- ¡Viva la democracia e independencia estudiantil!
- ¡Viva la unidad combativa y revolucionaria del estudiantado!

Morelia, Michoacán, a 17 de mayo de 1963.

“Luchar mientras se estudia”

Aprobado por unanimidad y con aclamación en la última sesión plenaria de la I Central Nacional de Estudiantes Democráticos celebrada en Morelia, Michoacán, durante los días 15, 16 y 17 de mayo de 1963. Comisión de redacción: Raúl Álvarez Garín, Walter Ortiz Tovar, David Aguilar Mora, Antonio de Haro.

## B. Pliego petitorio del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la huelga de mayo de 1966 en la UNAM

Los estudiantes universitarios consideramos que la democracia y autonomía en nuestra máxima casa de estudios son condiciones imprescindibles para el correcto funcionamiento de la misma. Con base en ello nos hemos lanzado a este movimiento y hemos elevado una serie de demandas a fin de que estos principios tengan una real efectividad. Pugnamos porque la cultura superior no sea privilegio de unos cuantos, sino que esté al alcance del pueblo.

A nuestro juicio la Universidad debe ser una institución de carácter docente en la que se forjen profesionistas preparados, capaces de afrontar los problemas que la realidad misma ofrece.

No obstante, esto no sucede así, puesto que una serie de desviaciones de carácter económico, político y administrativo lo evitan. Una perspectiva profunda del problema nos muestra que la Universidad es una estructura de poder, en el cual los intereses políticos de las autoridades administrativas llegan a pesar más que los intereses académicos.

El nivel de la enseñanza es bajo, los planes de estudio anacrónicos y desarticulados, hay un gran número de maestros incompetentes y la falta de práctica es grave. Por otro lado, los recursos económicos son canalizados de manera arbitraria y el derroche es notorio.

La participación estudiantil en el gobierno de la Universidad es mínima, y los mecanismos formales cumplen una función discriminatoria al respecto.

Toda esta estructura desviada necesita de una serie de elementos represivos para su sostén, elementos que varían desde la impresión psicológica hasta la impresión física.

Los estudiantes, conscientes de los graves problemas que aquejan a la Universidad, agrupados en el Consejo Estudiantil Universitario, lanzamos la presente serie de puntos programáticos tendientes a resolver el problema, si no en su gran mayoría por lo menos en parte.

El Consejo Estudiantil Universitario (CEU) reprueba la actitud de los directores y maestros que renunciaron en forma pública para ejercer presión sobre el alumnado, olvidando las responsabilidades que les fija la Ley Orgánica.

1) Que la H. Junta de Gobierno debe nombrar rector definitivo, tomando como opinión de los universitarios el pliego petitorio que se le presenta, así como el conjunto de características generales que consideramos debe reunir el próximo rector de la UNAM.

El Consejo Estudiantil Universitario considera que el nuevo rector deberá llenar como características mínimas el que a través de su *currículum vitae*, que será público, ponga de manifiesto sus aptitudes positivas para el puesto mediante lo siguiente:

a) Que comprenda que la Universidad y la educación atraviesan por una crisis, que implica la necesidad de una reforma universitaria en los aspectos académicos, políticos, legales y sociales.

b) Que acepte el diálogo entre estudiantes, maestros y autoridades administrativas como necesario.

c) Que traiga iniciativa en trabajos concretos para ser realizados.

d) Que su pensamiento y su edad estén cercanos a la juventud estudiosa, que sea de pensamiento progresista y no sirva a los intereses reaccionarios y arribistas.

e) Se advierte que de no ajustarse a lo antes establecido y de no dar solución satisfactoria al pliego petitorio, el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) se tomará la facultad de vetar a la persona que se designe como rector, previo consenso de la base estudiantil

2) Que se exija al nuevo rector convocar a reunión del Consejo Universitario, a fin de otorgar igual número de representantes a los alumnos, por una parte, y a las autoridades y maestros, por la otra, estableciendo además que el nombramiento de los consejeros se realice por voto universal directo de todo el estudiantado o del cuerpo magisterial, según sea el caso, garantizándose plenamente,

mediante los métodos que cada facultad o escuela considere convenientes, que las decisiones de los consejeros estén determinadas directamente por sus representados.

3) Que con base en esas reformas se convoque a la integración del nuevo Consejo Universitario entre alumnos, autoridades y maestros.

4) Que este nuevo Consejo Universitario afronte el problema de las reformas a la Ley Orgánica en lo referente a la desaparición de la Junta de Gobierno con la correspondiente traslación de sus funciones al Consejo Universitario, así como lo referente a la integración paritaria en los consejos.

Los puntos programáticos son los siguientes:

I. Derogación de todos los artículos del Estatuto Universitario que constituyen la base legal del régimen antidemocrático que impera en la UNAM.

II. Desaparición del cuerpo de vigilancia como órgano de represión contra los movimientos estudiantiles

III. Pase automático a escuelas superiores y facultades de los egresados de la Escuela Nacional Preparatoria.

IV. Revisión del plan de tres años de la Escuela Nacional Preparatoria.

V. Respeto irrestricto a la independencia y libertad de los estudiantes para agruparse según convenga a sus intereses, asegurando:

a) No intervención de las autoridades en las organizaciones estudiantiles.

b) Retiro de todo apoyo material y financiero de las autoridades a la FUSA.

VI. Mayores prestaciones sociales a los estudiantes mediante:

a) Residencias y comedores estudiantiles populares.

b) Aumento del presupuesto en el renglón destinado a otorgar becas a los estudiantes de escasos recursos.

c) Servicio médico completo y gratuito.

d) Manejo por cooperativas de las cafeterías y demás centros comerciales que operan dentro de la UNAM y aplicación de sus utilidades a la creación de becas.

e) Ocupación de los empleos administrativos dentro de la UNAM por estudiantes, con derogación del artículo 77 del Estatuto de la misma.

f) Manejo por las mismas cooperativas del alquiler de las instalaciones (estadio), canalizándose sus ganancias también a la creación de becas.

VII. Participación de los estudiantes en la solución del pliego petitorio del Comité de Lucha al nivel local.

VIII. Exigimos que para efectos de la distribución de los egresos de la UNAM se tome en cuenta a una comisión tripartita formada por maestros, trabajadores y alumnos, considerándose especialmente el reajuste de sueldos de maestros y trabajadores, mediante una tabulación decreciente ascendente.

IX. Que la base estudiantil se pronuncie con libertad sobre la aceptación de los directores y maestros que renunciaron a nivel local.

X. La base decidirá sobre la reelección o no reelección del rector y directores a nivel universitario y local.

Mayo de 1966

En el comité de redacción participaron Gilberto Guevara y Roberto Escudero.

## C. Pliego petitorio del Movimiento estudiantil de 1968

*A la opinión pública:*

*A los Maestros, Estudiantes y Autoridades Educativas:*

Los últimos días han sido de angustia y tensión para el pueblo de México. La violencia y la agresión asaltaron al IPN y a la UNAM. Esta situación fue desatada por la actitud histérica y absurda de un cuerpo policiaco a todas luces antidemocrático, desprestigiado e irresponsable por sus continuos atropellos a toda la población, que por lo mismo no inspira ni tiene autoridad moral para imponer orden alguno. Los estudiantes no hemos hecho otra cosa que oponer la razón a la violencia de la cual hemos sido objeto.

No es la primera vez que el Cuerpo de Granaderos reprime salvajemente a los estudiantes, tampoco es la primera vez que el Ejército pisotea nuestros más altos centros educativos (Morelia, Tabasco, Sonora, etc.). Actúan con mayor saña y se respeta menos la Constitución por parte de las autoridades. La libertad está cada día más reducida, más limitada y se nos está conduciendo a una pérdida total y absoluta de la libertad de pensar, de opinar, de reunirse y de la libertad de asociarse. Los estudiantes estamos hartos de las calumnias y campañas de mentiras por parte de la gran prensa nacional, la radio y la televisión. Estamos cansados de este clima de opresión. Evidentemente estas situaciones conducen en todos los sentidos a un atraso progresivo del país. Por el contrario, las protestas activas de los estudiantes son críticas sociales que siempre llevan un contenido de justicia y libertad porque son esencialmente verdaderas.

Queremos subrayar que somos conscientes que la razón y la cultura siempre se imponen a la barbarie y la opresión: Galileo se impuso a la Inquisición y al oscurantismo, Joliot Curie se enfrentó valientemente al régimen fascista; Belisario Domínguez combatió la usurpación y la opresión y nos dio un ejemplo de firmeza y valor civil. Nos consideramos sucesores dignos de la mejor tradición de defensa y desarrollo de la cultura y justicia social y exigimos garantías jurídicas suficientes para todos los participantes en este movimiento.

Estos últimos acontecimientos han demostrado que el estudiantado está presente y dispuesto a no permitir que en el país prospere un clima de represión y violencia.

Los estudiantes exigimos a las autoridades correspondientes la solución inmediata de los siguientes puntos:

1. Libertad a los presos políticos.
2. Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, así como también el teniente coronel Armando Frías.
3. Extinción del Cuerpo de Granaderos, instrumento directo de la represión y no creación de cuerpos semejantes.
4. Derogación del artículo 145 y 145 bis del CPF (delito de Disolución Social), instrumentos jurídicos de la agresión.
5. Indemnización a las familias de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión desde el viernes 26 de julio en adelante.
6. Deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión y vandalismo por parte de las autoridades a través de policía, granaderos y Ejército.

Para apoyar la pronta solución de estas demandas invitamos a estudiantes, maestros y personal del IPN, UNAM, Chapingo (ENA), Normales, Secundarias y Centros Educativos a participar en la Gran Manifestación y Mitin, que encabezará el doctor Guillermo Massieu H., director general del IPN, el lunes 5 de agosto a las 16 horas.

Concentración:

Unidad Profesional de Zacatenco.

Recorrido: de Zacatenco rumbo a la Vocacional 7 y Casco de Santo Tomás.



Culminación: Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, ex internado del IPN, donde se cometió por primera vez en la Historia de México un asalto militar a centros de cultura superior.

Invitamos a todo el pueblo de México a presenciar este acto, y manifestar su apoyo a los contingentes educativos y estudiantiles.

Comisión Organizadora de la Manifestación:

Comités de Huelga y Organización, Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura, Ing. Civil, Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura, Ing. Arq., Escuela Superior de Ingeniería Química e Industrias Extractivas, Escuela Superior de Ingeniería Textil, Escuela Superior de Física y Matemáticas, Escuela Superior de Economía, Escuela Nacional de Medicina Homeopática, Escuela Técnica Industrial Wilfrido Massieu, Vocacional 7 Matutino, Vocacional 7 Vespertino, Tecnológica 3 (tres ciclos), Prevocacional 6 Matutino, Prevocacional 6 Vespertino, Vocacional 2 Vespertino, Vocacional 5 Matutino, Vocacional 5 Vespertino, Prevocacional 2 Matutino, Vocacional 4 Matutino, Vocacional 4 Vespertino, Facultad de Filosofía y Letras, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias, Facultad de Medicina, Facultad de Química, Escuela Nacional de Economía, Escuela Nacional de Medicina Veterinaria y Zootecnia, Escuela Nacional de Artes Plásticas, Preparatoria 2 Nocturna, Preparatoria 6 Nocturna, Preparatoria 6 Diurna, Preparatoria 7 Nocturna, Preparatoria 7 Diurna, Preparatoria 9 Diurna, Preparatoria 9 Nocturna, Escuela Nacional de Agricultura (Chapingo), Escuela Superior de Agricultura Antonio Narro (Coahuila), Escuela de Agronomía de la Universidad de Chihuahua, Escuela Superior de Agricultura de la Universidad Autónoma de Sinaloa, Facultad de Agricultura de la Universidad de Nuevo León, Facultad de Agricultura de la Universidad de Tamaulipas, Escuela de Especialidades de Roque, Guanajuato. A 4 de agosto de 1968.



## D. Discurso pronunciado por Eduardo Valle Espinoza en la Manifestación Silenciosa del 13 de septiembre de 1968\*

Estamos viendo una luz negada por muchos años, hay que cuidar que esta luz deslumbrándonos, no nos ciegue. Porque si eso sucede, perderemos el paso, y este momento será el instante que nuestro enemigo aproveche para volver a amordazarnos y a poner cadenas.

Pero algo no podrá lograr, las vendas quemadas no serán colocadas en nuestros ojos de nueva cuenta, porque algo importante hemos ganado; hemos ganado la conciencia de la acción, ahora discutimos cómo romper las cadenas, no si se pueden romper. Nadie piensa ahora que no importa estar atado.

Hemos vivido libertad en las calles, hemos vivido democracia en miles de asambleas, de mítines y de manifestaciones.

Cuando se conoce lo dulce de la libertad, jamás se olvida, y se lucha incansablemente por nunca dejarla de percibir, porque ella es la esencia del hombre; porque solamente el hombre se realiza plenamente cuando se es libre y en este movimiento, miles hemos sido libres. ¡Verdaderamente libres!

En estas condiciones, el Consejo Nacional de Huelga, tenía que resolver varios problemas con una acción principal, demostrar que estamos unidos, que no hay división, que nuestra conciencia de lucha no ha sido mellada...

Demostrar, demostrar que existe disciplina, orden y disposición para la lucha, demostrar toda nuestra decisión de insistir en el combate hasta el triunfo final de nuestras demandas.

Demostrar, demostrar intransigencia en los principios y flexibilidad en los métodos. Todo esto, con una acción combativa que

\* Fragmento tomado de la película *El Grito*.

desbaratara de un golpe las maniobras. Todo esto y más lo hemos logrado en esta gran marcha silenciosa.

El orden, la disciplina y la combatividad han quedado visibles para todos. El silencio en que hemos marchado es nuestro fuerte grito de protesta; este silencio, es mucho más elocuente que las palabras violentadas ayer por las bayonetas.

Ante el silencio de las autoridades que aparentan no escuchar, esta marcha es la respuesta.

El silencio por las cóleras contenidas, que es producto de la injusticia, de la injusticia y la soberbia.

Nuestra marcha es la respuesta responsable y la demostración de la razón de nuestra causa. Somos conscientes de nuestra fuerza y también de nuestra realidad.

Nuestro poder radica en la justicia de nuestras demandas, en el apoyo de los trabajadores y en las razones que históricamente nos asisten; somos conscientes de que el poder gubernamental puede destruirnos usando sus tanques y soldados, pueden masacrar a los estudiantes y al pueblo, pero nunca, nunca podrán doblegarnos, nunca podrán convencernos de que vivir amordazados y de rodillas es el camino de nuestro pueblo.

## E. Manifiesto a la Nación “2 de Octubre”

Durante los últimos meses de 1968, el país se ha visto sacudido por la protesta de miles de estudiantes que a través de la demanda de solución de un pliego petitorio que consta de seis puntos cuestionan ante el mundo la imagen que de México la clase dominante ha pretendido crear y en la que presentan como rasgos esenciales la paz, la estabilidad y la riqueza.

El movimiento estudiantil de julio ha surgido como resultado de viejos problemas planteados a un régimen que los ignora, los niega o que pretendiendo resolverlos, en realidad sólo consigue agravarlos y ha evidenciado ante el mundo la situación de miseria y falta de libertades políticas en las que viven la mayoría de los mexicanos.

Efectivamente, este movimiento es expresión de las profundas desigualdades en la distribución del ingreso, consecuencia de la concentración en unas pocas manos de la riqueza generada por el pueblo, de la cada día más creciente dependencia de la economía mexicana al imperialismo norteamericano, revelado en el crecimiento vertiginoso de las inversiones extranjeras; de una política de desarrollo que favorece esencialmente al capital privado, propiciando vastos desequilibrios regionales, beneficiando exclusivamente los intereses de una clase por medio de un sistema impositivo que ampara a los grandes capitales y que va en detrimento de quien sólo posee su salario como fuente de vida; de la irresponsabilidad de un gobierno que elude actuar en beneficio de las grandes mayorías de campesinos y obreros, quienes aún no encuentran satisfechas sus necesidades vitales de alimentación, vestido y vivienda.

En resumen, las decisiones políticas y económicas del gobierno mexicano representan los intereses de una clase, propician y amparan la explotación de las demás y crean un marco de irracionalidad en el que los problemas socioeconómicos del pueblo hallan sólo una relativa solución.

Así, los jóvenes campesinos, obreros y estudiantes no tienen acceso a perspectivas dignas de vida, pues las fuentes de trabajo se crean en beneficio de intereses particulares y no de la colectividad, dándose entonces, por ejemplo, la paradoja de una sociedad que crea técnicos y profesionales a quienes no ofrece empleo y que, además, no crea aquellos técnicos que necesita y los trae del extranjero. Así los jóvenes viven escuchando las halagadoras palabras de quienes les ofrecen el futuro del país, pero les niega sistemáticamente toda oportunidad de ser un presente actuante y participe de las decisiones, provocando en ellos la necesidad de transformar esta sociedad.

El carácter antidemocrático de las estructuras políticas del país, que se manifiesta en su incapacidad para resolver auténticas demandas populares, es resultado de prácticas políticas obsoletas y que no solucionan los problemas de la sociedad mexicana actual, la democracia en México es un mero concepto, una forma más, pues la política se hace al margen de las mayorías populares, de sus aspiraciones, intereses y exigencias, las determinaciones son tomadas por un restringido núcleo de personas que obstaculizando la participación política del pueblo, lo niegan como instancia última de decisión.

La sistemática represión a todo intento de organización política independiente, el sistemático encarcelamiento o asesinato de los líderes más honestos, la construcción de marcos jurídicos que impiden por decreto toda participación organizada, y la falta de información nacional veraz, han impedido y frenado el surgimiento y desarrollo de organizaciones obreras, campesinas, estudiantiles y en general ciudadanas, que puedan participar libre, responsable y combativamente en contra de las medidas de opresión del gobierno. Así, Demetrio Vallejo y Rubén Jaramillo, que no aceptaron el sometimiento a las disposiciones gubernamentales, fueron asesinados. Considerando también como asesinato el encarcelamiento injusto de un líder justo.

También es parte de este marco de la política nacional la manipulación a través de la corrupción de la opinión pública, el fraude electoral y consecuentemente, la apatía, el desinterés y el marginalismo en la participación política. La ausencia de actitudes críticas, uno de los más altos valores que definen a la ciudadanía y elemento esencial del desarrollo de cualquier sociedad que tenga pretensiones democráticas. El movimiento estudiantil se ha expresado en la demanda de puntos concretos: el pliego petitorio y el diálogo público, a través de ellos se encierra una crítica profunda a las bases en que se sustenta el sistema político, económico y social en que vivimos. Al responder a las arbitrariedades de los funcionarios públicos y logrando que éstas no queden sin respuesta ha expresado la necesidad de que el monólogo oficial sea sustituido por un diálogo en el que participe la nación entera.

En adelante el gobierno deberá esperar una respuesta del pueblo a los actos de arbitrariedad de quienes abusan de sus atribuciones utilizando al Ejército y la policía para atropellar los legítimos derechos del pueblo. El movimiento ha sido resultado espontáneo de la indignación de prácticamente todos los integrantes de las instituciones de educación superior del Distrito Federal y de otros lugares del país; de la indignación sentida por amplios sectores del pueblo de México ante la arbitrariedad y brutalidad policiacas al agredir a grupos estudiantiles que hacían uso de un derecho consagrado en la Constitución al manifestarse públicamente en protesta a anteriores agresiones ordenadas por funcionarios irresponsables. Ello debe considerarse como la expresión del descontento y la protesta latente del pueblo frente a la injusticia. Descontento que se ha canalizado en los últimos meses a través del Movimiento estudiantil. El Consejo Nacional de Huelga, máxima expresión organizativa del Movimiento, no ha asumido una posición ideológica homogénea porque ha acogido en su seno a todas aquellas corrientes que luchan por el avance democrático del país, por la vigencia de la Constitución y por una sociedad en la que todos nuestros compatriotas encuentren oportunidades para expresarse y desarrollarse cabalmente como hombres y ciudadanos

Es esta última demanda implícita del Movimiento, en lo que coincide con los movimientos estudiantiles de otros países que exigen para el presente y el futuro, sociedades en que la expresión cabal del hombre sea una realidad. De aquí que nuestro movimiento

haya recibido el apoyo de todos los estudiantes y ciudadanos conscientes del mundo.

El Consejo Nacional de Huelga ha demandado la democratización de las prácticas políticas y lo ha hecho dando ejemplo de democracia, ya que todos los centros educativos participantes han tenido permanente e irrestrictamente voz y voto en las decisiones tomadas, los órganos soberanos de nuestro movimiento han sido las asambleas de estudiantes y el pleno del Consejo Nacional de Huelga, representante auténtico de dichas asambleas. En ellas no se le ha negado la voz a nadie a pesar de lo que han pretendido órganos de información interesados en desvirtuar al Movimiento. Hemos demandado la democracia porque la hemos practicado irrestrictamente.

Si hemos exigido un diálogo público, no ha sido buscando la forma de eludir la solución del conflicto, sino porque consideramos, y es una cuestión de principio en el movimiento, que los asuntos que afectan al pueblo deben ventilarse abiertamente.

Hemos demandado la libertad de los presos políticos porque estamos convencidos de que los disidentes de los criterios oficiales y los opositores al régimen no son delincuentes. La existencia de presos políticos es una de las mayores lacras del sistema y es característica de los regímenes autoritarios en todas partes y en todas épocas. Son presos políticos: Vallejo, Campa. Y son presos políticos nuestros compañeros que fueron aprehendidos a partir del inicio de este Movimiento, pues su único delito consistió en haber marchado junto con todos nosotros, los estudiantes y el pueblo de México en las manifestaciones públicas que recorrieron las calles de la ciudad; el haber utilizado las tribunas creadas por el Movimiento para expresar su disidencia con el gobierno, y, en fin, en haber hecho uso del legítimo derecho de expresión para protestar contra los abusos gubernamentales.

Pese a las dificultades a que hemos debido enfrentarnos, pese a la intransigencia y la intolerancia del gobierno expresada el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, pese a todo ello, el Movimiento ha arrancado al Estado algunas demandas y ha abierto nuevas perspectivas en la vida política del país, marcando nuevas etapas en su desarrollo.

Las demandas arrancadas son: la discusión pública del artículo 145 del Código Penal, antigua demanda de los sectores democrá-



ticos del país y que sólo hasta ahora adquiere las dimensiones de un debate nacional, y no nos referimos a la farsa montada en la Cámara de Diputados, sino al cuestionamiento que se ha hecho del aparato jurídico a raíz de la discusión sobre el citado artículo.

El reconocimiento que el Poder Ejecutivo tuvo que hacer del descontento general y legítimo se deja ver en el momento en que se nombran representantes presidenciales ante el CNH, hacemos público que a pesar de haber reconocido la fuerza de la representatividad del CNH, el gobierno sólo ofreció soluciones limitadas. La desocupación de la mayor parte de los locales educativos, los compañeros liberados, la defensa de la Universidad expresada a través del apoyo del CNH al rector de la misma, sobre quien pretendían gentes interesadas en terminar con la institución, arrojar la responsabilidad de nuestro Movimiento, son algunos de los resultados de nuestra permanencia activa y militante y no graciosas concesiones del gobierno.

Existen, además, otra serie de logros que aunque menos concretos son más importantes para la vida política de México. El Movimiento ha abierto en el país una etapa de discusión, de crítica y de reflexión política revelando las lacras del sistema, promoviendo así que amplios sectores del pueblo, indiferentes muchas veces ante los graves problemas que afectan a nuestra comunidad, tomaran conciencia de esos problemas y estuvieran dispuestos a luchar por la solución de ellos.

Ha demostrado que en México es posible movilizar a grandes sectores de pueblo, al margen de los controles oficiales, en manifestaciones y mítines en los que la participación fue resultado de la convicción y no de presiones o recompensas.

Uno de los logros fundamentales del Movimiento es el haber acercado a través de las "brigadas políticas" a los estudiantes, con el pueblo de México y sus problemas. En las colonias proletarias, en las fábricas, en Topilejo, los estudiantes conocieron de una manera concreta a ese pueblo que la retórica oficial ha convertido en mera abstracción, y en la que sus problemas quedan ocultos con un alud de palabras.

Por otra parte, en las brigadas los estudiantes han demostrado su capacidad organizativa y de militancia política, han demostrado en Topilejo que su participación en la resolución de los problemas del país puede ir más allá de pintar fachadas los domingos y de partici-

par en carreras de bicicletas, como pretende el criterio oficial. Estos triunfos parciales han costado mucho en vidas y sacrificios y no han satisfecho de ninguna manera las demandas que formulamos desde el principio, dada la intransigencia de los poderes públicos y su definitiva incapacidad para reconocer las demandas del pueblo expresadas en el Movimiento estudiantil.

Se ha acusado a los estudiantes de intransigentes, pero en las distintas fases del Movimiento se ha demostrado disposición para solucionar el conflicto y así fue que de la exigencia de la resolución de los seis puntos, como condición para el retorno a clases, pasamos al cumplimiento sólo de tres prerequisites y al no obtener una respuesta del gobierno y ante el peligro real que amenaza la subsistencia de las estructuras democráticas de nuestras instituciones de educación superior, peligro más grave aún que el de la represión en contra de las personas, puesto que la pérdida de la democracia en nuestras instituciones significaría la imposibilidad de continuar el presente Movimiento, y de promover como Universidad y Politécnico, verdaderamente abiertos al pueblo movimientos semejantes en otros sectores de la población, decidimos el retorno a las aulas.

Las perspectivas que se ofrecen al movimiento consisten en organizar a niveles cada vez más elevados la protesta y la oposición a un régimen cada vez más incapaz para satisfacer las justas reivindicaciones populares. Esta organización en adelante deberá contar, para ser eficaz no sólo con los estudiantes sino y sobre todo, con los sectores productivos de nuestra sociedad, los que con su trabajo dominan y transforman a la naturaleza así en la ciudad como en el campo.

Los estudiantes nos aliaremos de manera definitiva con estos sectores que objetivamente están destinados a promover los cambios verdaderamente revolucionarios que nuestra patria requiere. La organización estudiantil debe concluir necesariamente en la organización popular que oponiéndose a las trabas que frenan el desarrollo histórico de México convierta en realidad el lema de nuestro movimiento: Libertades Democráticas.

El gobierno mexicano debe tomar muy en cuenta que ante la obstrucción sistemática y reiterada que de los canales democráticos realiza, no puede pedir actitudes eternamente pasivas y sumisas y que las vías que siga el pueblo de México para el logro de una auténtica democracia estarán esencialmente determinadas por la

posición que se asuma frente a las exigencias de reivindicaciones populares que se aproxima. Sin embargo, cualquiera que sea la vía todo mexicano luchador por la democracia actuará con la responsabilidad que la historia le confiera.

Venceremos

Diciembre de 1968. Consejo Nacional de Huelga.  
Roberto Escudero, Gerardo Estrada.



## F. Carta a Barros Sierra, 2 de mayo de 1970

Estimado señor rector:

Nunca, antes de hoy, creímos necesario dirigirnos a usted; en parte porque no nos parecía estrictamente indispensable; pero, principalmente, porque es difícil expresar por escrito y con el debido equilibrio: respeto, cordialidad y al mismo tiempo independencia. Los extremos en las diferentes actitudes usted los conoce por propia experiencia. Sin embargo, ahora nos sentimos obligados a comunicarle algunas de nuestras opiniones personales, no porque sean nuestras, sino porque son el reverso de una misma moneda: después de todo, aunque desde distintos ángulos, compartimos una de las experiencias más dramáticas en la construcción de un país que es nuestro, aunque se intente negarlo.

Se ha dicho que en 1968 cayeron muchos mitos y es verdad; pero todos los que se señalan son externos, pertenecen al mundo de la política, la economía, la administración y a otros más. No hemos dicho que los jóvenes también estábamos creando una nueva mitología y el valor que dábamos a la juventud, como simple edad cronológica, era uno de los muros que más pronto podían habernos aislado en esquemas tan rígidos como los que deseábamos romper. Ahora los jóvenes sabemos que para serlo no basta tener veinte años; sino, también, muchas de las cualidades que caracterizan al rector de 1968 y que ahora, puede decirse, también caracterizan a la Universidad actual.

Por muy distintos caminos y aunque algunos hayan iniciado el recorrido más temprano, los hombres se encuentran en un punto

común, en un cruce de caminos: la rectitud. No es la primera vez que una causa justa une a personas que obran de buena fe; más bien es la frecuente.

Tampoco queremos decir que hayamos compartido todas las opiniones; ni Ud. ni nosotros lo hubiéramos deseado; pero hasta las mayores discrepancias pudieron superarse y no nos convirtieron nunca en oponentes. Más bien era como cuando surgen dificultades familiares: basta que un tercero ataque a una de las partes para que desaparezca todo desacuerdo.

En estos días en que la demagogia y la vulgaridad parecen haber perdido todo escrúpulo; ahora que arbitrariamente se señalan fronteras a los héroes —como si Lincoln, Bolívar, Martí y Juárez pertenecieran únicamente a su país de origen—; ahora que el lenguaje quisiera negar los hechos que ensombrecieron a nuestro país, y parece seguirse la conocida tesis de que «una mentira repetida mil veces se convierte en verdad»; en medio de este triste espectáculo usted nos hizo pensar, con su breve intervención ante los arquitectos, que seguimos siendo los mismos, tanto usted como nosotros, y que no retrocedimos ni fuimos vencidos; algunas batallas pueden perderse, pero aunque las últimas hayan costado tanto, de ninguna manera fueron definitivas.

Ya antes habíamos comprobado juntos que los insultos lanzados al amparo del poder, la cárcel y la persecución son las verdaderas condecoraciones de todo hombre libre; Ud. nuevamente viene a confirmarnos que no todo es sumisión ni alabanzas ante los poderosos; para tratar los problemas nacionales las adulaciones no sólo salen sobrando, sino que, en el futuro, siempre adquieren toda su desproporcionada y grotesca magnitud. Si sabemos de países donde los padres aún no pueden ver de frente a sus hijos por temor a encontrar en sus ojos la pregunta: ¿y tú qué hacías entonces?; también sabemos que los jóvenes, en el nuevo sentido del término, no tendremos de qué avergonzarnos.

Ésta es la otra cara de la moneda, tal vez distinta de la que Ud. vivió, pero inseparable de ella. Era necesario decirlo porque con su labor en la Rectoría termina un período que tuvo para todos una importancia que aún no podemos apreciar. No queremos decir con esto que se acabe una lucha que apenas empieza, sino que, en el recuerdo, que es lo que importa en cada hombre, en el recuerdo y en el afecto, se cierra un capítulo y se abre otro.

Estamos convencidos de que aunque usted va por su camino y nosotros por el nuestro, no sólo nunca estaremos en campos enemigos, sino que nos seguiremos encontrando en circunstancias similares.

Reciba un abrazo muy cordial y los mejores deseos para que su salud siempre sea buena.

Luis González de Alba,  
Eduardo Valle Espinoza,  
Salvador Martínez della Rocca,  
y Gilberto Guevara Niebla





## G. La creación de una estela

*Algún día, una lámpara votiva se  
levantará en la Plaza de las Tres Culturas,  
en memoria de TODOS ELLOS.  
Otros jóvenes la conservarán ENCENDIDA.*

JOSÉ ALVARADO

En 1988, el Comité Preparatorio del Homenaje a los 20 Años del Movimiento Estudiantil Popular de 1968 convocó a un concurso internacional para realizar un monumento que dejara testimonio de los compañeros caídos. Este concurso lo ganó el proyecto La Grieta, del colectivo integrado por Carlos Finck, Lourdes Grobet, Víctor Muñoz, Sergio Palleroni y Carlos Santamaría. El jurado estuvo integrado por Ramón Vargas, Ernesto Velazco León, Ángela Gurría, Juan Luis Díaz, Arnulfo Aquino, Mathias Goeritz, Jorge Alberto Manrique, Mario Rendón e Ida Rodríguez Prampolini. En el Comité hubo nombres como Heberto Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas, Rosario Ibarra de Piedra, Roberto Escudero, Raúl Álvarez Garín, Luis González de Alba, David Huerta y Rolf Mainers, entre otros.

Una vez establecidos el Comité y la Comisión del Monumento, que recayó en Roberto Escudero y Raúl Álvarez Garín, las reuniones se realizaron principalmente en la Unión de Vecinos y Damnificados "19 de Septiembre" (UVyD-19), y la Comisión Cultural de esta organización asumió la coordinación de las actividades.

A fines de 1992, ante la imposibilidad financiera de cumplir con la construcción de La Grieta, Raúl Álvarez Garín me propuso dise-

ñar una placa de bronce para dejar algún testimonio de los mártires de Tlatelolco. En julio de 1993 redactamos un texto inicial e investigamos el presupuesto de realización de una placa de bronce de 240 x 120 cm, misma que adosaríamos a la Iglesia de Santiago Tlatelolco. Dicho presupuesto ascendía a 27 millones de viejos pesos ya instalada. Asimismo, investigamos la posibilidad de que la placa fuera de piedra, para lo cual convocamos al escultor Salvador Pizarro, quien argumentó que dicha placa de piedra era una Estela independiente de cualquier muro y que el costo sería un poco mayor a la placa de bronce. Ante costos semejantes, aunados a la mejor calidad estética de la piedra, decidimos el 11 de agosto contratar a Salvador Pizarro y construir la Estela. Esta decisión fue consultada con los compañeros de la UVyD-19, Jorge Perezvega, Rebeca Hidalgo, Roberto Escudero, Ángela Ochoa, Víctor Muñoz y Lourdes Grobet. Desde luego, la decisión no fue fácil, ya que implicaba un monumento diferente al de La Grieta, aceptar la postergación o incluso la cancelación de la misma, no tener el dinero completo para la realización, usar los recursos guardados en el banco y cierta incertidumbre respecto al escaso tiempo para la construcción.

El texto lo redactamos con el lema: “A los compañeros caídos el 2 de octubre en esta plaza”, los nombres de 20 estudiantes y vecinos que estrictamente están comprobados como muertos en la Plaza, las edades de cada uno de ellos, la frase que cierra la lista “...y muchos otros compañeros cuyos nombres y edades aún no conocemos”, un fragmento del poema “Memorial de Tlatelolco”, de Rosario Castellanos, y la fecha de develación de la Estela: 2 de octubre de 1993.

El trabajo de diseño consistió en definir las proporciones y el tamaño de la piedra: 250 cm de ancho x 500 cm de alto, para darle legibilidad de acuerdo con la cantidad de texto; en definir la familia tipográfica, para lo cual se seleccionó por sus rasgos geométricos y facilidad de construcción la Avant Garde; en realizar la composición estética, incluyendo como elemento principal el grabado de Las palomas [realizado en 1968 por Jesús Martínez] utilizado como símbolo en 1988; en conceptuar una Estela limpia y sin ornamentos extraños, para lo cual hubo que cancelar diferentes propuestas del escultor, como pueden ser golpear la estela para darle carácter o expresión propia, agregar un zompantli, serpientes

u otros elementos prehispánicos; sólo se aceptó la plataforma de base con taludes laterales, por ser el talud un elemento presente en el conjunto prehispánico de Tlatelolco.

También realicé plano de ubicación y montajes en computadora, para la presentación del proyecto ante las autoridades del Instituto de Antropología e Historia y del Departamento del Distrito Federal, mismas que aprobaron y tramitaron a la Subdelegación de Tlatelolco para su gestión. La solución escultórica la dio Salvador Pizarro, para lo cual seleccionó las piedras y realizó en su taller un bajorrelieve con Las palomas y el texto en 24 placas de cantera rosa de 80 x 60 cm cada una. En esta labor lo ayudaron Claudia Olvera y Jesús Aldama.

Para soportar las placas se realizó un muro de cemento de 7 x 2.50 m, con un grosor de 40 cm, que a manera de T invertida se ancló en el suelo para emerger al cielo desde una plataforma de 60 cm de altura y 450 x 450 cm de base, a la que se asciende por tres breves escalones. El recubrimiento de esta plataforma es de recinto negro. La estructura y el cálculo del monumento lo realizaron el ingeniero Julio Millán, en colaboración con el ingeniero Felipe Orta Salinas, incluido un sistema de rieles adosado al muro para enganchar y fijar las placas de cantera, todo esto en previsión de un sismo.

La construcción estuvo a cargo de los arquitectos José Luis García, José Juan Carmona, Héctor R. García y diversos trabajadores de la construcción, que no obstante las constantes lluvias, los problemas de excavación en una zona arqueológica y lo escaso del tiempo, la última semana trabajaron día y noche para dejar presentada la Estela el 2 de octubre a las 4 de la tarde. La administración recayó en Fernando Betancourt, de la UVyD.

La develación de la Estela fue impresionante: el 2 de octubre miles de compañeros asistieron a la marcha y mitin; un enorme papel craft con la imagen de la V de la victoria y la consigna “2 de octubre no se olvida” cubría la Estela y fue rasgado por las *muchachas de '68*... decenas de cámaras testimoniaron el acto. La gente que llegó cerca de la Estela formó un cordón y cuidó que nadie se subiera a la plataforma de la misma. Apareció la noche y una luz blanca emergió del piso rasante para iluminar la Estela y ascender al cielo; un sentimiento de respeto y admiración inundó el ambiente; mientras transcurrían los insufribles discursos, las escaleras de

la plataforma de base se llenaron de veladoras y de flores, y la Estela se volvió un altar.

La gente desfilaba para poner más flores y veladoras, y alucinada leía y releía los textos; un señor como de 50 años lloró emocionado y tuvieron que sacarlo profundamente acongojado; sólo a los niños se les permitía acomodar las flores y prender las veladoras. Una viejita sentada en la parte trasera del monumento con un paraguas golpeaba al que quisiera subir o sentarse en la plataforma; algunos intentaban leer la placa explicativa del proceso de construcción, que finalmente quedó en la parte posterior del monolito; en el frente los flashes de las cámaras fotográficas continuaban inagotables sus disparos.

El mitin concluyó, pero el desfile frente a la Estela, no; muchos compañeros se retiraron sin poder acercarse; al final la Plaza quedó vacía, sólo iluminada por la piedras y la luz. Al día siguiente, domingo, los feligreses acudieron a misa, los turistas y vecinos pasaron por el monumento, todos se detuvieron, todos leyeron el frente, dieron la vuelta a la Estela y leyeron la placa adosada al muro posterior; algunos se santiguaron, otros oraron, algunos prendieron las veladoras apagadas, otros comentaron y recordaron la noche aciaga; una señora platicaba a sus hijos los terribles sucesos de la noche de Tlatelolco, otra señora comentando el poema protestaba: Rosario Castellanos miente cuando dice que nadie, al día siguiente, nadie... aquí hubo policías y el Ejército y muchos muertos... un compañero me comentó: lo cierto es que este monumento se le debía a esta gente, a los vecinos de Tlatelolco, que sufrieron en carne propia el 2 de octubre y los sismos del '85. El 2 de noviembre amaneció una ofrenda de muertos alrededor de la Estela y nuevamente mucha gente circuló por la misma; los residentes de Tlatelolco pusieron la ofrenda y de hecho se han convertido en los guardianes del monumento.

Por fin logramos dejar un testimonio. “Una victoria pírrica”, han declarado algunos. “¿Por qué sólo 20 nombres?, con eso están avalando la versión oficial”, argumentan otros. “¿Por qué no se realizó La Grieta?, o en todo caso alguno de los proyectos concursantes. ¿Cuánto costó y quiénes lo pagaron?” Esta crónica intenta responder a estas y otras dudas acerca de la construcción de un monumento a los caídos en el Movimiento estudiantil de 1968. Una victoria pírrica que nos costó 25 años, pero que la hicimos un pu-

ñado de compañeros con los recursos de los que aportaron trabajo y dinero, y no con los pasivos que critican a los que hacen; lo cierto es que aún debemos una buena cantidad de dinero, ya que las condiciones en las que se desarrolló el proyecto nos rebasaron: el tiempo, la escasez de recursos, la carga emocional del '68, las diferencias políticas, los celos profesionales, las diferencias de criterio, las desconfianzas, los cuestionamientos, las tensiones y presiones, en fin, los avatares del trabajo colectivo en un proyecto que involucra a la generación del '68 y a la sociedad civil en la circunstancia política del '93.

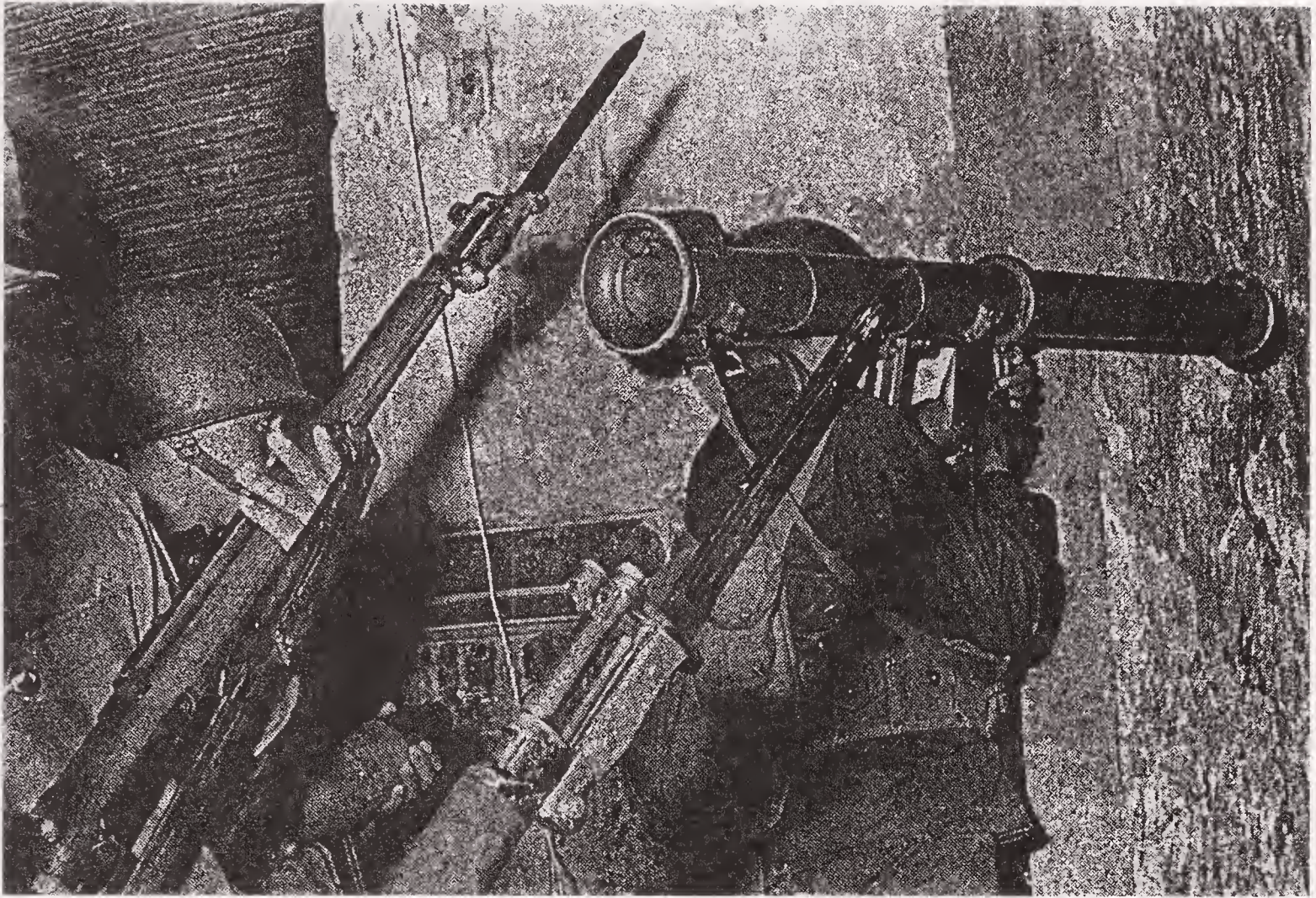
Sólo 20 nombres y no 18, como aseguran algunas crónicas o críticas, porque quisimos ser exactos con los muertos comprobados en la Plaza de las Tres Culturas, porque no quisimos que nos acusaran de falsos y nos negaran el permiso de construcción. Todos sabemos que hubo muchos, muchos muertos más: ¿cuántos, quiénes?; ¿en dónde están los hechos o los testimonios?; esta información requiere una investigación especial. Precisamente esta placa aspira a romper el anonimato y el silencio, a promover que los vivos reclamen a sus muertos, a que se alcance la verdad y precisamente ahora, que se ha formado una comisión que investigue los hechos ocurridos en 1968, que revele los archivos y descubra la información veraz, habrá oportunidad de aumentar la cantidad y esa lista será grabada en esta estela o en otro monumento.

No estamos avalando la información oficial y en lo particular puedo decir que no le hago el juego a ningún partido político, no pertenezco, ni he pertenecido, a ninguno; sólo soy un participante del Movimiento y he asumido mi compromiso con los compañeros que lucharon y cayeron, porque me tocó marchar con ellos, gritar y guardar silencio, descubrir una realidad diferente a las mentiras que siempre me contaron de la historia, de la patria y el país, porque me tocó verlos caer mientras corríamos y alguien afirmaba que las balas eran de salva, que no corriéramos, que se trataba de una provocación, porque le debo mucho al '68: ubicación y proyecto social, trabajo colectivo, compañeros de generación, aspiración de democracia y libertad, necesidad de justicia. No siempre he tenido la razón ni la seguridad del camino, y en ocasiones me he equivocado, he caído y me he vuelto a levantar, pero lo que sí es cierto es que fui marcado por el '68 y a partir de ese momento he construido y reconstruido mi vida en comunión con mi generación.

En realidad, este proyecto nos rebasó: quisimos construir una grieta y nos resultó una estela, quisimos hacer una placa y nos resultó una lápida, quisimos construir un monumento y nos resultó un altar. El proceso de diseño es la idea que se enfrenta a la realidad y la mayor parte de las veces resulta derrotado y enriquecido en la derrota; es la razón capaz de adaptarse al azar, es la colectividad por encima de la individualidad. Este monumento es un proyecto colectivo que aún no se termina. Más que a nosotros los que participamos en su realización, la Estela pertenece a la gente. Más allá de estar finalizada, ha comenzado a vivir. No sabemos si se construirá La Grieta; depende de la disposición y buena voluntad de autores y promotores del proyecto, así como del apoyo de la sociedad civil. En este sentido, la Estela representa una etapa y una llamada de atención hasta la realización de La Grieta.

ARNULFO AQUINO CASAS

Octubre de 1993



Bazucazo en la Preparatoria

# 1968

---

## LAMINARIO

---

Por la necesaria protección a los fotógrafos, en la época no se daba crédito individual a sus trabajos. Los materiales de este laminario seguramente pertenecen a los siguientes fotógrafos:

Raúl Anaya  
José Báez Esponda  
José Dávila  
Héctor García  
Raúl Hernández  
Sergio Lavat

Nacho López  
Hermanos Mayo  
Óscar Menéndez  
Mayolo  
Malaquías Ramírez  
Alicia Reiner Golding

Alberto Rodríguez  
Andrés Silva  
Armando Salgado  
José Serrano  
Belisario Torres

De nuestra parte cualquier omisión en estos créditos es involuntaria.



Ejército, policías...







...captura de estudiantes







Barros Sierra en defensa de la autonomía







¡Únete pueblo!







¡Zócalo, Zócalo!

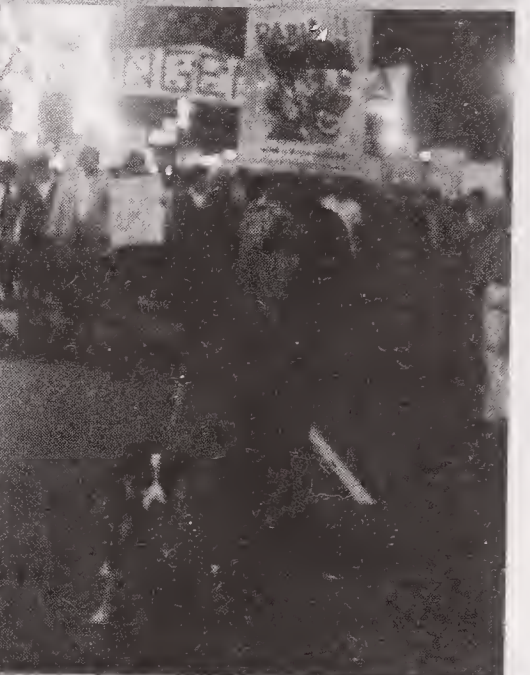




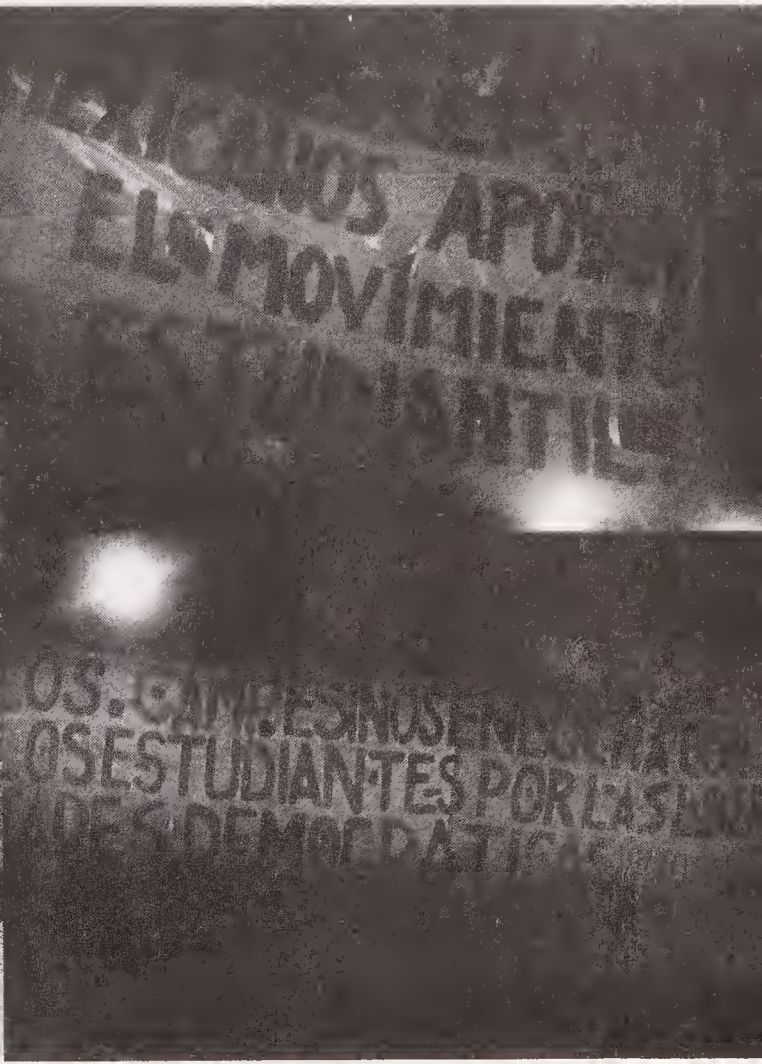
AYER: FERROCARRILEROS.  
PETROLEROS, MAESTROS,  
MÉDICOS, etc.  
HOY: ESTUDIANTES  
¡¡MANANA!! QUIENES  
SEAN AGREDIDOS



NO MAS AGRESION!







La fuerza de la gráfica







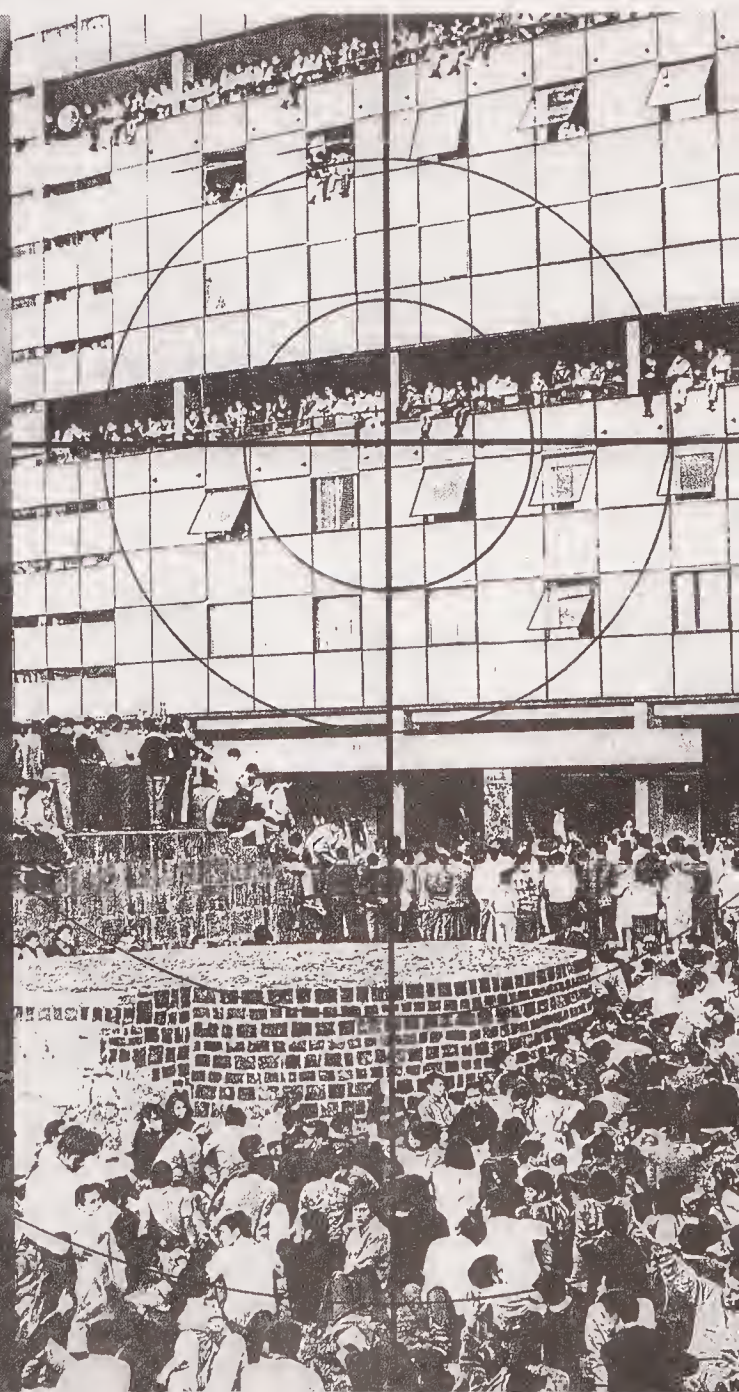
La ocupación de cu







2 de octubre







En Tlatelolco



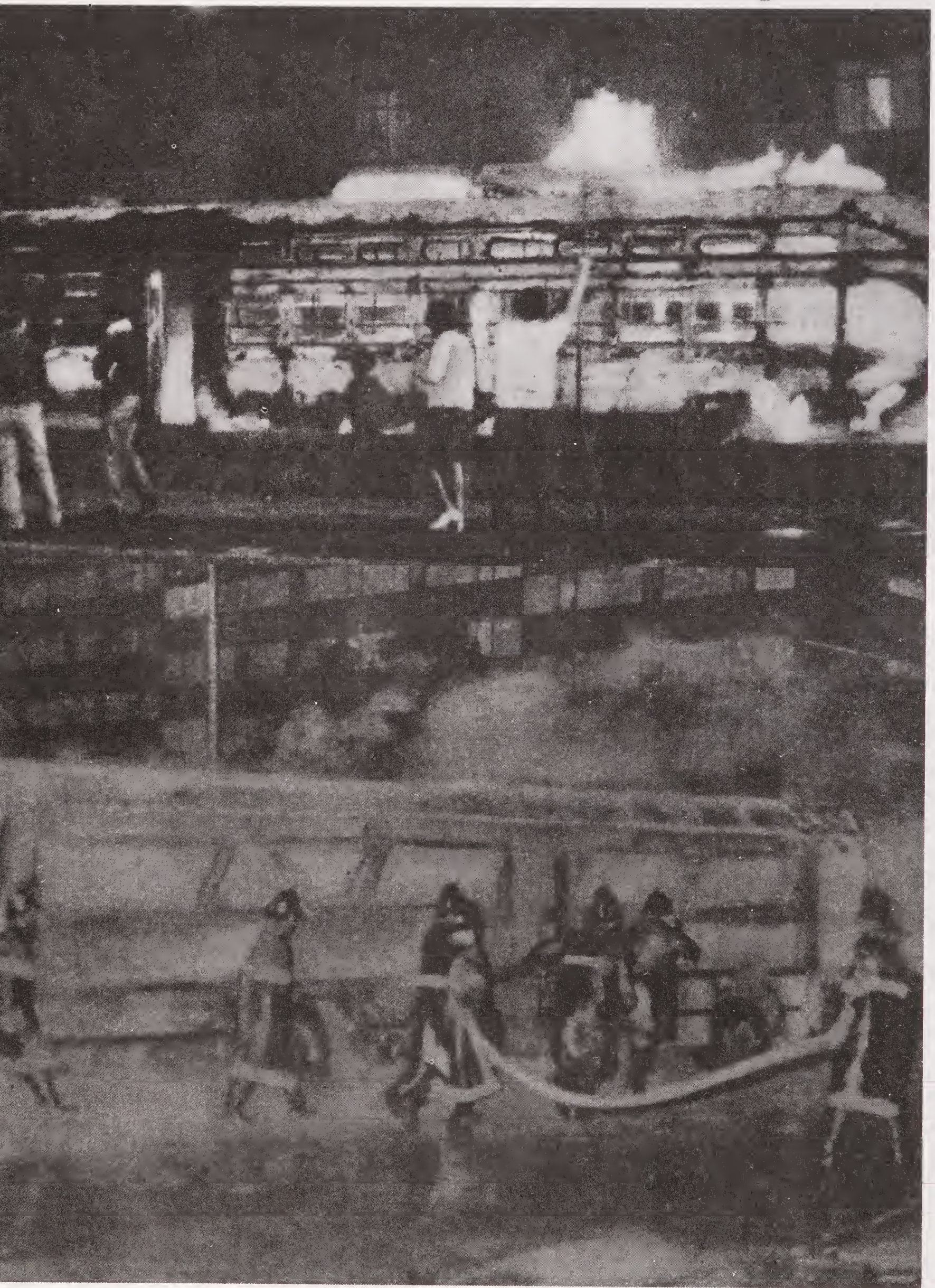






En Tlatelolco

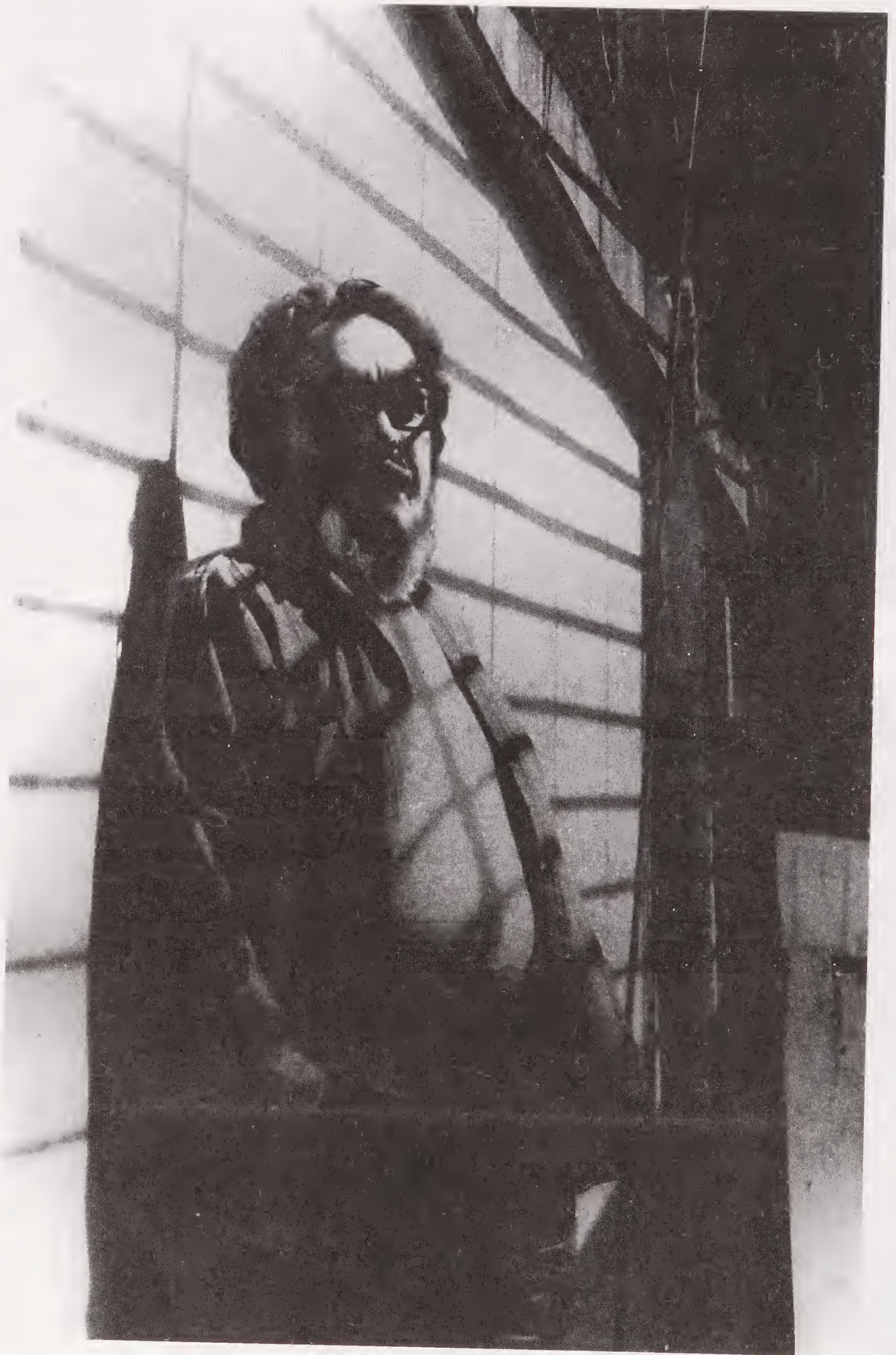






En Tlatelolco







La prisión de Lecumberri





En noviembre: por continuar la huelga



## Bibliografía

- Aguilar Mora, Manuel. *La crisis de la Izquierda en México, orígenes y desarrollo*, Juan Pablos Editor, 1978.
- Anguiano, Arturo. *Entre el pasado y el futuro, la izquierda en México 1969-1995*, Ed. UAM-X, 1997.
- Arriola, Carlos. *El movimiento estudiantil Mexicano en la prensa francesa*, El Colegio de México, México, 1979.
- Ayala, Leopoldo. *Nuestra Verdad*, Joaquín Porrúa, México, 1989.
- Azuela, Arturo. *Manifestación de silencios*, Ed. Seix Barral, 1979.
- Balam, Gilberto. *Tlatelolco, reflexiones de un testigo*, México, 1969.
- Bárcena Azuara, Santos. *México de hoy a través de un delito político*, Ed. Oficina Pro Libertad del Preso Político Mexicano, 1964.
- Barraza Varela, Hilda. *Cultura y resistencia cultural: una lectura política*, Ed. El Caballito, 1985.
- Barros Sierra, Javier. *1968, conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI Editores, 1972.
- Bensaid, Daniel y Weber, Henri. *Mayo 68: un ensayo general*, Ed. Era, Colec. Ancho Mundo, México, 1969.
- Boils, Guillermo. *Los militares y la política en México 1915/1974*, Ed. El Caballito, México, 1980.
- Calvillo, Tomás. *El navismo o los motivos de la dignidad*, San Luis Potosí, 1986.
- Campos Lemus, Sócrates A. y Sánchez Mendoza, Juan. *68 tiempo de hablar (30 años después)*, Ed. Sansores & Aljure, 1998.
- Cano Andaluz, Aurora. *1968 Antología periodística*, UNAM, 1993.

- Castellanos, R.; Alfaro Siqueiros, David; Leduc, Renato; Ortega A., Enrique; Warman, Arturo; Carrión, Jorge; Montaña, Guillermo. *La corrupción*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1969.
- Castillejos, Armando. *Un proceso ignominioso*, Ed. Casas, 1970.
- Castillo, Heberto y Paoli Bolio, Francisco. *¿Por qué un nuevo partido? ¡Los Trabajadores al Poder!*, Ed. Posada. Colec. Duda Semanal, 1975.
- Cazés, Daniel. *Crónica 1968*, Ed. Plaza y Valdés, México, 1993.
- Cohen Bedit, Daniel; Sauvageot Geismar, Deteuil. *La rebelión estudiantil*, Ed. Era, 1969.
- *Richesse du monde, pauvretés des nations*, Flammarion, 1997.
- Corona del Rosal, Alfonso. *Mis memorias políticas*, Ed. Grijalbo, 1995.
- Cosío Villegas, Daniel; Zaid, Gabriel (compilador). *Imprenta y vida pública*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- De Mora, Juan Miguel. *México país del miedo*, Anaya Editores, 1981.
- Espinosa Altamirano, Horacio. *Pequeña biografía represiva*, Ed. Talleres B. Costa-Amic editor, 1971.
- Fernández Christlieb, Paulina. *El espartaquismo en México*, Ed. El Caballito, México, 1978.
- Forrester, Viviane. *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, 1997,
- González Casanova, Pablo. *La democracia en México*, Ed. Era, 1965.
- González de Alba, Luis. *Los días y los años*, Ed. Era, México, 1971.
- Guevara Niebla, Gilberto. *La democracia en la calle*, Siglo XXI Editores, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1988.
- (compilador). *La Crisis de la Educación Superior en México*, Editorial Nueva Imagen, 1981.
- Herman, Kai. *Los estudiantes en rebeldía*, Ed. Rialp, Madrid, 1967.
- Hernández, Salvador. *El PRI y el movimiento estudiantil de 1968*, Ed. El Caballito, México, 1971.
- Jardón Arzate, Edmundo. *De la Ciudadela a Tlatelolco (México: el islote intocado)*, Fondo de Cultura Popular, México, 1969.
- Jardón, Raúl. *1968, El fuego de la esperanza*, Siglo XXI Editores, 1998.



- Krauze, Enrique. *La presidencia imperial, ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, Tusquets Editores, Colec. Andanzas, 1997.
- Macías, G. Pablo. *Octubre sangriento en Morelia*, Ed. Acasim, México, 1968.
- Magdaleno, Mauricio. *Las palabras perdidas*, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Joven, 1985.
- Martínez Nateras, Arturo. *La flor del tiempo*, Ed. UNAM, 1988.
- Martínez Nateras, Arturo; Gómez, Pablo; Terán, Liberato, y Méndez Lugo, Bernardo. *Cuatro ensayos de interpretación del movimiento estudiantil*, Ed. Universidad Autónoma de Sinaloa, Nov. 1979.
- Martínez Verdugo, Arnoldo. *Historia del comunismo en México*, Grijalbo, 1983.
- Martré, Gonzalo. *Los símbolos transparentes*, Ed. V Siglos, México, 1978.
- Medina, Ignacio y Aguilar, Rubén. *La ideología del CNH. Canciones y carteles 1968*, Ed. Heterodoxia, 1971.
- Monsiváis, Carlos. *Días de guardar*, Ed. Era, 1970.
- *La manifestación del silencio, 13 de septiembre de 1968*, Tase, Colec. Documentos.
- Moreno Sánchez, Manuel. *Crisis política de México*, Editorial Extemporáneos, 1970.
- Moreno Soto, Armando; Ochoa Valenzuela, Fernando; Darío Miranda, Miguel, y Bracamonte Sierra, Álvaro. *Los aguiluchos, movimiento popular y estudiantil de 1967 en Sonora*, Universidad de Sonora, Colec. Historia de un Pueblo, 1985.
- Moreno Soto, Armando. *Historia del desarrollo de la Universidad de Sonora*, Colec. Unísono, núm. 12. 1991.
- Nieto, Alejandro y Monedero, Carmelo. *Ideología y psicología del movimiento estudiantil*, Ed. Ariel Quincenal, España, 1977.
- Olivera, Luis. *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano, 1968*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1992.
- Ortiz, Orlando. *Jueves de Corpus*, Ed. Diógenes, México, 1971.
- (Prólogo y selección). *La violencia en México*, Antologías Temáticas, Ed. Diógenes, México, 1971.
- Palacios Román, José. *A la luz del día*, México, 1969.

- Piñeiro Guzmán, José. *Recuerdos vagos de un aprendiz de brujo*, Sociedad Cooperativa de Comunicación Social "Débate Ideológico", México, 1983.
- Poniatowska, Elena. *Fuerte es el silencio*, Ed. Era, 1980.
- *La noche de Tlatelolco*, Ed. Era, México, 1971.
- Ramírez, Ramón. *El movimiento estudiantil de México, Julio-diciembre de 1968*, Ed. Era, 1969.
- Revueltas, José. *Año nuevo en Lecumberri*, 1970.
- *México 68: juventud y revolución*. Obras Completas, 15, Ed. Era, México, 1978.
- Revueltas, José; Castillo, Heberto; González de Alba, Luis; Guevara Niebla, Gilberto; Sevilla, Carlos; y Álvarez, Raúl. *Tlatelolco, ocho años después, trascendencia política de un sangriento suceso*, Ed. Posada, Colec. Duda Semanal, 1976.
- Rico Galán, Víctor. *Escritos políticos (1966-1971)*, Ediciones proletariado y revolución, México, 1984.
- Rifkin, Jeremy. *El fin del trabajo, nuevastecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Paidós Estado y Sociedad, 1994.
- Robles, Martha. *Memorias de la libertad*, Colec. Ideas, Letras y Vida. Cía. Gral. de Ediciones, México, 1979.
- Saldaña Harlow, Adalberto. *Ensayos para una teoría política de la Constitución*, Asociación Nacional de Abogados Democráticos, 1996.
- Sartre, Jean Paul. *Realidad social y expresión política*, Ed. Síntesis, Colec. Los de Siempre, 1976.
- Semo, Enrique (coordinador); Semo, Ilán; y Saldívar, Américo. *México, un pueblo en la Historia*, Vol. 4. Universidad Autónoma de Puebla, Ed. Nueva Imagen, 1982.
- Shaffer, Carlos; Wing Shum, Juvencio; Rodríguez Chaurnet, Diana; Carrión, Jorge; Burgueño, Fausto; Leiva, Emilio; Gómez, Pablo; Bonilla, Arturo; Aguilar, Alonso; Hernández, Ignacio. *Los estudiantes, la educación y la política*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1971.
- Tirado, Manlio; Dávila, Gerardo; y Sierra, José Luis. *El 10 de junio y la izquierda radical*, Ed. Heterodoxia, México, 1971.
- Unzueta, Gerardo. *Sobre el movimiento estudiantil popular, cartas desde la prisión*, Fondo de Cultura Popular, Colec. Nuevos Problemas, México, 1969.

- Urrutia Castro, Manuel. *Trampa en Tlatelolco, síntesis de una felonía contra México*, Sin ed. ni pie de imprenta, 1969.
- Vallado Berrón, Fausto E. *Proceso a la Universidad y a los universitarios*, México, 1973.
- Valle, Eduardo. *Escritos sobre el Movimiento del 68*, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1984.
- Valle Espinosa, Eduardo; Álvarez Garín, Raúl, y Revueltas, José. *Tiempo de hablar*, Ed. Estudiantes. Dic. 70.
- Vallejo, Demetrio. *La monstruosidad de una sentencia y mis experiencias y decepciones en el Palacio Negro de Lecumberri*, 1969.
- Varela Barraza, Hilda. *Cultura y resistencia: una lectura política*, Ed. El Caballito, 1985.
- Wences Reza, Rosalío. *El movimiento estudiantil y los problemas nacionales*, Ed. Nuestro Tiempo, 1971.
- Zermeño, Sergio. *México: una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI Editores, México, 1978.

### *Libros y documentos sin autor específico*

- Pensar el 68*. México, Ed. Nexos, 1988.
- Los procesos de México 68. Acusaciones y defensas*, Ed. Estudiantes, México, 1970.
- CIDOC. Dossier Núm. 23. México. *El conflicto estudiantil*, Centro Internacional de Documentación, 1969.
- La reforma política y la izquierda. encuestas y debates*, Ed. Nuestro Tiempo, 1979.
- ¡El Móndrigo! Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*, Editorial Alba Roja, México.
- La Izquierda ante la represión y el autoritarismo estatal, México 1968-1985*. Organización Revolucionaria Punto Crítico, México, 1985.
- Carta de Lázaro Cárdenas al Instituto Politécnico Nacional (21 de julio de 1970)*.
- Instituto Politécnico Nacional, I, su responsabilidad histórica*, Vanguardia Revolucionaria del IPN.
- Instituto Politécnico Nacional, II, situación actual*, Vanguardia Revolucionaria del IPN. México, 1958.

- El verdadero plan de reestructuración del Politécnico*, Vanguardia Revolucionaria del IPN. México, 1958.
- Instituto Politécnico Nacional, IV, sobre la Reestructuración de los Planes de Estudio*, Vanguardia Revolucionaria del IPN. México, 1959.
- Federación Nacional de Estudiantes Técnicos. El movimiento estudiantil politécnico*, IPN, 50 Aniversario de la Revolución Mexicana. Colec. Cuadernos Estudiantiles, México, 1960.
- Revista Continental de Humanismo Moderno*. "El nuevo papel de la ciencia en nuestra época". Historia y Sociedad, 12, Suplemento. México, 1968: Contra la represión, por la democracia (manifiestos, declaraciones y una cronología).

### *Revistas y Periódicos*

- Revista Política*, varios números.
- Revista Punto Crítico*, varios números.
- Revista ¿Por qué?*, agosto de 1968, núm. 264 y mayo 20 1971, s/n.
- Revista La Hoguera*, núm. 1, 1969 y núm. 2, julio de 1969.
- La Piedra Rodante*, julio 1971.
- Revista Proceso* números 21, 24, 40, 60, 79, 100, 101, 103, 104, 110, 114, 131, 136, 138, 142, 171, 205, 206, 214, 225, 622, 879, 882, 884, 896, 934, 985, 986 y 1091.
- Revista Nexos* números 121, 149, de septiembre, octubre y noviembre de 1993, 238 y 239.
- Revista Vuelta*, núm. 7, 1977.
- Revista Entreviú*, 1978.
- Revista de la Universidad de México*, diciembre 1978 a enero 1979, vol. XXXIII, números 4 y 5. A diez años del 68.
- Reporter*, vol. II., núm. 3, 1988.
- A 20 años del 68*. Ed. Zurda. 1988.
- La Gráfica del '68, homenaje al movimiento estudiantil*, Grupo Mira. Ed. Zurda. México, 1982.
- Perfil de *La Jornada*, 1989, China y sus estudiantes.
- La Jornada Semanal*, 13 de octubre de 1991.
- La Jornada Semanal*, 27 de octubre de 1991.
- La Jornada Semanal*, 30 de junio de 1991.

Suplemento Especial *Unomasuno* 1968, julio de 1993.  
Revista *Época*, septiembre de 1993.  
*La Jornada*, 21 de diciembre de 1993.  
*El Financiero*, 21 de diciembre de 1993.  
*El Universal*, 27 de diciembre de 1993.  
*La Jornada*, 28 de diciembre de 1993.  
*El Universal*, 28 de diciembre de 1993.  
*El Financiero*, 30 de diciembre de 1993.  
*La Guillotina*, Inv. 1993.  
*Critique Communiste*. Le Travail en Question[s], núm. 152. 1998.  
*Critique Communiste*. Syndicalisme d'abord, núm. 147. Hiver  
1996-97.  
*Inprecor*. Correspondance de Presse Internationale.

BOSTON PUBLIC LIBRARY



3 9999 03724 127 8

Natl

Esta obra se terminó de imprimir  
en **septiembre** de 1998, en  
Diseño Editorial, S.A. de C.V.  
Bismark 18  
México 13, D.F.

La edición consta de 4,000 ejemplares

**WITHDRAWN**

No longer the property of the  
Boston Public Library.  
Sale of this material benefits the Library.

**Boston Public Library**



The Date Due Card in the pocket indicates the date on or before which this book should be returned to the Library.  
Please do not remove cards from this pocket.

**“Superar el trauma de Tlatelolco es una necesidad histórica para todos los mexicanos, para vivir y luchar sin amenazas, para que no se repitan los hechos.”**

*La estela de Tlatelolco* es una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil de 1968. En este libro se ofrece un relato detallado de los acontecimientos del Movimiento basado en las experiencias personales del autor y en numerosos soportes documentales.

Asimismo, se analizan las interpretaciones que se han dado del Movimiento del 68 en diversos momentos. Por eso se muestra cómo éste es causa o antecedente de numerosos fenómenos actuales, nuevos partidos, guerrillas, poderosos frentes populares, universidades democráticas y otra variedad de fenómenos sociales y políticos de la época.

Además, se examinan los rasgos más preocupantes de la experiencia represiva del 2 de octubre en Tlatelolco y la continuidad de esa política. Los efectos de intimidación y amenaza que suscita el simple recuerdo de los hechos están presentes todavía y se renuevan cada vez que los conflictos se extreman por la acción de grupos sociales descontentos y nuevas acciones represivas. Superar el trauma de Tlatelolco es una necesidad histórica para todos los mexicanos, para luchar y vivir sin amenazas, para que no se repitan los hechos. También es necesario que las fuerzas armadas salden las cuentas históricas que deben dar a la sociedad, pues cada día son más insostenibles las mentiras en que se han amparado para evadir su responsabilidad en esos sucesos.

**RAÚL ÁLVAREZ GARÍN** (México, 1941) fue representante de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del Instituto Politécnico Nacional en el Consejo Nacional de Huelga en 1968. Coordinó a diversas organizaciones y líderes que confluyeron y determinaron la dirección política del Movimiento. En la cárcel (1968-1971) editó los libros *Los procesos de México 68* y *Tiempo de hablar*. Fue miembro fundador del Partido de la Revolución Democrática; integrante de su Comité Ejecutivo Nacional (1989-1995) y diputado en la LV Legislatura. Desde 1972 trabaja en cuestiones políticas, democráticas y revolucionarias desde diversas publicaciones como *Punto Crítico* y *Corre la Voz*.

ISBN 970-05-1002-6



9 789700 510026